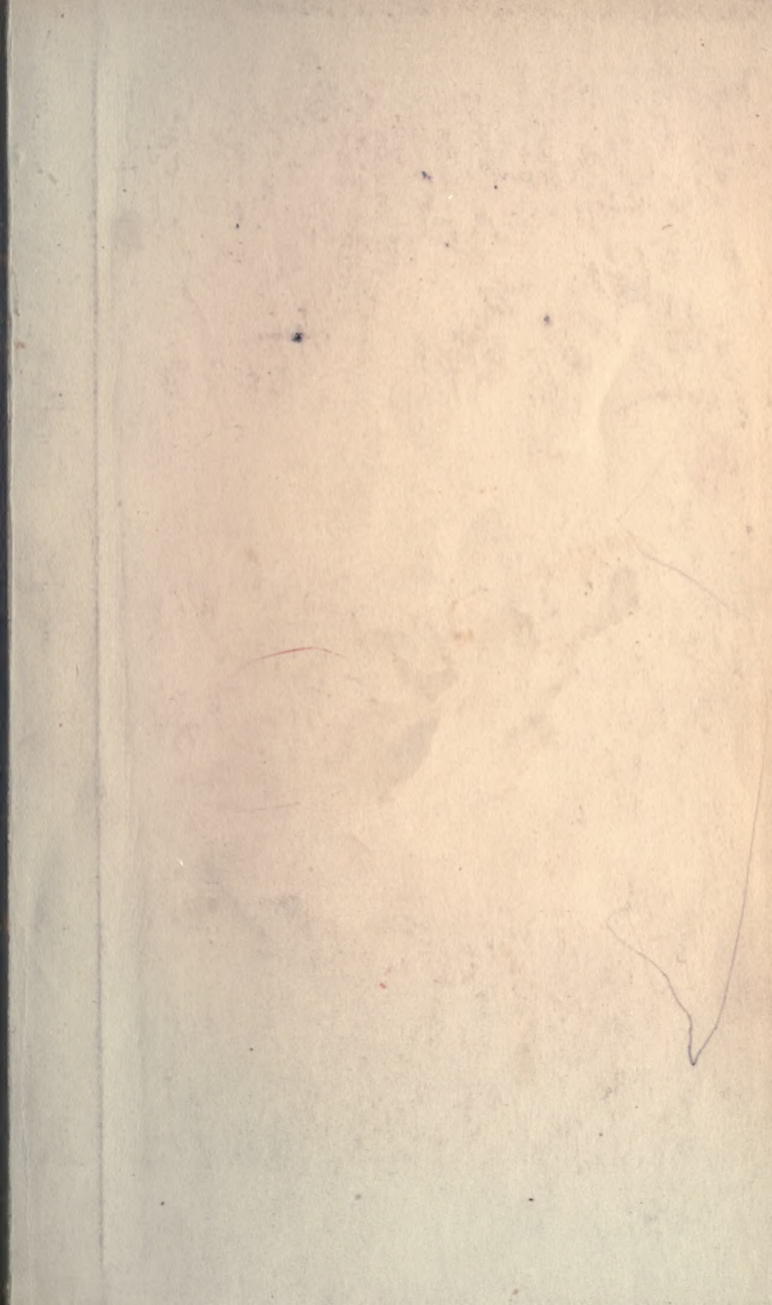


UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01664116 9



OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

III

OBRAS

DE

D. MANUEL TAMAYO Y BAUS

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

CON UN PRÓLOGO DE

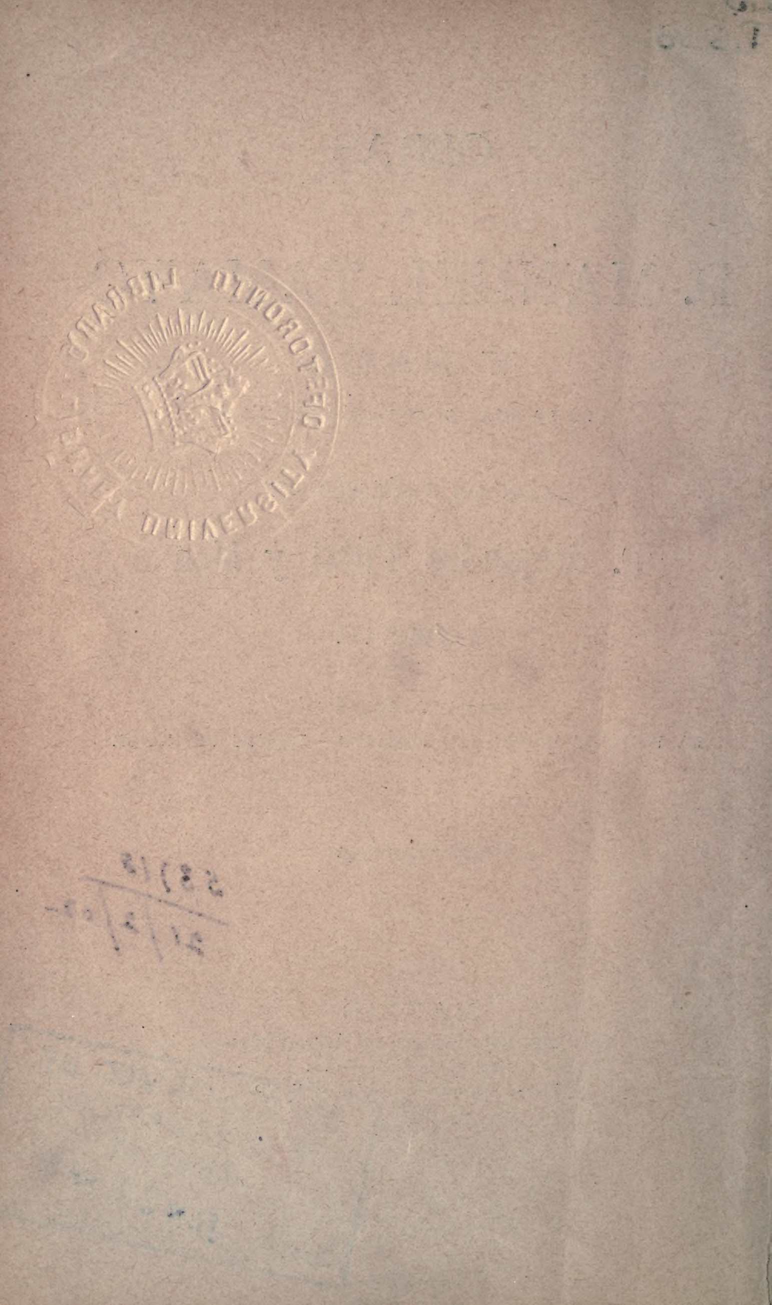
D. Alejandro Pidal y Mon

TOMO III

HIJA Y MADRE

LA BOLA DE NIEVE.—LO POSITIVO.—LANCES DE HONOR

MADRID
EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa
PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20
1899



HIJA Y MADRE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

AL EXCMO. SEÑOR

DON CÁNDIDO NOCEDAL.

Cuando por mutua inclinación se acercan las almas, el cariño arraiga pronto en ellas. Nacida ayer nuestra amistad, parece hoy antigua; y así como V. se goza en ver premiados mis afanes de autor dramático, gózome en verle á V. defender con sumo talento, valor extraordinario y nobleza nunca superada sus íntimas convicciones en el revuelto campo de la política.

Y dejándome ahora llevar del imperioso anhelo que mueve al hombre á publicar sus afectos honrados y puros, olvido que la ofrenda es mezquina para quien tan grande la merece, y mi pluma, antes por mi corazón movida que por mi mano, junta en la presente obra al nombre de Cándido Nocedal el de su cariñoso amigo

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada el 19 de Mayo de 1855, en el teatro del Príncipe, á beneficio de D. Victorino Tamayo y Baus.

PERSONAJES.		ACTORES.
LA CONDESA DE VALMARÍN...	Doña	Teodora Lamadrid.
TERESA....................	»	Lorenza Campos.
ELENA, bajo el nombre de María	»	Rafaela Tirado.
ANDRÉS....................	Don	Joaquín Arjona.
DON LUIS DE GUEVARA......	»	Victorino Tamayo y Baus.
EL DUQUE DE CAMPO-REAL...	»	José María García.
JOSÉ RUIZ.................	»	Fernando Ossorio.
ANTONIO...................	»	Fernando Cuello.

Damas, caballeros y lacayos.

La acción del primer acto, en una quinta poco distante de Madrid; y en esta villa, en casa de la Condesa, la del segundo y el tercero.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El papel de ELENA se escribió para la niña DOÑA RAFAELA TIRADO, cuyo precoz y peregrino ingenio merecían los mayores encomios; pero los directores de teatros que quieran ejecutar esta obra y no cuenten con una niña para su buen desempeño, podrán encomendarlo á la dama joven de la compañía, sin necesidad de hacer en el texto más variaciones que las de fechas que van indicadas por nota.

ACTO PRIMERO.

Parque.—A la izquierda fachada lateral de una quinta con dos puertas.—Verja en el foro.—Un banco de piedra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA y TERESA.

Aquélla sale por la verja del foro.

CONDESA.

El Duque tiene razón: su silla de posta es más cómoda que mi coche. En ella iré yo. ¿No se nos olvida nada?

TERESA.

Creo que no.

CONDESA.

Ya sabes que saldremos de aquí á las siete en punto.

TERESA.

Ya lo sé.

CONDESA.

Llegaremos á Madrid á las diez, y así podremos descansar bien esta noche. Mañana tendremos mucho que hacer.

TERESA.

Juan es muy listo, y ya habrá repartido las esque-

las de convite y arreglado la casa; pero si no te hubieras obstinado en no volver hasta hoy.....

CONDESA.

Con el pretexto de convenir á mi salud los aires del campo me refugié dos meses há en esta quinta huyendo de mis acreedores, y no he debido regresar á Madrid sino pocas horas antes de aquella en que ha de firmarse mi contrato de boda.

TERESA.

¡Ojalá que tal hora no llegase nunca!

CONDESA.

Te empeñas en mortificarme.

TERESA.

Casándote de nuevo cometes una imprudencia. No me cansaré de repetirlo.

CONDESA.

En vano lo repites. Casada con el Duque, podré satisfacer mis deudas.

TERESA.

Y seguir cumpliendo los antojos de tu insensata vanidad.

CONDESA.

¿Sería mejor exponerme á que mis acreedores recurrieran á los tribunales en contra mía?

TERESA.

Lo mejor hubiera sido contener á tiempo tus despilfarros.

CONDESA.

¡Despilfarros! ¿Cuántas veces te he dicho que yo no he podido disponer de los bienes vinculados de mi primer esposo? Estos bienes pertenecerán á nuestra hija si al fin parece, ó á los más inmediatos herederos del Conde, y con lo que á mí me quedó.....

TERESA.

Bastaba y sobraba para que no carecieras de nada necesario, ni aun de mucho superfluo. Pero te empeñaste en competir con las más opulentas damas; en asombrar con el lujo de tus trenes y la suntuosidad de tus fiestas; en ser ídolo de Madrid, ¿y qué sucedió? Lo que por fuerza había de suceder.

CONDESA.

Mala hija y esposa y madre desventurada, busqué alivio á mis remordimientos y mi dolor en ese ruido que me aturdía, en ese brillo que me ofuscaba, en esa continua agitación que iba poco á poco endureciéndome el pecho. Ya no me es posible vivir de otro modo.

TERESA.

Tu difunto era un alma de Dios: el Duque es un señorón muy encopetado, y si averiguara que tú.....

CONDESA.

Basta.

TERESA.

De fijo reventaba ó nos hacía reventar á nosotras, que sería peor..... Tengo de algún tiempo á esta parte un desasosiego..... Y ¡qué noche he pasado! ¡Qué soñar tan penoso! He creído ver á tu padre tal y como le vimos por última vez en la Coruña once años há; once años que se cumplirán dentro de una hora. Sin duda lo habrás recordado.

CONDESA.

¡Teresa!

TERESA.

Sí, como le vimos: en la orilla del mar tendiendo los brazos hacia la barca en que íbamos nosotras.

CONDESA.

Te he prohibido hablarme de eso.

TERESA.

¡Pobrecillo! Se habrá muerto de pena.

CONDESA.

En el mundo todo se olvida.

TERESA.

Olvidan los hijos á sus padres, y por eso tú has olvidado al tuyo; pero no los padres á sus hijos, y prueba de ello es que tú aún te acuerdas, y siempre te acordarás de tu hija.

CONDESA.

¡Oh, si no la hubiese perdido, cuán otra sería! ¡Oh, si aún viviera, si la recobrase al fin y pudiera estrecharla en mis brazos! Entonces sí que renunciaría contenta á esa pompa que ahora tanto me halaga y seduce; entonces sí que viviría dichosa en el más desierto rincón de la tierra. Don Luis: déjanos.

Vase Teresa.

ESCENA II.

La Condesa y D. Luis.

LUIS.

Apostaría á que ha hablado usted de su hija con Teresa.

CONDESA.

Sí, amigo mío: tal es la causa de mi aflicción.

LUIS.

Fácil era de adivinarlo. ¿Y nunca logrará usted desechar tan funesta memoria?

CONDESA.

Cuando la muerte nos arrebata un sér querido, fuerza es acatar la voluntad del cielo, y la resignación llega al cabo; pero recuerde usted cómo perdí yo á la hija de mis entrañas. Razonablemente puedo presumir que vive todavía. Quizá la conserve en su poder el bandido que me la robó. Y ¡qué vida será entonces la suya!

LUIS.

Ea, ea, á otra cosa. Conque ¿nos marchamos á las siete?

CONDESA.

Sí, señor, á las siete. Ténganlo ustedes todo preparado.

LUIS.

Nosotros poco tenemos que preparar.

CONDESA.

¿Dónde ha dejado usted al Duque?

LUIS.

En el comedor dando cabezadas.

CONDESA.

¡Pobre señor! Esta mañana se levantaría con estrellas.

LUIS.

Él y yo hemos tenido el gusto de contemplar la salida del sol. ¡Espectáculo muy bonito!

CONDESA.

Ha sido mucha fineza en ustedes hacer un viaje esta mañana para acompañarme en el que yo he de hacer esta noche.

LUIS.

El Duque tiene de cuando en cuando muy buenas ocurrencias. Me propuso que viniera con él, y cierta-

mente que no había yo de desaprovechar la ocasión que se me ofrecía de volver á verla á usted antes y con antes.

CONDESA.

Es usted incorregible.

LUIS.

Usted podrá no quererme; pero impedir que yo la ame á usted y se lo diga á cada momento.....

CONDESA.

¿Y si el Duque lo sabe?

LUIS.

Buen cuidado se me daría á mí de eso. Harto hago con no oponerme á que este matrimonio se verifique.

CONDESA.

Y ¿cómo podría usted estorbarlo?

LUIS.

¡Bah! Dando á mi rival una buena estocada.

CONDESA.

No me prive usted del placer de estimarle. Usted es mi único amigo.

LUIS.

Diga usted su esclavo....., su juguete.

CONDESA.

¡Don Luis!

LUIS.

Adoro á usted, y no porque adorarla esté hoy de moda en Madrid, sino porque tal es mi destino; pero conozco que yo no podría hacerla venturosa. No tema usted de mí ninguna imprudencia.

CONDESA.

Cuente usted en cambio con mi agradecimiento. ¿Y está usted seguro de lo que anoche me dijo?

LUIS.

Segurísimo. ¡Maldito dinero! Si tuviese yo el que á usted le hace falta, ¡qué pronto se acabarían estos apuros!

CONDESA.

¡Qué mujer tan inicua!

LUIS.

El que lucha á todo se expone, y usted ha luchado con la Marquesa; la ha vencido, arrebatándole primero el crédito de que por hermosa y elegante gozaba, y después el nombre y los tesoros del Duque de Campo-Real, que consideraba ya como suyos.

CONDESA.

Lo que esa mujer ha hecho es indisculpable. Apenas puedo creerlo.

LUIS.

Pues no hay más. Un agente suyo ha comprado escrituras de préstamo firmadas por usted, y ayer recurrió á los tribunales. Fácil es de colegir que con esto se propone la Marquesa difamarla á usted y ver si logra desbaratar, ó retardar cuando menos, el enlace del Duque. Ella sabe muy bien que este señor es por extremo encopetado y meticuloso.

CONDESA.

Mañana mismo quedará pagada esa deuda; por la noche se firmará mi contrato de boda, y á fe que he de castigar tan perversa trama.

LUIS.

Lo que es en eso hará usted muy bien; pero en cuanto á lo de casarse..... Vamos, no me puedo acostumbrar á la idea de que usted va á ser esposa de otro. ¡Le sentaba á usted tan bien la viudez!

CONDESA.

No diga usted niñerías.

ESCENA III.

DICHOS y el DUQUE.

LUIS.

¿Se ha despertado usted ya?

DUQUE.

¡Despertarme! ¿Supone usted que me he dormido?

LUIS.

Y por cierto que daba usted unos ronquiditos muy graciosos.

DUQUE.

¡Roncar! ¡Este Guevara tiene unas cosas! Cerré los ojos para poder pensar en mi dicha sin que nada me distrajera. En cuanto me case con usted, voy á ser el hombre más envidiado del mundo. ¿Verdad, Guevara?

LUIS.

(¡Á mí me lo pregunta!)

CONDESA.

Siempre mereció usted fama de galante.

DUQUE.

Ahora no soy más que justo. No veo el instante de poder ufanarme con el título de esposo de usted.

LUIS.

(Hágale usted que calle, porque si no.....)

Bajo á la Condesa.

DUQUE.

¿Qué le dice á usted don Luis?

CONDESA.

Me pregunta si he convidado á mi boda á la Marquesa de Torralba.

DUQUE.

¡Ay, Condesa! Cuando yo tuve relaciones con esa dama no la conocía á usted. (La pobre está celosa.)

LUIS.

(¡Fatuo!)

DUQUE.

Recordará usted que, después de llegar á Madrid con el Conde su esposo, estuvo usted algún tiempo retraída del mundo con motivo de la pérdida de su hija.

LUIS.

¿Á qué hablar de eso?

Al Duque con enfado.

DUQUE.

Perdone usted. He cometido una imprudencia.

CONDESA.

¡Oh! no: la llaga estará siempre abierta en mi pecho.

ESCENA IV.

DICHOS y TERESA.

TERESA.

Señora.

CONDESA.

¿Qué?

TERESA.

Un hombre de mala traza, con el embozo hasta los ojos, se empeña en ver á usía.

CONDESA.

Pregúntale qué quiere.

Vase Teresa.

DUQUE.

Será algún bribón, y querrá, sin duda, abusar de la generosidad de usted. Creo que no debe usted recibirle.

LUIS.

Y ¿por qué?

DUQUE.

¡Ya! Usted la echa de filósofo..... No se desdeña de alternar con nadie.....; piensa que todos debemos estar á merced de cualquier tuno que trate de aligerarnos el bolsillo ó de hacernos perder el tiempo.

LUIS.

Rarezas mías, Duque.

TERESA.

Dice que necesita hablar con usía de un negocio muy importante.

Saliendo de nuevo.

DUQUE.

¿De qué negocio ha de hablar con usted un hombre que tiene tan mala traza?

ESCENA V.

DICHOS y JOSÉ RUIZ.

JOSÉ.

Cada cual tiene la traza que Dios le dió, caballero.

TERESA.

Me ha seguido. ¡Qué desvergüenza!

JOSÉ.

Punto en boca, abuelita.

CONDESA.

En efecto. Podía usted haber aguardado.....

LUIS.

¿Quiere usted que le haga salir más que de prisa?

JOSÉ.

¡Eh! No hay que amostazarse. ¿Me conoce usía?

Desembozándose y acercándose á la Condesa, que retrocede al verle.

CONDESA.

¡Jesús! ¿Qué veo? ¿Es posible?.....

TERESA.

Sí, no hay duda; bien presente tengo yo esa cara de condenado.

JOSÉ.

No vale poner motes, mi alma.

CONDESA.

¿Eres José Ruiz?

JOSÉ.

El mismo que viste y calza, señora.

CONDESA.

¡Dios mío!..... ¿Es esto un sueño?.....

DUQUE.

Pero, ¿se puede saber.....?

CONDESA.

Ese hombre....., ése fué el que me robó á mi hija.

DUQUE.

¡Cómo! ¿Éste?.....

CONDESA.

Mil diligencias se practicaron inútilmente en busca suya, y ahora.....

JOSÉ.

Vea usía cómo, cuando Dios quiere, las cosas se vienen á la mano.

TERESA.

Que le prendan, que le prendan al punto. ¡Favor, socorro!

LUIS.

No se escapará.

JOSÉ.

Señora, mande usía á esa vieja que calle, y á este señorito que me suelte. Yo vengo de paz; más: vengo á hacer un favor.

CONDESA.

Sí, déjenle ustedes; y tú habla, ó teme el justo castigo de una madre que es tan desgraciada por culpa tuya.

JOSÉ.

Pues, como iba diciendo, hará ocho años (1), pico más, pico menos; que yo con mi gente asalté un coche en un camino de Andalucía.

CONDESA.

Y no encontrando lo que sin duda esperabas, decidiste quedarte con mi hija hasta tanto que á lugar convenido se te llevase una crecida cantidad de dinero.

JOSÉ.

Cabales: así pasó la cosa sin quitarle ni ponerle.

DUQUE.

¡Y lo confiesa de buenas á primeras el muy descarado!

JOSÉ.

¡Toma! Pues si es verdad.

LUIS.

Serénese usted, amiga mía. Yo le interrogaré.

CONDESA.

No nos interrumpan ustedes. Y di, cruel, di, ¿por qué no esperaste al emisario nuestro, que fué á llevarte la cantidad que habías exigido?

---

(1) Catorce.

JOSÉ.

Porque ni pude esperar, ni estaba en mi mano devolver á la chica.

CONDESA.

¿Por qué? Habla: dilo. No, no; si has de decirme que murió, vete y no me lo digas.

JOSÉ.

No diré yo tal cosa: que tal como á usía se la quité salió de mis manos el angelito.

CONDESA.

Explícate pronto; pronto, por piedad.

JOSÉ.

Á las cuatro ó cinco horas de haber tenido yo el grandísimo gusto de ver esa cara de cielo.....

DUQUE.

¿Pues no se atreve á requebrarla?

JOSÉ.

¡Sosiegue usted el pecho, señor, que no me la comeré con la vista!

CONDESA.

Sigue, no te detengas.

JOSÉ.

Pues como digo, aquella misma noche topamos con uno que, al parecer, no merecía que le registráramos la bolsa; pero recordando que debajo de una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, procedimos á esta operación; y en ella estábamos cuando, como si brotase de debajo de la tierra, se nos encaja encima una partida de tropa que, sin duda, emboscada nos aguardaba. El zipizape que allí se armaría no hay para qué explicarlo. Tuve un mal pensamiento, y ya iba á saciar mi coraje en la criatura que llevaba en los brazos.....

CONDESA.

¡Oh!

JOSÉ.

Cuando el tal de que he hablado á ustedes me dió con un guijarro en la frente, y ahí está la señal que no me dejará mentir; me quitó la niña y apretó á correr en dirección opuesta á la que nosotros y la tropa tomamos.

CONDESA.

Y ese hombre, ¿cómo se llama, quién es, dónde está, dónde podré hallarle?

JOSÉ.

Casualmente le he vuelto á ver, y al instantito le he conocido por varias circunstancias que yo me sé.

CONDESA.

¿Y mi hija?

JOSÉ.

Es, ó mucho me engaño, una que va con él.

CONDESA.

Y, ¿qué tardas? ¿Dónde está ese hombre? Yo misma iré á buscarle.

JOSÉ.

Por lo visto á usía le interesa mucho averiguar el paradero de la chavala.

CONDESA.

¿Eso me preguntas ahora? ¿No sabes que es mi hija? Devuélvemela, y pide en cambio lo que quieras.

JOSÉ.

Á pedir he venido, que la ocasión ha de cogerse por los cabellos; y ayúdame y te ayudaré.....; y toma y daca.....; y.....

LUIS.

¿Hasta cuándo va á durar esta letanía? Hable usted, ó ¡vive Dios!.....

JOSÉ.

Déjese usted estar, señorito, que nadie nos corre. He sido ladrón, pero no tengo sobre mi conciencia una mala muerte. Acabo de pasar tres meses seguidos con mi madre, que es una viejecilla muy guapa, que anda con la barba por el suelo y que me quiere más que á las telas de su corazón. Tanto me ha sermoneado y tanto ha hipado la pobre....., que, la verdad....., no me da vergüenza decirlo, me ha metido en ganas de cambiar de bisiesto y hacerme hombre de bien. Pero si yo me asomo por esos mundos pueden bonitamente echarme la garra, y el hijo de mi madre no nació para verse colgado como los melones. Con el aquel de evitar esta contingencia he pedido mi indulto, y como no tengo ni una rata que me favorezca en Madrid, aprovechando las circunstancias, he dicho para mi capote: Pues señor, vámonos á buscar á mi señora la Condesa, y á proponerle que sea mi madrina y me saque el indulto; en cambio de lo cual yo le descubriré el nombre del que se llevó á la chiquita, cuál es su modo de vivir, dónde, sobre poco más ó menos, se podrá darle caza, y todo lo que se me pregunte y un poco más.

CONDESA.

Bien: te juro hacer lo que me pides. Esta tarde salgo para Madrid; mañana me arrojaré á los pies del mismo Rey, y muy pronto quedarás indultado.

JOSÉ.

Pues trato hecho. También yo marcho á Madrid, y enviaré por la razón á casa de usía.

CONDESA.

Sí; pero dime antes lo que deseo.

JOSÉ.

Lo que es eso nequáquam, señora, porque están verdes.

LUIS.

¿Desconfías de la palabra de la Condesa?

TERESA.

¿Y quién nos asegura que cuanto él nos ha contado no es un embrollo?

DUQUE.

Tiene razón Teresa.

JOSÉ.

No hay en toda España, sin agraviar á nadie, un ladrón tan honrado como yo. ¿Ve usía (A la Condesa.) este escapulario en que está pintada la Virgen de las Angustias? Pues juro por su nombre santísimo que mi boca en esta ocasión ha sido boca de verdades.

CONDESA.

Te creo; pero sé clemente y no dilates mi ansiedad y mi pena. Por esa Virgen te lo suplico; y si es preciso, te lo suplicaré de rodillas.

DUQUE.

¿Qué hace usted, señora?.....

JOSÉ.

Puede usía creer que esas lagrimillas me han traspasado el corazón, que le tengo muy blando; y con esto, y para no cansar más, aquí sobra uno.

LUIS.

No saldrás, villano, y al punto te pondremos en manos de la justicia.

JOSÉ.

Me rindo á discreción, señorito. Ni un alfiler traigo

encima. Haga usted lo que guste; pero entonces, tan cierto como que todos nos hemos de morir, y como que hay un Dios en el cielo, que no diré ni una palabra, y la muchacha no parecerá nunca.

CONDESA.

Déjenle ustedes; que se vaya, que haga lo que quiera. ¡Y ay de él si me engaña!

JOSÉ.

¿Pues no ha visto usía que he jurado por la Virgen de las Angustias?

CONDESA.

Prométeme que te hallaré mañana en Madrid.

JOSÉ.

Iré á Madrid, y allí sabrá usía mi escondite, que yo no desconfío de la gente de calidad. Conque hasta mañana, madrinita mía. Salud y pesetas, caballeros. Con Diós, abuela.

Vase por el foro derecha.

ESCENA VI.

DICHOS, menos JOSÉ RUIZ.

CONDESA.

¡Qué felicidad! Tenía por imposible recobrar á mi hija, y ahora confío en volverla á ver.

DUQUE.

Advierta usted, Condesa, que antes es preciso lograr el indulto de ese bribón; y la vindicta pública.....

CONDESA.

Si algún obstáculo se presentase, á una todos procuraríamos vencerle.

LUIS.

¡Y no faltaba más sino que no pudiésemos alcanzar cosa de tan poca importancia!

CONDESA.

Ya lo dije: hablaré al Rey, me echaré á sus plantas y accederá á mis ruegos. ¡Es tan elocuente la voz de una madre! Y tú, Teresa, ¿por qué callas? ¿No confías también tú en abrazar de nuevo á la desdichada criatura por quien tantas lágrimas hemos vertido?

TERESA.

¡Ay, señora de mi alma, yo estoy que se me puede ahogar con un cabello!

DUQUE.

Hace usted mal en prometérselas tan felices.

CONDESA.

No habrá dispuesto Dios lo que acaba de suceder para quitarme de nuevo la esperanza. Sígueme, Teresa. Vamos á enterarnos de si está ya todo preparado para el viaje. No veo el instante de llegar á Madrid.

DUQUE.

Abríguese usted bien. Este otoño es muy fresco.

CONDESA.

La recobraré, sí. No debo, no quiero dudarlo.

Vase con Teresa por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA VII.

DON LUIS y el DUQUE; después ANDRÉS y MARÍA.

DUQUE.

Esta señora va á perder la cabeza.

LUIS.

No es para menos lo que le pasa.

DUQUE.

Sí, ciertamente..... ¿Quién se había de figurar?.....

Andrés y María se detienen junto á la verja del foro, y aquél toca la gaita.

LUIS.

Vea usted: ya tenemos música para solemnizar el acontecimiento.

DUQUE.

El diablo que la resista.

LUIS.

¡Pobre gente!

DUQUE.

¡Eh! Váyanse al punto.

LUIS.

Mire usted qué linda es la chiquilla.

DUQUE.

Sí, lo será; pero, por todos los santos, que callen.

LUIS.

Basta de música: se os pagará por que no toquéis.

MARÍA.

Entonces, mejor que mejor.

Acercándose. Andrés permanece en el foro.

LUIS.

¿Qué malos vientos os traen por aquí?

MARÍA.

De Madrid venimos, y vamos adonde nos lleven los pies; y de esta manera nos ganamos el sustento por el camino.

LUIS.

¿Y como cuánto querrías tú que te diésemos?

MARÍA.

Si es que nada me ha de dar su merced, mal hace en engañarme.

LUIS.

Desconfiada eres, muchacha.

MARÍA.

Un poquillo, que viviendo se aprende.

LUIS.

Sí, que tú has vivido mucho. ¿Cómo te llamas?

MARÍA.

María, para servir á Dios y á su merced. Conque, ¿hay algo para nosotros?

LUIS.

Ya te he preguntado que con cuánto te darías por satisfecha.

MARÍA.

Vamos, señor, déme lo que guste y no me tiente la codicia.

LUIS.

Lo que me pidas ofrezco darte.

MARÍA.

¿Y si pido mucho?

LUIS.

No importa.

MARÍA.

Pues vengan dos reales.

LUIS.

Vayan veinte.

Dándole un duro.

MARÍA.

¡Veinte! ¿Qué, de veras todo esto es para mí?

LUIS.

Sí, hermosa.

MARÍA.

¡Un duro! ¡Un duro! ¡Qué alegría! Pero no; esto debe ser demasiado. Tenga usted ahí. (Devolviéndole el duro y

yendo hacia donde está Andrés.) Padre, aquel caballero quiere darme un duro: ¿le tomo?

ANDRÉS.

Tómale, hija mía, y besa la mano á ese señor por el bien que nos hace.

MARÍA.

Pues venga el duro, y ahí va el beso.

LUIS.

Ahí va el duro de balde.

Resistiéndose á que María le bese la mano.

MARÍA.

¡Qué buen corazón! ¿Nos permite su merced descansar un ratito á la sombra de estos árboles? ¡Hay aquí tantas flores!.....

LUIS.

Descansad en hora buena.

MARÍA.

Y bien que lo necesita mi pobre padre.

Va en busca de Andrés y le trae de la mano hacia el proscenio.

LUIS.

Apuesto á que no han comido en todo el día los infelices.

DUQUE.

Y si va usted diciendo amén á cuanto se le antoje á la niña.....

LUIS.

Pero ¿no ve usted qué graciosa es?.....

Antonio y otros dos criados salen de la quinta con bultos de equipaje.

DUQUE.

¡Eh, Martín! (A uno de los criados.) El abrigo de don Luis y el mío dentro de la silla, por si hacen falta.

Vanse los criados por la verja del foro.

MARÍA.

Ea, padre, siéntese usted, que estos señores lo permiten.

Haciéndole sentar en un banco.

LUIS.

Ese hombre está exánime.

DUQUE.

Los pordioseros tienen muchas camándulas.

LUIS.

Di, niña, (María se acerca á él.) ¿Qué le pasa á tu padre? ¿Está enfermo?

MARÍA.

No, señor: está como alelado de resultas de una pena muy grande, que en tal día como hoy se le aumenta todos los años.

LUIS.

¿Por qué?

ANDRÉS.

¿Por qué?..... ¡Ay, señor; porque tal día como hoy, once años há, perdí..... todo lo perdí, todo!

DUQUE.

De cierto va á contarnos que perdió su caudal.

MARÍA.

No, señor; que lo que perdió fué una hija muy bonita, á quien quería más que á las niñas de sus ojos.

DUQUE.

Y qué, ¿aun llora á la difunta?

MARÍA.

Ca; si no murió.

DUQUE.

Pues no entiendo.....

MARÍA.

La muy pícara se le escapó de casa.

LUIS.

¡Hola, hola!

DUQUE.

(¡Qué cotorra es la niña!)

MARÍA.

Y él ha dado en la manía de que la ha de buscar por toda la tierra.

LUIS.

¡Coincidencia más rara!

DUQUE.

En efecto: hoy llueven niños perdidos. No sé qué gusto tiene usted.

Don Luis, sin hacerle caso, se acerca á Andrés, que permanece inmóvil sentado en el banco.

LUIS.

Ánimo, buen viejo; por esta chica sé ya lo que á usted le pasa.

ANDRÉS.

Y ¿qué, me compadece usted, verdad?

LUIS.

¿Cómo no, si es usted desgraciado? ¿Quiere usted contarnos sus penas?

ANDRÉS.

Sí, señor; si usted quiere oirlas.....

DUQUE.

Pero hombre.....

LUIS.

Este es un entretenimiento como otro cualquiera. Ya escucho.

ANDRÉS.

Verá usted, señor, verá usted qué suerte tan mala he tenido siempre. No conocí á mis padres, y en un pueblo de Galicia criáronme gitanos, de quienes huí

en cuanto pude. La mujer que fué mía luego, murió haciéndome padre. ¿Oye usted esto? ¡Fuí padre! Padre de una niña tan hermosa, que la gente se paraba embelesada en medio de la calle al verla pasar. Bendijo el cielo mis afanes, y pude tenerla tan compuesta como una señorita y darle educación esmerada. Acababa de cumplir diez y seis años, y un día..... ¡Qué día!..... La busqué por todas partes; la aguardé en vano..... ¡Ay pobre de mí! Había huído, señor; había abandonado á su padre.

LUIS.

¿Por qué motivo?

ANDRÉS.

Sólo pude averiguar que de cuando en cuando venía al pueblo un caballero desconocido, que no paraba en él más que una ó dos horas, y que se le había visto hablar con mi hija.

MARÍA.

¡Por un novio dejar á su padre! Ya ve usted qué alhaja sería la criatura.

ANDRÉS.

Dí parte á la justicia. Todas las pesquisas fueron inútiles. Buscábala también yo, y un día, estando en la Coruña á la orilla del mar, la vi en una barca con un joven y con la mujer que la cuidaba, y que había desaparecido al mismo tiempo que ella. Grité como loco, y creí notar que los marineros remaban más de prisa. Los tres infames subieron á un bergantín, y el bergantín al momento se dió á la vela. Lo que entonces sentí no puedo explicarlo; pero lo cierto es que me arrojé al agua como para seguir al buque maldito que se llevaba á mi hija.

DUQUE.

¡La ocurrencia fué singular!

Riendo. Don Luis le mira con desdén.

ANDRÉS.

Medio ahogado me sacaron del mar unos pescadores. Supe que aquella embarcación había salido para Cádiz. Allá me fuí.

LUIS.

¡Buen salto!

ANDRÉS.

En Cádiz no logré hallarla. Á otra parte..... á otra..... á otra. He recorrido ya casi todas las ciudades principales de España. ¡En todas pregunto por mi hija á cuantos me quieren oir! Miro á cuantos se asoman á los balcones, á cuantos entran en las iglesias, á cuantos acuden á las diversiones públicas, á cuantos van por las calles y los paseos..... ¡Y nada! ¡Ni María, ni su raptor, ni la mujer que la acompañaba! ¡Ninguno de los tres, ninguno! Ahora vengo de Madrid. Voy..... no sé adónde. Y seguiré buscándola en vano. Pero nunca dejaré de buscarla. Dios me ha maldecido. Mi hija no parece. Otro cualquiera en mi lugar ya se hubiera muerto de pena, y yo ni eso: ni siquiera morirme.

Llorando.

LUIS.

Vamos, vamos; tranquilícese usted. Quién sabe si algún día.....

ANDRÉS.

¿He dicho que no la encontraré? Pues mire usted, he mentido. Juraría que he de encontrarla.

LUIS.

Y esta chica, ¿es también hija de usted?

ANDRÉS.

Sí, sí, señor; ésta es una perla, un ángel del cielo.

LUIS.

Pues ponga usted en ella todo su cariño paternal, y olvídese de la que le habrá olvidado sin duda.

MARÍA.

Eso le digo yo: que me quiera á mí solita.

LUIS.

Cuando las cosas no tienen remedio.....

ANDRÉS.

¿Y quién piensa que ésta no le tiene? Vaya si lo tendrá. Estoy yo muy convencido de que un día ú otro he de encontrarla. Hasta hoy han sido vanos mis esfuerzos; no importa: seguiré buscándola mientras me dure la vida. Y si al fin la encuentro, juro á Dios..... Mire usted, señor, la verdad es que si la encuentro, lo que haré yo será perdonárselo todo; y entonces sí que me moriré..... de alegría, señor, de alegría.

LUIS.

¡Pobre viejo!..... Pero ¿qué es eso....., qué tiene usted?

Viéndole vacilar y buscar apoyo.

MARÍA.

¡Qué ha de tener! Que hoy no ha querido probar bocado.

LUIS.

Antonio (A Antonio, que vuelve.), llévalos á la cocina, y que les den algo de comer.

ANDRÉS.

No..... Ya se me va pasando el vahído.....

LUIS.

Vaya usted, buen viejo: también tú, chiquilla.

MARÍA.

¡Ca! no....., no señor, muchas gracias.

LUIS.

Hagan ustedes lo que se les dice.

MARÍA.

¡Ya!..... Si usted nos lo manda.....

LUIS.

Lo mando.

MARÍA.

Pues chitito....., y á comer, padre.

ANDRÉS.

Dios se lo pague á usted, caballero.

MARÍA.

Lo que es otro señorito como usted, ni con un candil que se le buscara.

Vanse por la segunda puerta de la izquierda. Empieza á anochecer.

ESCENA VIII.

El Duque y D. Luis; á poco la Condesa.

DUQUE.

Usted, amigo, dispone aquí como si estuviera en su casa.

LUIS.

Por bien hecho dará la Condesa lo que acabo de hacer.

DUQUE.

¡Cuidado con estarse media hora hablando con un gaitero!.....

LUIS.

Y usted, ¿por qué no se ha ido?

DUQUE.

Al fin picó mi curiosidad el demonio del hombre con los disparates que nos ha referido. También esta gentecilla quiere echársela de sensible.

LUIS.

Mire usted, Duque: no todos tienen medios para gozar en el mundo, pero corazón para amar y padecer á nadie le falta.

CONDESA.

Los coches están enganchados y es hora de partir. (Entrando por la primera puerta de la izquierda.) Conque prepárense ustedes.

DUQUE.

Yo ni siquiera tengo que volver á entrar en la quinta. Mi criado Martín ha llevado ya á la silla de postas cuanto nos pertenece á don Luis y á mí.

LUIS.

Ruego á usted, Condesa, que me perdone lo que en su casa acabo de hacer.

CONDESA.

Y sepamos: ¿qué es lo que usted ha hecho?

Con tono festivo.

LUIS.

He dispuesto que den de comer á un gaitero y á una muchacha que han venido pidiendo limosna.

CONDESA.

Por tal atrevimiento no cuente usted con mi perdón, sino con mi gratitud.

DUQUE.

Este señor filántropo se ha estado aquí rato no corto departiendo mano á mano con ese vagabundo.

LUIS.

El cual, vea usted qué singular coincidencia, se halla en el mismo caso que usted.

CONDESA.

¿Cómo así?

LUIS.

Como que también anda buscando á su hija.

CONDESA.

¿Á su hija?

DUQUE.

Que se le escapó con un amante.

CONDESA.

¿Sí?

DUQUE.

Años há. No recuerdo cuántos ha dicho.

LUIS.

Y desde entonces va el infeliz mendigando de pueblo en pueblo, empeñado en hallarla.

DUQUE.

Otros con menos motivos estarán encerrados en una casa de locos.

CONDESA.

¿De dónde viene?

LUIS.

Ahora de Madrid. Cuando se quedó sin la doncellita menesterosa habitaba en Galicia.

CONDESA.

¡En Galicia!

LUIS.

¡Eh!..... Ese grito.....

DUQUE.

Se ha puesto usted muy pálida.

CONDESA.

¡Estoy tan nerviosa!..... La venida de José Ruiz.....

La esperanza de recuperar á mi hija..... El temor de un nuevo desengaño..... No es nada, nada. Se hace tarde. Á partir.

DUQUE.

¿Irá usted en la silla?

CONDESA.

Sí; sí, señor.

DUQUE.

Pues voy á ver por mí mismo si todo está bien arreglado.

Vase por la verja del foro.

LUIS.

Yo subo á mi cuarto por un solo momento.

Vase por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA IX.

La CONDESA, después MARÍA.

CONDESA.

Ese hombre..... Lo que de él han contado..... ¿Qué debo pensar? ¿Me arrebató acaso el cielo á mi hija porque yo abandoné á mi padre, y no quiere devolverme á la una sin que el otro.....? ¡Bah! Después de tanto tiempo..... Á ese anciano le habrá ocurrido lo mismo que á mi padre. No soy yo la única mujer que ha huído del suyo. ¿Y he de quedarme con esta duda, con esta horrible zozobra? Averiguaré la verdad. ¿Para qué? Segura estoy de que mis temores son infundados, y por una vana aprensión no he de retardar mi viaje. Iba á partir. Partiré. Sí, partiré al punto. Es lo mejor.

MARÍA.

¡Ah!, ya se han ido.....

CONDESA.

¿Quién eres tú? ¿Qué haces en esta casa?

MARÍA.

Perdóneme usted, señora, creí.....

CONDESA.

¿Qué? Dilo.

MARÍA.

(No, no se le parece al otro.)

CONDESA.

¿Qué rezas entre dientes?

MARÍA.

¿Es delito rezar?

CONDESA.

¿Te burlas?

MARÍA.

No, no señora; líbreme Dios.

CONDESA.

Quién eres te he preguntado ya.

MARÍA.

Y ya hubiera yo respondido si usted no me estuviese mirando con esos ojos tan relucientes.

CONDESA.

Habla.

MARÍA.

Soy la hija del gaitero, á quien ha socorrido un señorito muy bueno y muy guapo que encontramos aquí.

CONDESA.

¡Ah! ¿Ese vagabundo es tu padre?

MARÍA.

Sí, señora.

CONDESA.

¿Pues no dicen que anda buscando á su hija?

MARÍA.

Y dicen bien.

CONDESA.

¿Conque ha tenido más de una?

MARÍA.

Á la cuenta.

CONDESA.

(Mi padre, cuando le abandoné, no tenía más hija que yo.) ¿Y por qué estáis aquí todavía?

MARÍA.

Ya nos vamos.

CONDESA.

Sí, marchad en seguida: en seguida. ¿Lo oyes?

MARÍA.

No soy sorda, á Dios gracias.

CONDESA.

(Me alarmé sin motivo. Necia he sido de veras.)

Procurando recobrarse, y dirigiéndose á la quinta.

ANDRÉS.

Dentro.

¡María!

CONDESA.

¡Ah!

Deteniéndose y dando un grito de espanto.

MARÍA.

No se asuste usted, que es mi padre.

CONDESA.

¿María te llamas?

MARÍA.

Sí, señora, María.

CONDESA.

(¡Otro desatino! Pues no me había figurado.....)

ANDRÉS.

¡María!

CONDESA.

¿Conque os marcharéis?

MARÍA.

Sí, señora, sí.

CONDESA.

No os detengáis ni un solo instante.

MARÍA.

Está bien: nos iremos corriendo.

CONDESA.

(¡Qué susto! Cuando la conciencia no está tranquila.....)

Éntrase por la primera puerta de la izquierda.

MARÍA.

¡Jesús, qué pícara mujer!

ESCENA X.

ANDRÉS y MARÍA.

ANDRÉS.

¡María! ¡María!

Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.

MARÍA.

Pero ¿no me ve usted?

ANDRÉS.

Si no te llamo á ti, criatura. Si llamo á la otra.....

MARÍA.

¿Á qué otra?

ANDRÉS.

Á mi hija....., á mi hija verdadera.

MARÍA.

Vámonos al momento, padre.

ANDRÉS.

¿Estás en tu juicio? ¡Irme ahora!

MARÍA.

No sea usted terco, que aquí corremos peligro.

ANDRÉS.

¿Pero no ves cómo río, y cómo lloro de contento? El corazón no me engañaba. ¡Dios eterno, tú no abandonas á los pobres desventurados!

MARÍA.

¡Pues sucedió lo que me pensaba! Ya le decía yo á usted que no bebiese tanto.

ANDRÉS.

Si no es eso.....: si es que ya la encontré; que ya encontré á mi hija; no lo dudes, á la hija de mi corazón

MARÍA.

Usted por querer quitarse las penas.....

ANDRÉS.

No me desesperes. Te digo que la he visto, como á ti te estoy viendo. Al pasar por delante de una habitación en que había luz..... Por poco me caigo redondo. Se me figuró que era ella misma..... Luego vi que era una pintura....., un retrato....., un retrato suyo......, y no me detuve más: eché á correr, llamándola á gritos.

MARÍA.

¡Dios mío! ¿Será cierto?

ANDRÉS.

Mentira parece; pero te juro que es verdad. ¡Qué contenta se pondrá la pobre en cuanto me vea!

MARÍA.

Una señora ha estado aquí hablando conmigo.

ANDRÉS.

Ella, tal vez.....

MARÍA.

No lo quiera la Virgen Santísima, que la tal señora tiene traza de no ser nada buena.

ANDRÉS.

Entonces no era ésa mi hija. Pronto daré con ella.

MARÍA.

¡Ojalá! Pero..... ¡pobrecita de mí!

ANDRÉS.

¿Por qué, criatura?

MARÍA.

Porque ahora no me va usted á querer ni tantico.

ANDRÉS.

¡No quererte yo á ti, lucero de mis ojos! ¡Á ti, por quien vivo aún; á ti, por quien puedo volverla á ver!..... Pero, corramos....., corramos en su busca. Ven..... Sígueme.

MARÍA.

Tengo miedo sin saber por qué.

ANDRÉS.

¡María, hija!..... ¡Aquí estoy!..... ¡Aquí está tu padre!.....

Gritando y dirigiéndose hacia la primera puerta de la izquierda. Teresa, que sale por esta misma puerta con una bolsa en la mano y ataviada como para ponerse en camino, tropieza con Andrés.

ESCENA XI.

DICHOS y TERESA; después la CONDESA, D. LUIS y el DUQUE.

TERESA.

¡Eh! ¿No tiene usted ojos en la cara?

ANDRÉS.

¡Teresa!

TERESA.

¡Madre de Dios!

ANDRÉS.

A María.

¿Ves cómo te decía verdad?

TERESA.

Retrocediendo.

¡Si será alma del otro mundo!.....

ANDRÉS.

¡Infame! Tenía pensado acabar contigo.....

TERESA.

¡Andrés!

ANDRÉS.

No temas: todo lo olvido. Pronto, ¿dónde está?

TERESA.

(¡Qué apuro!)

ANDRÉS.

Habla. Si no la veo pronto, voy á morirme antes de verla.

MARÍA.

Vamos, hable usted, que mi padrecito se pone malo.

ANDRÉS.

Amenazándola.

¿Dónde está? Responde, ó te mato.

TERESA.

¡Oh!

MARÍA.

Deteniéndole.

¡Padre!

ANDRÉS.

Dí.

TERESA.

Aquí está.

MARÍA.

Saltando de gozo como para alegrar á Andrés.

¿Oye usted? ¡Viva! ¡Viva!

ANDRÉS.

¡Ay! Á mí me va á dar algo..... No, no, Dios santo, no me mates ahora.

TERESA.

¡Ya vienen!

MARÍA.

Mire usted: allí.

ANDRÉS.

Viendo aparecer á la Condesa, y cayendo al suelo sin sentido.

¡Oh! ¡Mi hija!

CONDESA.

Saliendo con sombrero y abrigo por la primera puerta de la izquierda; D. Luis viene con ella.

¡Mi padre!

LUIS.

¡Eh! ¿Qué dice usted?

DUQUE.

Presentándose en la verja del foro.

¿Vamos?

CONDESA.

Bajo, á D. Luis. Vacila un momento, y luego se dirige hacia el foro.

¡Silencio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala amueblada lujosamente en casa de la Condesa. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA.

La Condesa y Teresa: á poco Antonio.

TERESA.

Desde la puerta del foro.

Ya está ahí Antonio.

CONDESA.

Que venga. ¿Tendré que avergozarme también en presencia de un criado mío?

ANTONIO.

Saliendo á una señal que Teresa le hace.

¿Ha descansado usía del viaje?

CONDESA.

Sí. ¿Tú acabas de llegar?

ANTONIO.

En este momento.

CONDESA.

Di: ¿qué ha sido de aquel gaitero que quedó en la quinta desmayado?

ANTONIO.

Hice lo que usía mandó, y poco después recobró el

sentido; pero no del todo, porque miraba como demente á uno y otro lado, preguntando á voces: «¿Dónde está, dónde está?» «La señora Condesa de Valmarín se ha marchado», le respondí yo. «Sí, padre, se ha marchado», exclamó llorando la niña que le acompañaba.—«¿Por dónde?»—«Por allí.»—Y echó á correr como alma que se lleva el demonio.

CONDESA.

Vete.

Vase Antonio.

ESCENA II.

La CONDESA y TERESA: después ANTONIO.

CONDESA.

Nada se ha descubierto aún; pero mi padre sabe el nombre que llevo.

TERESA.

Y ¿qué recurso nos queda si viene aquí?

CONDESA.

Negar.

TERESA.

¿Negar yo después de haberle conocido en la quinta?

CONDESA.

Negarás, Teresa, y, si es preciso, jurarás que no le conoces.

TERESA.

¿Tendrás tú valor para rechazarle?

CONDESA.

Ya que sé cómo vive, cuidaré en lo sucesivo de remediar su indigencia por segunda mano; pero si ayer le dejé desmayado en el suelo, ¿para qué no ten-

dré valor? Ganemos tiempo. En cuanto me case y recupere á mi hija, haremos un largo viaje por países extraños; y si me fuera posible no volver nunca á España.....

TERESA.

El corazón me dice que en vano querríamos seguir ocultando la verdad. Créeme: no te cases; busquemos á tu padre sin dilación; vámonos á nuestra tierra; vivamos allí en paz. Esto es lo acertado; esto sólo.

CONDESA.

Más audacia tenías cuando, sobornada por el Conde, me aconsejabas que le siguiese. Un poco más de resolución ahora, Teresa, y ayúdame á evitar el peligro de que estoy amenazada.

TERESA.

¡Á don Luis ya no se le puede engañar! Es joven, atolondrado, y con una sola palabra que se le escape.....

CONDESA.

Don Luis callará. Para obligarle á ser prudente hice como que le confiaba un secreto que él en realidad descubrió.

TERESA.

Tu obstinación no tiene disculpa.

CONDESA.

Te engañas. ¿He de bajar voluntariamente desde la altura en que me hallo á tan hondo abismo? ¡Cómo se burlarían de mí las ilustres damas que ahora me envidian! ¡Cuál se gozaría en mi infortunio la Marquesa de Torralba, esa depravada mujer que, arriesgando su dinero, intentaba promover un escándalo que me infamase! Recuerdo que el Conde para casarse conmigo puso por condición que yo nunca

revelara mi origen. ¿He de faltar á mi promesa, manchando el esclarecido nombre de quien tan hidalgamente cumplió la suya? Y hoy, hoy que espero recobrar á mi hija, ¿he de publicar mi oprobio, que se reflejaría en ella? No, Teresa, no. Lucharé, me defenderé. Ya el agente de la Marquesa ha recibido el importe de la deuda cuyo pago me reclamaba judicialmente. Esta noche, el baile en que se firmará el contrato de mi boda con el Duque. Mañana seré rica. Adelante: á todo estoy resuelta, venga lo que viniere.

ANTONIO.

Desde la puerta del foro.

El señor Duque de Campo-Real.

Vanse Antonio y Teresa.

ESCENA III.

La CONDESA y el DUQUE.

DUQUE.

¡Albricias, Condesa, albricias!

CONDESA.

¿Ha visto usted al Rey?

DUQUE.

Acabo de verle.

CONDESA.

¿Concede la audiencia que para mí le habrá usted pedido?

DUQUE.

Concede el indulto.

CONDESA.

¿De veras?

DUQUE.

Le ha interesado tanto la desgracia de usted, que, sin vacilar un punto, resolvió complacernos si, con efecto, ese truhán no ha matado á nadie.

CONDESA.

¡Bendito Dios!

DUQUE.

Dichosamente estaba allí el Ministro de Gracia y Justicia, y quizá hoy mismo quede despachado el asunto.

CONDESA.

José Ruiz me ha escrito.

DUQUE.

Y aún ha hecho más S. M.

CONDESA.

Me dice el sitio en que á cualquiera hora podremos hallarle.

DUQUE.

Su Majestad asegura que no ha visto nunca mujer más hermosa que usted.

CONDESA.

¡Cuánta bondad!

DUQUE.

Y como siempre me ha tenido á mí particular estimación, quiere apadrinarnos.

CONDESA.

¡El Rey padrino de mi boda!

DUQUE.

Ya el Conde, mi primo, no puede serlo sino en nombre de S. M.

CONDESA.

(Si ahora se descubriese.....)

DUQUE.

Pero, ¿qué tiene usted? Parece que tan fausta nueva la asusta en vez de alegrarla.

CONDESA.

Tamaña honra me alegra y me asusta al par.

DUQUE.

Sí..... ¡Una honra tan grande!..... También yo..... Voy, voy al momento á participar á mi primo esta soberana resolución.

ESCENA IV.

DICHOS y D. LUIS.

Éste sale corriendo muy azorado y se detiene al ver al Duque.

LUIS.

¡Oh! (¡El Duque!)

DUQUE.

¿Qué trae usted, amigo?

LUIS.

¿Yo? Nada..... Á los pies de usted, Condesa.

CONDESA.

Bien venido, Guevara.

LUIS.

(¡Qué contratiempo!)

DUQUE.

Á usted algo le ha sucedido.

CONDESA.

Bajo, á D. Luis con ansiedad.

(¿Qué hay?)

LUIS.

A la Condesa.

(Ánimo.)

DUQUE.

Qué, ¿no quiere decirlo?

CONDESA.

(Hable usted.)

LUIS.

(Acabo de encontrar á su padre de usted en la calle.)

CONDESA.

(¡Qué fatalidad!)

DUQUE.

Pues la cosa debe de tener alguna importancia, porque la Condesa pone un gesto..... ¿Por qué á ella se lo cuenta usted y á mí no?

LUIS.

Porque las damas son compasivas y usted es burloncillo. ¡Parece tan ridículo un hombre rodando escaleras!

DUQUE.

¡Cómo! ¿Usted?.....

LUIS.

Sí, señor..... Acabo de contar veinticinco escalones con las costillas.

DUQUE.

¿De veras? ¡Ja! ¡Ja!

LUIS.

Lo que yo me temía: ya se está usted riendo.

DUQUE.

Supongo que no habrá que llamar al cirujano.

LUIS.

Ciertamente; pero el susto..... (Quizá venga aquí.)

Bajo á la Condesa.

DUQUE.

Tome usted un poco de agua con unas gotas de vinagre.

CONDESA.

Bajo á D. Luis.

(Es preciso alejar al Duque.)

LUIS.

Volviéndose hacia el Duque.

Hasta luego.

DUQUE.

¿Eh?

LUIS.

Creí que había usted dicho adiós.

DUQUE.

Pensando estaba en marcharme.

LUIS.

(¡Qué feliz pensamiento!)

DUQUE.

Aun tengo mucho que hacer. ¿Me permite usted que le bese la mano?

LUIS.

Tiempo le queda á usted para eso.

CONDESA.

Hasta después.

LUIS.

Adiós, Duque.

El Duque se retira y vuelve.

DUQUE.

¿Con que el baile empezará á las diez; la firma del contrato, en presencia de los testigos, de los parientes y de algunos de nuestros amigos más estimados?

CONDESA.

Sí, justamente.

DUQUE.

Seré puntual.

LUIS.

¡Gracias á Dios!

Repítese el juego anterior.

DUQUE.

¡Ah! ¿No sabe usted?..... El Rey va á ser padrino de nuestra boda.

LUIS.

Hola..... ¿El Rey?..... Me alegro, me alegro infinito. Vaya usted con Dios.

Empujándole hacia la puerta. Vase el Duque.

ESCENA V.

CONDESA y D. LUIS: después TERESA: á poco ANTONIO.

CONDESA.

¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

LUIS.

Le he visto muy bien.

CONDESA.

Confieso que no le esperaba tan pronto.

LUIS.

Con tal que el Duque no se encuentre con él de manos á boca..... Casi me alegraría, porque entonces, adiós matrimonio. ¡Oh! Soy un insensato.

CONDESA.

¡Qué despreciable debo parecerle á usted!

LUIS.

Estoy tan acostumbrado á que me parezca usted hechicera, que todavía.....

CONDESA.

¡Luis!

LUIS.

Tiene usted razón: no sé lo que me digo.

CONDESA.

Bien estoy pagando mi culpa. Si mi padre lograse averiguar las señas de mi casa.....

LUIS.

Si viniese esta noche.....

CONDESA.

¡Esta noche!

LUIS.

Tranquilícese usted: no es lo más probable.

CONDESA.

Únicamente puede salvarme la audacia. ¡Qué quiere usted! Una falta es siempre origen de otras muchas. Debo á todo trance encubrir la verdad; no por mí, sino por la memoria de mi esposo, por el nombre de mi hija.

LUIS.

Además, el escándalo sería terrible.

CONDESA.

Confío en la lealtad de usted: confío en que no me negará su amparo.

LUIS.

Me hace usted justicia.

CONDESA.

¡Ese ruido!.....

Tira fuertemente del cordón de la campanilla.

LUIS.

Le aseguro á usted que este negocio me acobarda.

CONDESA.

¿Qué me sucederá á mí?

LUIS.

Pues nada de eso: con serenidad se han de conjurar los grandes peligros.

CONDESA.

A Teresa que sale muy azorada por el foro.

¿Qué hay, Teresa?

TERESA.

Bajo, á la Condesa.

Tu padre está ahí.

CONDESA.

¡Oh! Habla alto. Don Luis puede oirnos.

TERESA.

Los criados tratan de detenerle, y él dice á gritos que es tu padre.

LUIS.

¿Qué haremos?

CONDESA.

Luchar.

Tira del cordón de la campanilla.

TERESA.

¿Cuál es tu intención?

Antonio sale por el foro.

CONDESA.

A Antonio, sonriendo.

Calla. Ese hombre que acaba de llegar dice que es mi padre, ¿eh?

ANTONIO.

Turbado.

Sí, señora; eso dice.

CONDESA.

No le exasperéis; debe de ser un pobre demente.

ANTONIO.

De fijo. ¡Si tiene una cara!..... Lo mismo me había figurado yo.

CONDESA.

Hazle entrar en esta sala, y que aguarde un momento.

ANTONIO.

¿No teme usía?.....

CONDESA.

No, nada. Quiero desengañar á ese desdichado anciano y darle un socorro.

ANTONIO.

¡Qué buena es usía!

CONDESA.

Vé por él.

Vase Antonio por el foro.

TERESA.

Tiemblo como una azogada.

CONDESA.

Con ira.

Déjate de aspavientos.

LUIS.

El lance es grave.

CONDESA.

Síganme ustedes. (Dios dirá.)

Vanse los tres por la puerta de la izquierda.

ESCENA VI.

ANDRÉS y MARÍA.

Antonio aparece con ellos en la puerta del foro, y luego se va.

MARÍA.

Examinando la estancia.

¡Ay, padre! Miedo me da de entrar aquí.

ANDRÉS.

¡Qué muebles! ¡Qué lujo! ¿Y ésta es su casa? ¡Bah! ¿No supe en la quinta que allí habitaba la Condesa de Valmarín? Sin duda la tal Condesa es mi hija..... ¡Ella Condesa!..... No hay para qué romperse los cascos, que pronto sabremos la verdad.

MARÍA.

Lo que es yo, no las tengo todas conmigo.

ANDRÉS.

Desde la puerta creí ver pasar á Teresa. ¡Inicua! ¡No haber dicho á mi hija que yo estaba allí!

MARÍA.

¡Qué terco es usted, padre! Aquella señora le vió á usted muy bien.

ANDRÉS.

Tú eres la terca. Á haberme visto, ¿se hubiera marchado? Lo que hay de cierto es que la pobre no reparó en mí, y que Teresa, por no sé qué motivo, no le diría nada.

MARÍA.

Jurara que se fué de prisa y corriendo la tal señora para que usted al volver en sí no la encontrase ya en la quinta.

ANDRÉS.

¿Qué apostamos á que me enojo contigo? ¿Cómo puedes imaginar que huyese de mí? Eres una loquilla que no sabes lo que te pescas. Seguro estoy de que la infeliz se habrá arrepentido de su falta; segurísimo de que me habrá buscado como yo á ella. Verás verás cómo viene volando á pedirme perdón.

MARÍA.

Para venir volando ya tarda.

ANDRÉS.

Pero ¿qué es lo que tú presumes?

MARÍA.

Yo no sé más sino que allá fué muy ligera de pies para marcharse, y que ahora los tiene de plomo para venir.

ANDRÉS.

Quizá no esté en casa.

MARÍA.

Nos han dicho que sí.

ANDRÉS.

Pueden haberse equivocado. Me estremezco á pesar mío. Después de tantos años como hace que no me ve..... Fuera....., fuera malos pensamientos. Mi hija es buena, mi hija me ama. ¡Oh! Teresa....., ella la envía sin duda.

ESCENA VII.

DICHOS y TERESA.

TERESA.

La señora Condesa quiere saber qué es lo que á usted se le ofrece.

ANDRÉS.

¿Qué? ¿Te chanceas? Pues ¡voto á Cristo!, que para chanzas estoy yo ahora.

TERESA.

Repare usted en dónde se halla, buen hombre.

ANDRÉS.

¿Buen hombre me llamas?

MARÍA.

¡Ay....., ay....., ay.....!

TERESA.

Pues usted, ¿quién es?

ANDRÉS.

¿Tú me lo preguntas?

TERESA.

¡Ah, sí, ahora recuerdo: el de la gaita; el que estuvo ayer en la quinta de mi señora!

ANDRÉS.

¿Conque el de la gaita?

TERESA.

Y por cierto que allí todos le tuvimos á usted por loco.

ANDRÉS.

¿Conque me tuvisteis por loco?

TERESA.

Sí; porque dió usted en la manía de creerse padre de mi señora la Condesa. Y á fe que si yo no sigo la broma, me hace usted añicos entre sus manos.

ANDRÉS.

¿Broma, eh?

TERESA.

Supongo que no vendrá usted con la misma tema.

ANDRÉS.

¡Ah vieja infame y descarada, ah bruja maldita!.....

TERESA.

Cuidado con propasarse.

Retirándose asustada.

MARÍA.

¡Si me lo daba el corazón!

ANDRÉS.

Calla también tú. Á mi hija, aquí como allí, la en-

gañan y le ocultan que yo la busco. Mi hija ignora estas iniquidades que se están haciendo conmigo..... ¡Oh! Yo la encontraré, y entonces.....

Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.

TERESA.

Deténgase usted.

Tratando de detenerle.

MARÍA.

Más vale que luego volvamos.

ANDRÉS.

No; ahora mismo.

TERESA.

Repito que no se puede pasar.

ANDRÉS.

¿Que no se puede? Pues ya verás como yo paso.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. LUIS.

LUIS.

¿Con qué objeto?

Presentándose en la misma puerta.

MARÍA.

¡Ah! La Virgen nos le trae á usted, señorito.

LUIS.

Aparta.

MARÍA.

Con extrañeza y aflicción.

¡Oh!

LUIS.

¿Con qué objeto quiere usted pasar más adelante? Sepámoslo.

TERESA.

Este santo varón tiene la cabeza á las once.

ANDRÉS.

Y ¿quién es usted para preguntármelo?

LUIS.

Quien le obligará á usted á respetar el lugar en donde se encuentra.

ANDRÉS.

En mi casa estoy, señor mío.

LUIS.

¿Y si yo le mando á usted que se vaya al punto?

ANDRÉS.

Eso, quien podía mandárselo á usted soy yo.

LUIS.

¿Usted? ¡Ja, ja, ja!

ANDRÉS.

Así se ríen los tontos, caballerito, sin saber por qué.

MARÍA.

No le haga usted caso.

A D. Luis.

LUIS.

Puede usted retirarse.

A Teresa.

TERESA.

(¡Ay, no me ha costado poco trabajo!.....)

Vase por el foro.

LUIS.

Nosotros arreglaremos cuentas, señor insolente.

ESCENA IX.

ANDRÉS, D. LUIS y MARÍA.

MARÍA.

Oiga usted á mi padre, señor, y verá que tiene motivo para enfadarse.

LUIS.

Bien, que hable; pero sin decir desatinos.

ANDRÉS.

Deje usted que antes logre darme cuenta á mí mismo de lo que me está pasando.

LUIS.

Basta de circunloquios.

MARÍA.

¡Qué mal genio ha echado usted en tan poco tiempo!

ANDRÉS.

No ignora usted que andaba buscando á mi hija.

LUIS.

¿Y qué?

MARÍA.

¿Y qué? Que dió al fin con ella.

ANDRÉS.

Mi hija es la señora que ayer tarde salió con usted al parque de la quinta, cuando yo caí desmayado.

LUIS.

¿La Condesa de Valmarín?

ANDRÉS.

La que ahora lleva ese nombre.

LUIS.

Usted chochea.

ANDRÉS.

Comprendo que hay empeño en hacerme creer lo contrario; pero ¡vaya usted á convencer á un padre de que su hija no es su hija! Escúcheme usted por lo que más quiera en el mundo. Volví en mí cuando ya se había marchado; corrí y divisé el coche en que iba sin duda. Pero, al cabo, á esta pobre criatura y á mí nos faltaron las fuerzas.

MARÍA.

Sí, señor; se puso á la muerte, y tendido en medio del camino ha pasado la noche; y cierto que llovía á más y mejor. Yo, de rodillas, sin pegar los ojos un momento, rezaba por él; y lloraba porque veo que solamente quiere á la otra.

ANDRÉS.

Sentí con la luz del día reanimarse mis fuerzas; y vuelta á andar, á correr, hostigado por la ansiedad que me devoraba. Llegamos á Madrid; pregunto, logro averiguar las señas de esta casa; vuelo aquí desalado, hallo resistencia en la puerta, la venzo al fin; me dicen que aguarde en esta sala; aguardo, y mi hija no viene; esa pícara vieja niega haberme reconocido en la quinta, y se burla de mí; usted, que antes nos amparó, nos maltrata ahora. ¿Qué es esto? Sépalo yo de una vez. Empiezo á maliciarme una cosa que no quiero creer, que no creo, que no creeré nunca, pero que me causa el mismo dolor que me causaría una serpiente mordiéndome el pecho. ¿Acaso mi hija, después de haber pisoteado mis canas y desgarrado mi corazón....., acaso porque ahora la llaman Condesa, y no sé por dónde le ha venido ese título....., acaso porque yo no conocí á mis padres, porque me criaron gitanos, porque soy un vagabundo..... ¿aca-

so?..... No, no me atrevo á preguntarlo. Con la pregunta se me iría el alma del cuerpo..... ¿Acaso?..... Usted me comprende; respóndame usted....., respóndame usted, por Dios, sin que yo lo pregunte.

LUIS.

(¡Pobre viejo! ¡En buen negocio me he metido!)

ANDRÉS.

¿Por qué no viene mi hija? Dígamelo usted. No me faltará valor para soportar mi desgracia.

LUIS.

¡Hija de usted la Condesa! ¡Ja, ja, ja! Á fe que la ocurrencia es chistosa.

ANDRÉS.

¿Usted se ríe? ¿Usted insulta á un anciano? ¿Usted se burla de la aflicción de un padre?

LUIS.

¿Y qué he de hacer sino reirme? La Condesa pertenece á una familia muy ilustre que yo he conocido. Porque me compadezco de usted le aconsejo que salga al punto de esta casa, y mañana mismo de Madrid.

ANDRÉS.

El consejo es inútil.

MARÍA.

Ya estamos hartos de viajes.

LUIS.

Esa señora da un baile esta noche, y mañana debe casarse con el Duque de Campo-Real.

ANDRÉS.

¿María se casa con un Duque?

LUIS.

Y el Rey va á ser padrino de su casamiento.

ANDRÉS.

¡El Rey!

MARÍA.

¡El Rey! ¡Ave María Purísima!

LUIS.

Como grave delito sería castigado el menor escándalo que usted promoviese.

MARÍA.

¡Ay, Dios de mi vida!

ANDRÉS.

Y ¿qué se me da á mí de ese baile, ni de esa boda, ni de ese Duque, ni del mismo Rey? Quisiera ver cómo se componían para hacerme más desgraciado.

LUIS.

Serénese usted, y váyase por todos los santos del cielo.

ANDRÉS.

¡María me arroja de su casa! Dígale usted que llegará día en que se arrepienta. Y usted sepa que su oficio en este momento.....

LUIS.

¿Eh?

ANDRÉS.

Es oficio muy vil. Yo, cargado de años y de ignominia y de pesadumbres, no me cambiaría por usted joven, galán, feliz y, quizá rico y noble, aunque me diesen dinero encima. Sí, señor, yo valgo ahora más, mucho más, mil veces más que usted.

LUIS.

(¡Me avergüenza!)

MARÍA.

Y tiene razón. Usted es un hipocritilla de siete sue-

las, que ayer, con su cara de pascua, nos engañó como á unos bobos.

ANDRÉS.

¿Quién había de figurarse que usted?.....

MARÍA.

Si parece imposible que sea usted el mismo.

LUIS.

Pero ¿qué puedo hacer yo por ti, criatura; qué puedo hacer por usted?

ANDRÉS.

Puede usted llevarme adonde está mi María. ¿Teme acaso mi cólera? ¿Se aleja por esto de mí? Pues hace mal; que nada tema, que venga y comprenderá hasta qué punto la adoro. Verla una vez siquiera....., y después me iré. Y si mi vida le estorba para algo, que me mande morir: moriré contento.

MARÍA.

¡Mire usted, señor, que haber andado tantos años hala que hala detrás de ese angelito, y encontrarnos ahora con que ese angelito así quiere vernos á nosotros como al mismísimo Lucifer!

ANDRÉS.

Ampáreme usted, y no le pesará, que Dios paga las deudas de los pobres honrados.

MARÍA.

¡Le querré á usted tanto si es bueno!

ANDRÉS.

Hágalo usted por su padre.

MARÍA.

Ó por su novia, ó por quien usted quiera.

LUIS.

¡Oh, qué charla tan insoportable! Déjenme en paz.

MARÍA.

¡Bah, bah! Por muy fosco que usted se ponga, ya no me engaña á mí.

LUIS.

¿Qué dices?

MARÍA.

Digo que á usted se le ha saltado una lágrima.

LUIS.

Sí, lágrimas..... Fastidio es lo que me causa oir tantas simplezas.

MARÍA.

Mírela usted, padre, mírela usted cómo le rueda por este carrillo.

LUIS.

¡Eh, muchacha!

ANDRÉS.

Sí, usted está conmovido..... En vano se esfuerza por ocultarlo. ¡Gracias, Virgen santísima!

Cogiéndole una mano y besándosela.

LUIS.

Queriendo detenerle.

¿Qué hace usted?

MARÍA.

Cogiéndole la otra mano y besándosela también.

Bien sabía yo que era bueno.

LUIS.

¡Qué diablos! Se me acabó la paciencia. Cálmese usted, pobre viejo. Yo no me he burlado de usted, ni mi ánimo ha sido ofenderle, ni....., y en prueba de ello, venga esa mano.

ANDRÉS.

Dándole la mano.

¡Señor!

LUIS.

Apriete usted sin miedo.

MARÍA.

¡Qué gusto!

LUIS.

Y tú, buena alhaja, con más picardía que cuerpo, ven acá, ven, que, en castigo, te quiero dar un beso, y dos, y tres, y cinco.

Besándola repetidas veces.

MARÍA.

¿No más? Castígueme usted siempre así, y no haya miedo de que me queje.

ANDRÉS.

Conque ea, ea, á ver á mi hija. Llévenos usted á su habitación.

LUIS.

(Pero..... ¿qué estoy haciendo? Todo lo eché á rodar.)

ANDRÉS.

¿Vacila usted de nuevo?

LUIS.

No....., no vacilo....., sino que.....

MARÍA.

¿Qué?

LUIS.

¡Qué sé yo!.....

ANDRÉS.

Entonces.....

LUIS.

Sí, entonces..... (Vamos, vamos, voy á decirle que se las componga como pueda, porque yo no sirvo para estas cosas.)

Éntrase corriendo por la puerta de la izquierda.

ESCENA X.

ANDRÉS y MARÍA.

ANDRÉS.

¡Se va!

MARÍA.

Señor....., señor..... ¡Ca! No me oye.

ANDRÉS.

¡Se fué! ¿Qué te parece de esto?

MARÍA.

Me parece que no hay tu tía; que no vemos hoy á la señora.

ANDRÉS.

Pues si cree que impunemente ha de burlarse de mí, se equivoca. Si me niega su amor, yo le negaré el mío: tú sola serás mi hija; tú sola.

MARÍA.

Eso me parece muy bien pensado.

ANDRÉS.

¿Cómo tuve corazón para exponer tu salud, y acaso tu vida, en largos y penosos viajes; para verte padecer todo género de privaciones?

MARÍA.

¿Quiere usted afligirme?

ANDRÉS.

Perdóname. Llegó el momento de remediar mi injusticia, mi ingratitud.

MARÍA.

¡Dale!

ANDRÉS.

Ahora sí que voy á ser para ti un padre verdadero; para ti, que cuando deberías aborrecerme.....

MARÍA.

Sí, señor; debería aborrecerle á usted porque me dice esas tonterías.

ANDRÉS.

¡Ca! No viene.

Mirando hacia adentro.

MARÍA.

Mándela usted á paseo.

ANDRÉS.

Estaba por irme.

MARÍA.

¿Á que no es usted capaz de que nos marchemos?

ANDRÉS.

¿Que no?

MARÍA.

Apostaría las orejas.

ANDRÉS.

Vámonos.

MARÍA.

Eso es chanza.

ANDRÉS.

Te digo que nos marchamos. Anda delante.

MARÍA.

¿Sí? Pues paso redoblado.

ANDRÉS.

Pero no; no me iré.

Deteniéndose en la puerta del foro, y volviendo al proscenio.

MARÍA.

¡Bah!

ANDRÉS.

Me quedo. No, no pienses que por el gusto de verla; nada de eso: la aguardo para confundirla, para castigarla. Te juro que ha de conservar un buen recuerdo de mí.

MARÍA.

Chito. Por allí viene una señora. Es la misma.

ANDRÉS.

¡Sí, sí, ella es! ¡Dios mío! Vete: entra en ese cuarto. Pronto te llamaré.

MARÍA.

¡Qué perifollada y qué guapetona! Estaba por ir y..... (Con acento y ademán de amenaza.) Me voy, sí, señor. Mejor es que me vaya.

Vase por una puerta de la derecha.

ESCENA XI.

ANDRÉS y la CONDESA.

Ésta sale por la puerta de la izquierda con traje de baile.

ANDRÉS.

(¡No sé qué me sucede!)

CONDESA.

(Valor. ¡Es preciso!)

ANDRÉS.

Con ternura, yendo hacia ella.

¡Hija! ¡Hija!

CONDESA.

Deteniéndole con un ademán.

Me han dicho que usted desea hablarme.

ANDRÉS.

¿Conque era verdad? ¿Conque no quieres conocer á tu padre?

CONDESA.

Afortunadamente no ignoro la peregrina casualidad que motiva este suceso. Entre esa joven que usted busca y yo, hay, sin duda, una semejanza muy sin-

gular, cuando, ni aun viéndome de cerca, se convence usted de su error.

ANDRÉS.

¿Me habré equivocado efectivamente?

CONDESA.

Sí, señor; y confío en que no volverá usted á insistir.....

ANDRÉS.

Pero..... ¿Y Teresa? ¿Y el testimonio de mis ojos? ¿Y los gritos de mi corazón? ¿Es esto verdad? ¿Cabe tanta perfidia en una mujer? ¿Hay descaro mayor que el tuyo? Repite que no me conoces, que no eres mi hija: repítelo si te atreves..... ¡Oh! No te atreverás, porque entonces.....

CONDESA.

Muy turbada y retirándose.

(¡Qué suplicio!) Espero que usted me permitirá.....

ANDRÉS.

¡Oh! Quieta aquí, señora Condesa..... (Sujetándola bruscamente por un brazo.) He de saberlo todo.

CONDESA.

Pero advierta usted.....

ANDRÉS.

Quieta. Sí, no hay más, es que me desprecia. ¡Desprecia á su padre! ¡Quieta, digo! ¿Temes que te manche con el contacto de mis manos, que te descomponga el vestido, que te arrugue los encajes? Y qué, ¿te has engalanado tanto para imponerme así más respeto, para turbarme y engañarme más fácilmente? Sí, sí, buen caso hago yo de tus galas..... ¿Por qué te llaman aquí Condesa? ¿De dónde has sacado todo ese lujo que me angustia, que me enfurece? ¡La señora Condesa!..... ¿Condesa tú? ¡Ja, ja, ja! Si acabarás por

hacerme reir. ¡Tú eres mi hija! ¡Tú eres la serpiente que yo engendré!

CONDESA.

Como haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma.

(¡Oh!) Todo se lo perdono á usted, todo.

ANDRÉS.

¿Tú me perdonas? ¿Tú á mí? ¡Pues no dice que me perdona! ¿Pues no se atreve á perdonarme?

Un reloj de sobremesa da las diez.

CONDESA.

(¡Las diez!)

ANDRÉS.

¡Dios mío, es éste el premio de mis afanes! ¿Para esto permites que la encuentre? ¿Y yo vivo aún? Levanta la vista; fíjala bien en mí: estas canas no representan mis años, sino mis padecimientos; estas canas te acusan. ¿Cómo puedes verlas sin temblar y arrepentirte? Tú sí que apenas has cambiado: hermosa eres como antes, sino que antes tu cara celestial no mentía, y ahora es una mentira....., un engaño infame. Recuerda los días de tu niñez, los de tu juventud, y no habrá hora, no habrá minuto en que no halles una prueba de mi cariño. Mi vida desde que tú naciste no fué más que trabajar por ti ó llorar por ti. Vamos, sé buena. Cuéntame por qué me dejaste, qué ha sido de ti desde entonces, por qué ahora reniegas de tu padre desventurado. Yo no tengo la culpa de ser pobre y humilde. Yo hubiera querido nacer rey, y hasta una corona me pareciera poco para mi hija..... Un consuelo, María, que ni uno solo he disfrutado desde que tú me abandonaste. Llámame padre, que há ya muchos años que me diste por última vez este nombre. Mil reconvenciones imaginaba hacerte, mil injurias

tenía pensadas para decírtelas; y ya lo ves, lloro y suplico. Te quería aborrecer, y ya ves que te amo; me había propuesto maldecirte, y míralo: me arrojo á tus pies.

Arrodillándose.

CONDESA.

Levántese usted....., yo se lo ruego.

ANDRÉS.

Ofréceme que tendrás lástima de mí.

CONDESA.

Levántese usted, por Dios.

ANDRÉS.

No, hasta que no me hayas llamado padre.

CONDESA.

No pudiendo contenerse.

¿Usted á mis pies? ¡Usted!

ANDRÉS.

¡Qué! ¿Al fin lo confiesas? (Levantándose.) ¿Confiesas que eres mi hija? ¡Ven, hija de mi alma, ven á los brazos de tu padre!

CONDESA.

No, no merezco.....

ANDRÉS.

Si yo te perdono de buena gana; si los padres no sabemos hacer otra cosa más que perdonar.

CONDESA.

(¡Qué horrible combate!)

ANDRÉS.

¿Aun vacilas?

CONDESA.

(¡No puedo más!)

ANDRÉS.

Abriendo los brazos como para recibir en ellos á su hija.

¡María!

CONDESA.

¡Señor! (Yendo á lanzarse en los brazos de su padre.) ¡Ah!

Deteniéndose al ver salir á María.

ESCENA XII.

DICHOS: MARÍA, y en seguida ANTONIO.

ANDRÉS.

¡Eh! ¿Quién te llama? ¿Qué quieres?

MARÍA.

Me han echado de ahí.

ANTONIO.

Ya hay gente en el salón.

CONDESA.

¡Ya!

ANTONIO.

El señor Duque ha preguntado por usía.

CONDESA.

¡El Duque!

ANTONIO.

La señora Marquesa de Torralba acaba de llegar.

Vase Antonio.

CONDESA.

Se ha atrevido á venir. ¡Cómo voy á humillarla! Corramos.

ANDRÉS.

¿Qué, te vas, te vas, hija mía?

CONDESA.

(¡Su hija!..... ¿Y mi casamiento? ¿Y mi venganza?)

ANDRÉS.

¿No contestas? ¿Apartas los ojos?

CONDESA.

La interpretación que ha dado usted á mis compasivas palabras.....

ANDRÉS.

¡Otra vez! ¿Vuelves á rechazarme?

CONDESA.

Le suplico á usted que por esta noche.....

ANDRÉS.

Te libre de mi presencia, ¿no es esto?

CONDESA.

Hablaremos mañana..... Se lo prometo á usted.....

ANDRÉS.

¿Mañana?

CONDESA.

Sí, mañana.

ANDRÉS.

¿Mañana? ¡Oh, miserable de mí!..... ¡Hola! ¡Aquí..... aquí todo el mundo!

Tirando fuertemente del cordón de la campanilla y dando golpes sobre los muebles.

CONDESA.

¿Qué intenta usted?

ANDRÉS.

Quiero ver á tus duques, á tus marquesas....., á tus príncipes..... ¡Hola, señores míos!..... ¡Hola!

Dejando caer de una mesa un jarrón de china.

MARÍA.

¡Dios nos la depare buena!

ANDRÉS.

Sepan todos que esta gran señora es mi hija.

CONDESA.

Señor....., señor..... ¡No me oye!

ANDRÉS.

Recorriendo frenéticamente la estancia.

Y yo soy un expósito.....; y cuando niño pertenecí á una horda de gitanos, y bailé en calles y plazas.....

CONDESA.

¡Silencio!

ANDRÉS.

Y ahora al són de una gaita pido limosna de puerta en puerta.

CONDESA.

¡Silencio, ó yo haré!.....

ANDRÉS.

Sin dejar de tirar del cordón de la campanilla y de dar golpes, fuera de sí.

Ya no le quedaba más que amenazarme..... Pero ¿está sorda esa gente? ¿No hay quien quiera saber la historia de esta Condesa?

ESCENA XIII.

DICHOS y TERESA; á poco D. LUIS; después el DUQUE, DAMAS y CABALLEROS.

TERESA.

Saliendo por el foro.

¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

CONDESA.

Que ha perdido el juicio.

TERESA.

Calle usted, por favor, calle usted.

MARÍA.

¡Hágalo usted por mí!

ANDRÉS.

No....., no hay perdón para ella.

LUIS.

Saliendo por la puerta de la derecha.

¡Todo lo comprendo! ¡Silencio desdichado!

CONDESA.

¿Qué haré? ¿Qué haré?.....

TERESA.

Ya están ahí.

ANDRÉS.

Es mi hija..... Digo y juro que soy su padre: lo juro por la sangre de Dios.

CONDESA.

Viendo aparecer al Duque en la puerta del foro seguido de damas y caballeros, que permanecen allí.

(¡Oh!)

DUQUE.

¿Qué sucede?

CONDESA.

A Andrés, bajo con expresión de ansiedad y ternura.

¡Padre, padre mío, piedad!

DUQUE.

Rumores de extrañeza.

¿Aquí este hombre?

ANDRÉS.

Estremecido vivamente.

(¡Su padre ha dicho!..... ¡Me ha llamado padre!.....)

DUQUE.

¿Nadie responde?.....

CONDESA.

(¡Compasión, padre mío!)

DUQUE.

Pero ¿qué significa esto, Condesa?.....

ANDRÉS.

Nada entre dos platos, señor..... Yo vine á pedir..... Esta muchacha ha roto esa hermosa pieza de china..... (Señalando los pedazos del jarrón que él ha roto.) Quise castigarla..... No me lo permitieron..... Y como estoy un poco bebido....., pues....., ya se ve....., me enfurecí, y dije á gritos que yo la puedo castigar porque soy su padre. Del susto la pobre señora se ha quedado sin gota de sangre en las venas.

DUQUE.

¡Canalla!

CONDESA.

Como queriendo dirigirse al Duque para que no agravie á Andrés.

¡Oh!

ANDRÉS.

(Detente.) (Conteniéndola.) Ruego á usía que me perdone.

CONDESA.

(¡Padre!)

ANDRÉS.

(¡Silencio!)

MARÍA.

¡No señor! Esto no se puede sufrir.....

ANDRÉS.

¡Eh! Vamos andando. (Cogiéndola bruscamente de la mano.) (¡Me ha llamado padre!..... ¡Me ha llamado padre!.....)

Dirigiéndose con María hacia el foro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS y TERESA.

TERESA.

¿Y la señora?

LUIS.

En el salón del baile, animándolo todo con su presencia.

TERESA.

¡Qué dominio tan grande ejerce sobre sí misma!

LUIS.

Como que no tiene corazón.

TERESA.

Compadezcámosla, señor don Luis, que por mucho que disimule.....

LUIS.

¿Y el viejo?

TERESA.

Sabemos que está ahí cerca en una posada.

LUIS.

¡Infeliz!

ESCENA II.

DICHOS y la CONDESA.

CONDESA.

Teresa: vé á la posada en que dices que se hospeda mi padre, y ruégale en mi nombre que venga. Introdúcele por la escalera excusada, dejále aquí y avísame al punto.

TERESA.

Está bien.

Vase por la puerta de la derecha.

ESCENA III.

La CONDESA y D. LUIS.

LUIS.

¿Triunfará al cabo el amor filial de vanas preocupaciones?

CONDESA.

Antes de firmar el contrato hablaré con mi padre y pondré en sus manos mi suerte. ¡Si usted supiera cuánto padezco!

LUIS.

Lo contrario suponía yo poco há: estaba usted bailando.

CONDESA.

No sea usted cruel. En aquel baile temí exhalar mi último aliento.

LUIS.

Pues si tanto padece usted, ¿por qué no atropella por todo y dice la verdad á cuantos la quieran oir?

CONDESA.

El mundo me acobarda: espántame el escándalo que tal revelación causaría. ¡Si mi padre hubiera llegado en otra ocasión! Llega cuando voy á casarme con un grande de España, cuando un monarca apadrina mi boda, cuando fundadamente espero recobrar á mi hija. ¿He de exponerme á verla deplorar que en sus venas corra mi humilde sangre mezclada con la de su noble progenitor? José Ruiz me ha escrito; díceme el lugar donde á cualquier hora del día ó de la noche le hallará quien de parte mía le busque; asegura que la persona de que ayer nos hablaba está en Madrid con la niña que á él le arrebató; promete noticiarme el paradero de ambos en cuanto reciba el indulto. Hele aquí.

Mostrando á D. Luis un papel.

LUIS.

Eficaz ha sido el Ministro.

CONDESA.

Acaba de venir y de entregarme este papel. En seguida he resuelto llamar á mi padre y pedirle á usted un favor.

LUIS.

Mande usted.

CONDESA.

Cierto que, aun en el caso de que hubiera de recuperar á mi hija, no lograría probablemente hasta mañana dar con ella; pero puedo saber esta misma noche lo que ese hombre diga. Quiero saberlo antes de obligarme á nada con mi padre. Quiero al punto mi-

tigar, si Dios lo permite, el insufrible martirio que me ocasionan la impaciencia y la duda.

LUIS.

Buscaré á José Ruiz.

CONDESA.

Tome usted su carta y el indulto. (Dándole dos papeles.) ¿Á quién, si no á usted, había yo de confiar el desempeño de esta comisión? Gracias.

Alargando la mano derecha á D. Luis, que se la estrecha conmovido.

LUIS.

Yo se las doy á usted. ¡Y ojalá que sus esperanzas se cumplan!

CONDESA.

Usted es quien ha de traerme ó alegría que de uno ó de otro modo ponga término al conflicto en que estoy, ó dolor que todo lo remedie, acabando conmigo.

ESCENA IV.

Don Luis, y luégo Andrés, María y Teresa.

LUIS.

No es, á fe, divertida la comisión. En lo posible está que ese taimado fraguara un cuento para obtener su indulto por mediación de la Condesa. Y si ahora salimos con que nos ha engañado, no habrá más remedio que romperle el bautismo, y ser después portador de malas noticias. Sepamos dónde pára. (Abre y lee la carta de José Ruiz.) Afortunadamente muy cerca de aquí.

TERESA.

Entrando seguida de Andrés y María por la puerta de la derecha.

Adelante.

MARÍA.

Al ver á D. Luis.

¡Ah! El señorito bueno.

LUIS.

Contemplando á Andrés.

(¡Qué cara trae el desdichado! Pena me da mirarle.)

TERESA.

A Andrés.

Siéntese usted si quiere.

ANDRÉS.

Gracias.

MARÍA.

(¡Qué fina se ha vuelto el demonio de la bruja!)

LUIS.

(¡Ea! No hay tiempo que perder. Vamos á tener la honra de platicar con el señor don José Ruiz.)

Vase por la puerta de la derecha.

TERESA.

Pues aguarde usted un momento. Vendrá en seguida.

Vase por la puerta del foro, dejándola cerrada.

ESCENA V.

ANDRÉS y MARÍA.

MARÍA.

Ya estamos aquí otra vez. ¡Vaya en gracia!

ANDRÉS.

Hago mal; lo conozco. No he debido volver á verla.

MARÍA.

Á mí, al pisar de nuevo estas alfombras, me tiemblan las carnes.

ANDRÉS.

Ya te dije que no me siguieras.

MARÍA.

No era cosa de que usted viniese aquí solo. Oiga usted, oiga usted (Se oye la música del baile.) cómo se divierten por allá dentro. Y lo que es la señora no dejará de mover los pies.

ANDRÉS.

¡Qué vergüenza! ¿Á qué habré vuelto yo? Pronto saldremos de esta casa; mañana mismo de Madrid.

MARÍA.

Cuanto más lejos de esa picaronaza, mejor.

ANDRÉS.

No acrecientes mis penas.

MARÍA.

Yo, claro, le tengo mala voluntad.

ANDRÉS.

Con acento de reconvención cariñosa.

¡Oh!

MARÍA.

Vamos, que no la puedo ver.

ANDRÉS.

Con razón la detestas; pero ¡ay! no me lo digas á mí.

MARÍA.

Si usted me lo consintiese.....

ANDRÉS.

¿Qué?

MARÍA.

Yo la pondría colorada; yo le diría cuántas son cinco, y de seguro sin morderme la lengua.

ANDRÉS.

¡Hija!.....

MARÍA.

¡Si parece mentira que haya personas tan malas en el mundo!

ANDRÉS Y MARÍA.

Viendo aparecer á la Condesa en la puerta del foro.

¡Oh!

MARÍA.

(¡Me ha oído!..... Que rabie.)

ESCENA VI.

DICHOS y la CONDESA.

CONDESA.

Bajando al proscenio, después de haber cerrado la puerta.

Agradezco á usted, padre, que haya venido, y le ruego que me escuche.

ANDRÉS.

Habla.

CONDESA.

Que soy muy criminal harto me lo dicen mis remordimientos, y no trataré de disculparme.

MARÍA.

(Parece que no ha roto un plato en su vida.)

CONDESA.

Siéntese usted y le explicaré los motivos de mi fuga, y la extraña y vituperable conducta que ahora estoy observando.

ANDRÉS.

Bien; sé breve.

Sentándose.

CONDESA.

Vióme y enamoróse de mí ciegamente el Conde de Valmarín; correspondí á su amor, pero supe defender mi honra. Juró ser mi marido si consentía en huir con él para que el matrimonio pudiera celebrarse fuera de España, en el supuesto de pertenecer yo á ilustre familia. ¿Cómo cerrar los oídos á tan seductor ofrecimiento? Huí; me casé. Con ciertos papeles relativos á mi falso origen puedo probar á los ojos del mundo que usted no es mi padre.....

ANDRÉS.

Levantándose.

¡María!

CONDESA.

Pero si usted quiere que se descubra y publique la verdad, dispuesta estoy á hacerlo esta misma noche.

MARÍA.

(¡Pues, zalamerías!)

ANDRÉS.

¡Inicua, en vano pretendes engañarme!

CONDESA.

No sólo indisculpable vanidad, sino también gravísimas consideraciones, me han impulsado á ser ingrata con usted. Tiene el mundo leyes y armas que usted no conoce; leyes injustas que no perdonan jamás; armas infames que destrozan y aniquilan. Pretendí ocultar la verdad para no manchar los blasones de la casa de mi marido; para no comprometer la suerte futura de la hija de mi corazón.

ANDRÉS.

¿Eres madre?

CONDESA.

Sí, señor.

ANDRÉS.

¡Mentira parece!

CONDESA.

Una hija tuve de quien me he visto privada largo tiempo, y que muy luego espero volver á ver.

ANDRÉS.

¿Y la quieres mucho?

CONDESA.

¡Oh! Más que á mi vida.

ANDRÉS.

Ella me vengará: la que fué mala hija será madre desventurada.

MARÍA.

(Así me gusta.)

ANDRÉS.

¡Ojalá que algún día!.....

CONDESA.

¡Padre!

ANDRÉS.

¡No.....; no! Dios eterno, líbrala de semejante desgracia. El tormento de tener un mal hijo á nadie puedo yo deseárselo; á nadie; ¡ni á ti!

MARÍA.

Y eso que á usted.....

ANDRÉS.

Partiré al punto; sálvese la memoria de tu marido sálvese el nombre de tu hija. Adiós.

CONDESA.

¿Así se marcha usted?

ANDRÉS.

¿Qué más quieres?

CONDESA.

Dice usted bien; no merezco otra cosa.

ANDRÉS.

Ven tú, consuelo de mis penas, único sostén de este infeliz anciano. Dejemos, hija mía, los sitios que desdora nuestra presencia. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha.) ¡No verla más! (Deteniéndose.) No, no puedo conformarme con esta idea..... Es cierto: no debo irme así..... Oye (Volviendo rápidamente al lado de su hija, y como asaltado de repentina idea.), las razones que me has dado me parecen muy justas, muy poderosas. Ya se ve, hay circunstancias en que un buen hijo tiene que ser malo por fuerza..... Te aseguro que me has convencido. Pero ¿no habrá medio de que yo viva á tu lado, sin que el mundo pueda burlarse de ti, ni negar su respeto á la memoria de tu marido y su consideración á tu hija? Creo que ese medio existe. Á ver si apruebas mi proyecto. Yo, cuando estén presentes algunos de esos señores amigos tuyos, vengo, me arrojo á tus pies, te pido perdón por haber hoy escandalizado tu casa, y te ruego que me favorezcas, tú entonces finges compadecerte de mí y haces como que me recibes de portero, de lacayo, de cualquier cosa. Así viviremos juntos; nos veremos todos los días....., á cada momento; y nadie, nadie podrá imaginarse..... Conque trato hecho: no hay más que hablar. Nosotros sí que vamos á burlarnos del mundo. Delante de la gente, tú la señora, yo el criado; cuando estemos solos, muy solitos, yo tu padre, tú mi hija adorada.

CONDESA.

¿Qué me pide usted?

ANDRÉS.

Ni creas que esto puede durar mucho tiempo. Por instantes me van acabando los años y la penas; y cuando menos lo pienses te verás libre de tan pesada carga. Muera yo con el consuelo de saber que tú á hurtadillas me cerrarás los ojos.

CONDESA.

Muy pervertido está mi corazón; mas consentir en eso que usted me propone sería el colmo de la imprudencia y de la iniquidad. No; prefiero revelar el vínculo que nos une. Una palabra, una sola, y verá usted cómo es obedecido.

ANDRÉS.

¿De qué me sirve á mí tu obediencia? ¡Vanidad! ¡Maldita vanidad!..... Comprendía yo que se pudiera asesinar por codicia, por odio, por el placer de causar daño; pero un solo día he pisado estos magníficos salones, y ya comprendo que también se puede asesinar por vanidad.

MARÍA.

Sí, señora; tiene usted muy mal corazón.

ANDRÉS.

Perdóname; no sé lo que me digo. No quiero afligirte cuando te voy á dejar para siempre..... Vamos, ¿me permites que te dé un abrazo de despedida?

CONDESA.

¡Padre!.....

ANDRÉS.

¡María! ¡María! (Abrazándola) No sabes cuánto bien me ha hecho este abrazo. Gracias, hija. Acuérdate alguna vez de tu padre, que no te olvidará nunca.

MARÍA.

¡Y le dejará que se vaya!

ANDRÉS.

Se acabó. (Enjugándose las lágrimas.) Tú tendrás que hacer. Sin duda te aguardan para el baile (Oyese de nuevo la música.) y te estoy molestando. Adiós: me voy contento, muy contento.....

Haciendo esfuerzos por contener sus sollozos.

MARÍA.

Llore usted, que si no luego va á ser peor.

ANDRÉS.

La verdad es que se me parte la cabeza, que apenas puedo respirar.

CONDESA.

Quédese usted entonces, quédese usted.

ANDRÉS.

Gracias.....; no te inquietes. Se me pasará pronto..... Adiós, adiós para siempre.

CONDESA.

Aborrézcame usted....; desprécieme usted. Mi culpa debe ser castigada.

ANDRÉS.

¡Qué locura! No, nada de eso..... Otro abrazo..... Es el último. Ea, ahora sí que me voy.

Enjugándose las lágrimas y fingiendo alegría.

CONDESA.

Alargándole un bolsillo que saca de un mueble.

Pero antes.....

ANDRÉS.

¿Qué me das ahí?

CONDESA.

Tome usted.

ANDRÉS.

¿Dinero acaso? Para buscar un corazón llamé á tus puertas, no para buscar una limosna.

CONDESA.

Tome usted.

ANDRÉS.

No, no lo tomo, no lo quiero.....; no lo necesito.

MARÍA.

No señora: no queremos nada de usted. Por de pronto no nos moriremos de hambre, y luego yo trabajaré para él, y Dios me ayudará. Conque guárdese usted su dinero para lo que le haga falta. Nosotros, ya lo dije, de usted nada queremos....; nada, ni pan bendito.

ANDRÉS.

Calla, hija, calla.

MARÍA.

No señor, no quiero callar. Y si usted no fuera tan..... tan..... ¿Qué sé yo cómo decirlo? En su lugar de usted había yo de verme.....; y vaya si me las había de pagar.

ANDRÉS.

Hija, vámonos.

CONDESA.

¿Por qué llama usted hija á esta niña? ¿Por qué ella le dice á usted padre?

MARÍA.

Porque sí señora: ¿está usted?, porque sí. Vámonos.

ANDRÉS.

Esta niña sabe que no es hija mía, y ya la has oído.

MARÍA.

Pues; ya me ha oído usted.

ANDRÉS.

Por mí se ve reducida á la miseria, y me adora.

MARÍA.

Con alma y vida.

ANDRÉS.

Á no haber sido por ella, tiempo hace que me hubiera muerto de pesadumbre.

MARÍA.

Llorando.

Y á no haber sido por él, á mí me hubieran matado los ladrones.

CONDESA.

¿Qué ladrones?

ANDRÉS.

Unos que sin duda se la habrían arrebatado á su familia cuando yo tuve la dicha de salvarla. Adiós.

Dando un paso hacia la puerta de la derecha.

CONDESA.

¿Dónde?

Deteniéndole.

ANDRÉS.

En un camino de Andalucía.

CONDESA.

¿Cuándo?

ANDRÉS.

Hace ocho (1) años.

CONDESA.

¿El día? ¿Lo recuerda usted?

ANDRÉS.

Sí.

CONDESA.

¿Qué día?

ANDRÉS.

El 15 de Febrero.

---

(1) Catorce.

CONDESA.

¡Jesús!..... No, no puede ser.

Óyese llamar á la puerta del foro.

ANDRÉS.

Llaman. Que no nos vean.

CONDESA.

Quédese usted.

ANDRÉS.

¿Qué tienes?

LUIS.

Dentro.

Abra usted, soy yo.

CONDESA.

Abriendo la puerta.

¡Ah!

MARÍA.

(¿Qué le da ahora?)

ESCENA VII.

DICHOS y D. LUIS.

CONDESA.

Llevándosele á un extremo del escenario.

¿Ha visto usted á ese hombre?

LUIS.

Sí.

CONDESA.

¿Y qué?

LUIS.

Mirando á Andrés y á María.

No vuelvo de mi asombro.

CONDESA.

Hable usted.

LUIS.

El que hoy debe tener consigo á su hija de usted es.....

CONDESA.

¿Quién?

LUIS.

Júzguelo usted misma. Es un gaitero. Se llama Andrés, y el otro asegura que ayer tarde le encontró en el camino de la quinta.

CONDESA.

¿Luego es mi padre?

LUIS.

Sin duda.

CONDESA.

Padre (Corriendo hacia él.), ¿esta niña es la que usted arrebató á unos bandidos hace ocho (1) años?

ANDRÉS.

Pues ¿no te lo dije?

CONDESA.

Y ¿por qué la conservó usted á su lado?

ANDRÉS.

Porque yo necesitaba de alguien á quien amar. María la llamé, y muchas veces me figuré que no te había perdido.

CONDESA.

¡Si no puedo creerlo! ¡Dios santo! ¡Voy á volverme loca!

ANDRÉS.

Pero ¿qué te sucede? Explícate.

CONDESA.

¿Sabe usted á qué madre desventurada robaron la niña que hoy tiene usted en su poder?

---

(1) Catorce.

ANDRÉS.

Dilo.

CONDESA.

¿Sabe usted quién es esta niña?

ANDRÉS.

Acaba.

MARÍA.

Sí.

CONDESA.

Esta niña.....

LUIS.

Es nieta de usted.

CONDESA.

¡Es la hija de mis entrañas!

MARÍA.

Dando un grito.

¡Ah!

ANDRÉS.

¡Justicia de Dios!

MARÍA.

Apartándose de ella rápidamente, como llena de horror,

¿Esa..... ésa es mi madre?

CONDESA.

Sí, hija mía; tu madre que te adora.

MARÍA.

Dios de mi alma, ¿qué pecado he cometido yo para que sea mi madre esta mujer?

CONDESA.

Cubriéndose el rostro con ambas manos.

¡Virgen santísima!

ANDRÉS.

Te devuelvo á tu hija. Yo parto para salvar su nombre.

MARÍA.

¿Usted va á marcharse?

ANDRÉS.

Sí; es preciso.

MARÍA.

Pero es que yo no me quedo aquí..... Yo me voy con usted

ANDRÉS.

Aquí serás rica.

MARÍA.

Si yo no tengo afición al dinero.

LUIS.

Aquí llevarás un nombre ilustre.

MARÍA.

Si á mí me gusta mucho llamarme María.

ANDRÉS.

Aquí está tu madre.

MARÍA.

Pues por eso me quiero ir.

Abrazándose á Andrés.

CONDESA.

¿Qué dices, desdichada?

MARÍA.

Que yo no quiero que usted sea mi madre; que yo no la quiero á usted; que no la querré nunca.

CONDESA.

¡Oh, dígale usted (A Andrés.) que Dios manda que los hijos amen á sus padres!

MARÍA.

Pues si lo manda Dios, ¿por qué no ama usted al suyo?

ANDRÉS.

¡Oh Providencia!

CONDESA.

¡Mira que he llorado ocho (1) años por ti!

MARÍA.

Mucho más ha llorado él por usted.

CONDESA.

¡Qué horrible tormento!

ANDRÉS.

¿Ves ahora lo que yo te decía?

CONDESA.

¡Oh! (Dando un grito.) ¿Qué he hecho yo con usted? ¡Perdón, padre, perdón!

Arrojándose á sus plantas, é inclinando la frente hasta el suelo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y el DUQUE.

DUQUE.

Dentro.

Pero ¿dónde está?

ANDRÉS.

¡Oh!

LUIS.

No hemos cerrado esa puerta.

CONDESA.

Sin levantarse.

No importa.

DUQUE.

Condesa, el notario..... ¿Qué veo?..... ¡Otra vez!

CONDESA.

Levantándose y mostrándosela al Duque.

Mi hija.

---

(1) Catorce.

DUQUE.

¡Ah!.....

CONDESA.

Señalándole.

Mi padre.

DUQUE.

¡Eh!.....

CONDESA.

Mi padre verdadero.

ANDRÉS.

¿Qué haces?

LUIS.

Con íntima satisfacción.

Lo que debe.

CONDESA.

Llamándola con profundo desconsuelo y abriendo los brazos.

¡Hija!

MARÍA.

¡Madre; madre de mi alma!

Arrojándose en los brazos de la Condesa.

CONDESA.

¡Bendita sea la justicia de Dios!

ANDRÉS.

¡Bendita su misericordia!

FIN DEL DRAMA. (1)

(1) Son casi nuevas en esta edición las escenas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 8.ª del acto primero; las 1.ª, 2.ª y 3.ª del segundo, y la 3.ª y la 4.ª del tercero; en todo el resto del drama hay también frecuentes y atinadas correcciones de mano del autor. (*N. del C.*)

LA BOLA DE NIEVE

DRAMA EN TRES ACTOS

Pepa y Andrés queridísimos: Al colocar vuestros nombres al frente de esta obra, doy prueba, aunque pequeña, del grande amor que os tiene mi corazón, porque sois mis hermanos y porque sois buenos. Recibidla pidiendo á Dios por el eterno descanso de nuestra virtuosa madre.

MANUEL.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada el 12 de Mayo de 1856 en el teatro del Príncipe á beneficio de D. Joaquín Arjona.

PERSONAJES.		ACTORES.
CLARA.	Doña	Teodora Lamadrid.
MARÍA.	»	María Rodríguez.
LA MARQUESA.	»	Lorenza Campos.
JUANA.	»	Cristina Ossorio.
FERNANDO.	Don	Joaquín Arjona.
LUIS.	»	Julián Romea.
ANTONIO.	»	Victorino Tamayo.
PEDRO.	»	Fernando Ossorio.

ACTO PRIMERO.

Comedor decorosamente amueblado en el carmen de la Marquesa.—Mesa grande de comer en el centro.—Otra mesa de té á la izquierda con algunos libros encima.—Sillas, etc., etc.—Puerta en el foro, y otras dos á cada lado de la escena.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y PEDRO.

Juana aparece poniendo la mesa para el almuerzo; Pedro sale poco después por la puerta del foro con platos, copas, etc., etc.

JUANA.

Cantando.

Cruzando el aire subía
Un serafín á los cielos,
Y al mirar á España, dijo:
«No subo, que aquí me quedo.»

PEDRO.

Bendiga el cielo tu boca;
Bendiga el cielo tu sal.

JUANA.

¡Qué fino amanece el día!

PEDRO.

Si me derrito al mirar

Esos ojillos; si vales
Más plata.....

JUANA.

¿Y cuando te da
Por armar camorra?

PEDRO.

Son
Los celos pícaro mal.

JUANA.

Pues deja para los amos
Tan graciosa enfermedad,
Que á ti maldita la falta
Que te hace.

PEDRO.

Es natural
Que uno cuide.....

JUANA.

Pues si ahora
Ni aun tengo con quien hablar
Metida aquí.

PEDRO.

¿No te gusta
Vivir en el carmen?

JUANA.

¡Ca!
Á mí me gusta ver gente.

PEDRO.

Por eso á Granada vas
Todos los domingos y
Demás fiestas de guardar.

JUANA.

¿Y qué?.....

PEDRO.

Nada.

JUANA.

Pues confía
En tu mujer, y hazte más
Favor á ti.

PEDRO.

Ciertamente
Que ya no soy un chaval,
Pero aún tengo mucho aquel
Y mucha gracia.....

JUANA.

Es verdad,
Monono mío.

PEDRO.

¡Ay Juanilla
De mis entrañas, qué par!

JUANA.

Pues mira, ya que conoces
Tu mérito personal
Y mi virtud, no más celos,
Ó me las has de pagar.

PEDRO.

¿Cómo se entiende?.....

JUANA.

Lo dicho.

PEDRO.

En tono de amenaza.

Tengamos la fiesta en paz.

JUANA.

Burlándose.

¡Qué miedo!

PEDRO.

¿Qué va que cojo
Un buen garrote?.....

JUANA.

¡Pues ya!

PEDRO.

¿Y sin más ni más te arrimo
Una paliza?

JUANA.

Cabal.

Cantando.

Debajo de nuestra cama
Hay unos zapatos blancos;
Ni son tuyos ni son míos:
¿De quién son estos zapatos?

PEDRO.

Queriendo interrumpirla mientras canta.

Vamos, calla..... Bien sé yo
Que mi Juana no es capaz.....
¡Eh, que aún duerme el señorito!.....
¡Eh, que á despertarle vas!

JUANA.

Que se despierte; ya es hora.

PEDRO.

Cierto; le voy á llamar,
Que si no, luego me riñe,
Y hoy de fijo reñirá;
Pero como anoche vino
Tan tarde, era crueldad
Quitarle el sueño tan pronto
Como otros días.

JUANA.

Concluyendo de poner la mesa.

Ya está

Puesta la mesa: por mí
Cuando les dé la real.....

PEDRO.

Sí, ni en dos horas.....

JUANA.

Entonces
De ellos la culpa será,
Ó de la Pepa, que guisa
Con mucha solemnidad,
Y si la pegan conmigo,
Como por lo regular
Sucede, vaya, ¡pues no
Que no!, los sordos me oirán.
Sí, que la chica se muerde
La lengua..... Y si estoy de más,
Que lo digan. Á mí nadie
Me sitia por hambre; y no hay
Aquí ninguna escritura
De por medio, y cada cual
Es rey en su casa; y mientras
Á una no le falte el pan.....

PEDRO.

Pero, mujer, ¿quién te ha dicho
Que te vayas?

JUANA.

Es igual;
Por si lo dicen. Ya estoy
Hasta los pelos.

PEDRO.

¡Qué afán!

JUANA.

La señorita.

PEDRO.

Y el otro
Durmiendo. Vamos allá.

Éntrase por la puerta de la derecha.

ESCENA II.

JUANA y CLARA.

Ésta sale por la puerta de la izquierda de primer término.

CLARA.

Hola, Juana; buenos días.

JUANA.

Muy buenos los tenga usted,
Señorita.

CLARA.

¿Á qué hora vino
Por fin?

JUANA.

Serían las tres.

CLARA.

Le oí llamar. Y qué, ¿duerme
Aún?

JUANA.

Á cuerpo de rey.

CLARA.

¿Y Luis?

JUANA.

Hoy se ha levantado
Con las gallinas. No sé
Qué tiene: ello es que no cesa
De entrar y salir, y hacer

Gestos, y hablar solo. Á mí
Me preguntó no sé qué,
Respecto á la señorita
María; que ya es moler
Tanto preguntar, y tanta
Cosa, y tanto que si fué,
Que si vino, y dale bola
Que le darás, y otra vez
Vuelta á lo mismo. Yo—claro,—
Como quien oye llover
Le oigo siempre, que ni soy
Alguacil, ni me está bien
Meterme en líos, ni quiero
Rifar con la otra por él;
Y que yo con mi marido
Tengo bastante belén.

CLARA.

¡Oh!; calla.

JUANA.

No sabe una
Cómo se ha de componer.
Si no dice nada, malo;
Si dice, malo también.
(Parece que le ha escocido:
Que se rasque.)

CLARA.

(¡Y no sabré!....)

ESCENA III.

DICHAS y PEDRO.

Éste trae algunas prendas de vestir.

CLARA.

¿Qué llevas ahí?

PEDRO.

La ropa
Del señorito.

CLARA.

¿De quién?
¿De Fernando?

PEDRO.

Justo.

CLARA.

Dame.

PEDRO.

Iba á limpiarla.

CLARA.

Después
Vuelve por ella.

PEDRO.

Es que ahora.....

CLARA.

Idos.

PEDRO.

Pero.....

CLARA.

Obedeced.

JUANA.

Ni que fuéramos esclavos.

CLARA.

¿Qué es eso?

PEDRO.

Vamos, mujer.

Varse por la puerta de la izquierda de segundo término.

ESCENA IV.

CLARA, y á poco MARÍA.

CLARA.

¡Qué bueno que en los bolsillos

Registrando los de la ropa.

Le encontrase algún papel,
Alguna prenda!..... No; nada:
Lo que es en el frac..... Á ver
Si en el pantalón.....

MARÍA.

¿Clarita?

CLARA.

(Me pilló. ¿Qué le diré?)

MARÍA.

No me haces caso: algún día
Te pese, Clara, tal vez.....

CLARA.

(¡Qué gravedad!) Y ¿qué quieres
Darme con eso á entender?
Explícate.

MARÍA.

Fuera indigno
De ti tratar con doblez
Á quien es casi tu hermana.

CLARA.

¿Fuera mejor darte pie
Para que otro sermoncito
Me encajes como el de ayer,
Como el de todos los días?.....
No es tanta mi candidez.

MARÍA.

Cuando há dos años el cielo
Con su invencible poder
Me privó de aquella madre
Que era mi único sostén,
La tuya me abrió las puertas
De su casa, donde hallé
Nueva familia. Tu hermano
Conmigo va á contraer
Matrimonio, siendo él rico
Y yo pobre. Como ves,
Conozco mi deuda. En tanto
Que mayor pago no os dé,
Aun á riesgo de enojarte
He de procurar tu bien.
Fernando te quiere.

CLARA.

Sí;
Como tú á Luis.

MARÍA.

Pues á fe
Que te quiere mucho entonces.

CLARA.

Mi amor sí que es grande y fiel;
Luis sí que á ti te idolatra;
Pero vosotros tenéis
Un modo de amar tan raro.....

MARÍA.

¿Cómo te convenceré?
¡Qué ceguedad! Pues qué, ¿sólo
Desconfiar es querer?
¿Qué logra tu hermano? Darme,
Sin motivo alguno, cien
Y cien pesadumbres, como
Tú á Fernando. Bien se ve
Que una misma sangre corre
Por vuestras venas; y á ser
Menos constantes nosotros,
Pudiera tanta sandez
Llegar á cansarnos. Mira
Que parece que queréis
En vez de haceros amar
Haceros aborrecer.

CLARA.

Eso; predica, predica.

MARÍA.

Tu madre llama.

Oyese una campanilla.

CLARA.

Pues ven:
Sin duda querrá vestirse,
Que es tarde.

Dirígense ambas hacia la puerta de la izquierda de primer término.

ESCENA V.

DICHAS y LUIS.

Éste sale por la puerta del foro.

LUIS.

¿Adónde corréis?

CLARA.

Mamá está llamando.

MARÍA.

Luis.....

Acercándose á él cariñosamente.

LUIS.

¿Qué se te ofrece?

Con sequedad.

MARÍA.

¿Hoy también

Sopla mal aire?

LUIS.

(Chancitas.....)

CLARA.

¿Vienes?

MARÍA.

(¿Qué podrá tener?)

Vanse ambas por la puerta antes indicada.

ESCENA VI.

LUIS.

¡Válgame el cielo, qué noche!

Y no hay más; bien lo escuché.

Pero esto ¿qué significa?
¿No es una ridiculez
Dar importancia á tal cosa?
Sin embargo, hacía un mes
Lo menos que yo abrigaba
Una duda tan cruel,
Y lo de anoche, ¡qué diablos!
Por fuerza me ha de escocer.
De la criada ni jota
Saqué en limpio. ¡Qué soez,
Qué torpe! Y ella, si hay algo,
Debe saberlo..... Es mujer,
Y quizá poniendo á prueba
Su vanidad, lograré
Que cante de plano, y luego
Cargue con ella Luzbel.

ESCENA VII.

LUIS y JUANA.

LUIS.

¿Eres tú?

JUANA.

Yo, que he venido
Por esto.

Cogiendo la ropa de Fernando.

LUIS.

Escúchame.

JUANA.

Escucho.

Acercándose á Luis.

LUIS.

¿Sabes que me gustas mucho?

JUANA.

Más le gusto á mi marido.

LUIS.

Puedes estar engreída
Con tu elección.

JUANA.

Ya se ve:
Para marido, el que dé
Menos señales de vida.
Y que el pobre no sosiega
Por mí; sólo que de pronto
Le da por hacer el tonto.
Al fin, lo malo se pega.

Con intención.

Y ¡pues! con tal vecindad
Le cogió también la racha
Y tiene celos.....

LUIS.

¡Muchacha!

JUANA.

Toma, claro, la verdad.
Pero yo, aunque él se sofoque,
Canto y río.

LUIS.

¡Ah, picaruela!.....

Queriendo darle un abrazo.

JUANA.

Retirándose bruscamente.

Quieto, que no soy vihuela
Para que nadie me toque.

LUIS.

Vamos; no la eches de huraña.

JUANA.

¡Me gusta! ¿Y la señorita?

LUIS.

Ya sólo verla me irrita:
Bien sabes tú que me engaña.

JUANA.

¿Yo?.....

LUIS.

Y callándolo has querido
Evitarme un desconsuelo,
Sin presumir.....

Abrazándola.

ANTONIO.

Presentándose en la puerta del foro.

Yo me cuelo.

JUANA.

Rechazándole.

¡Dale!

PEDRO.

Dentro.

Juana.

JUANA.

¡Mi marido!

Despréndese de los brazos de Luis y vase por la puerta del foro, dejando caer al suelo la ropa que antes había cogido.

ANTONIO.

¡Hola!

LUIS.

¡Animal!

Empujando violentamente á Pedro, que sale por la puerta de la izquierda de segundo término.

ESCENA VIII.

ANTONIO y PEDRO.

PEDRO.

Llevándose las manos á la cabeza.

¡Qué empellón!
Por poco me hace caer.

ANTONIO.

(Un abrazo á la mujer,
Y al marido un coscorrón.)

PEDRO.

Podía estarme esperando
La ropa.

Recogiéndola del suelo.

ANTONIO.

¡Calla!...... Luis era,
Sí.

Dirigiéndose hacia el sitio por donde se marchó Luis.

PEDRO.

¿Qué se ofrece?

Deteniéndole. Deja la ropa sobre una silla.

ANTONIO.

Quisiera
Ver al punto á don Fernando.

PEDRO.

Iré al momento á pasar
Recado.

ANTONIO.

Bien.

PEDRO.

(¡Qué dolor!)

Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha de primer término.

ANTONIO.

Anuncia usted al doctor
Don Antonio de Aguilar.

Viendo que se detiene.

PEDRO.

Doctor, ¿eh?..... (Yo estoy convulso.)

ANTONIO.

¿No va usted?

Impacientándose.

PEDRO.

Ya voy.

Dirigiéndose de nuevo á la puerta indicada.

ANTONIO.

Creí.....

Siéntase.

PEDRO.

Señor doctor.

Después de haberse acercado á Antonio con algún empacho.

ANTONIO.

¿Aun aquí?

PEDRO.

¿Quiere usted tomarme el pulso?
Contra esa maldita puerta.....

ANTONIO.

(¡Pobre hombre!)

PEDRO.

Un golpe me he dado.

ANTONIO.

Póngase usted, y es probado,
Un emplasto de ojo alerta.

PEDRO.

¿Cómo? ¿Ojo qué?.....

ANTONIO.

Por escrito
Daré la receta; pero
Anúncieme usted primero.

PEDRO.

Aquí sale el señorito.

Toma la ropa y vase por la puerta del foro.

ESCENA IX.

ANTONIO y FERNANDO,

que sale por la puerta de la derecha.

ANTONIO.

¡Fernandillo!

Yendo hacia él, y arrojándose en sus brazos.

FERNANDO.

¡Antonio!

Abrazándole.

ANTONIO.

Así;
Aprieta, aprieta.

FERNANDO.

¿Qué tal?

ANTONIO.

Ya me ves. ¿Y tú?

FERNANDO.

Tal cual.

ANTONIO.

¡Qué gozo!

Tendiéndole de nuevo los brazos.

FERNANDO.

Siéntate aquí.

Siéntanse ambos.

ANTONIO.

¡Ay, chico, horrendo viaje!

FERNANDO.

¿Y hace mucho que has llegado?

ANTONIO.

No más que lo que he tardado
Tan sólo en cambiar de traje.
Pensé que aquí te hallaría,
Y no me engañó mi anhelo.

FERNANDO.

Pasar los veranos suelo
Con la Marquesa, mi tía.

ANTONIO.

Juntos, por fortuna, os hallo.
¿Y Clara? ¿Y Luis?

FERNANDO.

Buenos.

ANTONIO.

¡Oh!,

Curáralos yo si no
En menos que canta un gallo.

FERNANDO.

Que eres hombre de provecho
Sé, y te doy mil parabienes.

ANTONIO.

Sí, amigo mío; aquí tienes
Un doctor hecho y derecho.
Y ya verás cuál me ufano,
Y que no como ni duermo
Por enterrar al enfermo

Y hacer enfermar al sano.
¿Y tú, te diviertes?

FERNANDO.

Sí.....

ANTONIO.

¡Lo dices de un modo!

FERNANDO.

Lucho
Contra un mal.....

ANTONIO.

Me alegro mucho:
Prefiero ensayarme en ti.

FERNANDO.

¿Ensayarte—¡qué imprudencia!—
En mí que tu amigo soy?

ANTONIO.

Yo siempre al amigo doy
En todo la preferencia.
Obraré con juicio y calma;
Y si no te pongo bueno
Antes de un mes.....

FERNANDO.

No hay Galeno
Que cure males del alma.
Y á curarme no te obligo,
Porque ya comprenderás.....

ANTONIO.

Si el médico está de más,
Podrá curarte el amigo.

FERNANDO.

Ya sabes que fué pactada
Con Clara há tiempo mi unión.
Y hoy que sus hechizos son

Maravilla de Granada,
   La dicha sin par me espera
De poder llamarla esposa.

ANTONIO.

Pues dígote que es la cosa
Para afligir á cualquiera.
   ¡Ah, ya caigo! Es en el día
Tan coqueta la mujer,
Y hay tanto..... ¿Tendrás que hacer
Á algún pollo una sangría?

FERNANDO.

   No, mi prima es virtuosa.

ANTONIO.

Entonces yo no me explico
Por qué te lamentas.

FERNANDO.

Chico,
Mi prima.....

ANTONIO.

Acaba.

FERNANDO.

¡Es celosa!

Con mucho énfasis, levantándose.

ANTONIO.

   De eso que te ama se infiere.

FERNANDO.

Me quiere de tal manera,
Que ojalá no me quisiera
Tanto. ¡Ay Dios!, cómo me quiere.

ANTONIO.

   Pues no te enojes si toco

Levantándose también.

La llaga: cuando has notado

Que te quiere demasiado,
Tú debes quererla poco.

FERNANDO.

Te engañas. Saben los cielos
Que sólo para ella existo;
Mas tú nunca, por lo visto,
Has sido amado con celos.
Ni este mal en Clara es como
El que á otras niñas desvela;
No: los celos de mi Otela
Son celos de tomo y lomo.
Son terrible frenesí,
Que acabará con los dos
Si antes no se apiada Dios
De la celosa ó de mí.
¡Qué dicha si al fin la viera
Prudente, afable, capaz
De vivir conmigo en paz;
Trocada en mujer de fiera!
Pero no: al mal que padece
No hay remedio, y más se inflama
Con mi cariño, cual llama
Que más con el viento crece.
Distinto amor cada día
Me atribuye: si hoy por Juana
Ó Luisa ó Petra, mañana
Por Inés, Concha ó Lucía.
No hay mujer, bonita ó fea,
Moza ó vieja, fina ó ruda,
Doncella, casada ó viuda
De que galán no me crea.
En continua actividad
Todo lo observa, y de todo

Indicio saca á su modo
De nueva infidelidad.
  Cualquiera nonada irrita
Su vil pasión; no me es dado,
Sin que haya algún altercado,
Ni estrenar una levita.
  Cuando mucho se dilata
Mi sueño, á mi bella plugo
Tratarme bien; si madrugo,
Es porque bien no me trata.
  Y firme en su empeño loco
De hallar en todo misterio,
No le gusta verme serio,
Ni verme alegre tampoco.
  Preso en tan estrechos grillos,
Dejo con santa paciencia
Que abra mi correspondencia,
Que registre mis bolsillos.
  ¿No sale? Pues, con efecto,
Yo aquí me quedo encerrado.
Que sale. Pues yo á su lado
Muy rígido y circunspecto.
  Sin que su furor estalle,
No puedo en casa chistar;
No puedo hablar, ni mirar
Ni respirar en la calle.
  Si por fin su venia obtengo
Y suelto algún paso doy,
Ella sabe adónde voy,
Dónde estoy, de dónde vengo;
  Á ella nada se le escapa,
Porque, á la menor sospecha,
Por orden suya me acecha

Toda una ronda de capa.
Hay para darse al demonio;
Es cosa de no poder
Vivir; es cosa de hacer
Un disparate. Ay, Antonio;
Cásate con la que sea
Más pobre y más gastadora,
Más necia y más habladora,
Más presumida y más fea;
Con una dama de pro,
Á quien cerque el mundo entero,
Y que juegue y fume; pero
¿Con mujer celosa? No.

ANTONIO.

Cierto que Clara es muy bella,
Pero si tanto te oprime
Y te martiriza, dime,
¿Por qué te casas con ella?

FERNANDO.

¿No ves que así lo reclama
Antiguo y solemne pacto;
Que si ahora yo me retracto
En riesgo pongo su fama?
Ni exigen sólo esta unión
El interés y el decoro;
Me caso, porque la adoro
Con todo mi corazón.

ESCENA X.

DICHOS y LUIS.

LUIS.

Señor don Antonio, bravo.

ANTONIO.

Luis.....

LUIS.

Me gusta la cachaza.
Ni te has dignado siquiera
Darme aviso.....

ANTONIO.

Éste me estaba
Contando cosas, y....

FERNANDO.

Cierto:
Yo le he entretenido.

ANTONIO.

Vaya,
Dame los brazos.

LUIS.

No pienses
Que así mi enojo desarmas.

ANTONIO.

Eh, ven acá, buena pieza.

Abrazándole.

LUIS.

Tú sí que eres linda alhaja.
Y ¿qué diablos te decía
Fernando?

ANTONIO.

Me noticiaba

Su próximo casamiento
Con tu bellísima hermana.

LUIS.

(Si yo averiguase.....)

ANTONIO.

¿Y tú?

FERNANDO.

Toma; también él se casa.

ANTONIO.

¿También?

LUIS.

(Según y conforme.)

ANTONIO.

¿Quién es la ninfa que alcanza?.....

FERNANDO.

Una hermosa huerfanita
Á mi tía encomendada.

ANTONIO.

¿Y tiene?.....

FERNANDO.

Ruin patrimonio,
Pero es opulenta en gracias
Y en virtud.

LUIS.

(¡Cuando yo digo!.....)

ANTONIO.

Á bien que á Luis no le falta.....
Y ¿cuándo, cuándo tendremos
Boda?

FERNANDO.

Á un tiempo celebradas
Serán las dos, no bien lleguen
Las dispensas necesarias

Para la mía.

ANTONIO.

Á ver quién
Sirve mejor á la patria.
¿Está visible tu madre?

LUIS.

Sí.

ANTONIO.

Pues voy á saludarla,
Y me ausento.

FERNANDO.

¡Bah!.....

LUIS.

¿Tan pronto?

ANTONIO.

Sí: desde esta madrugada
No ha entrado en mi cuerpo más
Que una pócima nefanda
Que en el parador dijeron
Ser chocolate.

FERNANDO.

Y ¿te marchas
Por eso?

ANTONIO.

Pues digo.....

FERNANDO.

Á fe
Que estás oportuno.

LUIS.

Aguarda
Y almorzarás con nosotros.

FERNANDO.

Mal que te pese.

LUIS.

Á la trágala.

ANTONIO.

Bien, corriente. Y ¿á qué hora
Se acostumbra en esta casa?.....

FERNANDO.

Temprano.

ANTONIO.

Sí, cuanto antes,
Que yo traigo hambre atrasada.

LUIS.

¿Ves? Ya está puesta la mesa.

ANTONIO.

Ya lo veo. Lindas trazas
Tiene esta quinta.

FERNANDO.

Es un carmen
Precioso.

ANTONIO.

Mucho me agrada.
Pero ¿no vamos á ver
Á tu madre?

LUIS.

Vamos. Pasa.

Empujando á Antonio para que pase primero. Ambos entran por la puerta de la izquierda de segundo término. Cuando Fernando va á entrar también, sale Clara por la puerta del foró y le llama.

ESCENA XI.

FERNANDO y CLARA.

CLARA.

Eh, Fernando.

FERNANDO.

¡Clara mía!

CLARA.

¡Qué visita tan pesada!

FERNANDO.

Si es Antonio.

CLARA.

¿Antonio?

FERNANDO.

El mismo:
Ha llegado esta mañana.

CLARA.

Ya sabes que no me gustan
Los amiguitos. Son plaga
Insoportable.

FERNANDO.

¿No quieres
Que bese tu mano?

CLARA.

Aparta.

FERNANDO.

¡Clara, por piedad!

CLARA.

No hay beso.

FERNANDO.

(Pues está menos airada
De lo que yo me temía.)
Clarita.....

CLARA.

En balde te cansas.
Sí, sí; contenta me tienes.

FERNANDO.

¿Volvemos á las andadas?

CLARA.

Pues qué, cuando tú me olvidas,
Cuando inconstante me agravias,
¿yo he de mostrarme contigo
Afable, halagüeña? Nada
De eso. Tus desdenes pago
Con desdenes. No es tan blanda
Mi condición.

FERNANDO.

¡Cuán injusta!.....

CLARA.

Cierto que sí.

FERNANDO.

¡Cuán ingrata!

CLARA.

Muy ingrata, mucho.

FERNANDO.

Dime
De tus enojos la causa.
(Harto la sé.)

CLARA.

Bah, no finjas.
¿Cómo puedes ignorarla?
¿En dónde se estuvo anoche
Su merced hasta las tantas?

FERNANDO.

Sosiégate.

CLARA.

¿Adónde fuiste?
Quiero saberlo: ¿qué tardas
En responder?

FERNANDO.

Doña Antonia

Me invitó al baile que daba
Con motivo.....

CLARA.

¿Y fuiste?

FERNANDO.

Hacía
Por lo menos tres semanas
Que no iba á verla, y creí
Deber reparar mi falta.

CLARA.

Y ¿había muchas señoras
En el baile?

FERNANDO.

Muchas.

CLARA.

¿Guapas?

FERNANDO.

Guapas.

CLARA.

¿Y estaba Clotilde?

FERNANDO.

Y Rosa, y Carmen y Paca.

CLARA.

¿Y hablaste con ellas?

FERNANDO.

Sí.

CLARA.

¿De qué?

FERNANDO.

De modas, de galas,
De teatros.

CLARA.

¿Nada más?

FERNANDO.

Nada más.

CLARA.

¿Y te miraban?

FERNANDO.

En tanto que hablé con ellas
No se volvieron de espaldas.

CLARA.

Conque ¿se pasó el ratillo?

FERNANDO.

Así, así.

CLARA.

Y tú, que valsas
Tan bien, bailarías.

FERNANDO.

Mucho
Fatiga en Junio la danza:
Con todo, bailé una polca.

CLARA.

Yo lo celebro.

FERNANDO.

¿Sí? Gracias.

CLARA.

Y allá sin duda estarías.....
¿Qué tiempo?

FERNANDO.

Tres horas largas.

CLARA.

Largas, ¿eh?

FERNANDO.

Largas.

CLARA.

Y ¿luego?

FERNANDO.

El coche me trajo á casa.

CLARA.

Vamos, que algo más habría
Por allá.

FERNANDO.

Sí, me olvidaba.....
Hubo té, dulces, helados,
Golosinas.....

CLARA.

Calla, calla.
¡Pues no se burla el inicuo
De los males que acibaran
Mi vida por culpa suya!
Esto sólo nos faltaba.

FERNANDO.

Y ¿qué he de hacer? Tu locura
Mofa merece: no lástima.
Desecha los torpes celos
De que ahora gimes esclava,
Y verás entonces, libre
De injusta desconfianza,
Que por ti, mi bien, tan sólo
De amor mi pecho se abrasa,
Que en ti mi ventura cifro,
Que eres alma de mi alma.

CLARA.

Falso, hipócrita, embustero.

FERNANDO.

¡Por vida!

CLARA.

Si no me engañas.
Tú quieres á otra: lo sé.

Te lo conozco en la cara.

FERNANDO.

¡Ay Dios!

CLARA.

En vano lo niegas.

FERNANDO.

Pero.....

CLARA.

No hay pero que valga.
Di que sí: dilo.

FERNANDO.

Pues bien,
Sí.

CLARA.

¿Sí?

FERNANDO.

Lo que oyes.

CLARA.

No me hagas
Rabiar. ¡Infame! ¿Te gozas
En verme desesperada?
¿Quieres á otra?

FERNANDO.

¡Sí!

CLARA.

Mentira.
Di que es mentira.

FERNANDO.

Ya basta.
Déjame en paz.

Siéntase cerca de la mesa de té y empieza á hojear un libro.

CLARA.

(Se ha enfadado.....
Y de veras..... ¡Quién pensara!.....)

Fernando.....

FERNANDO.

(Ni en cuatro meses
Ha de oir una palabra
De mis labios.)

CLARA.

¿No querías
Besarme la mano? Vaya,
Fernandito..... Mira..... Escucha.....

Con zalamería.

FERNANDO.

(No hay más: ya soy hombre al agua.)

CLARA.

Hagamos las paces.

FERNANDO.

No.

CLARA.

Te ofrezco ser una malva:
No tener celos de nadie.
¿Qué estampa es ésa?

Quitándole el libro.

FERNANDO.

Repara.....

CLARA.

¡Pues! ¡Una mujer! ¡Malditos
Libros, malditas estampas!

Tirando el libro, que va á caer á los pies de Luis, que en este momento se presenta en la puerta de la izquierda de primer término.

LUIS.

¿Qué es esto?

FERNANDO.

Que no hay paciencia
Para sufrir á tu hermana.

Vase por la puerta de la derecha.

ESCENA XII.

CLARA y LUIS.

LUIS.

¿Habéis reñido?

CLARA.

Y quizá

Para siempre.

LUIS.

¿Por qué causa?

CLARA.

¿Por qué? Porque sí. No hay duda;
Fernando ya no me ama.
En vano quiero á mí misma
Engañarme. Son tan claras
Las pruebas de su desvío.....

LUIS.

¿Conque eso hay?

CLARA.

Eso; y jurara
Que otra cautiva su pecho.

LUIS.

¡Y yo, necio, que aún dudaba!

CLARA.

¡Cómo! ¿Sabes?.....

LUIS.

Mucho.

CLARA.

Di
Cuanto sepas.

LUIS.

Por desgracia,
Nada sé de fijo.

CLARA.

Pero
¿Sospechas?.....

LUIS.

Sospecho.

CLARA.

¡Ay, habla!

LUIS.

Antes deja.....

Va y se asoma á las puertas.

CLARA.

¡Qué misterio!

LUIS.

¡La cosa es grave!

CLARA.

Me alarmas.

LUIS.

Anoche vino Fernando
Muy tarde.

CLARA.

No lo ignoraba.

LUIS.

Como están en una misma
Habitación nuestras camas.....

CLARA.

¡Noticia fresca!

LUIS.

Te advierto
Que callo si tú no callas.
Como él se durmió en seguida.....

CLARA.

Bien. ¿Y qué?

LUIS.

Como yo estaba
Desvelado.....

CLARA.

¿Y eso?

LUIS.

Escucha:
Fernando sueña en voz alta.

CLARA.

¿Y soñaba con alguna
Mujer?

LUIS.

Sí.

CLARA.

¡Vaya una gracia!
¡Ah pérfido! ¿Y qué decía?

LUIS.

No, decir, no dijo nada.

CLARA.

¿Nada?

LUIS.

Esto es, dijo sólo,
Y no una vez, sino varias,
El nombre de una mujer.

CLARA.

Ya, el de Pepa.

LUIS.

No.

CLARA.

¿El de Amalia?

LUIS.

Tampoco.

CLARA.

El de Amparo.

LUIS.

Menos.

CLARA.

Ya caigo; el de la cuñada
Del Brigadier.

LUIS.

No.

CLARA.

Quizá
Sería el de mi tocaya.
¿Quizá el de aquella señora,
Ya machucha, que en Granada
Vive cerca de nosotros
Y está siempre á la ventana?
¿Quizá el de aquella viudita
Que en el teatro le echaba
Los lentes?

LUIS.

Finges ó estás
Muy torpe.

CLARA.

¿No fué el de Paca,
Ni el de Carmen, ni el de Lola,
Ni el de.....? ¿No? Pues ¿á qué aguardas?

LUIS.

Óyelo al punto.

CLARA.

Di, ¿cuál?

LUIS.

Yo tenía ya fundadas
Sospechas, y al cabo.....

CLARA.

Mira
Que de impaciencia me matas.

LUIS.

El nombre que dijo en sueños.....
Vamos, yo estallo de rabia
Si lo que me temo sale
Verdad.

CLARA.

¡Oh! ¿Qué nombre? Acaba.

LUIS.

¡Ay! El nombre de María.

CLARA.

¿El de María?

LUIS.

Sí, Clara;
El de la mujer que debe
Ser mi esposa, el de mi amada
María.

CLARA.

¿Qué escucho?

LUIS.

Á veces
Las apariencias engañan,
Y aún dudo.....

CLARA.

Pues, necio, ¿todo
No está más claro que el agua?

LUIS.

¿Eh?

CLARA.

Que Fernando por otra
Me olvida, es cosa probada.

LUIS.

Con efecto.

CLARA.

Que María
Á ti no te quiere, salta
Á los ojos. Tú, sin tregua,
Culpas su desdén.

LUIS.

Con harta
Razón.

CLARA.

De día y de noche
Él se está metido en casa,
Y no es por mí.

LUIS.

Ya te he dicho
Que mis recelos no datan
De ayer; pero como soy
Propenso á la confianza.....

CLARA.

Yo también. Eso nos pierde,
Eso.

LUIS.

Como no me agrada
Pensar mal de nadie.....

CLARA.

Ahora
Me explico ciertas miradas,
Ciertos guiños; ahora entiendo
Por qué esta misma mañana

Evitó que yo la ropa
De Fernando registrara.
Sin duda temió que hallase
Prenda ó papel que sus tramas
Pusiese en claro. Y ¿no ves
Cómo sin cesar se alaban
El uno al otro? Es lo cierto
Que yo también sospechaba,
Sino que hasta hoy no me había
Dado cuenta.....

LUIS.

¡Ah inicua! ¡Ah falsa!

CLARA.

¡Ah traidor! ¡Ah!.....

LUIS.

Si no fuera
Mi primo.....

CLARA.

¡Qué bien nos tratan!

LUIS.

Lo mejor será matarle.

CLARA.

¡Oh, Luis; matarle!

LUIS.

Ó matarla.

CLARA.

¡Jesús!

LUIS.

Ó matarme yo.

CLARA.

Por Dios, modera tu saña,
Y cálmate, que estas cosas....

LUIS.

Sí, estas cosas.....

CLARA.

Piden calma.

LUIS.

Mas ¿qué haremos?

CLARA.

Confundirlos
Con las pruebas de su infamia.

LUIS.

Y romper con ellos.

CLARA.

Justo,
Y hacerles ver que no falta
Quien nos ame.

LUIS.

Yo enamoro
Desde hoy mismo..... á la criada,
Para que la afrenta sea
Mayor.

CLARA.

Antes me miraba
Antoñito: la fortuna
Nos le trae; si se declara
Y mamá consiente en ello,
Con él me caso mañana
Á más tardar.

LUIS.

Bien pensado;
Venguémonos.

CLARA.

¡Oh venganza!
Ahora, vete.

LUIS.

¿Por qué?

CLARA.

Á solas
Quiero que entre los dos haya
Una explicación.

LUIS.

Pues firme
En él.

CLARA.

Yo le diré cuántas
Son cinco.

LUIS.

No hay que ablandarse.

Hace que se va y vuelve.

CLARA.

No; descuida.

LUIS.

Háblale al alma.

CLARA.

Y tan al alma.

LUIS.

¿Y si niega?

CLARA.

¡Oh! Que niegue.

LUIS.

¿Y si se enfada?

CLARA.

Que se enfade.

LUIS.

¿Y si recurre
Á suspiritos y lágrimas?

CLARA.

Á mí que suspire y llore.

LUIS.

¿Y si.....?

CLARA.

Por Dios, que te vayas.

Hace como que ve venir á Fernando.

LUIS.

Luego me dirás.....

CLARA.

Sí, todo.

LUIS.

¡Ay primo, buena te aguarda!

Vase por la puerta de la izquierda de primer término.

CLARA.

Valor y serenidad,
Que es lo que más me hace falta.

ESCENA XIII.

CLARA y FERNANDO.

FERNANDO.

¿Aun andas tú por aquí?

CLARA.

Quiero que hablemos, Fernando.
¿Lo sientes?

FERNANDO.

Lo siento, sí.

CLARA.

(¡Qué bien que se va explicando!)
¿Dura el enojo?

FERNANDO.

La pena,
Que no el enojo, me dura.

CLARA.

Pues dame la enhorabuena:
Ya se acabó mi locura.

FERNANDO.

Conozco tu veleidad.

CLARA.

Es que estoy muy convencida
De que dices la verdad
Cuando juras por tu vida,
Que una mujer solamente
Tu pecho de amor abrasa,
Y que ésa no vive ausente,
Sino dentro de esta casa.
Necia yo, que en otra parte
Pensé que ibas á buscar
Lauros que, sin molestarte,
Aquí puedes alcanzar.

FERNANDO.

Con harta razón infieres
Que es infundada manía.....

CLARA.

Me consta que sólo quieres....

FERNANDO.

Sólo á ti.

CLARA.

Sólo á María.

FERNANDO.

¡Qué!

CLARA.

La traición es palmaria.

FERNANDO.

¿Habrá mayor desvarío?

CLARA.

¡Si era yo muy visionaria!
¿Verdad que sí, dueño mío?

FERNANDO.

Déjame, aparta. No hay hombre
Más infeliz. ¿Quién pensó
Nunca en María?

CLARA.

Su nombre
Pronuncias en sueños.

FERNANDO.

¿Yo?

CLARA.

Anoche Luis, desvelado,
Te oyó soñar con tu bella.

FERNANDO.

Pues, no hay más; Luis ha soñado
Que yo soñaba con ella.

CLARA.

¡Oh, no finjas! Hasta ahora
Que la amabas ignoré,
Pero que ella á ti te adora
Ya hace tiempo que lo sé.

FERNANDO.

¿Pues no ama á Luis?

CLARA.

Le desprecia,
Sólo á ti te rinde culto;
Y su amor, como es tan necia,
No sabe tener oculto.

FERNANDO.

¡Oh!

CLARA.

No cesa de alabarte.

FERNANDO.

¿Que me alaba?

CLARA.

¡Y cuál te mira!

FERNANDO.

¿Que me mira?

CLARA.

Y al mirarte
Se turba, tiembla y suspira.

FERNANDO.

Quisiera olvidarlo todo;
Mas me llena de amargura
Que calumnies de tal modo
Á esa pobre criatura.

CLARA.

No hay calumnia en lo que digo;
Y antes pienso que es favor
El prestarme á ser contigo
Medianera de su amor.

FERNANDO.

¡Por vida!..... ¡Tan ruines celos
En doncella tan amada!
Si esto es cuando novia, cielos,
¿Qué será cuando casada?
Sin duda que Job mostró
Paciencia maravillosa;
Mas quisiera verle yo
Lidiar con mujer celosa.

CLARA.

Aun cuando ella es mi enemiga,
Veo que vale.....

FERNANDO.

Un tesoro.

CLARA.

Y ¿qué quieres que le diga
De tu parte?

FERNANDO.

Que la adoro.

CLARA.

Lo haré así.

FERNANDO.

Yo te lo ruego.

CLARA.

En ella piensa entretanto.

FERNANDO.

¿Cómo no?

CLARA.

Pues hasta luego.

FERNANDO.

¡Oh qué mujer!

CLARA.

¡Oh qué santo!

FERNANDO.

¿Qué aguardas?

CLARA.

Será preciso
Que Luis sepa.....

FERNANDO.

Sí.

CLARA.

No es justo.....

FERNANDO.

Cierto.

CLARA.

Y nuestro compromiso
Dió fin.

FERNANDO.

¡Qué gozo!

CLARA.

¡Qué gusto!

FERNANDO.

Cien hay que tu amor desean.

CLARA.

Á otra el tuyo vendrá bien.

FERNANDO.

Malditos los celos sean,
Por siempre jamás.....

CLARA.

Amén.

ESCENA XIV.

Dichos, María y á poco Luis.

Ambos salen por la puerta de la izquierda de primer término.

MARÍA.

Madre te llama.

CLARA.

¿Y aquí
Vienes á darme el recado?

LUIS.

Bajo á Clara.

¿Qué hay?

CLARA.

Bajo á Luis.

Que se quieren.

LUIS.

¿Sí?

CLARA.

Sí.

Él mismo lo ha confesado.

LUIS.

Alto, sin poderse reprimir.

¡Oh!

MARÍA.

¿Qué pasa?

CLARA.

Violentamente, y luego reprimiéndose.

¿Qué?..... No quiero
Hacer una.....

Vase precipitadamente por la puerta de la izquierda de primer término.

FERNANDO.

Yo la sigo.....

LUIS.

Deteniéndole.

Oiga usted.

FERNANDO.

Rechazándole.

Eh, majadero,
El diablo cargue contigo.

Vase por donde Clara.

ESCENA XV.

MARÍA y LUIS.

MARÍA.

Explícame.....

LUIS.

Falsa,
Perjura.

MARÍA.

¿Qué es esto?

LUIS.

Y yo, ¡qué menguado,
Qué torpe, qué ciego!
Confiésalo: inútil
Es ya el fingimiento.

MARÍA.

¡Ay qué hombre!

LUIS.

¡Muy malo!

MARÍA.

Sin pizca de seso.

LUIS.

¡Qué audacia!

MARÍA.

La tuya.

LUIS.

¿Y aún niegas?

MARÍA.

¿Qué niego?

LUIS.

Tu culpa.

MARÍA.

¡Dios mío!

LUIS.

Tu crimen horrendo.

MARÍA.

Pues ¿qué hay?

LUIS.

Que me engañas.

MARÍA.

¿Yo á ti?

LUIS.

Sí, por cierto.

MARÍA.

¿Y en qué?

LUIS.

¿No lo sabes?

MARÍA.

Lo ignoro.

LUIS.

Comprendo
Que vas á decirme,
Cual sueles hacerlo,
Que son insensatas
Mis dudas; que veo
Visiones; que unidas
Las almas tenemos,
Por mutuo cariño,
Con vínculo eterno.
Verdad es que teme
Quien ama; confieso
Que, á veces, de injusto
Pequé en mis recelos;
Pero hoy tengo pruebas.

MARÍA.

Jesús, ¡qué me alegro!

LUIS.

Pues di, fementida,
¿Viste algo en mis hechos
Que no fuese digno
De loa y de premio?
¿No estaba mi enlace
Contigo resuelto?
¿Qué amor tan humilde,
Tan fiel, tan intenso,
Tan puro, cual éste
Que aún arde en mi pecho?
¡Mujeres, qué pronto,
Pensé conoceros!
¡Qué dicha si logro
Los males acerbos
Causados por una
Vengar sobre ciento!

MARÍA.

Resuelve el enigma;
Explícate al menos.

LUIS.

Repito que le amas,
Que te ama sostengo;
Y así se comprende
Por qué nunca vemos
Al nuevo Tenorio
Con rostro halagüeño;
Por qué á mí me trata
Con mucho despego,
Y es Clara á sus ojos
Un puro defecto;

En tanto que, simple,
Mostrando su fuego,
De ti no se aparta
Ni un solo momento,
Y, en todo, procura
Cumplir tus deseos;
Y ufano te cita
Cual raro modelo
De gracia, belleza,
Virtud y talento;
Y sueña contigo.

MARÍA.

¿Quién hace todo eso?

LUIS.

El mismo Fernando
Confiesa que es cierto.

MARÍA.

¿Fernando mi amante?

LUIS.

Permitan los cielos
Que pronto le mires
En brazos ajenos,
Y exhales en vano
Suspiros al viento;
Que nadie en la vida
Pretenda tu afecto;
Que nombre de esposa
Ya nunca te demos.
Y el cielo permita,
Si yo con el tiempo
Sintiese por otra
Amor verdadero,
Que instante no goce

De paz ni contento;
Que llore perfidias;
Que rabie de celos;
Que el diablo me lleve.....

ESCENA XVI.

DICHOS, ANTONIO, y á poco PEDRO y JUANA.

ANTONIO.

Y ¿qué hay de ese almuerzo.....?

LUIS.

¿Qué almuerzo?

ANTONIO.

¡Me gusta

LUIS.

Ah, sí; ya me acuerdo.

ANTONIO.

Pues bien..... Señorita.

Reparando en María y saludándola.

LUIS.

Tirando del cordón de la campanilla.

¡Muchacha!

ANTONIO.

Mirando el reloj.

Yo tengo
Las doce.

LUIS.

Impacientándose, y tirando con más fuerza del cordón de la campanilla.

¡Muchacha!

ANTONIO.

Y ya desfallezco.

LUIS.

¡Por vida!

ANTONIO.

Tú siempre
Tan vivo de genio.

LUIS.

¡Me irritan los sordos!
¡Muchacha! ¡Hola! ¡Pedro!

PEDRO.

Saliendo por la puerta de la izquierda de segundo término.

Señor.

JUANA.

Saliendo por la del foro.

¿Qué se ofrece?

LUIS.

Cogiendo una silla y amenazando á Pedro.

¿No oíais?

MARÍA.

Acercándose á detenerle.

¡Oh!

ANTONIO.

Sujetándole por un brazo.

Quieto.

PEDRO.

¡Qué manos tan largas!

JUANA.

Si no me contengo.....

LUIS.

Á ver si almorzamos.....

JUANA.

¡Malhaya!

PEDRO.

Corriendo.

Vanse por el foro.

ESCENA XVII.

MARÍA, LUIS y ANTONIO.

LUIS.

¡Qué gente, Dios mío!
Felices aquellos
Que no necesitan
Servicios ajenos.
Mas yo indemnizarte
De todo prometo.
Verás como al punto.....

Bajo á María, que está á su lado y se muestra afligida.

(No mires al suelo.)
Logramos..... (Si mientes.)
Que al fin..... (No te creo.)

ANTONIO.

¿Qué dices?

LUIS.

Sí, chico;
Verás que al momento.....
(Me engañas.) nos sirven.....
(No hay duda.) el almuerzo.
Según mis noticias,
Si no muy selectos.....
(¡Infame!) los platos
Serán suculentos.

ANTONIO.

¡Ay, Luis, juraría

Que loco te has vuelto!

LUIS.

Y ¿á quién no enloquece?.....

Dejándose llevar del afecto que le domina; María le tira del faldón de la americana para hacerle callar.

ANTONIO.

(Sin duda riñeron.)

LUIS.

Rechazándola.

(Que no me hagas señas.)

MARÍA.

(Pues calla.)

LUIS.

Con mucha aspereza.

(No quiero.)

ANTONIO.

Reprendiéndole.

Pero, hombre.....

LUIS.

En el carmen
Bodega tenemos.
Si quieres..... (¡Qué vanos
Son ya tus esfuerzos!)
Saquemos del polvo
Con mutuo consejo,
Algunas botellas
De vinos diversos:
Y obtengan las mismas
Señales de aprecio
El blanco y el tinto,
El dulce y el secò.

ANTONIO.

Sí, vamos; conviene

Que tomes el fresco.

LUIS.

Si estoy muy tranquilo,
Si estoy muy contento.
(Porque hoy para siempre
De ti me liberto.)

ANTONIO.

Que es tarde.

LUIS.

Corramos.

Yendo hacia la puerta del foro. Antonio le sigue.

MARÍA.

(No tiene remedio.)

LUIS.

Volviendo al lado de María.

Tan sólo un instante.
Perdona.

ANTONIO.

Deteniéndose cerca de la puerta del foro.

(¡Qué necio!)

LUIS.

Lo dicho, María:
Formal rompimiento,
Y libre te quedas
Y libre me quedo.

MARÍA.

Bien, sí; pero calla.

LUIS.

¡Ah, inicua!

ANTONIO.

¿Me siento?

LUIS.

Ya estamos andando.

¡Perjura!

MARÍA.

Acabemos.

LUIS.

¡Traidora!

ANTONIO.

¿No vienes?

LUIS.

Que voy. (Te aborrezco.)

Antonio y Luis se van por la puerta del foro.

ESCENA XVIII.

MARÍA, y á poco FERNANDO.

MARÍA.

¡Jesús, Jesús, qué aprensión!
¡Dios mío, y que yo le quiera!

FERNANDO.

Ca, imposible; no hay manera
De hacerla entrar en razón.

MARÍA.

Fernando.....

FERNANDO.

Esto es por demás.

MARÍA.

¿Ve usted qué nueva salida?
Yo estoy absorta..... aturdida.....

FERNANDO.

Yo estoy dado á Barrabás.

MARÍA.

Mas ¿qué motivo?..... No infiero
Cuál pueden haber tenido,

Que usted.....

FERNANDO.

Si yo siempre he sido
Con usted hasta grosero.

MARÍA.

Lo cierto es que ambos con penas
Y esclavos de amor constante,
Viéndonos á cada instante,
Nos hemos tratado apenas.

FERNANDO.

Pues el nuevo sinsabor
Les perdono de buen grado,
Si hoy ocasión nos han dado
De conocernos mejor.

MARÍA.

Pero ¿hay aprensión más rara?

FERNANDO.

¿Más necia?

MARÍA.

Buenos estamos.

FERNANDO.

¿Y qué dice Luis?: sepamos.

MARÍA.

Sepamos: ¿qué dice Clara?

FERNANDO.

En su ciego frenesí,
Que usted me adora asegura.

MARÍA.

Pues el otro afirma y jura
Que usted se muere por mí.

FERNANDO.

Hay para ahorcarse.

MARÍA.

Yo opino
Que reirse es más prudente.

FERNANDO.

Cierto: mofa solamente
Merece tal desatino.
Pero si yo, ¡vive Dios!,
Pero si yo, por mi mal,
La quiero aún.

MARÍA.

Suerte igual
Nos ha cabido á los dos.

FERNANDO.

Y esto es vivir en un potro.

MARÍA.

Haga usted por convencer
Á Clara.

FERNANDO.

Imposible. Á ver
Si convence usted al otro.

MARÍA.

Será vana tentativa.

FERNANDO.

Pues ¿qué hacemos?

MARÍA.

Sí: ¿qué hacemos?

FERNANDO.

Hoy, ante todo, formemos
Alianza defensiva.
Y ya que á eterna ansiedad
Condenarnos quiso el cielo,
Busquemos ambos consuelo
En nuestra mutua amistad.

MARÍA.

Necia yo si tal merced
Con júbilo no aceptara.

FERNANDO.

¡Si como usted fuese Clara!

MARÍA.

¡Si fuese Luis como usted!

ESCENA XIX.

DICHOS, LUIS, ANTONIO, CLARA, la MARQUESA, JUANA y PEDRO.

Éste pone en la mesa varias botellas que traerá en una cesta.

LUIS.

(¡Que siempre juntos estén!)

CLARA.

¡Solos!

MARQUESA.

¡Eh!

CLARA.

Nada.

MARQUESA.

Creí.....

PEDRO.

¿Se trae el almuerzo?

MARQUESA.

Sí.

Vanse por el foro Pedro y Juana.

ANTONIO.

(¡Gracias á Dios!)

CLARA.

Bajo á Fernando.

Bien.

LUIS.

Bajo á María.

Muy bien.

MARQUESA.

Sentémonos.

Siéntanse todos á la mesa.

ANTONIO.

(¡Oh sabrosas
Viandas, cómo os espero!)

CLARA.

Bajo á Fernando.

¿Conque la quieres?

FERNANDO.

Bajo á Clara.

La quiero.

LUIS.

Bajo á María.

¿Qué os decíais?

MARÍA.

Bajo á Luis.

¡Tantas cosas!

MARQUESA.

A Antonio.

¿Habrá ganillas?

ANTONIO.

No..... (Hay hambre.)

CLARA.

¿No la miras?

FERNANDO.

Fijando sus ojos en María.

Si te empeñas.....

CLARA.

¡Fernando!

María hace señas á Fernando para que no la mire.

LUIS.

Que no hagas señas.....

CLARA.

Ten.

Saltándosele las lágrimas, y pellizcando en un brazo á Fernando para hacerle apartar los ojos de María.

FERNANDO.

¡Oh!

MARQUESA.

¿Qué es eso?

FERNANDO.

Un calambre.

ANTONIO.

¿Se pasa?

CLARA.

¡Crüel, impío!

FERNANDO.

Ya pasó.

LUIS.

(Llora mi hermana.)
Lo que es yo no tengo gana.

Levantándose.

Hablaremos, señor mío.

Bajo á Fernando en tono amenazador.

MARQUESA.

Pero.....

LUIS.

Dispensa.

A Antonio.

ANTONIO.

¿Estás loco?

MARQUESA.

Hijo.

Levantándose para detener á Luis.

LUIS.

¡Malditas mujeres!

Vase por el foro, izquierda.

CLARA.

Mamá.

MARQUESA.

Siguiéndole.

Luis.

CLARA.

Levantándose también.

Mamá.

MARQUESA.

Volviéndose hacia ella enojada.

¿Qué quieres?

CLARA.

Que yo no almuerzo tampoco.

Llorando, y vase corriendo también por el foro.

MARQUESA.

¡Niña!..... Usted, señor sobrino,

Encarándose con Fernando.

Le habrá dado alguna pena.

FERNANDO.

Levantándose indignado.

¡Señora!

ANTONIO.

(Pues ésta es buena.)

MARQUESA.

A María.

Y tú á Luis.

MARÍA.

Levantándose igualmente muy afligida.

(¡Cielo divino!)



MARQUESA.

¡Ay, Antoñito! yo siento.....

A María.

¿Qué hay?

MARÍA.

(Suframos.)

MARQUESA.

A Fernando, esforzando la voz.

¿Qué hay?

FERNANDO.

(Templanza.)

MARQUESA.

A Antonio, como disculpándose.

Usted es de confianza.

ANTONIO.

(¡Quién fuera de cumplimiento!)

MARQUESA.

Llamándolos.

Hijo..... Clara.....

ANTONIO.

(No hay de qué.)

MARQUESA.

Nada; no responden.

ANTONIO.

(Fijo;
Me quedo en ayunas.)

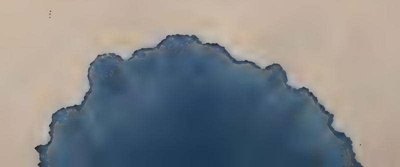
MARQUESA.

Hijo.....
Clara..... Clarita.....

Vase por donde antes Clara y Luis.

ANTONIO.

¡Y se fué!



FERNANDO.

Pronto volverá mi tía;
Con ella almuerza. ¡Qué suerte!

MARÍA.

(¡Pobre Fernando!)

Vase por la izquierda.

ANTONIO.

Tratando de detenerle.

Oye, advierte.....

FERNANDO.

Déjame. (¡Pobre María!)

Vase por la derecha.

ESCENA XX.

ANTONIO, y en seguida PEDRO y JUANA, que salen por la derecha del foro.

ANTONIO.

Bien á un huésped se distingue
Aquí. Pues yo no me presto.....

Cogiendo arrebatadamente el sombrero, y dirigiéndose hacia la puerta del foro.

¡Oh!

PEDRO.

¡Jesús!

Tropiezan ambos, y cae sobre Antonio la fuente con vianda que trae Pedro. Juana, al ver esto, se echa á reir.

ANTONIO.

¡Bueno me ha puesto!

Acercándose á la nariz las solapas de la levita.

¡Delicioso olor á pringue!



JUANA.

Ja..... ja.....

ANTONIO.

¡Y se ríe!

PEDRO.

No vi.... .

ANTONIO.

Levantando el puño sobre Pedro.

No sé cómo no.....

JUANA.

Interponiéndose.

¡Arre allá!

ANTONIO.

Yo no he comido, mas ya
Me pueden comer á mí.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decorosamente amueblada: á la derecha un sofá; á la izquierda un velador y á su lado una butaca. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO.

¡Buen susto el de anoche! Gracias
Á Dios que fueron soñados
Los ladrones. El ladrón
Que me da á mí más cuidado
Sí que es verdadero, y nadie
Sabe lo que estoy pasando
Por culpa suya. ¡Qué nene
El tal Luisito! ¡Canario
Con el señor! ¿Engañarme?
¡Que si quieres!..... No me mamo
Yo el dedo: sé yo muy bien
Dónde me aprieta el zapato.
Pero, señor, ¿es posible
Que esto se haga entre cristianos?
Y ella, al verse cortejada
Por un señorito, claro,
Estará tan hueca. Y puede
Suceder..... ¡Ay si la atrapo

En un renuncio!..... Con él
No me atrevo, que es muy largo
De manos; pero con ella.....
Pues ¿no tiene el condenado
En casa la novia?.....

ESCENA II.

PEDRO y FERNANDO.

FERNANDO.

Sale por la puerta de la derecha dando indicios de mal humor

¡Pedro!

PEDRO.

¡Estos mocitos de hogaño
Que necesitan un par!.....

Sin oir á Fernando absorto en sus cavilaciones

FERNANDO.

Eh, Pedro. ¿En qué estás pensando?

Acercándose á él y con tono áspero.

PEDRO.

¡Oh!..... Señorito. ¿Qué manda
Usted?

FERNANDO.

Ya sabes que aguardo
Á don Antonio.

PEDRO.

Sí; ya
Lo sabía..... (Bien mirado,
Lo mejor es una tranca.)

FERNANDO.

¿Qué dices?

PEDRO.

¿Yo?..... Nada.....

FERNANDO.

En cuanto
Llegue, me avisas.

Siéntase en el sofá.

PEDRO.

Bien.

Retirándose hacia el foro.

¡Ah!

Volviendo.

Dése usted por avisado:
Ahí viene.

FERNANDO.

Déjanos solos.

PEDRO.

(Es lo mejor: ¡palo, palo!)

Vase por el foro á tiempo que sale Antonio.

ESCENA III.

FERNANDO y ANTONIO.

FERNANDO.

Saludándole.

Antonio.

ANTONIO.

Sentándose en el sofá al lado de Fernando.

Estaba en la cama
Aún, cuando tu recado
Me dieron. Aquí me tienes:
¿Qué ocurre?

FERNANDO.

Ya es necesario
Llamarte para que vengas.

ANTONIO.

No, no vengo ¿á qué ocultarlo?
Porque tu señora prima
Con sus guiños y arrumacos
Me tiene frito. Si quiere
Darte celos, busque un sandio
(Muchos hay) que no conozca
Su fin y caiga en el lazo,
Que lo que es yo.....

FERNANDO.

¡Pobre Antonio!
¿Piensas que no lo he notado?
Pero ¿qué te importa?

ANTONIO.

Nada,
Nada me importa. Es muy grato
Ver que le toman á uno
Por monigote. ¿Y el zángano
De Luis? Sin dejarme á sol
Ni á sombra..... Venga un abrazo,
Antoñillo. Ahí va ese puro,
Que es de la Vuelta de Abajo.
¿Te gusta mi yegua? Pues
Tómala, te la regalo.
Y todo con el objeto
De sonsacarme, empeñado
En que tú nada me ocultas,
En que yo sé..... Por milagro
Me contengo y no le doy
Un pescozón. Pero vamos;

Di tú: ¿qué me quieres? ¡Calla!
Ahora noto..... Estás muy pálido.
Á ver el pulso. ¡Si tienes
Calentura!

FERNANDO.

No he pegado
Un solo instante los ojos
En toda la noche.

ANTONIO.

Estamos
Frescos. Habla; sepa yo
Por qué me llamas.

FERNANDO.

Te llamo
Porque necesito ayuda,
Porque de cólera estallo,
Y en el seno de un amigo
Quiero desahogarme.....

ANTONIO.

¿Acaso
Los dos hermanitos siguen
Con la misma tema?

FERNANDO.

Esclavos
De una idea fija, nada
Puede ya desengañarlos.
Lo que en un principio cosa
De poca entidad juzgamos,
Fué como bola de nieve,
Que crece y crece rodando
Oyeras á Clara hablarme
De María, sin dejarlo
Ni un momento. Si es muy bella,

Me dice; si es un dechado
De modestia y de candor;
Si es natural, y yo aplaudo
Que ella te ame y que la quieras
Tú; si parecéis formados
Uno para otro; y así
Todo el día, terminando
Siempre estas escenas, como
Ya supondrás, con relámpagos
Y truenos. Luis no sé cuántas
Veces me ha desafiado
Á estas horas: su canción
Es la misma para el caso
Que la de Clara, y el nombre
De María está zumbando
Continuamente en mi oído,
Sin que yo pueda evitarlo.
Huérfana, sola en el mundo
La infeliz, sin más amparo
Que el de esta casa, padece
Dolor doblemente amargo;
Pero todo lo soporta
Resignada; de sus labios
No sale una queja, y tiene
Un corazón tan hidalgo,
Que siendo yo de sus males
Causa, aunque inocente, alcanzo
La dicha de merecer
Su piedad. Mi tía, cuando
Rabian sus hijos, la pega
Con nosotros. No le ha dado
Mucho de aquí la divina
Providencia; ni es tan raro

Que por amor á sus hijos
La pegue con los extraños.
Y no hay más; sabrá el origen
De estos disturbios temprano
Ó tarde, y entonces..... Vaya,
Dios nos coja confesados.

ANTONIO.

¡Pícaros celos!

FERNANDO.

Parece
Que se goza en fomentarlos
El mismo infierno. Por vía
De distracción he pintado
Un paisaje; en él hay una
Pastora con su rebaño.....
Y ¡ay, chico; ay, Antonio!.....

ANTONIO.

Dime;
Eso ¿qué tiene de malo?

FERNANDO.

¿Qué tiene? Que, según ellos,
La pastora es un retrato
De María.

ANTONIO.

Y se parecen
Como una alcachofa á un rábano
¿Verdad, eh?

FERNANDO.

No: lo terrible,
Lo inaguantable del caso,
Es que se parecen: sí,
Se parecen, no te engaño;
Se parecen, que sin duda

Movió mi pincel el diablo.

ANTONIO.

Diabólica es la ocurrencia.

FERNANDO.

¡Y anoche! Jesús, qué rato
Tan cruel; nunca le tuve
Peor. Habían logrado
Mis dos enemigos íntimos,
Aburriéndome á destajo,
Darme un dolor de cabeza
Que ya, ya; voyme á mi cuarto
Al fin; acuéstome; crece
El dolor; procuro en vano
Conciliar el sueño; ansioso
De encontrar alivio, salto
De la cama, á la ligera
Me visto, y al huerto bajo,
Creyendo que al aire libre
Me iría mejor. ¡Aciago
Pensamiento! Ya serían
Las dos muy dadas: el caño
De la fuente y un cuclillo
Con su monótono canto
Turbaban sólo el silencio;
Poco trecho había andado,
Cuando de pronto percibo
Como un lamento lejano.
Párome absorto. La noche,
La soledad, el estado
En que yo me hallaba..... Chico,
Tuve miedo..... Sin embargo,
Seguí adelante: más cerca,
Más distinto, suena al cabo

Otro suspiro; la vista
Dirijo hacia todos lados,
Y, al resplandor de la luna,
Reclinada sobre un árbol,
Una mujer me parece
Distinguir: sigo avanzando
Cautelosamente, y era
María anegada en llanto.
Tampoco habría podido
La cuitada hallar descanso,
Y en aquel sitio, á lo menos,
Sus ayes acongojados
Exhalaba con entera
Libertad. No sé qué extraños
Sentimientos, cuando así
La vi, mi pecho agitaron.
María, al reconocerla,
Exclamé; y ella, Fernando,
Exclamó asustada. ¡Aquí
Fué Troya! Clara sus pasos
Había seguido, oculta
Allí, la estaba acechando;
Viéndonos juntos, estalla
Su furor, cae como un rayo
Entre nosotros, nos da
Cien injuriosos dictados;
Llora, maldice, patea;
Para que huir no podamos
Pónese delante; á voz
En grito llama á su hermano:
Échase á sus pies María;
Yo ruego, exijo, amenazo;
Ruego y amenaza más

La enfurecen; desalado
Llega Luis; de lo ocurrido
Se entera; crece el escándalo;
Despierta mi tía, y hunde
La casa á campanillazos;
Y en medio de esta algazara
Levántanse los criados
Gritando ¡ladrones! unos;
Y otros ¡fuego! Á sosegarlos
Corro yo; para su madre
No sé qué excusa inventaron
Clara y Luis; y aquí nos tienes,
Á ellos, como nunca airados,
Como nunca ciegos, prontos
Á jurar, puestas las manos
En un altar, que María
Y yo nos idolatramos;
Á esa desdichada joven
(Pues el lance es serio, y llano
Que ha de saberse), perdida,
Deshonrada; á mí, trinando,
Loco, decidido á hacer
Una de pópulo bárbaro,
Ó á levantarme la tapa
De los sesos de un balazo.

ANTONIO.

¿Matarte tú? ¡Pues sería
Chistoso el lance! Matarlos
Á ellos, vaya. Ten un poco
De paciencia, desdichado,
Y siendo Clara tu esposa,
Te afirmo que antes de un año
Habrás sucumbido. Y ¡cómo

Vas á morir! Como el santo
De las parrillas.

FERNANDO.

Te engañas,
Antonio; ya no me caso.

ANTONIO.

¿No?

FERNANDO.

No.

ANTONIO.

Me alegro. De veras
Que me tenía asustado
El tal casorio. Valor,
Valor, y dame los brazos.

Abrazándole.

FERNANDO.

Ya sabes que las dispensas
De Roma para el pactado
Casamiento á cada instante
Se aguardan. Pues yo no aguardo
Á que lleguen.

ANTONIO.

Bien harás.

FERNANDO.

Asustado.

Calla.

Mirando hacia la izquierda.

¡Oh!

Yéndose precipitadamente por la derecha.

Ven.

ANTONIO.

Chico..... Fernando.....

Mirando también hacia la izquierda.

¡Ah! Comprendo....., pues le sigo.
Dirigiéndose al mismo sitio que Fernando

ESCENA IV.

ANTONIO, LUIS y CLARA.

LUIS.
Dentro.

Antonio.

ANTONIO.
Deteniéndose.

Me vió; ya es tarde.

Saludando con fingida cordialidad á Clara y Luis, que salen por la puerta de la izquierda.

Oh, Clarita..... Dios te guarde.

LUIS.

Qué ligero huyó el amigo.

ANTONIO.

¿Huir? No tal. Casualmente.....

CLARA.
Con ironía.

¿Quién lo contrario imagina?

LUIS.

¿Y hablabais?.....

ANTONIO.

De medicina.

CLARA.

¡Qué discreto confidente!

ANTONIO.

(¡Oh!)

LUIS.

Por más que lo sigile,

Bien se ve que le habrá dado
Para la otra algún recado.

ANTONIO.

¿Soy yo algún correvedile?

LUIS.

Mientras dure tu porfía,
Mi suposición no puedes
Condenar.

ANTONIO.

¿Quieren ustedes
Saber?.....

LUIS.

¿Pues no?

CLARA.

¿Qué decía?

Acercándose ambos á Antonio con vivo interés.

ANTONIO.

A Clara.

Decía hablando hace poco
De usted, con dolor profundo:
No la hay más bella en el mundo;
Peor criada, tampoco.

CLARA.

Sí, bien, pero.....

ANTONIO.

(¡Es mucho afán!)
Y de ti.....

LUIS.

Di sin temor.

ANTONIO.

Decía: ¿No es un dolor
Que para Luis se haga pan?

LUIS.

Sí....., eso sí..... Pero además.....

ANTONIO.

(Nada: no los escarmiento.)

CLARA.

Conque.....

ANTONIO.

Voy á su aposento,
Y otra vez diré algo más.

Con intención, y vase por la derecha.

ESCENA V.

LUIS y CLARA.

LUIS.

¡Vano afán!

CLARA.

Y ya ¿qué ignoras?
¿Qué nueva duda te asalta?
¿Á qué preguntar? ¿Qué falta
Que descubrir á estas horas?

LUIS.

Aunque lo miro y lo toco,
Si hiere el mal de improviso,
Duda el alma, y es preciso
Convencerla poco á poco.
Tú no sabes cuál se ve
Quien pierde lo que adoró
Con toda el alma.

CLARA.

¿Pues no
Me dice que no lo sé?

¿Qué otras penas, cuáles otras
Como éstas que yo ahora paso?
¿Sentís vosotros acaso
Como sentimos nosotras?
Y, además, di; ¿fuera cuerdo
Que tú, al perder á esa necia,
Sintieses pena tan recia
Cual yo, que á Fernando pierdo?

LUIS.

Mira que estás delirando:
Ni aun sufro que se le iguale
Con María.

CLARA.

Pues qué, ¿vale
María?.....

LUIS.

Más que Fernando.

CLARA.

¿Tal piensas?

LUIS.

Vuelve al infiel.

CLARA.

Vuelve tú á la fementida.

LUIS.

Pero ella fué seducida.

CLARA.

Ella le sedujo á él.

LUIS.

Y es lo cierto, ¡vive Dios!.....

CLARA.

Que los dos se entienden ya.

LUIS.

Si yo no sé cuál será

Más infame de los dos.

CLARA.

¿Lo dudas? Él.

LUIS.

No por cierto
Ella, que tiene la audacia,
La impudencia.....

CLARA.

Sí que es racia
Verle á deshora en el huerto.

LUIS.

Ni fué su cita primera
La de anoche.

CLARA.

Claro está:
Ni la primera, ni la
Segunda, ni la tercera.....

LUIS.

¡Qué horror! ¡Cuánta ingratitud!
¡Qué ruin conducta! ¡Y pensaba
Todo el mundo que pecaba
Por exceso de virtud!
Preciso es ya tomar una
Resolución.

CLARA.

Sí; discurre.
¿Qué haremos?

LUIS.

No se me ocurre,
Por más que pienso, ninguna.
Sólo una manera encuentro
De remediar lo que pasa,
Y es pegar fuego á la casa

Y que ardamos todos dentro.

CLARA.

Sirviérales de irrisión
Tu enojo: por el contrario,
Yo opino que es necesario
Ocultar nuestra aflicción.

LUIS.

Sólo desdén insultante
Verán en mí; sólo el tedio
Más profundo.

CLARA.

No hay remedio;
Yo necesito un amante.
De Antonio nada consigo
Por más que hago. En todo el globo
No hay bobo como este bobo:
Digno amigo de su amigo.

LUIS.

Yo, aunque la ficción deploro,
Porque á ella le perjudica,
He de fingir que la chica
Me adora, y que yo la adoro.

CLARA.

Cierto que estaré sobre ascuas
Y que me ahogará la pena;
Mas han de verme serena
Y alegre como unas pascuas.

LUIS.

También á mí; que no en vano
Tu heroico ejemplo.....

CLARA.

Yo soy
Muy valiente. Verás.... Voy

Á darme una de piano!.....

LUIS.

Yo de flauta. Conceptúo
Que esto ha de hacerles rabiar.

CLARA.

Y también pienso cantar.

LUIS.

Bien; cantaremos un dúo.
No he de meterme yo fraile
Porque esa infiel..... Ya no lucho;
Vencí.

CLARA.

Si me apuras mucho,
Hasta hemos de armar un baile.

LUIS.

Por mí.....

CLARA.

¿Los hemos perdido?
Á olvidarlos.

LUIS.

Así sea.

CLARA.

Á gozar. ¡Feliz idea!

Va corriendo al foro y tira fuertemente del cordón de la campanilla.

Voy á estrenar un vestido.

Vase por la izquierda.

ESCENA VI.

LUIS.

Oh, seguiré su consejo,
Ya que es práctica constante,
Que sirva al alma el semblante
De careta y no de espejo.

ESCENA VII.

LUIS y JUANA.

JUANA.

¡Pues vaya un campanillazo!
¡Pues no está una sorda!

LUIS.

Con aspereza.

Fué
Mi hermana. Ven.

JUANA.

Recelosa.

¿Para qué?

LUIS.

Para que te dé un abrazo.

JUANA.

¿Quiere usted que armemos gresca
También hoy?

LUIS.

Cede á mi ruego.....

Tratando de abrazarla.

JUANA.

¡Caramba!

LUIS.

Si siento un fuego
Tan grande, tan.....

JUANA.

Agua fresca.

LUIS.

¡Qué zafia!

JUANA.

Y usted ¡qué plomo!

LUIS.

Si ha de ser.

JUANA.

Si no ha de ser.

LUIS.

Debieras agradecer
La molestia que me tomo.
Vamos, que espera mi hermana.

JUANA.

Mil gracias por la molestia.

LUIS.

Deja que te abrace, bestia.

JUANA.

Dale, no me da la gana.

LUIS.

Por fuerza.

JUANA.

Basta de broma,
Ó chillo y la señorita
Sabrá que usted.....

LUIS.

¿Sí? Pues grita,
Mujer. Toma, toma, toma.

Abrazándola bruscamente repetidas veces.

JUANA.

¿No más? Si yo no me asusto

(Con gran calma.

Por tan poco.

LUIS.

Y antes tanto
Repulgo..... ¡Chilla!

Con ira.

JUANA.

¿Á qué santo?
Ya ha cumplido usted su gusto.

LUIS.

¡Como siempre! Esta farota,
Cuando la quiero abrazar,
Dice que va á alborotar,
Y la abrazo, y no alborota.

Vase.

ESCENA VIII.

JUANA y PEDRO.

PEDRO.

Estaba aquí el señorito.

JUANA.

¿Y qué tenemos con eso?

PEDRO.

Tú nada: yo tengo un peso
En el alma. Yo estoy frito.

JUANA.

Nene, no me hagas el bu,
Que me repudres. Si no
Quisiera guardarme yo,
¿Podrías guardarme tú?

PEDRO.

¡Con lo que he visto!.....

JUANA.

¿Qué has visto?

PEDRO.

De sobra.

JUANA.

Nada, mentira.

PEDRO.

Mira que te acecho, mira
Que habrá la de Dios es Cristo.

JUANA.

¿Qué harás?

PEDRO.

Sacarte el pellejo
Á tiras.

JUANA.

¡Si ya me duele!
Cara de gato, pelele.

PEDRO.

¡Oh!

JUANA.

Moscón, borracho, viejo.

Vase corriendo por la puerta de la izquierda.

ESCENA IX.

PEDRO, FERNANDO y ANTONIO.

PEDRO.

Pues si me quito un zapato.....
¡Yo viejo! ¡Dios poderoso!

FERNANDO.

¿Qué tienes?

Acercándose á él.

PEDRO.

Que estoy celoso.

FERNANDO.

¿Celoso? Corre ó te mato.

PEDRO.

Pero, señor.....

FERNANDO.

No me hables;
Vete.

PEDRO.

Me voy.

Vase por el foro.

ESCENA X.

FERNANDO y ANTONIO.

ANTONIO.

Ya son tres
Los enfermos. Esto es
Un hospital de incurables.
Vamos, vamos; no consiento
Que pases el día aquí.

FERNANDO.

Antes quisiera.....

ANTONIO.

¿Qué? Di.

FERNANDO.

Ver á María un momento.
Con lo ocurrido, imagina
Cómo la pobre estará.

ANTONIO.

Chico, chico; ya me da
Tanto interés mala espina.

FERNANDO.

¡Cómo! ¿Piensas?.....

ANTONIO.

¡Vaya un gesto!

FERNANDO.

Al ver tu desconfianza
¿No he de alarmarme?

ANTONIO.

Fué chanza.

FERNANDO.

¿Chanza ha sido?

ANTONIO.

Por supuesto.

FERNANDO.

Ella es. Vete.

ANTONIO.

Con tu tía.
Me encontrarás.

Vase por la puerta de primer término de la izquierda.

ESCENA XI.

FERNANDO y MARÍA.

FERNANDO.

(Tiemblo al verla.)
María.

MARÍA.

¡Fernando aquí!

Retrocediendo con susto.

FERNANDO.

¿Se va usted?

MARÍA.

Temo que vengan
Y nos hallen juntos.

FERNANDO.

¡Ya
¿Qué importa? Nada.

MARÍA.

¡Funesta
Casualidad la de anoche,
Fernando!

FERNANDO.

Y ¡cuál me atormenta
El ver que por culpa mía
Usted padece sin tregua!

MARÍA.

Diré yo entonces que tengo
La culpa de que usted sea
Desgraciado.

FERNANDO.

Pero en mí
Hay bastante resistencia
Para soportar los males:
Los de usted hacen más negra
Más terrible su orfandad.

MARÍA.

Por eso es mayor mi pena.
La que se queda sin padres,
¡Ay, Dios, qué sola se queda!

FERNANDO.

Aun tiene usted quien la estime,
Quien la ampare y la defienda:
Aun tiene usted un amigo,
Un hermano.

MARÍA.

Pues ¿qué fuera
De mí sin usted? ¿Quién hace

Que en algo aquí se me atienda
Todavía? ¿Quién con noble
Generosidad me presta
Favor contra todos? ¿Quién
Me infunde valor y seca
Mis lágrimas? ¡Nunca, nunca
Olvida tales finezas
Una mujer! En mi pecho
Será inextinguible, eterna
La gratitud.

FERNANDO.

¿Qué hice yo
Sino cumplir lo que ordena
Santa ley que al hombre impuso
La misma naturaleza?
Mérito el de usted, que, siendo
Débil, al fuerte consuela.
En fin, ya tengo pensado
Lo que he de hacer: la prudencia
Pide que deje á Granada
Por algún tiempo.

MARÍA.

Esa idea
No ha de realizarse.

FERNANDO.

En breve;
Lo he resuelto. Con mi ausencia
Usted recobra el sosiego;
Luis verá que sus sospechas
Son injustas; y casada
Con él.....

MARÍA.

Nunca. Dios no quiera

Que sea yo guardadora
Del honor de quien..... (me cuesta
Rubor decirlo) de quien
Duda del mío.

FERNANDO.

¡Vileza
Sin igual!

MARÍA.

Yo soy, Fernando,
Quien salir de aquí debiera.

FERNANDO.

¿Usted? ¡Qué locura!

MARÍA.

Á todos
Enoja ya mi presencia
En esta casa: el favor
Que me hicieron ya les pesa.
¿Debo seguir admitiendo
Limosna que me avergüenza?
Para vivir en honrosa
Medianía, con mis rentas
Me basta; para guardar
Mi virtud, con mi conciencia.

FERNANDO.

María, es usted un ángel.

MARÍA.

Sólo una mujer que espera
En Dios. Usted ama á Clara;
Sea usted feliz con ella.

FERNANDO.

Fuera en mí grave delito
Arrostrar las consecuencias
De tal enlace.

MARÍA.

Es forzoso:
Cásese usted; se lo ruega
Su hermana.

FERNANDO.

Viéndolo estoy,
Y puedo creerlo apenas.
¿Usted por ella intercede?
¡Alma generosa y tierna!

MARÍA.

¡Fernando!

FERNANDO.

¿Y Luis desconoce
Tal tesoro de pureza,
De incomparables virtudes?.....

MARÍA.

¡Oh, calle usted! Si le oyeran.....

FERNANDO.

Óiganme en buen hora. Dicen
Que la quiero á usted; se empeñan
En que por fuerza he de amarla.....
María, ¡ojalá pudiera!

MARÍA.

Cálmese usted: quizá al fin
Curarán de su demencia.

FERNANDO.

Ya ni lo deseo.

CLARA.

Mira:
Juntitos.

Apareciendo con su hermano en la puerta del foro.

FERNANDO.

Sufran la pena

Que han merecido por necios,
No ha sido la culpa nuestra.
No es fácil amar á quien
Nos humilla y desespera.

ESCENA XII.

FERNANDO, MARÍA, CLARA y LUIS.

CLARA.

¿Conque con nuestra idiotez
Vuestro amor hemos perdido?

LUIS.

¿Conque nos habéis querido
Vosotros alguna vez?

CLARA.

Yo confieso, y es notorio,
Que con razón me ha olvidado;
El pobre pasó á mi lado
Las penas del purgatorio.

LUIS.

Quien por culpa mía llora,
Dicha y libertad recobre;
Ya hizo bastante la pobre
En aguantarme hasta ahora.
Mas antes con el perdón
Sosegad nuestra conciencia.

CLARA.

Previa alguna penitencia,
Echadnos la absolución.

FERNANDO.

¿Ve usted esto?

LUIS.

Vamos; sé
Clemente.

CLARA.

En tono de súplica á Fernando.

¡Piedad!

FERNANDO.

Eh, quita.

LUIS.

¡Perdón, perdón, Mariquita!

CLARA.

Dándose golpes de pecho.

¡Pequé, Fernando, pequé!

MARÍA.

Siéntase en el sofá.

Déjame.

FERNANDO.

Siéntase en la butaca.

Si más te escucho.....

CLARA.

Ay, Luis, nuestro ruego es vano.

LUIS.

Sentándose al lado de Fernando y asiéndole una mano

¡Qué diablos! Ahí va mi mano.

CLARA.

Sentándose al lado de María y besándola en la cara.

Pues si yo te quiero mucho.

LUIS.

Hablando con Fernando.

¿Qué tal la niña?

CLARA.

Hablando con María.

¿Qué tal

El novio?

LUIS.

Fernando dará señales de impaciencia y reprimido enojo: María de vivísimo dolor.

¿Conque dió al traste
Con tu juicio? Y qué, ¿soltaste
Promesa alguna formal?

CLARA.

Te habrá jurado.....

LUIS.

Es muy bella.....

CLARA.

Que aspira á ser tu marido.

LUIS.

Y pues la has comprometido,
Debes casarte con ella.

CLARA.

Éste es, sin duda, su fin.

LUIS.

Otras más pobres se casan.

CLARA.

Te envidio.

LUIS.

Y ¿cómo se pasan
Las noches en el jardín?

CLARA.

Si el amor os subyugó,
Sólo en fingir hay maldad.

LUIS.

Si dijeseis la verdad.
Yo no os culpara.

CLARA.

Ni yo.

LUIS

Mas ¿cómo llevarlo á bien,
Si engañarnos se pretende?

CLARA.

Sin poder ya contenerse y levantándose.

Esto es lo que á mí me enciende
La sangre.

LUIS.

Lo mismo.

Y á mí también.

FERNANDO.

Lo mismo.

Yo la tengo achicharrada,
Cual plomo hirviendo; y á fe
Que si pierdo el tino haré
Una que sea sonada.

LUIS.

No quisiera aguar la fiesta;
Pero si en cólera monto.....

FERNANDO.

¡Oh! La cólera de un tonto
Sin duda es cosa funesta.

LUIS.

Con tono provocativo.

Pues bien.....

FERNANDO.

Modera tu saña:
Veo que estoy en peligro
De contagiarme, y emigro
Con toda urgencia de España.

LUIS.

¿Te vas?

FERNANDO.

¿No lo oyes?

CLARA.

¿Te vas?

FERNANDO.

Mañana; resuelto estoy.

CLARA.

¿Que te vas?

FERNANDO.

Sí, que me voy
Para no volver jamás.

CLARA.

A María.

¡Pobre de ti! Las ausencias
Cuando mucho se dilatan.....

LUIS.

Valor entendido: tratan
De cubrir las apariencias.

MARÍA.

Sois implacables: el cielo
Benigno me amparará.

FERNANDO.

Cálmese usted.

LUIS.

Por acá
Aún hay quien te dé consuelo.

FERNANDO.

Contra su fatal destino,
Yo á ampararla me consagro;
Bien dices.

CLARA.

A su hermano.

(Será milagro

Que no haga yo un desatino.)
Vente.

LUIS.

Llegan ambos á la puerta del foro, y allí se detienen.

(Sí, que mi coraje
En vano aplacar deseo.)

CLARA.

Volviendo al lado de Fernando.

¡Ah!..... Por si ya no te veo,
Que lleves feliz viaje.

Aléjase de nuevo, y otra vez se detiene.

LUIS.

Por María.

(Ni aun vuelve el rostro, ¡oh furor!)

CLARA.

Por Fernando.

(¡Ni aun detenerme procura!)

LUIS.

Volviendo al lado de María precipitadamente.

Aleve, falsa, perjura.

CLARA.

Corriendo hacia Fernando.

Infame, inicuo, traidor.
¡Bien me has hecho padecer!

LUIS.

¡Bien me has burlado, á fe mía!

CLARA.

¡Ay de la que en hombres fía!

LUIS.

¡Ay del que fía en mujer!

CLARA.

Vana ficción fué tu halago;
Tus juramentos blasfemias.

LUIS.

¿Así mi ternura premias?

CLARA.

¿Mereció mi amor tal pago?

LUIS.

¡Y en vano quiero evitar
Que mi pena al rostro salga!

CLARA.

¡Bueno fuera, Dios me valga,
Que ahora me echase á llorar!

LUIS.

Indigna, torpe flaqueza
Que aún hace mayor mi enojo,
Mi despecho. ¿Á que me arrojo
Por un balcón de cabeza?
¡Oh inicua! Según costumbre,
Gozas al ver mi tormento;
Pues te engañas: ya no siento
Ni la menor pesadumbre.
¿Que has desdeñado mi amor?
Mejor. ¿Que Fernando te ama?
Mejor. ¿Que arriesgas tu fama
Por él? Mejor que mejor.
¡Por él!..... ¿Y qué?..... Cuando digo
Que me alegro..... ¿Quién pensara,
Quién?..... Á ver; vuelve esa cara,
Que estoy yo hablando contigo.

CLARA.

Hoy que llegué á conocerte,
Hoy que el juicio he recobrado,
No se me oculta, malvado,
Cuanto gano con perderte.
Y al verme libre de un mal

Que ilusa yo apetecía,
Ofrezco al santo del día
Devoción muy especial.
Tú, hijita, aunque mucho vales

Acercándose á María.

Y aunque mucho le recluyas,
Teme que haga de las suyas
Y á las dos nos deje iguales.
Y si al fin á ti te agravia,
Como á mí me agravia ahora.....
Suspira, quéjate, llora,
Sufre entonces, sufre y rabia.

FERNANDO.

Asiendo á cada cual de un brazo y trayéndolos á sí.

Yo estallo. Ven acá, Luis;
Ven tú, Clara; ven acá.
¿Odio os inspiramos ya?
¿Esto habéis dicho? ¿Decís
Que hoy se rompe la ominosa
Cadena que nos unía?
Pues eso quiere María;
Pues no quiero yo otra cosa:
Que nos odiéis: por favor
Lo debemos pretender.
¿Qué odio haría padecer
Tanto como vuestro amor?
Decidme otra vez, jurad
Que sólo por ella existo,
Decídmelo. ¡Vive Cristo,
Que ya me suena á verdad!

CLARA.

¿Pues no?

FERNANDO.

Jurad que por mí
Ella en cambio pierde el seso.
Me adora, sí; lo confieso.

A María.

Dígales usted que sí.

LUIS.

Y aunque lo niegue.....

FERNANDO.

Rechazándolos.

Jamás
Esperéis volverme á ver.
¡Oh qué feliz voy á ser
Con no veros nunca más!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANTONIO y la MARQUESA con una carta en la mano.

MARQUESA.

Hijos, ¡qué gozo, qué dicha!.....
¿No sabéis?

LUIS.

¿Qué?

MARQUESA.

Que ya están
Aquí las dispensas.....

LUIS.

¡Cómo!.....

MARÍA.

(¡Cielos!)

CLARA.

¿Qué dispensas?

MARQUESA.

¡Bah!
Las del Papa.

CLARA.

¿Y qué?

MARQUESA.

¡Me gusta!
Que ya te puedes casar
Con tu primo.

CLARA.

Sí, á buen tiempo
Se acuerda Su Santidad.....

MARQUESA.

Dentro de muy pocos días
Aquí se celebrarán
Las dos bodas.

LUIS.

¿Qué dos bodas?

MARQUESA.

Toma, las vuestras.

LUIS y CLARA.

Jamás.

MARQUESA.

¡Válganme todos los santos
De la corte celestial!
¡Siempre lo mismo!

FERNANDO.

Acercándose.

Mi boda
Con Clara imposible es ya

MARQUESA.

¡Fernando!

CLARA.

Mañana sale
De Granada.

MARQUESA.

¿Os chanceáis?

FERNANDO.

No: me ausento.

MARQUESA.

Y ¿qué motivo?.....

MARÍA.

Bajo á Fernando.

(¡Por Dios!.....)

FERNANDO.

Bajo á María.

(No hay remedio.)

LUIS.

Hablad
Alto: que se oiga.

MARQUESA.

¿Qué tienes,
Luis? ¿Qué te ha dado?

CLARA.

¡Ay, mamá!

Llorando á lágrima viva y abrazando á su madre.

MARQUESA.

Clarita..... ¿Qué les habéis

A Fernando y María.

Hecho? Pronto; contestad,
Picaronazos. ¡Ay, hijos
De mi alma!

CLARA.

¿Si creerán
Que esto ha de quedar así?

Vaya, justito, cabal.
Harto he callado: ya no
Callo; quiero, quiero hablar,
Quiero decirlo.

LUIS.

Ya es hora;
Ya el silencio está de más.

CLARA.

Fernando me engaña.

LUIS.

Á mí
Me engaña María.

MARQUESA.

¡Hay tal!
¡Qué rayo de luz! ¿Acaso
Antoñito?.....

ANTONIO.

¡Voto á san!.....
¿Yo?

MARQUESA.

A Luis.

¿No es él?

LUIS.

No. Quien la quiere.....

CLARA.

Á quien ella ama.....

MARQUESA.

Acabad.

CLARA.

Es Fernando

MARQUESA.

¡Jesucristo!

LUIS.

Sí; Fernando es mi rival.

ANTONIO.

(¡Se están luciendo!)

MARÍA.

Imposible

Que usted me crea capaz.....

Acercándose á la Marquesa.

LUIS.

A su hermana.

¿Ves qué insolencia?

FERNANDO.

Son locos,

Señora, locos de atar.

CLARA.

¿Locos? ¿Y te atreves?..... Mira

A su hermano.

Que es mucho..... Si miente más

Que habla....., y así, con ese

Aire de formalidad.....

Falso, hipócrita.....

Yendo hacia Fernando.

ANTONIO.

Interponiéndose.

Clarita.....

CLARA.

¡Que me deje usted en paz!

ANTONIO.

¡Oh! (¡Qué víbora!)

LUIS.

Éste anda,

A su madre.

Á fuer de amigo leal,

En esos teje manejes.

ANTONIO.

¡Luis! (Paciencia y barajar.)

Conteniéndose.

MARQUESA.

Pero ¿estáis seguros?

CLARA.

Como
De que ésa es luz.

MARÍA.

¡Por piedad!

MARQUESA.

¡Qué picardía!

FERNANDO.

Señora.....

ANTONIO.

Eh, calla.

Sujetándole.

LUIS.

Otro en mi lugar,
Nunca pensara en casarse
Con quien no fuera su igual.
Yo á esa pérfida, mi nombre,
Mis bienes quería dar.
Lo que me sucede es justo
Castigo á mi necedad.

MARÍA.

¡Oh!

FERNANDO.

¿Qué has dicho?

MARÍA.

¿Á una mujer
Tal injuria? Hace usted mal.

FERNANDO.

¿Y te llamas noble? Necio,
¿Valen más que su beldad
Tus riquezas? ¿Más tu nombre
Que su virtud? ¿Lo que da
Mérito y fama tan sólo
En esta vida fugaz,
Que lo que Dios en el cielo
Premia con lauro inmortal?
Bien dices; razón te sobra;
La unión era desigual:
No mereces tú una dicha
Que ni aun sabes apreciar.

CLARA.

A su madre.

¿Lo estás viendo?

MARQUESA.

¡Qué insolencia,
Qué!.....

CLARA.

Y anoche..... no hubo tal
Ladrón.....

MARQUESA.

Pues ¿qué hubo?

LUIS.

Una infamia.

FERNANDO.

La vuestra.

CLARA.

Una iniquidad.

MARQUESA.

Di.

FERNANDO.

Mi encuentro con María
En el huerto fué casual.

MARQUESA.

¿Con que en el huerto?

CLARA.

Á las dos
De la madrugada allá
Los encontré yo solitos.

LUIS.

También yo.

MARQUESA.

¿Será verdad?
¡Tal escándalo en mi casa!

MARÍA.

¡Me está clavando un puñal!

FERNANDO.

Por favor.

MARQUESA.

Aparta. Así
Paga la hospitalidad
Que le hemos dado. ¡Qué ejemplo
Para mi hija!

MARÍA.

¡Esto más!

ANTONIO.

(¡Por vida!.....)

FERNANDO.

A la Marquesa.

Mayor cordura
Piden en usted su edad,
Sus deberes.....

LUIS.

¿Á mi madre
Osas por ella insultar?
¡Fernando!

FERNANDO.

¡Luis!

MARQUESA.

¡Ay! ¿Qué intentan?

ANTONIO.

(¡La bola de nieve!)

MARQUESA.

A Fernando.

Sal,
Sal de aquí.

A María.

Tú.....

MARÍA.

Quien á Clara
Tan malos ejemplos da,
Debe marcharse también.

MARQUESA.

¿Conque te quieres marchar?

CLARA.

Pues; para amar á Fernando
Con entera libertad.

MARÍA.

Me voy, porque aquí padece
Mi decoro.

MARQUESA.

Entonces haz
Lo que gustes, hija; dueña
Eres de tu voluntad.

MARÍA.

Falso es lo que hoy se me imputa;
Pero otros yerros quizá
Cometí. Perdón: lo imploro

Arrodillándose á los pies de la Marquesa.

De rodillas, y en señal
De respeto y de cariño,
Permítame usted regar
Con lágrimas esta mano,
Amparo de mi orfandad.

Besándole una mano.

MARQUESA.

Enternecida.

Mas..... ¿qué..... de veras?.....

MARÍA.

Levantándose.

¡Dios mío!
¿Usted llora?

MARQUESA.

Es natural.
Que una....., porque al fin.....

MARÍA.

Besándole de nuevo las manos.

¡Oh, gracias;
Gracias! ¡Qué felicidad!

CLARA.

Con despecho.

No sabe la niña. Con
Cuatro mimos.....

MARQUESA.

Enojada.

¿Callaras?

CLARA.

Sollozando amargamente.

¡Bueno!..... Ya nadie me quiere:
Ni mi madre.....

MARQUESA.

Va hacia ella como para consolarla.

¡Oh! Ven acá,
Tontuela.

FERNANDO.

A Antonio.

¿Ves qué mujer?
Si la inspira Satanás.

LUIS.

No hables así de mi hermana.
¡Mira que.....!

ANTONIO.

¡Por San Froilán
Bendito!

MARQUESA.

¡Luis! ¿Otra vez?.....
¡Mal hijo! Á matarme vais
Entre todos.

CLARA.

Eso; riñe,
Riñe á mi hermano, que es gran
Delito ampararme. Sigue
Tú, Fernando, que á mamá
Le agrada oirte. Coloca
Á María en un altar,
Como es justo; y para mí
Después no haya caridad.
¡Me muero, me muero!.....

MARQUESA.

¡Ay, Dios!
Clarita..... ¡Algo le va á dar!.....
Vea usted.....

A Antonio con gran ansiedad.

ANTONIO.

Retrocediendo.

No; yo no puedo
Curar esa enfermedad.

LUIS.

¡Ojalá que se muriese:
Más le valdría! ¡Ojalá
Que yo me cayese aquí
Redondo!

MARQUESA.

¡Qué atrocidad!
¡Ay, Virgen de las Angustias!

JUANA.

Dentro.

Tunante.

PEDRO.

Dentro.

Aguarda.

JUANA.

Animal,
Borracho.

MARQUESA.

¿No oís?

JUANA.

Sale corriendo por el foro.

Señora,
Señora.

PEDRO.

Persiguiéndola.

Te he de matar.

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANA y PEDRO.

MARQUESA.

No hay más; todos están locos,

María se va por la izquierda, y vuelve á poco con una mantilla puesta.

Todos. ¿Por qué así venís?
¿Qué hay?

JUANA.

Que el señorito Luis
Me anda haciendo zorroclocos.

MARQUESA.

¿Qué..... dice?

JUANA.

Y aunque yo oculto
Lo tuve..... pues; mi marido,
Que es muy galgo, se lo ha olido,
Y quiere zurrarme el bulto.

MARQUESA.

Pero ¿es cierto?....;

PEDRO.

He de acabar
Con ella. Y usted.....

Encarándose con Luis.

MARQUESA.

¡Qué horror!

LUIS.

Di.

PEDRO.

Usted es un seductor.

MARQUESA.

¡Jesús!

LUIS.

Yendo á él.

Te voy á estrellar.

PEDRO.

Corriendo.

Socorro.

LUIS.

Aguarda, maldito.
Pues en mejor ocasión.....

PEDRO.

Poniéndose detrás de la Marquesa.

¡Señora, por compasión!

JUANA.

Mátele usted, señorito.

MARQUESA.

A Luis, deteniéndole.

Sepamos; ¿qué es esto?

LUIS.

Celos
Quise dar á esa traidora,
Á esa infame.

Viendo salir á María.

MARÍA.

Adiós, señora.

MARQUESA.

Con pena.

Conque al fin.....

MARÍA.

Saben los cielos.....

LUIS.

Interrumpiéndola.

Saben tu culpa.

MARÍA.

Sin decidirse á marcharse.

¡Qué horrible
Ceguedad!

LUIS.

Cuanta doblez,
Digo yo.

CLARA.

Se irá otra vez;
Lo que es hoy.....

MARÍA.

Alejándose. Fernando la detiene.

Basta.

FERNANDO.

¿Es posible
Que el corazón no os taladre
Mirarla en trance tan duro?
Es inocente: lo juro
Por la gloria de mi padre.
Vuelva usted á la razón,
Señora. Tú, Luis, repara
Lo que vas á hacer. Tú, Clara,
No tienes mal corazón.

LUIS.

¡Cómo en el dolor se abisma;
Cómo por ella desmaya
Su altivez!

CLARA.

¡Oh!, que se vaya,
Ó he de arrojarla yo misma.

Fernando da un grito de indignación. Antonio expresa con sus ademanes el horror que le causa la conducta de Clara. La Marquesa trata de apaciguarla.

MARÍA.

¡Gran Dios!

JUANA.

Llorando.

Vámonos de aquí,
Señorita.

MARÍA.

Apoyándose en ella.

Ven conmigo,
Sí.

LUIS.

La execro.

CLARA.

La maldigo.

FERNANDO.

Apóyese usted en mí.

Asiendo un brazo á María y haciéndola que lo apoye en el suyo.

MARÍA.

¡Oh!

CLARA.

¿Cómo?

FERNANDO.

A todos.

Firme sostén
Prestarla tranquilo puedo.

A María.

Apóyese usted sin miedo:
La ampara un hombre de bien.

MARQUESA.

Salid, pues.

CLARA.

¿Juntos los dos?

LUIS.

Salid.

FERNANDO.

Estéril encono

MARÍA.

A Luis.

Te desprecio.

A Clara.

Te perdono.

ANTONIO.

¡Bien, Fernando!

MARÍA.

Adiós.

FERNANDO.

Adiós.

Vanse María, Fernando, Antonio, Juana y Pedro por la puerta del foro.

ESCENA XV.

CLARA, LUIS, la MARQUESA, y después PEDRO.

CLARA.

(¡Juntos!)

MARQUESA.

¡Qué día!

CLARA.

¡Y se irán!

LUIS.

Aparentando tranquilidad.

Sin duda.

(¿Y yo me contengo?)

CLARA.

¡Se van!

LUIS.

¡Valor!

CLARA.

Si lo tengo;

Pero ¿no ves que se van?

LUIS.

Riéndose.

Pues ríete..... como yo.....

CLARA.

Sí....., ya me río....., me río.....

Riendo con expresión angustiosa.

Míralo.....

LUIS.

¡Clara!

MARQUESA.

¡Dios mío!

CLARA.

¡No se irán: mil veces no!

Corriendo hacia el foro: Luis y la Marquesa la detienen.

LUIS Y MARQUESA.

¡Oh!

CLARA.

Soltad. ¡Aleve, ingrato!

Luchando por desprenderse de los brazos de su hermano y su madre.

Soltad. ¡Fernando! ¡María!

Corriendo otra vez hacia el foro y llamándolos á gritos.

PEDRO.

Presentándose en la puerta del foro cuando Clara va á salir por ella.

¡Se fueron!

CLARA.

¡Madre!

Arrojándose en sus brazos.

MARQUESA.

¡Hija mía!

Estrechándola contra su seno.

LUIS.

(Ó él me mata, ó yo le mato.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitación humilde en una casa de campo. Puerta en el foro : otras á la izquierda en primero y segundo término.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO y JUANA.

PEDRO.

Juana, Juanilla, ¿será
Verdad que al fin te recobro?

JUANA.

Verdad es: ¿qué ha de hacer una?
Tengo yo un alma.....

PEDRO.

De corcho.
No me hicieras penar tantos
Días á no ser un monstruo;
Que ya de angustia y coraje
Bramaba yo como un toro.
Y mira, Juana, por éstas;

Juntando las manos en cruz y besándolas.

Si hoy no te ablandas, me ahorco.

JUANA.

Pues lo pasado, pasado
Y vida nueva, pimpollo.

PEDRO.

¡Jesucristo! No me digas
Requiebros, que me acongojo.
Niña mía, resalada,
Cara de cielo, tesoro
De mi corazón.

JUANA.

Pero oye:
Se acabó el estar celoso.
Que no has de alzarme la mano;
Que no has de armar alboroto
Porque me miren.

PEDRO.

Corriente.

JUANA.

Ni porque me echen piropos.

PEDRO.

Bueno.

JUANA.

Ni porque me abracen.

PEDRO.

¡Mujer!.....

JUANA.

Ni porque.....

PEDRO.

¡Un demonio!

JUANA.

Lo dicho, dicho: si no
Lárgate, y punto redondo.

PEDRO.

Callaré aunque vea.....

JUANA.

¿Qué

Podrás ver que sea impropio
De una mujer tan honrada
Como yo? No hagas el tonto,
Y habrá paz.

PEDRO.

Bueno: descuida;
Ya verás cómo me porto.
Ahora es preciso que juntos
Busquemos un acomodo.

JUANA.

Ya sé que también te fuiste
De allá.

PEDRO.

Estaba tan furioso
Que al instante hice mi hatillo
Y me planté en el arroyo.

JUANA.

Lo que es yo me quedo aquí,
Marido: yo no abandono
Á mi señorita; y eso
Que estoy..... ¡caramba! hasta el moño,
De vivir en campo raso.
Para ocultar su bochorno
Y su pena, á esta casita
Que le buscó don Antonio
Se vino la pobre, y sola
Con ella, sin más holgorio
Que verla llorar, me aburro
De veras. Cierto es que como
Y apenas trabajo; pero
Yo perdonaría el bollo
Por el coscorrón.

PEDRO.

Pues deja
Que allá se las hayan solos.
Que la consuele el querido.

JUANA.

¿Qué querido?

PEDRO.

Si es notorio
Lo que pasa. Ya lo cuentan
En Granada hasta los loros.
¡Qué alhaja salió la niña!
¿Quién lo pensara de un mozo
Como don Fernando, siempre,
Al parecer, tan juicioso?

JUANA.

Más mata una mala lengua
Que la mano del verdugo,
Que el verdugo mata á un hombre
Y ella mata á todo el mundo.
Bien dice la copla. ¿Cuándo
Se venderán en manojos
Las malas lenguas? ¡Qué pisto
Haría yo tan sabroso
Con ellas! Pues me ha gustado
Que creas tales embrollos
También tú.

PEDRO.

Yo digo.....

JUANA.

Calla.

PEDRO.

Mujer.....

JUANA.

Amenazándole.

Calla ó te acogoto.

ESCENA II.

DICHOS y MARÍA.

MARÍA.

Sale por la puerta de la izquierda de segundo término.

¿Qué es eso?

PEDRO.

Nada..... Que estamos
Haciendo las paces.....

JUANA.

Poco
Durarán. ¡Ay, señorita!
Sepa usted que este galopo
Es también de los que creen
Que usted.....

PEDRO.

Bajo á Juana.

¡Por San Pedro apóstol!

JUANA.

Y el señorito Fernando.....

PEDRO.

(Se empeñó.)

JUANA.

Pues.....

MARÍA.

(¡Qué sonrojo!
¡Qué humillación!)

JUANA.

Dios me libre
De un hombre tan malicioso.....

PEDRO.

Como uno dice lo que oye
Decir..... Pero no es lo propio
Decir que creer las cosas;
Y á mí me sobra meollo
Para conocer que usted
No es capaz..... Y que un antojo
Cualquiera lo tiene; el diablo
Nos tienta..... y el.....

JUANA.

¡Me sofoco!

MARÍA.

Dejadme.

JUANA.

Vente.

PEDRO.

¿Qué dije
De malo?

JUANA.

¡Si ya estás chocho!
Alguien sube la escalera.

MARÍA.

Con anhelo.

Mira quién es.

JUANA.

Lo supongo.

PEDRO.

(Pues, el galán.)

Vanse por el foro Pedro y Juana.

ESCENA III.

MARÍA, y á poco ANTONIO.

MARÍA.

Ya era tiempo.
No habrá para mí reposo
Hasta haberle dicho..... Mal
Tan rudos golpes soporto.

ANTONIO.

Á los pies de usted.

MARÍA.

¿No viene
Fernando?

ANTONIO.

Rato muy corto
Debe tardar.

MARÍA.

Ya hace días
Que no le veo.

ANTONIO.

¿Exigiólo
Usted misma y le sorprende
Que no venga?

MARÍA.

Ya es forzoso
Que nos veamos.

ANTONIO.

(Y aún juran
Que..... ¿Si me tendrán por bobo?)

MARÍA.

¿Vendrá hoy?

ANTONIO.

Por fuerza. Usted
Aquí y en Granada el novio,
Mal pudiera el casamiento
Celebrarse.

MARÍA.

¡Qué! ¡Tan pronto!
No puede ser..... No es creíble.....

ANTONIO.

¿Sabe usted lo que nosotros
Hemos corrido estos días?
Hoy por fin no queda estorbo
Que allanar: todo se ha hecho
Á escape y con el más hondo
Sigilo. Quizá Fernando
Me siga ya presuroso,
Y poco después el cura,
Nuestro amigo don Jerónimo,
Vendrá á casarlos á ustedes
Aquí mismo.

MARÍA.

¡Oh, no! Que todo
Se suspenda. Corra usted.
¡Yo su esposa!

ANTONIO.

Estoy absorto

MARÍA.

¡Imposible!

ANTONIO.

Usted al fin
Consintió.....

MARÍA.

Mas ya deploro

Haber cedido á sus ruegos.

ANTONIO.

¿No es digna acaso de encomio
Su intención?

MARÍA.

¡Ay Dios! No cabe
Proceder más generoso.

ANTONIO.

¿Por qué quiere usted entonces
Evitar?..... No hay otro modo
De salvarla á usted. Así
No más se pondría coto
Á viles murmuraciones.

MARÍA.

¡Oh! Que arrastren por el lodo
Mi fama; nada me importa.
Corra usted.

ANTONIO.

Si ya es ocioso.....
Ya nada puede tardar.....

MARÍA.

Corra usted, por Dios.

ANTONIO.

Vase por el foro.

Bien, corro.

ESCENA IV.

MARIA.

¿Cómo á sus instancias pude
Ceder al fin? ¿Qué trastorno
Padeció mi mente cuando

Estimé tal matrimonio
Posible? ¿Fué todo en mí
Ansia de evitar mi oprobio,
De vengarme al mismo tiempo
De Luis, y hallar el apoyo
Que he menester en Fernando,
Ó además tuvo algún otro
Móvil mi condescendencia?
No: sin duda me equivoco.
Gratitud es lo que siento
Por él; gratitud tan sólo.

ESCENA V.

MARÍA y CLARA.

Clara entra por el foro cubierto el rostro con velo ó mantilla. Detiénese á alguna distancia de María y descúbrese.

MARÍA.

¿Quién es? ¿Qué veo? ¡Tú aquí!

CLARA.

Yo, María; yo que pongo
Mi necio orgullo en olvido,
Yo que tu favor imploro.

MARÍA.

Mas ¿qué significa?

CLARA.

Sola,
Exponiéndome al enojo
De Luis, causando á mi madre
Nuevo dolor, abandono
Mi casa y vengo á la tuya.

¿Por qué? Contempla mi rostro;
Mira cuánto he padecido,
Y si tu perdón no logro.....

MARÍA.

Me pasma oirte.

CLARA.

He cambiado
Mucho.

MARÍA.

¿Sí?

CLARA.

No me conozco
Yo á mí misma. Fué indiscreto
Mi proceder, fué horroroso,
Amaras ó no á Fernando.

MARÍA.

¿Luego lo dudas?

CLARA.

Tu asombro
Es natural. Hoy lo dudo,
Y antes..... Pero hoy reflexiono
Con más calma. Bien pudimos
Engañarnos, que no somos
Infalibles. Á eso vengo
También: habla sin rebozo;
Dime la verdad.

MARÍA.

¿Y acaso
Me darás crédito?

CLARA.

¿Cómo
No? Se acabaron mis celos:
De veras.

MARÍA.

Pues te respondo
De que él no me quiso nunca,
Ni yo le quise tampoco.

CLARA.

¿No me engañas?

MARÍA.

No.

CLARA.

¡Qué dicha
Tan grande! ¡Cuánto le adoro!
¡Fernando mío! Sin él
Me muriera.

MARÍA.

(¡Dios piadoso,
Qué iba yo á hacer!)

CLARA.

Quiero hablarle,
Pedirle perdón.

MARÍA.

Muy pronto
Le verás.

CLARA.

¿Dónde?

MARÍA.

Aquí mismo.

CLARA.

¿Vendrá?

MARÍA.

De fijo.

CLARA.

¿Incomodo,
Quizá?

MARÍA.

¡Clara! ¡Y me decías!.....

CLARA.

Afirmas con tanto aplomo
Que vendrá de fijo.

MARÍA.

¿Y qué?

CLARA.

Cierto..... Nada..... Si no ignoro
Que viene.

MARÍA.

Sabe además
Que pretende ser mi esposo.

CLARA.

¿Qué escucho? ¿Y pude creerte?

MARÍA.

¿Otra vez?

CLARA.

Leo en el fondo
De tu corazón: comprendo
Que os amáis. Sacia tu encono,
Tu rencor; véngate ahora
Burlándote de mi lloro,
De mi desdicha. Casaos.

Dirigiéndose al foro.

MARÍA.

No, Clara.

CLARA.

¿No?

Volviendo al lado de María.

MARÍA.

Yo me opongo.....

CLARA.

¿Mas Fernando?.....

MARÍA.

Caballero,
Honrado y pundonoroso,
Á costa de un sacrificio
Quiere evitar mi desdoro,
Salvar mi fama, que habéis
Comprometido vosotros.
Pero te ama. Quede yo
Sin honra; sea él dichoso,
Y tú con él.

CLARA.

Ni siquiera
Merezco besar el polvo
Que tú pisas. ¡Oh, qué injusta
Soy contigo!

MARÍA.

Te perdono;
Ya lo dije.

CLARA.

Mas ahora
No condenes mi alborozo.
Luis..... En vano supliqué,
En vano me vió en el colmo
Del dolor..... Hoy con Fernando
Quiere batirse.

MARÍA.

¿Qué oigo?

CLARA.

¿Verdad, María, verdad
Que esto sería espantoso?

MARÍA.

Sí, Clara.

CLARA.

El uno mi sangre,
Alma de mi alma el otro.
Sólo de pensarlo, creo
Que, falta de aire, me ahogo.
¡Qué fortuna haber venido,
Cediendo al grito imperioso
De mi corazón! Fernando
No te ama; ni por asomo
Le quieres tú; le hablaremos
Las dos, y luego entre todos
Convenceremos á Luis.
Ni temas que tu decoro
Quede manchado. Si el pobre
Está muerto por tus ojos.
Y ¿qué ha de hacer cuando sepa
La verdad? Volverse loco
De alegría; darte al punto
Su nombre.

MARÍA.

No le ambiciono:
Jamás le aceptara.

CLARA.

Deja
Que te abrace en testimonio
De amor fraternal: tu pecho
No puede ser rencoroso.

Abrazando y besando á María.

MARÍA.

Si esa noble confianza
Se desvaneciera al soplo

Más leve.....

CLARA.

Nunca. ¿No oiste?

Asomándose á la puerta del foro.

¿Será él?

MARÍA.

Sin duda.

CLARA.

¡Oh gozo!

Como asaltada de una idea repentina.

Si me ofrecieses callarle
Mi venida.

Sin dejar de mirar al foro en todo lo que resta de esta escena

MARÍA.

¿Á qué propósito?

CLARA.

Para oirle oculta.

MARÍA.

¡Clara,
Clara!..... Mas sí me conformo;
Ocúltate.

CLARA.

Aléjase y vuelve.

¿No le harás
Gesto ni seña?.....

MARÍA.

¡Qué odioso
Recelar!

CLARA.

Júralo.

MARÍA.

Bien,
Lo juro, y al cielo tomo

Por testigo. Á ver si al fin
Te convences.

CLARA.

Es chistoso
Que creas..... Bien convencida
Estoy; pero.....

Como si sintiese llegar á Fernando.

Aquí me escondo.

Yéndose precipitadamente por la izquierda.

MARÍA.

Mucho me cuesta, no importa.

ESCENA VI.

FERNANDO y MARIA.

FERNANDO.

¿Es cierto, María, es cierto
Lo que me han dicho? Pues ¿cómo
Ha cambiado usted tan presto
De resolución?

MARÍA.

Si un día
Acepté el ofrecimiento
Que se me hace, fué sin duda
Porque no estaba en mi acuerdo.
Ya usted cumplió sus deberes
De amigo y de caballero:
No quiera Dios que yo abuse
De tal bondad. Me avergüenzo
De mi egoísmo.

FERNANDO.

Señora,

Ese es un vano pretexto.
Usted por ellos pretende
Sacrificarse de nuevo.
¿Lo merecen? Aunque fuera
Posible un avenimiento,
¿Deberíamos nosotros
Condenarnos á perpetuo
Martirio? Ni hay quien se exponga
Al público menosprecio
Casándose con usted,
Después del grave suceso
Que nadie ignora y produce
Tanto escándalo.

MARÍA.

Yo tengo,
Por dicha, muy bien sentada
Mi reputación.

FERNANDO.

Por eso
Mismo; que siempre causó
Mucho gozo en este infierno
Ver la caída de un ángel.
Luis dice que nos queremos;
Lo dice Clara, y también
La Marquesa; en un momento
De irreflexión, de su casa
Juntos salimos; con menos
Basta para que una joven
Quede perdida.

MARÍA.

Yo creo
Que usted exagera.

FERNANDO.

No,
Por desgracia no exagero.
Si usted no se une conmigo,
Perdida está sin remedio.
Ceda usted, por Dios, María;
Ya todo se halla dispuesto;
Y aquí mismo un sacerdote,
Que debe llegar muy luego.....

MARÍA.

Fernando, nunca; imposible.

FERNANDO.

Pues sépalo usted: hoy debo
Batirme con Luis.

MARÍA.

No ignoro
Ese bárbaro proyecto,
Que no ha de llevarse á cabo.

FERNANDO.

Hoy mismo. Sobrado tiempo,
Porque usted lo quiso, humilde
Soporté mi vilipendio;
Y si hoy no me bato, Luis,
Lo que ayer juró cumpliendo,
Pondrá su mano en mi rostro.
Yo no debo, yo no quiero
Atentar contra su vida;
Él, de mi sangre sediento,
Seguro es que ha de matarme.
Déjeme usted que á cubierto
Ponga su decoro; así
Después moriré contento.
Y usted con otro enlazada

Más feliz, logre el afecto
De esposa gozar y el santo
Amor de madre. Y si puedo,
Haré que Luis su injusticia
Conozca al fin, porque veo
Que usted le quiere á pesar
De todo. Cuando, vertiendo
Mi sangre, sacie su furia,
Yo por mi descanso eterno
Juraré que no es culpada
Su María. En tal momento
De mis palabras acaso
No dude, y, viéndome muerto,
Tal vez á usted volverá
Curado de infames celos.

MARÍA.

(¡Qué corazón! ¡Dios benigno,
Protégeme!)

FERNANDO.

¿No merezco
Que usted me responda? Es fuerza
Que al instante nos casemos.
No bien esté celebrada
La unión, yo marcho, me alejo
De usted, y voy á morir.
¿No es puro y noble mi intento?

MARÍA.

Usted delira, usted lleva
Su abnegación á un extremo.....

FERNANDO.

La vi á usted desamparada,
La amparé; la vi de acerbos
Dolores presa, fué justa

Mi piedad: la vi sufriendo
Todo linaje de insultos,
La indignación y el deseo
De-evitar tales desmanes
Mi pecho agitaron; viendo
La prudencia, la sublime
Resignación, el aliento
Sobrehumano con que un día
Y otro soportaba el peso
De sus males, en usted
Admiré sin par modelo
De nobles mujeres; hoy
Que en duda su honor se ha puesto,
Quiero restaurarle, cifro
Toda mi ventura en ello;
Este natural conato
De dar al triste consuelo,
De amparar al débil; esta
Piedad debida, este aprecio,
Esta admiración que usted
Merece, este sentimiento
De justicia que me inflama
En ansia de poner freno
Á vil calumnia; la voz
De mi deber....., todo esto;
Y luego el vivo contraste
Que ofrece el trato halagüeño
De usted, su candor sencillo,
Su amable virtud, sus tiernos
Sentimientos, comparados
Con los vicios y defectos
De Clara, altiva, soberbia,
Suspicaz, taimada; y luego

Aquel recelar continuo,
Aquel padecer eterno,
Aquel vivir insufrible
Á que por error ajeno
Me vi condenado siempre;
Y luego el maldito empeño
De ambos hermanos, que hacían
Aún más tenaz, más tremendo
Singulares circunstancias,
Hijas de acaso funesto;
Y luego quizá el destino,
El cielo quizá, el infierno
Tal vez..... En profundo mar
De conjeturas me pierdo,
Contra mí mismo batallo,
Á mí propio no me entiendo;
No sé qué extraña influencia
Clara y su hermano ejercieron
Sobre mí; sólo una cosa
Ya por indudable tengo,
Por indudable, y á gritos
Ahora me la está diciendo
Mi corazón, y es, María,
Que la adoro á usted con ciego
Frenesí; tanto, que en vano
Querrá explicarlo mi acento.

MARÍA.

Con íntimo gozo.

(¡Cielos, me ama!) ¡Qué digo!.....

Viendo moverse la puerta por donde antes entró Clara.

¡Y Clara nos está oyendo!

FERNANDO.

¿Qué me indica esa zozobra,

Esa ansiedad?.....

MARÍA.

¡Oh, silencio,
Silencio!

FERNANDO.

Mil y mil veces
Lo diré.

MARÍA.

Sí, bien comprendo
Que usted con mentiras trata
De hacer que yo más pequeño
Juzgue el sacrificio.....

FERNANDO.

Usted
Lo que sabe es que no miento.

MARÍA.

¿Luego entonces miento yo?

FERNANDO.

Una palabra. Ni aun sueño
Que usted me pueda querer;
Pero si un bien tan supremo
Lograra, si tanta fuese
Mi dicha.....

MARÍA.

¿Hay tal fingimiento?

FERNANDO.

¡Se burla de mí!

MARÍA.

Fernando,
Á usted le ciega el despecho
Porque aún idolatra á Clara.
Renuncie usted á ese duelo
Y únase con ella.

FERNANDO.

Nunca.

MARÍA.

Acceda usted á mis ruegos.

FERNANDO.

Mil muertes antes.

MARÍA.

¡Dios mío!

Es que Clara.....

FERNANDO.

Odio, desprecio
Me inspira, y usted amor
Puro, inextinguible, inmenso.

MARÍA.

Perdónela usted.

FERNANDO.

Jamás.
Ya lo dije: la detesto.

MARÍA.

Arrodillándose.

Míreme usted á sus plantas.

FERNANDO.

No; jamás.

ESCENA VII.

DICHOS y CLARA.

CLARA.

Sale, coge de un brazo á María y la levanta con violencia. Fernando, al salir Clara, da un grito de sorpresa; María de dolor; aquél después inclina la cabeza, y ésta se oculta el rostro entre las manos.

¡Alza del suelo!
¿Por qué me quieres hacer

¿Limosna que no pedí?
Responde. ¡Que esta mujer
Tenga lástima de mí!
  Si cuando miente es ahora;
Si él á ti nunca te amó;
Si él, no hay duda, á mí me adora,
Sólo á mí; pues no que no.
  Á ti sola, á ti te amaba
Y en callártelo hizo mal,
Que no por callar dejaba
De ser falso y desleal.
  Y ya que al fin lo revela,
Todo hecho azúcar y miel,
Fuera escrúpulos, tontuela;
Cásate al punto con él.
  Yo soy joven todavía;
Honrada y noble nací;
Y quizá encuentre algún día
Esposo digno de mí.
  Mas cuenta que yo en la boda
Os tengo de apadrinar:
Esta es mi exigencia toda,
Yo os conduciré al altar.
  Y sin más, mil parabienes
Recibid, y hasta después.
(¡Oh! Se me saltan las sienes:
Ni acierto á mover los pies.)

Dirígese al foro y tropieza con un mueble.

FERNANDO y MARÍA.

Yendo hacia ella como para prestarle auxilio.

¡Oh!

CLARA.

Quietos..... Gracias..... Repito.....

(Felices serán los dos,
Y yo en tanto.....) Adiós, primito.
Quietos dije.....

Con ira al ver que insisten en seguirla.

Adiós, adiós.

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO y después LUIS.

ANTONIO.

Saliendo azorado por la puerta del foro.

Chico, chico.

FERNANDO.

¿Qué hay, Antonio?

ANTONIO.

Luis viene detrás de mí.

MARÍA.

¿Luis?

ANTONIO.

El mismo; hecho un demonio
Porque su hermana está aquí.

CLARA.

Á tiempo llega.

MARÍA.

No agraves.
El mal; compasión.

CLARA.

Descuida.

LUIS.

Al aparecer en la puerta del foro.

Te hallo al fin.

CLARA.

Señalando á Fernando.

Sí; ven. ¿No sabes?
Le he estado oyendo escondida.

LUIS.

Sal de esta casa.

CLARA.

Es su amante;
Ya lo sabemos de fijo.

LUIS.

Sal de aquí.

CLARA.

Me iré al instante.
Y le dijo.....

LUIS.

Sin poder dominarse, y acercándose á su hermana con vivísimo interés.

¿Qué le dijo?

CLARA.

Que ya no me quiere á mí,
Que no me quiso jamás,
Que á ella la adora, y así.....
No sé cuántas cosas más.

LUIS.

¿Y eso te sorprende acaso?

MARÍA.

¡Clara!.....

ANTONIO.

(Bien me lo temía.)

CLARA.

¡Bah! Si lo mejor del caso
No te he dicho todavía.

LUIS.

Dilo.

MARÍA.

Clara, estás abriendo
Á nuestros pies un abismo.

LUIS.

¿Qué hay? Acaba.

CLARA.

A María irónicamente.

Ya te entiendo.
Que quieren casarse hoy mismo.

A su hermano.

LUIS.

¿Eso quieren?

FERNANDO.

No es verdad
Que ella lo quiera también.

CLARA.

Hoy se casan.

MARÍA.

Por piedad.

LUIS.

Sígueme, Fernando; ven.

MARÍA.

¿Qué pretendes, desdichado?

LUIS.

Dar castigo á ese traidor.

CLARA.

A Luis.

¡Y yo que había olvidado!.....
Calma, calma tu furor.

LUIS.

¿No me sigues?

FERNANDO.

No.

LUIS.

¿Por qué?

FERNANDO.

Aun, según nuestro convenio,
No es hora.

LUIS.

¡Me gusta! Á fe
Que el hombre es vivo de genio.
Armas en mi coche traje;
Fuera estamos de poblado;
Haz un poco de coraje,
Y el cuento es cuento acabado.

FERNANDO.

Hasta la hora convenida.....

LUIS.

Tratas de huir: lo presiento.

FERNANDO.

Avanzando hacia Luis.

¡Oh!

MARÍA.

Deteniéndole.

Respete usted su vida.

ANTONIO.

A Luis

Renuncia á tu loco intento.

LUIS.

¿Que yo renuncie.....? Á mi hermana
Condenando á eterno lloro,
Hace su esperanza vana,
Pone en riesgo su decoro;
Mal pariente y mal amigo
La mujer me roba á mí;
Á quien tanto quiero....., digo,

Á quien necio amar creí:
Mi madre por él está
De tal manera afligida,
Que muy en breve quizá
Le quite el dolor la vida.
Y cuando en mi justa furia,
Tan lleno ya de razón,
De una y otra y otra injuria,
Le pido satisfacción;
Porque él en tono muy grave
Responda sólo: «no puedo,
No debo», que es, ya se sabe,
Como decir, «tengo miedo»,
¿Yo no he de vengarme, yo
Por contento me he de dar,
Y todo aquí se acabó,
Y pelillos á la mar?
¡Vive Dios! Eres tan necio
Como infame.

FERNANDO.

Procurando contenerse.

¡Luis!

ANTONIO.

A Luis.

Repara.....

LUIS.

Acercándose á Fernando, á pesar de que Antonio trata de detenerle.

Si digo que te desprecio.

FERNANDO.

Más irritado.

¡Luis!

LUIS.

Frenético de ira.

Y te escupo á la cara.

CLARA.

Advierte.....

LUIS.

Cobarde.

FERNANDO.

Cesa.

LUIS.

Cobarde, sí; lo repito.

FERNANDO.

Dirigiéndose al foro.

Ven, pues.

LUIS.

¡Al fin! Ya es empresa
Enfadar á este amiguito.

ANTONIO.

Sí, castiga su insolencia,
Puesto que así te provoca.

MARÍA.

¿También usted?

ANTONIO.

La paciencia
De un santo sería poca.

MARÍA.

Ruégale tú.

CLARA.

¡Ni merece
Que le castigue tu mano!
Déjale.

LUIS.

A María.

Más me enfurece
Tu súplica.

MARÍA.

¡Todo en vano!

FERNANDO.

La muerte de Luis sería
Causa de dolor tremendo:
Ya lo sabe usted, María;
Yo á nadie aflijo muriendo.

MARÍA.

Noble eres, Luis; ya has oído
Que tu muerte no desea,
Que va á morir decidido.

LUIS.

Después cambiará de idea.

MARÍA.

¡Por tu madre, por el cielo!

LUIS.

Por nada.

MARÍA

Pues bien; Fernando
Va á renunciar á ese duelo.

LUIS.

Irónicamente.

¿Tú lo exiges?

MARÍA.

Yo lo mando.
¡Usted morir! ¿Quién reclama

A Fernando.

Tal sacrificio? Cruel,

A Luis.

Óyelo bien. Él me ama
Y yo....., yo le adoro á él.

CLARA y LUIS.

Oh!

FERNANDO.

¿Qué escucho?

CLARA.

Al fin se vende.

FERNANDO.

¿Será cierto?

ANTONIO.

(¡Bueno va!)

CLARA.

¡Le ama!

LUIS.

¡Le ama!

MARÍA.

¿Qué os sorprende?

Pues ¿no lo sabíais ya?

Le amo, sí.

FERNANDO.

Gracias, señora.

MARÍA.

Aun hay quien llanto derrame

Por usted.

LUIS.

A María.

Calla, traidora.

FERNANDO.

¡Oh qué dicha!

CLARA.

A Fernando.

Calla, infame.

LUIS.

Vamos, ó en nada reparo.

FERNANDO.

A Antonio.

Tú de ambos serás testigo.

ANTONIO.

¿Qué he de hacer?

MARÍA.

¿Mi amor declaro,
Y nada en cambio consigo?

FERNANDO.

¿Cómo evitar este lance?
Y si usted me tiene amor,
¿No debo yo á todo trance
Guardar intacto mi honor?

MARÍA

Hoy me llama usted su esposa
Si consiente en no reñir.

LUIS.

¿Él tu marido?

CLARA.

¡Si es cosa
De no poderlos oir!

FERNANDO.

¿Aceptará usted mi nombre?

MARÍA.

Con orgullo y con placer.

CLARA.

¡Y yo he querido á este hombre!

LUIS.

¡Y yo quise á esta mujer!

FERNANDO.

Amor el tuyo funesto:
Ya no hay nada entre los dos;
Y ojalá nunca.....

CLARA.

¿Oyes esto?

Ea, mátale, por Dios.

MARÍA.

¡Qué horror! ¡Piedad!

LUIS.

No la esperes.

MARÍA.

Matadme primero á mí.

LUIS.

¿Ahora detenernos quieres?

MARÍA.

Colocándose delante de la puerta del foro.

No saldrás.

LUIS.

Asiendo á María de un brazo, y trayéndola hasta cerca del proscenio.

Quita de ahí.

FERNANDO.

Partamos.

Saliendo con Antonio por la puerta del foro.

MARÍA.

Por Fernando.

¿Y en su alma cabe

Tal rigor?

LUIS.

Nadie te ampara.

Vase y cierra la puerta.

MARÍA.

Corriendo hacia el foro.

Y cierra....., y quita la llave.

FERNANDO.

Dentro.

Adiós, María.

LUIS.

Dentro.

Adiós, Clara.

ESCENA IX.

CLARA y MARÍA.

MARÍA.

Por ti corren dos hermanos
A matarse, alma de fiera.
¡Ay de ti! Muera el que muera,
Ese habrá muerto á tus manos.
¿Y aún tu maldad te envanece?
¿Y aún tu crimen no te espanta?

CLARA.

Si muere Luis..... ¡Virgen santa!
Pues si Fernando perece.....
Por mí se van á matar;
No hay duda, por culpa mía.....
¡Á matarse! ¿Y tú, María,
Los has dejado marchar?

MARÍA.

¿Lo ves? Al fin, desdichada,
Cesó tu insensato alarde.
¡Ya es tarde!

Con profundo dolor.

CLARA.

¿Para qué es tarde?
Dímelo. No digas nada.
¿Esas puertas?.....

MARÍA.

Todas dan

Á aposentos interiores.

CLARA.

Aun debieron ser mayores
Tus ruegos, mayor tu afán.

MARÍA.

Harto vieron mi aflicción,
Harto he gemido y rogado.

CLARA.

¿Y qué? ¿Nada? ¿Se han marchado?
¡Si no tienen corazón!

MARÍA.

Infeliz, ¿ahora te aflige
Lo que hace poco anhelabas?

CLARA.

¿Á qué decir que le amabas?

MARÍA.

No mentí cuando lo dije.

CLARA.

Ese es castigo bastante
Para mi culpa.

MARÍA.

Además
Hoy la muerte llorarás
De tu hermano ó de tu amante.

CLARA.

¡Salva á mi hermano, gran Dios!
¿Qué digo? ¡Salva á Fernando!
Dios mío, estoy blasfemando.
¡Á los dos, salva á los dos!

MARÍA.

Mucho vas á padecer.

CLARA.

¡Socorro, favor! Gritemos.

MARÍA.

¿Y á qué gritar?

CLARA.

Pues ¿qué haremos?
Hagamos algo, mujer.

MARÍA.

Esperar en Dios.

CLARA.

Jamás
La esperanza en Dios perdí.
Esperar en Dios, sí, sí;
Pero algo más, algo más.
¡Favor! Cerraron la puerta.
¡No me oyen! Y Luis sin duda
La cerró. Ven; dame ayuda.
Pronto la verás abierta.

MARÍA.

No es posible.

CLARA.

¿Por qué no?
Ven; mis esfuerzos imita.
No: nada..... ¡Puerta maldita!
¿Y ha de poder más que yo?

MARÍA.

No hay remedio. ¡Ay, infelices
De nosotros!

CLARA.

¡Qué tormento!

MARÍA.

¡Tal vez en este momento!.....

CLARA.

Mira, por Dios, lo que dices.
¿Supones que ya?..... Mal haces;

Ni lo imagines siquiera.
Crimen espantoso fuera
De que ellos no son capaces;
Que si la furia los hizo
Olvidarse aquí de todo,
Luego..... ¿Aun tiemblas de ese modo?
Pues yo bien me tranquilizo.
Segura tienen la vida:
Conque tu ansiedad reprime
Y no calles; habla: dime
Que te das por convencida.
Cualquiera de ellos que osare
Hacer al otro algún daño.....
Verás cómo no me engaño,
Verás....!

MARÍA y CLARA.

¡Oh!

Suenan fuertes golpes en la puerta del foro.

ESCENA X.

DICHAS, y PEDRO y JUANA dentro.

JUANA.

¡Dios nos ampare!

PEDRO.

¡Señora!

MARÍA.

Abrid.

JUANA.

Han quitado
La llave.

CLARA.

¿Qué hay?

MARÍA.

¿Qué tenéis?

JUANA.

¡Ay, señorita!

CLARA.

¿Hablaréis?

MARÍA.

¿Qué pasa?

PEDRO.

Que le han matado.

CLARA y MARÍA.

¡Jesús!

PEDRO.

Y le traen en peso.

JUANA.

¡Que venga usted, señorita!

MARÍA.

¿Mas quién á quién?.....

CLARA.

¡Quita, quita!

Apartándola de la puerta y tapándola la boca con una mano.

¿Vas á preguntarles eso?

MARÍA.

¡Así estaremos penando
Por los dos!

CLARA.

¡Silencio!

MARÍA.

Sí;

Prestando atención.

Alguien más viene hacia aquí.

CLARA.

¿Será Luis? ¿Será Fernando?

MARÍA.

¿Oyes?

CLARA.

La puerta han abierto.

MARÍA.

¡Dios piadoso, en ti confío!

CLARA.

¡Oh!

Luis aparece en la puerta del foro pálido y desencajado.

MARÍA.

¡Qué veo!

Saliendo precipitadamente por la puerta del foro.

CLARA.

Arrojándose en sus brazos con expresión de alegría.

¡Hermano mío!
¡Fernando, Fernando ha muerto!

Con el más profundo dolor, y dejándose caer en una silla. Luis se queda inmóvil y profundamente abstraído. Pausa.

ESCENA XI.

CLARA y LUIS.

CLARA.

¿Morir él? ¿Y no ha cesado
Mi corazón de latir?
Pues qué, ¿puedo yo vivir
Sin mi dueño idolatrado?
¿Por qué estás pálido y yerto?

Asiéndole de una mano.

¿Qué te pasa?..... Escucha..... Mira.....

¿Que le has matado? ¡Mentira!
Tú sí que pareces muerto.
  Habla: ¿qué debo temer?
Di: ¿qué has hecho de tu hermano?
¿Será verdad que esta mano?.....

Soltando con horror la mano que le tiene asida.

¡Si no lo puedo creer!

LUIS.

  Era la ofensa evidente:
Cegaba yo de coraje;
Estábamos en paraje
Para el duelo conveniente;
  Disparé; caer le vi;
Toda mi sangre se heló;
Le llamé; no respondió;
Trémulo de espanto huí.

CLARA.

  Pero ¿es verdad?

LUIS.

Sólo el llanto
Puede consolarte ahora.
Llora, desdichada, llora.....
¡Los dos lloraremos tanto!
  Quien por odio á su enemigo
Á empresas tales se lanza,
Donde piensa hallar venganza
Halla su propio castigo.
  Clara, Clara, ¡amor fatal!

CLARA.

Hermano, ¡malditos celos!

LUIS.

¡Haced un milagro, cielos,
Y que viva mi rival!

CLARA.

Si aún vive..... Si por ventura
No fuese el riesgo tan grave.....

LUIS.

¡Vana esperanza!

CLARA.

¿Quién sabe?.....

LUIS.

¡Ay, no! Su muerte es segura.

CLARA.

¿Y tú, Luis? ¡Qué horrible hazaña!
¿Tú correr su sangre has hecho?
¿Tan duro tienes el pecho?
¿Tan implacable es tu saña?
¿Quién no te ha de aborrecer,
Malvado, cruel, impío?.....

LUIS.

Pero ¿hay paciencia, Dios mío,
Para oir á esta mujer?
¿Cuando mi mano homicida
Maldigo yo propio; cuando
Por la vida de Fernando
Diera contento mi vida;
Cuando está mi corazón
Condenado á eterno duelo,
Tú, en vez de darme consuelo,
Acrecientas mi aflicción?
Tú sin tregua has avivado
Mi celoso frenesí;
Tú hiciste que ardiera en mí
El furor que me ha cegado;
Tú me exigiste que en él
Nuestras ofensas vengara;

¿Y tú me llamas, tú, Clara,
Malvado, impío y cruel?
Sé que á darme tales nombres
Derecho tiene cualquiera;
Sé que cambiarme pudiera
Por el más vil de los hombres;
Mas tú, ciega como yo,
Como yo cruel, impía,
Tú no aumentes mi agonía,
Tú no me culpes, tú no.

CLARA.

Quiero verle.

LUIS.

Aguarda.

CLARA.

Ven.

LUIS.

Advierte.....

CLARA.

Ya nada advierto.

LUIS.

¿Y si le encontramos muerto?

CLARA.

¡Muera yo entonces también!

Van á salir por el foro y entra Antonio. Al verle, ambos lanzan un grito.

ESCENA XII.

Dichos y Antonio.

ANTONIO.

Os buscaba.

LUIS.

Habla.

CLARA.

¿Qué ha sido
De Fernando?

LUIS.

Dilo.

CLARA.

Sí:
Vamos.

LUIS.

Habla.

CLARA.

Pronto.

LUIS.

Di.

ANTONIO.

Como estoy tan conmovido.....

CLARA.

¿Por qué?

LUIS.

La nueva es funesta,
¿Verdad?

CLARA.

¿Por qué?

ANTONIO.

Lo diré
Si ustedes callan.

CLARA.

¿Por qué?

LUIS.

¿No hablas? Responde; contesta.

ANTONIO.

Pero.....

CLARA.

Acabe mi ansiedad.

LUIS.

Mitiga nuestro tormento.

CLARA.

Usted venía contento.

LUIS.

Tú llorabas.

CLARA.

La verdad.

LUIS.

¿Ese llanto?

ANTONIO.

Es de alegría.

CLARA.

¿Vive aún?

ANTONIO.

¡Pues no que no!
¿Para qué he estudiado yo
Medicina y cirujía?

CLARA.

¿Oyes, Luis?

LUIS.

Sí..... Mal hicieras
En mentir.

ANTONIO.

Queriendo llevarle hacia el foro.

¡Oh! Ven conmigo.

LUIS.

¿Vive..... eh? ¿Vive?

ANTONIO.

Que sí digo.

LUIS.

¿Con que sí? ¿Vive? ¿De veras?.....

ANTONIO.

¡Dale!

CLARA.

No dudes.

LUIS.

Bien, ya
Sabemos que vive.

ANTONIO.

Y qué,
¿No te alegras?

LUIS.

Aun no sé.
Aun no sé si vivirá.

CLARA.

¿Pues no?

ANTONIO.

Por Dios que me creas.

LUIS.

¿Vivirá?

ANTONIO.

Yo te lo fío.

LUIS.

Estrechándole repetidas veces contra su corazón.

¡Ay, Antonio, Antonio mío,
Bendito, bendito seas!

ANTONIO.

¡Bendito Dios!

CLARA.

¡Qué ventura!

ESCENA XIII.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO.

Desde la puerta del foro.

Ya ha venido ese sujeto.

ANTONIO.

Fuera excusado el secreto.
Ese sujeto es el cura.

LUIS.

¡Un cura!

ANTONIO.

Avisado estaba.....

LUIS.

Sigue.

CLARA.

¿Y qué?

ANTONIO.

Que aprovechando
La ocasión..... Como Fernando
Teme por su vida.....

LUIS.

Acaba.

ANTONIO.

Quiere que á salvo ante todo
Quede la reputación
De María; que la unión
Se verifique del modo
Que ahora permita su estado.

LUIS.

¡Clara!

ANTONIO.

¿Y ella?

LUIS.

Ha consentido.

CLARA.

¡Luis!

ANTONIO.

Vase con Pedro.

Ustedes lo han querido:
Ustedes los han casado.

ESCENA ÚLTIMA

CLARA Y LUIS.

CLARA.

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!

LUIS.

¡No sé qué pasa por mí!

CLARA.

Pues entonces, necio, di,
¿De qué ha servido ese duelo?

LUIS.

¡Ella ajena!

CLARA.

¡Él de otra esposo!

LUIS.

¡Corramos!

Van hacia el foro.

CLARA.

¡Oh!

LUIS.

Deteniéndose los dos.

¡Fuera impío!

CLARA.

Cayendo de rodillas.

¡Hazla dichosa, Dios mío!

LUIS.

Levantando las manos al cielo.

¡Dios eterno, hazle dichoso! (1)

FIN DEL DRAMA.

---

(1) Esta comedia tiene también bastantes correcciones de importancia en el primer acto, pero ninguna en el segundo y tercero. Deduzco que el autor estaba preparando nueva edición de *La bola de nieve* cuando se inició la enfermedad que le llevó al sepulcro.—(*N. del C.*)

LO POSITIVO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ADVERTENCIA.

Esta comedia es una imitación de la que escribió en francés León Laya con el título de *Le Duc Job*, y la cual se estrenó en París á 4 de Noviembre de 1859. *El Duque Job* tiene once personas, cuatro actos y cincuenta escenas. En Lo Positivo está reducido á cuatro el número de personas, el de actos á tres, y el de escenas á veinticuatro. Casi todo el diálogo puede pasar por original en esta última composición dramática: nueva es también la mayor parte de sus escenas: el desarrollo de la acción y de los caracteres difiere no poco en ambas producciones: la significación del pensamiento moral que entraña el asunto aparece tal vez más concreta, más clara y viva en la obra española que en la francesa.

El autor ha estimado conveniente hacer aquí estas ligeras observaciones, bien que sin dar á un trabajo tan baladí ni la más pequeña importancia.

REPARTO

en el estreno de la obra, representada el 25 de Octubre de 1862 en el teatro de Lope de Vega.

PERSONAJES.	ACTORES.
CECILIA.	Doña Teodora Lamadrid.
EL MARQUÉS.	Don Joaquín Arjona.
RAFAEL.	» Juan López Benetti.
DON PABLO.	» Enrique Arjona.

ACTO PRIMERO.

Jardín. A la izquierda la fachada de una casa con puerta abajo y con ventanas en el piso principal. Sillas rústicas y bancos de piedra. En el foro una verja con puerta que da al campo.

ESCENA PRIMERA.

RAFAEL.

Sale por la derecha, tarareando el paso de ataque, con gabán de entretiempo y kepis puestos. Lleva una cinta en un ojal del gabán. En la frente tiene una cicatriz.

Tararí, tararí, tararí, tararí. ¡Oh fuerza de la costumbre, cuán invencible es tu poder! Acostumbrado al fementido catre del campamento, mi nueva cama me ha parecido mala, precisamente por lo que tenía de buena; y habiendo despertado al toque de diana, que oí en sueños clara y distintamente, no he logrado después volver á pegar los ojos. Vaya otro cigarrillo. (Saca un cigarro de papel y lo enciende.) ¡Muy linda está! ¡Mil veces más linda que antes! Pero, como siempre, tan aficionada á lucir y tan prendada del dinero. ¿Qué ha de suceder? Sigue las máximas de su padre, entusiasta adorador del becerro de oro. Maldito dinero, que así prostituye y envenena los más hidalgos corazones. ¡Qué lástima de muchacha! (Pausa, durante la cual vuelve á encender el cigarro, que se le había apagado.) Apenas pude

decirle ayer cuatro palabras seguidas. Es gusto venirse á vivir á Carabanchel para estar recibiendo visitas todo el día, lo mismo que en Madrid. No me quiere..... ¡No me querrá nunca! Un pariente que se ha criado con ella, como quien dice, no puede inspirarle amor, y menos aún un pariente pobre. Se casará con un millonario. ¡Casarse Cecilia con otro! ¡Esta idea me saca de tino! ¡Y yo que esperaba curarme con la ausencia, de tan insensata pasión!

Es amor en la ausencia
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma.
Ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande.

Bien dice la copla, y yo fuí un mentecato al suponer..... No he debido volver á verla. Es preciso huir de nuevo: huir para siempre. Aquél es su cuarto. (Mirando hacia la ventana de la derecha.) Aun estará durmiendo. Soñará quizá con algún amante. No quiero pensarlo. ¡Cuánto mejor estaba allá peleando con los marroquíes! Ea, ea, valor. Tararí, tararí, tararí, tararí.

Se sienta en una silla dando la espalda á la casa, y tararea el paso de ataque.

ESCENA II.

RAFAEL y CECILIA.

CECILIA.

Asomándose á la ventana.

¿Lo aprendiste en viernes primito?

RAFAEL.

Hola, ¿eres tú?

CECILIA.

Yo misma. Buenos días, Rafael.

RAFAEL.

Buenos días.

CECILIA.

No me mires.

RAFAEL.

¿Por qué?

CECILIA.

Aun no me he quitado la gorra de dormir.

RAFAEL.

¿Y qué?

CECILIA.

Que debo estar horrorosa.

RAFAEL.

Coqueta. Tú de todos modos estás divina.

CECILIA.

¡Ay, qué galante es mi primo!

RAFAEL.

(Huir; no hay remedio.)

CECILIA.

Tenemos que hablar.

RAFAEL.

Di.

CECILIA.

No: se trata de una cosa muy importante.

RAFAEL.

¿De qué?

CECILIA.

¿Hay alguien por ahí?

RAFAEL.

Nadie.

CECILIA.

Es que no quiero que nadie se entere.....

RAFAEL.

Habla sin temor.

CECILIA.

Á ti te lo digo porque sé que me quieres mucho y que la noticia te ha de alegrar.

RAFAEL.

¿Sí, eh?

CECILIA.

Sí. Oye. Hay moros en campaña.

RAFAEL.

¿Cómo?

CECILIA.

Moros, no de los de por allá, sino de los de por aquí.

RAFAEL.

No te entiendo.

CECILIA.

¡Qué torpe! Á ver si lo entiendes ahora. Que tengo un pretendiente.

RAFAEL.

(¡Dios mío!)

CECILIA.

Y papá quiere casarme.

RAFAEL.

¿Y tú?

CECILIA.

Con alegría.

¡Es rico!

RAFAEL.

¡Ah, es rico!

CECILIA.

Por supuesto. ¿Había yo de casarme con un pobre?

MARQUÉS.

Dentro, gritando.

¡Rafael! ¡Rafael!

CECILIA.

¡Ah! El tío Antonio.

MARQUÉS.

¿Dónde te has metido?

CECILIA.

Retirándose de la ventana.

Luego hablaremos despacio. Adiós.

RAFAEL.

Lo que yo me temía. Se va á casar.

ESCENA III.

RAFAEL y el MARQUÉS.

MARQUÉS.

Te has venido al jardín. (Saliendo por la puerta de la casa.) ¿Cómo te había de encontrar por ahí dentro?

RAFAEL.

Más de dos horas há que estoy levantado.

MARQUÉS.

Pues yo creí que con las fatigas del viaje..... ¿Y te sientes bien?

RAFAEL.

Perfectamente.

MARQUÉS.

No sabes cuánto me regocija verte á mi lado des-

pués de tan larga y penosa ausencia. Por supuesto que pasarás con nosotros unos días en Carabanchel.

RAFAEL.

No sé todavía.

MARQUÉS.

Yo no pensaba moverme de Madrid, pero tuve que ceder á las instancias de tu tío, y contaba con que tú al regresar de África..... Ya le oíste anoche exigirte formalmente que te quedes.

RAFAEL.

¡Son tan desiguales nuestros genios!

MARQUÉS.

¿Qué importa? No hay día en que él y yo no armemos una pelotera, y no por eso dejo de pasarlo bien en su compañía. Tiene graves defectos, es verdad, pero también muy buenas cualidades. Desde que murió mi pobre hermana, que en gloria esté, ya has visto con qué infatigable celo ha cuidado de sus hijos y cómo se ha desvivido por ellos.

RAFAEL.

Es, con efecto, un padre muy cariñoso; pero les ha imbuído ciertas ideas.....

MARQUÉS.

Has de considerar que en el siglo en que vivimos todo el mundo ha dado en creer que la felicidad es cosa que se compra con el dinero. Pablo, que ha hecho su pingüe patrimonio á fuerza de constancia y laboriosidad, no puede menos de tributar adoración al ídolo á quien ha sacrificado su vida entera, y como buen negociante, lleva siempre metido en la cabeza el libro de caja. Nosotros, Rafael, tuvimos un noble modelo á quien imitar en el Duque, tu padre y mi hermano mayor. Él nos transmitió las ideas y senti-

mientos de otras épocas que hoy se apellidan bárbaras, y por esta circunstancia, sin duda, no somos ahora lo mismo, ó acaso peores, que tu pobre tío, arrastrado desde su juventud por la corriente de las opiniones vulgares.

RAFAEL.

¡Qué odiosas opiniones! Vea usted á Cecilia, y por su aspecto le parecerá un ángel: estudie usted su corazón, y le hallará seco, metalizado, muerto.

MARQUÉS.

El mal no es tanto como piensas. Á veces un poco de broza basta á reprimir el impulso de bullidoras aguas. Ahondando en el corazón de tu prima, daríase pronto quizá con abundante manantial de sentimientos nobles y puros.

RAFAEL.

Con vehemencia.

¡Oh, si tal presunción fuese cierta!

MARQUÉS.

Y ¿por qué no ha de serlo? Si Dios quisiera que esa chica se enamorase de un hombre..... (Con intención.) de un hombre, así como tú, por ejemplo (Rafael se estremece. El Marqués lo observa.), ya verías qué pronto se curaba de sus manías.

RAFAEL.

¡Oh, si Cecilia fuese capaz de amar como su hermano Felipe, de fijo se salvaría como él!

MARQUÉS.

Durante tu ausencia Felipe ha cambiado mucho. Era antes todo fuego; ahora es todo nieve: antes su cabeza estaba llena de ilusiones; ahora no más que de cálculos y guarismos.

RAFAEL.

¿Habla usted con formalidad? ¿Cómo ha podido verificarse un cambio de esa naturaleza en hombre tan sensible y tan vivamente enamorado?

MARQUÉS.

¿Enamorado? Ya no quiere á Matilde.

RAFAEL.

¿Cómo que no, si anoche antes de volverse á Madrid estuvo hablando de su próximo casamiento?

MARQUÉS.

Va á casarse, pero no con Matilde, sino con otra.

RAFAEL.

¿Con otra? Eso no es creíble; aquel afecto había echado raíces en su corazón para toda la vida. Recuerdo que estuvo á punto de perder el juicio cuando Mendoza le negó la mano de su hija.

MARQUÉS.

Pues Mendoza insistió en que no quería yerno que sólo pudiera disponer de la miseria de un millón, que es lo que Pablo da á cada uno de sus hijos, y resolvió, con el fin de ver si lograba distraer á Matilde, que su madre se la llevara á viajar. Cuando Felipe supo que había partido, se desesperó á más no poder; pero poco á poco fué dando oído á los consejos de personas prudentes y muy entendidas en letras..... de cambio, y acabó por hacerse un hombre de provecho, según ellos dicen. Ya no pudo considerar el matrimonio sino como una especulación, y tuvo la suerte de encontrar una novia á pedir de boca; esto es, una novia con cuatro millones de dote: la hija de ese banquero de los Estados Unidos que hará como cosa de dos años vino á establecerse en Madrid.

RAFAEL.

¡Quién lo hubiera dicho! Vamos, si parece mentira. ¿Y esa joven no tiene más atractivo que su dinero?

MARQUÉS.

Tuerce un poco la boca y un mucho los ojos; pero por lo demás es encantadora. Y sobre todo tiene mucho *chic*, y habla chapurrado, mitad en español y mitad en inglés, lo cual es de muy buen tono.

RAFAEL.

¿Y será posible que tal enlace se lleve á efecto?

MARQUÉS.

La semana próxima quieren casarse; pero á mí se me ha metido entre ceja y ceja que el banquero angloamericano es un solemne bribón, y si de aquí á entonces le descubro alguna maca.....

RAFAEL.

¿No ha regresado aún Matilde de su viaje?

MARQUÉS.

Ayer debió llegar á Madrid.

RAFAEL.

En cuanto Felipe la vuelva á ver, es indudable que volverá á quererla.

MARQUÉS.

¿Quién sabe?

RAFAEL.

No lo dude usted.

ESCENA IV.

DICHOS y DON PABLO.

DON PABLO.

Saliendo por la puerta de la casa con el sombrero puesto.

¿Están ustedes filosofando?

MARQUÉS.

Estábamos murmurando de ti.

DON PABLO.

Que sea en hora buena.

RAFAEL.

¿Qué tal ha pasado usted la noche?

DON PABLO.

Malísimamente. He soñado que un moro te cortaba la cabeza, y ni un solo momento me ha dejado sosegar esta pesadilla. ¡Como me hizo tanta impresión verte con esa disforme cicatriz!

MARQUÉS.

Le sienta muy bien, ¿no es verdad?

DON PABLO.

¡Divinamente! Milagro de Dios fué que no le dejasen tuerto. Bien empleado le está por no haber querido hacerme caso.

RAFAEL.

Tío, era militar.

DON PABLO.

Sí, subteniente. Bonito grado para todo un señor Duque.

RAFAEL.

En las filas del Ejército no hay puesto ninguno que no sea honroso.

DON PABLO.

Pero si tú no eras tal militar; si nunca te habías vestido de uniforme; si tuviste que solicitar como gracia el que se te declarase en activo servicio.....

MARQUÉS.

Tanto mejor para él.

DON PABLO.

Y ¿qué ha ganado con semejante hazaña?

MARQUÉS.

Señalando con íntimo gozo á la cinta que lleva Rafael en el pecho.

Con efecto: no ha ganado un solo maravedí. No ha ganado más que eso....., eso.

DON PABLO.

Sí, un cintajo.

MARQUÉS.

Sin duda que hubiera sido preferible el Toisón de Oro.

DON PABLO.

Porque no sabes qué decir, te me vienes con pullas. Nadie que tenga un poco de juicio.....

MARQUÉS.

Nadie que tenga un poco de eso que ahora se llama juicio, comprenderá jamás las nobles inspiraciones de un corazón recto y generoso.

RAFAEL.

Usted olvida, tío, que yo fuí á pelear por mi religión, por mi patria y por mi reina.

DON PABLO.

Ta, ta, ta, ta.

MARQUÉS.

Pero en verdad que parecèmos locos, disputando por cosa que ya no tiene remedio.

DON PABLO.

En eso no te falta razón. Y dígame usted, señor subteniente: supongo que, habiéndose acabado la guerra, pensará usted pedir su retiro.

MARQUÉS.

Hoy mismo escribirá á Madrid para arreglar ese asunto.

DON PABLO.

Pues vamos sin perder tiempo á otra cosa, que yo dentro de un rato he de verme con D. Marcelino

MARQUÉS.

También yo. Iremos juntos.

DON PABLO.

A Rafael imperiosamente, presentándole una silla.

Siéntate.

RAFAEL.

¿De qué se trata?

DON PABLO.

Bajo al Marqués, y siéntase á la derecha de Rafael.

Ya sabes que tenemos que reñirle.

MARQUÉS.

Siéntase á la izquierda de Rafael.

(Ah, sí; había olvidado.....)

RAFAEL.

Me dan ustedes en qué pensar.

DON PABLO.

Estamos muy enfadados contigo.

RAFAEL.

Al Marqués.

¿De veras?

MARQUÉS.

Aparentando severidad.

De veras.

RAFAEL.

Con sentimiento.

¿Pues qué he hecho yo que pueda merecer la desaprobación de usted?

MARQUÉS.

¿Qué has hecho? Tu tío Pablo te lo dirá

DON PABLO.

Escucha. Tu padre, que santa gloria haya, fué un calavera de marca mayor.

RAFAEL.

¡Un calavera mi padre!

DON PABLO.

Un calavera que derrochó su patrimonio.

RAFAEL.

Permítame usted que le diga que está hablando con poca propiedad. No se puede decir que derrocha su patrimonio el hombre que lo invierte, como Dios manda, en obras de misericordia.

DON PABLO.

No me vengas á mí con ésas. Si dar algo es bueno, dar á manos llenas no merece disculpa. Tú debías haber heredado.....

RAFAEL.

Tío, ya he dicho á usted en varias ocasiones..... (Con enfado.) Mi padre me dejó lo necesario para vivir.

DON PABLO.

Á eso vamos. Con el reducido caudal que heredaste de tu padre, teniendo un poco de prudencia, hubieras podido vivir, si no con lujo, al menos con decoro. ¿Prudencia dijiste? Ni por pienso. Tu bolsillo, como el de tu padre, ha estado siempre abierto para todo el mundo.

RAFAEL.

Ve uno miserias, necesidades, y pudiendo remediarlas.....

DON PABLO.

Como cosa de un mes antes de tu partida para la guerra, averigüé que ya tan sólo te quedaban unos treinta mil duros de capital; y habiéndote amonestado y reñido muy seriamente, me hiciste formal promesa de cambiar de conducta y de no gastar en lo sucesivo de tu capital ni un solo maravedí sin mi conocimiento. ¿Has cumplido tu promesa?

RAFAEL.

(Lo sabe.)

DON PABLO.

Responde.

MARQUÉS.

Vamos, habla. Tu tío lleva razón. Esto no puede continuar así.

DON PABLO.

Á no ser que quieras ir á parar á San Bernardino.

RAFAEL.

Tío.....

DON PABLO.

No hay tío que valga.

MARQUÉS.

¿Es ó no verdad que pocos días antes de salir de Madrid gastaste doscientos mil reales?

RAFAEL.

Sí, señor: es cierto.

DON PABLO.

¿En qué?

MARQUÉS.

Dilo.

RAFAEL.

Es un secreto.

DON PABLO.

Alguna locura.

MARQUÉS.

Perdona. (Con sequedad, levantándose.) Dueño eres de disponer de lo tuyo como mejor te parezca, y nosotros hacemos mal en querer averiguar tus secretos.

RAFAEL.

No me hable usted así, por Dios. (Haciendo que el Marqués se vuelva á sentar.) Todo se lo diré á ustedes. Solamente por delicadeza quería callar. Saben ustedes que don Gregorio Ibáñez, conocido en todo Madrid por su inmenso caudal y más aún por su increíble avaricia, quiso evitar el pactado casamiento de su hijo Eduardo con Enriqueta Salazar porque esta desdichada joven se quedó huérfana y perdió sus bienes por un imprevisto golpe de la fortuna. Eduardo cumplió su palabra, y el inicuo avaro le negó todo auxilio. Cuando se encontraba más falto de recursos empezó á enfermar su mujer. Cercioróse al fin de que esta dolencia era una tisis incurable, y el dolor le trastornó el juicio. Cuanto los médicos ordenaban, cuanto oía decir que habían hecho enfermos del mismo mal, otro tanto puso en práctica, sin que le arredrase contraer deudas enormes. Al cabo de un año, y al día siguiente de regresar de un viaje á la isla de la Madera, murió en sus brazos aquella infeliz, á quien amaba con delirio. Al entrar yo en su casa le hallé sentado junto al ataúd de su esposa, tan pálido y tan inmóvil como ella. No habían podido hacerle derramar ni siquiera una lágrima. Me acerqué á él, le llamé, volvió hacia mí los ojos, y en viéndome, se

arrojó en mis brazos y lloró como un niño. Poco después su médico me llevó á otra habitación, y por él supe que Eduardo había firmado escrituras de depósito para obtener préstamos de usureros sin conciencia y que de un momento á otro debían prenderle. ¡Era mi mejor amigo! ¡Era tan desgraciado! No vacilé: eché á correr sin declarar á nadie mi pensamiento, pero delante de la puerta me encontré con Eduardo, el cual, vertiendo un mar de lágrimas, me dijo estas palabras, que desde entonces están grabadas en mi corazón: «Hazlo, Rafael, hazlo: tú lo has de hacer aunque yo no quiera. Dios permitirá que algún día te pueda pagar.» Salí á la calle, busqué inmediatamente el dinero.....

MARQUÉS.

Con satisfacción.

¿Y pagaste la deuda?

RAFAEL.

Sí, señor.

DON PABLO.

¡Jesús, qué locura! (Levantándose.) ¡Dar dinero á un hombre que no tenía nada!

MARQUÉS.

Levantándose.

Pues por eso se lo dió.

DON PABLO.

¡Pues por eso hizo mal!

MARQUÉS.

¡Por eso hizo bien!

RAFAEL.

Abrazándole.

¡Tío de mi alma!

DON PABLO.

Tú tienes la culpa de todo: tú eres quien le pierde.

MARQUÉS.

¿Cómo he de reñirle por lo que no puedo menos de aprobar?

DON PABLO.

Buen par de majaderos estáis los dos con vuestra sensibilidad exquisita y vuestras ideas de caballerosidad y grandeza de alma. Seguid ambos por ese camino, y cuando no tengáis una sola peseta.....

MARQUÉS.

Tendremos la estimación de los hombres de bien.

DON PABLO.

¡Bobería! Ya no estamos en los tiempos de don Quijote.

MARQUÉS.

Con efecto, estamos en los de Sancho Panza.

DON PABLO.

Dirigiéndose hacia el foro.

Sois locos de atar.

MARQUÉS.

Siguiéndole.

Pero oye.....

DON PABLO.

Saliendo por la verja del foro.

Estoy sordo.

MARQUÉS.

Saliendo también por el foro.

No te enfades. Aguarda.

ESCENA V.

RAFAEL, y después CECILIA.

RAFAEL.

Se toma interés por mí: debo agradecérselo á pesar de todo. (Mirando al reloj.) Las diez. En Carabanchel, por lo visto, se sigue el mismo método de vida que en Madrid, y no almorzaremos hasta las doce ó la una. (Sentándose.) No caí yo en ello, que si no, en cuanto me levanté esta mañana me hubiera ido á Madrid á ver á Eduardo, y á la hora de almorzar podía haber estado de vuelta. ¡Pobre Eduardo! ¿Qué será de él? Mucho me compadecerá cuando sepa que Cecilia va á casarse con otro. Hay que convenir en que mi tío no merece perdón de Dios. ¡Haber metalizado un corazón tan generoso como el de Felipe! ¡Haber torcido las naturales inclinaciones de su hija, de una criatura tan hechicera, tan angelical!

Cecilia sale por la puerta de la casa y se acerca de puntillas á Rafael.

CECILIA.

Remedándole.

¡Tan hechicera, tan angelical!

RAFAEL.

¡Ah! ¿Eres tú?

CECILIA.

¿Estabas pensando en tu novia?

RAFAEL.

Levantándose.

Yo no tengo novia.

CECILIA.

Hace ademán de contar dinero.

Lo creo, porque como te falta cierta cualidad.....

RAFAEL.

Ciertamente.

CECILIA.

Si no te hubieras empeñado en tirar el dinero..... Según oí decir un día á papá, ya no te quedan más que unos treinta mil duros.

RAFAEL.

Eso es.

CECILIA.

Pues, hijo, la renta de treinta mil duros no es gran cosa.....

RAFAEL.

No es nada.

CECILIA.

Y ahora las muchachas estamos por lo positivo, como dice papá.

RAFAEL.

Anda por el escenario tarareando el paso de ataque.

Tararí, tararí, tararí, tararí.

CECILIA.

¡Qué poco amable eres, primo! No merecías que una te quisiera tanto.

RAFAEL.

Acercándose á ella.

¿Me quieres tú mucho?

CECILIA.

Á cual más te queremos todos en casa. ¡Si supieras qué malos ratos hemos pasado durante esa maldita guerra! Papá, sobre todo, no cesaba un momento de pensar en ti. El tío Antonio la echaba de valiente; pero algunas veces se le saltaban las lágrimas á pesar suyo.

RAFAEL.

Y tú, Cecilia, ¿has llorado tú alguna vez por mí?

CECILIA.

¡Digo! Llorando á lágrima viva me he pasado días enteros.

RAFAEL.

¿Será verdad?

CECILIA.

Y todas las noches rezaba por ti, arrodillada delante de la Virgen que tengo en mi alcoba.

RAFAEL.

¡Cecilia!

CECILIA.

Y mira una cosa particular. Precisamente á la hora en que por milagro, según dices, no caíste en poder de los moros cuando te hicieron esa herida, estaba yo pidiendo á la Virgen que te amparase.

RAFAEL.

¡Oh Cecilia, de qué buena gana te daría un abrazo!

CECILIA.

Por poco lo dejas.

RAFAEL.

Es verdad. ¡Cecilia!

Va á abrazarla y se detiene.

CECILIA.

Quedándose con los brazos abiertos.

¿Á qué aguardas?

RAFAEL.

No sé si debo...

CECILIA.

Pues ayer mismo, ¿no me abrazaste? ¿No somos primos?

RAFAEL.

Sí, tienes razón, y en prueba de ello..... (Va de nuevo á abrazarla, y de nuevo se detiene confuso.) ¡Ah!

CECILIA.

¿Qué te sucede? (Quedándose otra vez con los brazos abiertos.) Ea, te abrazaré yo.

RAFAEL.

Deteniéndola con un ademán.

¡Cecilia!

CECILIA.

Corriente. Peor para ti. Vaya, hijo, que eres tonto de veras.

RAFAEL.

(Urge tomar una resolución.)

CECILIA.

¿Qué rezas entre dientes?

RAFAEL.

Tarareando el paso de ataque.

Nada. Tararí, tararí, tararí, tararí.

CECILIA.

¿Vuelta al canticio?

RAFAEL.

(¿Por qué no me he de declarar? Que lo sepa al menos.)

CECILIA.

Mira: ahora que estamos solos es buena ocasión para que hablemos de aquello.

RAFAEL.

Ah, sí. (¡De su casamiento! ¡Qué necio soy!)

CECILIA.

Papá quiere casarme.

RAFAEL.

¿Con tu consentimiento, por supuesto?

CECILIA.

Yo no he dicho que sí ni que no.

RAFAEL.

Pero querrás mucho, sin duda, á ese caballero que pretende tu mano.

CECILIA.

Ni le quiero ni le dejo de querer.

RAFAEL.

¿No le amas y estás resuelta á casarte con él?

CECILIA.

Papá dice que un matrimonio es ni más ni menos que una especulación como otra cualquiera, y el amor una tontería que no produce nada, y que inventó allá en los tiempos del obscurantismo la gente pobre y vagabunda.

RAFAEL.

(Ya me sabía yo que mi tío es un animal.) Y dime: ¿el novio te quiere como tú á él?

CECILIA.

Me quiere como puede querer un hombre de negocios, no como quieren los horteras, los poetas y demás gentecilla de poco más ó menos.

RAFAEL.

¡Ya!

CECILIA.

Pero te advierto que si tu opinión fuese contraria á este enlace, en seguida buscaría yo medio para desbaratarlo.

RAFAEL

¿Tanta confianza tienes en mí?

CECILIA.

— Más que en mí propia. Siempre has sido mi oráculo.

RAFAEL.

Vamos á ver: ¿cómo se llama ese caballero?

CECILIA.

Rosendo Muñoz.

RAFAEL.

No le conozco. ¿Es persona estimable?

CECILIA.

Estimabilísima: ¡tiene dinero!

RAFAEL.

Pues no hay más que hablar.

CECILIA.

¿Qué más ha de pedírsele á un novio? Tiene dinero, y esto es lo positivo. No tiene mucho, mucho, que digamos: dos millones; yo tengo uno; conque ya ves que para mí no es una ganga. Pero se ha puesto de moda, y papá asegura que en media docena de años llegará á ser uno de los banqueros más fuertes de Madrid.

RAFAEL.

¡Ah! pues entonces.....

CECILIA.

Lo mismo digo yo. Aunque sólo sea por aumentar su crédito y darse tono, querrá que su esposa rivalice en lujo con las más encopetadas señoras de la aristocracia..... Si vieras qué ganas les tengo..... Porque, no lo niegues, los títulos sois muy vanidosos. Daré comidas, bailes..... En fin, tiraré de largo, y viviré como una princesa.

RAFAEL.

(Rabia siento de oirla.)

CECILIA.

¿Estás mudo? Habla. ¿Me caso?

RAFAEL.

Nada puedo decirte mientras no conozca las cualidades de ese sujeto.

CECILIA.

¿No te he dicho ya que es rico?

RAFAEL.

Sí: me has dicho que es rico, y que es rico, y que es rico; pero nada más.

CECILIA.

¡Ah! ¿quieres saber algo acerca de su persona?

RAFAEL.

Justo.

CECILIA.

Pues mira, la verdad; no tiene nada de Adonis. Ni á una persona de sus circunstancias le estaría bien ser un barbilindo. Hazte cargo: un banquero, para inspirar confianza necesita.....

RAFAEL.

Seguramente: cuanto más feo, mejor.

CECILIA.

Él, sin embargo, la echa de buen mozo, porque, eso sí, tiene muy buenos colores, demasiado buenos. Además es un poco gordo....., bastante gordo....., muy gordo..... Pero su misma obesidad le da cierto carácter de hombre de peso.

RAFAEL.

Pues claro está. Si es tan gordo, por fuerza ha de tener traza de pesar mucho.

CECILIA.

¿Te burlas?

RAFAEL.

No, sino que me hablas de su exterior, cuando lo que yo deseo conocer es su parte moral.

CECILIA.

Señalando á la cabeza.

Oh, tiene mucho de aquí! ¡Es un genio!

RAFAEL.

Hay ahora tantos genios en Madrid!

CECILIA.

Éste no es de pega. En poco más de dos años ha triplicado su caudal.

RAFAEL.

¡Oiga!

CECILIA.

Me parece que esto quiere decir algo.

RAFAEL.

¡Vaya!

CECILIA.

Un hombre así, bien merece que se le llame genio.

RAFAEL.

Merece una estatua.

CECILIA.

Por lo menos hemos de convenir en que no es rana, como dice papá.

RAFAEL.

¿Qué ha de ser rana? ¡Es pez!

CECILIA.

¡Y qué pez!

RAFAEL.

(Vamos, la pegaría.)

CECILIA.

¿Con que opinas que me conviene para esposo?

RAFAEL.

Opino, Cecilia, que vives engañada y que yo debo decirte la verdad. ¿Qué tráfico indigno es ése de que me hablas? ¡Casarte sin amor! ¡Casarte por codicia!

¡Dar tu mano por dos millones! En poco la has tasado, á fe mía. Vale más: créelo; mucho más. Con todo el oro del mundo no se puede pagar la mano de una mujer honrada. ¡Pobre Cecilia! No habías tú nacido para ser una de tantas señoritas mercaderes, en quienes el corazón es siervo humilde de la cabeza, en quienes la costumbre de calcular destruye y anonada la facultad de sentir. En ti vive un alma noble y generosa: rompe las cadenas con que la tienes aprisionada, y verás cómo vuela. Esa infame sed de oro que te domina es indisculpable en un corazón helado por la vejez: no hay mayor ignominia para un corazón animado por el fuego de la juventud. ¿Y qué, Cecilia, por las ruines satisfacciones de la vanidad y el egoísmo renunciarás á las delicias del amor; por las vanas pompas de la sociedad, á los santos goces de la familia; por la vida de los sentidos, á la vida del alma? Y si ya hubieses logrado inspirar uno de esos afectos que purifican y ennoblecen al hombre, uno de esos afectos con que únicamente puede labrarse la ventura de la mujer, dime, Cecilia, dime, si deberías entonces dejar á quien te diese todo su corazón, toda su alma, toda su vida, por quien sólo te diese onzas de oro ó billetes de banco.

CECILIA.

Turbada.

Hablas de un modo..... Yo..... Tú.....

ESCENA VI.

DICHOS y DON PABLO.

DON PABLO.

Aquí está.

Saliendo por la puerta del foro muy sofocado.

RAFAEL.

(Mi tío.)

Procurando serenarse.

CECILIA.

Quédase pensativa, vuelta de espaldas á D. Pablo y Rafael.

(No sé qué pensar.)

DON PABLO.

¡Buena la has hecho!

RAFAEL.

¿Qué me quiere usted decir?

DON PABLO.

Ya sabes que fuí á casa de don Marcelino.

RAFAEL.

Sí.

DON PABLO.

Pues allí estaba Pepe Aguilar, y me ha contado que tu amigo Eduardo.....

RAFAEL.

¡Eduardo!..... ¿Qué? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

DON PABLO.

¡Friolera! Ya te dije yo que aquello fué una locura.

RAFAEL.

Tío, por favor. ¿Qué le ha sucedido á Eduardo?

DON PABLO.

Que se ha muerto.

RAFAEL.

¿Qué dice usted?

DON PABLO.

Lo que oyes. Que murió hace tres días.

RAFAEL.

¡Dios mío! ¡Pobre Eduardo! ¡Muerto!..... ¡Muerto!.....

Dejándose caer en un banco y cubriéndose con las manos el rostro.

CECILIA.

Saliendo de su abstracción y acercándose á D. Pablo.

¿Qué es eso? ¿Quién ha muerto?

DON PABLO.

Eduardo, un amigo de Rafael.

CECILIA.

Acercándose á Rafael para consolarle.

Vamos, no te aflijas así.

DON PABLO.

Ay, hija, razón tiene para afligirse.

CECILIA.

Con efecto; la muerte de un amigo.....

DON PABLO.

Si no fuera más que eso.....

RAFAEL.

¡Morir tan joven....., acaso en la miseria....., solo, abandonado de todo el mundo! ¡Qué desgracia tan grande!

DON PABLO.

Sí, muy grande; pero no te limites á llorarla; hay que tomar una determinación.

RAFAEL.

Con indignación, levantándose.

¡Tío!

DON PABLO.

¿Vas ahora á perder el juicio? Así sois todos los

que la echáis de desprendidos. En cuanto se os pone á la prueba.....

RAFAEL.

¿Quiere usted callar?

DON PABLO.

No hay que desesperarse. Quizá el difunto haya dejado algo.....

RAFAEL.

¡Oh, hará usted que me olvide de todo!

CECILIA.

Pero ¿qué sucede?

DON PABLO.

Lo dicho; que está fuera de sí. Aguardaremos á que vuelva su tío Antonio. El lance no es para menos. ¡Diez mil duros! ¡Doscientos mil reales!

Dirigiéndose hacia la puerta de la casa y entrando por ella.

ESCENA VII.

RAFAEL y CECILIA.

CECILIA.

¿Qué te decía papá? ¿Porqué te has enojado con él?

RAFAEL.

Perdóname, Cecilia. Tu padre es un hombre juicioso, y yo soy un soñador, un loco, un salvaje. Me volveré al África; no para hacer la guerra á los moros, sino para vivir con ellos.

CECILIA.

Tranquilízate.

RAFAEL.

Padezco mucho. He perdido á un amigo, á un hermano.

CECILIA.

¿Tanto le querías?

RAFAEL.

Oh, no es fácil que nadie pueda comprender la intensidad del cariño que nos teníamos. Para él no hablaba yo en hebreo; para él no era yo un sér extravagante, digno sólo de desdén ó de lástima. ¿Que si le quería, me preguntas? Parece que la Providencia había dispuesto enlazar con vínculos eternos nuestras almas, llevándonos en la vida por un mismo camino, y haciéndonos partícipes de unas mismas alegrías y unos mismos dolores. Teníamos igual edad: nos conocimos siendo niños: juntos gozamos de los primeros recreos de la infancia: juntos hicimos los primeros estudios: juntos recibimos la primera comunión. Acababa yo de perder á mi madre, cuando él perdió á la suya; y nuestras lágrimas corrieron unidas, y unidas subieron al cielo nuestras oraciones. Á un tiempo sentimos ambos nuestro primero y único amor, y el uno al otro nos confiábamos penas y gozos, temores y esperanzas. Él me hablaba de su Enriqueta, y yo, Cecilia....., ¡yo le hablaba de ti!

CECILIA.

¡De mí!

RAFAEL.

De ti, á quien ha consagrado mi corazón un afecto que durará tanto como mi vida. ¿Qué importa que lo sepas? Con esta declaración no turbo la paz de tu alma. Ni tú me has de amar, ni yo puedo aspirar á la dicha de llamarte esposa. Pero ya sería insufrible para los dos seguir viviendo bajo un mismo techo y tratándonos con la confianza de primos. Además, necesito estar solo para llorar al amigo que he perdido,

para encomendarle á Dios. ¡Oh, era muy bueno, y la infinita Misericordia le habrá dado ya la paz de los justos! Adiós, Cecilia. Discúlpame con los tíos. Diles que un negocio urgente..... Volveré cuando estés casada. Adiós..... ¿No quieres darme la mano? (Cecilia le alarga la mano muy turbada, y él se la estrecha muy conmovido.) Adiós, Cecilia..... ¡Adiós para siempre!

Vase precipitadamente por el foro izquierda.

ESCENA VIII.

CECILIA, luego el MARQUÉS, y después D. PABLO.

CECILIA.

Ha dicho que me ama..... ¡Quién se había de imaginar!..... Y se va. En ese estado..... Con el calor que hace..... ¿Qué dirá luego papá? ¿Qué dirá el tío Antonio?..... No, no debo permitir que se vaya. (Corriendo hacia el foro, mirando por la izquierda y llamando á Rafael.) ¡Rafael! ¡Rafael! ¡Ah! Ya vuelve. No; se despide con la mano y echa á correr. (Mirando hacia la derecha.) ¡Oh! Por allí viene el tío Antonio. (Llamándole.) ¡Tío Antonio! ¡Tío Antonio!

MARQUÉS.

Dentro.

¿Qué es eso, muchacha?

CECILIA.

Venga usted corriendo. Ha vuelto á pararse. (Mirando otra vez por la izquierda.) Me ama desde hace mucho tiempo.

MARQUÉS.

Saliendo precipitadamente por el foro derecha.

¿Ocurre algo? ¿Por qué me llamas?

CECILIA.

¡Ay, tío! Rafael ha sabido la muerte de su amigo Eduardo, y, lleno de dolor, ha echado á correr, y dice que se va para siempre.

MARQUÉS.

¡Qué locura!

CECILIA.

Vaya usted á detenerle.

MARQUÉS.

Sí, voy corriendo.....

CECILIA.

¡Y si usted supiera!.....

MARQUÉS.

¿Qué?

CECILIA.

Nada, nada..... (Conteniéndose.) Corra usted.

MARQUÉS.

¡Rafael! ¡Rafael!

Vase por el foro izquierda, gritando y haciendo señas con un pañuelo.

CECILIA.

Vamos, si parece mentira.....

DON PABLO.

Asomándose á la ventana de la izquierda.

¿Eras tú quien gritaba?

CECILIA.

Sí, papá; yo era.

DON PABLO.

¿Qué hay?

CECILIA.

Nada ya.

DON PABLO.

Muñoz me ha escrito. Acepta el convite, y vendrá mañana á comer con nosotros.

CECILIA.

(¡El demonio del hombre!)

DON PABLO.

Y mira: me ha enviado un retrato suyo de tarjeta.

CECILIA.

(Estará precioso.)

DON PABLO.

Sube y lo verás.

Don Pablo se retira de la ventana y Cecilia va corriendo á la verja del foro.

CECILIA.

Allá voy. Están juntos. Parece como que disputan..... ¿Volverá?

DON PABLO.

Asomándose otra vez á la ventana.

¿No subes?

CECILIA.

Sí: ahora mismo. (Avanzando un poco hacia donde está D. Pablo, y después corriendo de nuevo al foro.) ¡Oh!, ya vuelven los dos.

DON PABLO.

Pero muchacha.....

CECILIA.

Con enfado.

¡Dale; que voy en seguida! Me ama....., me ama..... ¡Cosa más particular!

Dirigiéndose hacia la puerta de la casa.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala. A la izquierda, en el primer término, una consola con espejo y una puerta en el segundo: un bastidor y una butaca. A la derecha, una puerta en el primer término y una ventana en el segundo: un velador y otra butaca. En el velador habrá tintero, papeles y un álbum de retratos. Otra puerta en el foro. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués y Don Pablo.

MARQUÉS.

Ciertamente que es una desgracia, pero ¿qué quieres que haga el muchacho?

DON PABLO.

Nada: estarse con los brazos cruzados llorando al difunto.

MARQUÉS.

¿También te parece mal que sienta la muerte de un amigo?

DON PABLO.

Me parece mal que no tome una determinación.

MARQUÉS.

¿Cuál?

DON PABLO.

Irse ahora mismo á Madrid, ver si el difunto ha

dejado algo y reclamar judicialmente el pago de la deuda.

MARQUÉS.

¿Estás en juicio? Eduardo ha muerto punto menos que en la miseria, y en ningún caso había de consentir Rafael en infamar su memoria.

DON PABLO.

Claro es: un caballero andante no puede tener sentido común. Pues si Eduardo ha muerto en la miseria, su padre es riquísimo: acúdase á él inmediatamente.

MARQUÉS.

El señor Ibáñez no está en España.

DON PABLO.

Correos hay.

MARQUÉS.

Ese hombre es un avaro.

DON PABLO.

Pero ¿qué se pierde en probar?

MARQUÉS.

Mira, Pablo: el señor Ibáñez no debe nada á Rafael, y Rafael no puede pedirle nada. Tu sobrino tuvo un día la satisfacción y la honra de portarse como caballero, como hombre de bien, como buen amigo, á costa de doscientos mil reales. ¿Y quieres que te diga la verdad? Semejante satisfacción, semejante honra, no me parecen caras.

DON PABLO.

Perfectamente, señor Marqués: estamos enterados, y no hay que hablar más del asunto. Beso á usted la mano.

MARQUÉS.

Escucha. Creo haberte oído decir que mañana vendrá á comer con nosotros el señor Muñoz.

DON PABLO.

¿Y qué?

MARQUÉS.

Que es preciso que mañana mismo le desengañes.

DON PABLO.

¿Cómo que le desengañe?

MARQUÉS.

¿No te ha pedido la mano de Cecilia?

DON PABLO.

Te he dicho ya que mi resolución es irrevocable. Quiero.....—escúchalo bien—quiero que mi hija se case con Muñoz.

MARQUÉS.

Entendámonos, Pablo. ¿De qué se trata aquí? ¿De casar ó de vender á Cecilia?

DON PABLO.

Esa pregunta.....

MARQUÉS.

Dar una hija en matrimonio por la sola razón de que el hombre á quien se le da tiene dinero, más que casarla parece venderla.

DON PABLO.

Pero si ella no repugna este casamiento.

MARQUÉS.

Y he ahí el fruto de la educación que estás dando á tus hijos. Felipe quiere casarse con una mujer que tiene cuatro millones de dote, y Cecilia con un bolsista afortunado, de resultas de ser para entrambos axioma inconcuso que el dinero es la única felicidad que existe en la tierra, y que un enlace grato á Mercurio no necesita para nada la aprobación de Cupido.

DON PABLO.

¿Y por qué no han de estar de acuerdo en esta ocasión el amor y el interés?

MARQUÉS.

No hace todavía tres meses, Rosendo Muñoz era novio de Juana Wisley, tu hijo amaba ciegamente á Matilde, y Cecilia apenas conocía á Muñoz. Hoy tu hijo, aceptado para yerno, con preferencia al otro candidato, por el padre de Juana, va á casarse con ella, y Muñoz, sin duda porque á falta de pan buenas son tortas, va á casarse con Cecilia. ¿Es esto natural? ¿Cabe en lo posible que Felipe ame á Juana, ni Juana á Felipe, ni Muñoz á Cecilia, ni Cecilia á Muñoz?

DON PABLO.

Juana y Muñoz tienen mayor caudal que mis hijos. Si de éstos puedes suponer que abrigan miras interesadas, me parece que de los otros no podrás suponer lo mismo.

MARQUÉS.

Te equivocas: puedo suponer que Muñoz y el padre de esa señorita se llevan la mira de afirmar su crédito emparentando con un hombre como tú, cuya formalidad y honradez en los negocios son proverbiales en todo Madrid.

DON PABLO.

¿Para qué necesitan ellos mi sombra?

MARQUÉS.

¿Quién sabe si tendrán algo que tapar?

DON PABLO.

No te falta más sino decir que son unos bribones.

MARQUÉS.

Pues lo diré para que nada me falte. Muñoz es un hombre sin conciencia, frío y egoísta, capaz de ven-

der á Dios como Judas, bien que sacando de la venta el mejor partido. En cuanto á ese señor angloamericano que de la noche á la mañana se nos apareció en Madrid como pájaro de mal agüero, te haré notar únicamente que su historia es algo confusa, y que él aún no ha querido tomarse la molestia de ponerla en claro.

DON PABLO.

En materia de honra, no podrás negármelo, soy yo tan escrupuloso y delicado como tú mismo. Pruébame con hechos que esos caballeros no merecen nuestra estimación, y ya verás qué pronto les doy pasaporte. De lo contrario, la boda de Felipe se verificará dentro de unos días, y la de Cecilia el mes que viene á más tardar.

MARQUÉS.

No será con mi aprobación.

DON PABLO.

Pero ¿qué manía es ésa que te ha entrado de que mis hijos se queden solteros?

MARQUÉS.

Á mí no me ha entrado tal manía. Lo que yo quiero es que Felipe se case con Matilde, y Cecilia.....

DON PABLO.

Lo que tú quieres es un disparate.

MARQUÉS.

Que fué siempre el sueño dorado de tu mujer. ¡Si ella viviera!.....

DON PABLO.

No me hables de eso, porque se me exalta la bilis. ¡Casar á mi hija con su dichoso primito! Ni siquiera me lo digas. Con un manirroto, con un soñador, con un hombre que arruinaría á su mujer por el gusto de hacer un favor á un amigo.

MARQUÉS.

El otro la arruinaría por el afán de desplumar al prójimo.

DON PABLO.

Lo cierto es que el otro tiene cada día más, y Rafael cada día menos.

MARQUÉS.

Compara el corazón del uno con el otro.

DON PABLO.

Para el corazón no hay contraste; su valor es, por consiguiente, imaginario, y yo me atengo á lo positivo. Pero ¿á qué nos cansamos en balde? ¿Rafael quiere á Cecilia?

MARQUÉS.

Sí.

DON PABLO.

No.

MARQUÉS.

Sí.

DON PABLO.

¿Lo ha declarado él alguna vez?

MARQUÉS.

No.

DON PABLO.

Pues entonces.....

MARQUÉS.

Pues entonces la quiere.

DON PABLO.

Convenido. ¿Y Cecilia quiere á Rafael?

MARQUÉS.

Sí.

DON PABLO.

¡Pero hombre!.....

MARQUÉS.

Te confesaré que le quiere sin saberlo ella misma.

DON PABLO.

¿Ella misma no lo sabe y tú sí?

MARQUÉS.

Ahí verás.

DON PABLO.

Abur.

Vase muy de prisa por el foro.

ESCENA II.

El Marqués y Rafael.

MARQUÉS.

Durillo de pelar está todavía: ya se le irá amansando la cólera. Hola: ¿has consentido al fin en darte á luz?

Á Rafael, que sale por la puerta de la derecha.

RAFAEL.

Felipe, que volvió de Madrid hace un rato, se empeñó en verme, y por no reñir con él.....

Dejándose caer con desaliento en la butaca que habrá al lado del velador.

MARQUÉS.

¿Reñir?

RAFAEL.

No sabe usted cuánto le ha divertido mi aflicción. Llorar la muerte de un amigo debe ser cosa muy ridícula.

MARQUÉS.

Quizá haya sido su intento ver si lograba distraerte.

RAFAEL.

Quizá.

Pausa.

MARQUÉS.

Acercándose á él.

Cecilia me ha preguntado varias veces por ti.

RAFAEL.

Animándose.

¿De veras?

MARQUÉS.

Sí. ¡Como te quiere tanto!

RAFAEL.

Con abatimiento.

Sí, mucho.

MARQUÉS.

¡Ah! ¿Sabes que va á tomar estado?

RAFAEL.

Ya lo sé.

MARQUÉS.

¿Quién te lo ha dicho?

RAFAEL.

Ella.

MARQUÉS.

El futuro es persona bastante vulgar, poco estimable. Lo siento. ¿Y tú?

RAFAEL.

Yo también.

MARQUÉS.

Lástima de que una muchacha tan linda..... Porque es muy linda, ¿verdad?

RAFAEL.

Fingiendo indiferencia.

Cierto, muy linda.

MARQUÉS.

Y tan graciosa, tan simpática..... ¿eh?

RAFAEL.

Sí.

MARQUÉS.

La pobre merecía mejor acomodo..... ¿No?

RAFAEL.

Sí, señor, sí.

MARQUÉS.

Poniéndole una mano en el hombro.

Rafael.

RAFAEL.

Sobresaltado.

¿Qué?

MARQUÉS.

Mírame á la cara.

RAFAEL.

Mirándole muy turbado.

¿Para qué?

MARQUÉS.

¿Amas á tu prima?

RAFAEL.

Con abandono y levantándose.

Sí, señor; como un loco, con toda mi alma.

MARQUÉS.

No me cuentas nada nuevo.

RAFAEL.

¿Cómo ha podido usted adivinar.....?

MARQUÉS.

Te conozco mucho, porque te quiero mucho.

RAFAEL.

¡Como un padre!

MARQUÉS.

Ni más ni menos. ¿Y qué piensas hacer?

RAFAEL.

Irme de aquí.

MARQUÉS.

¿Le has dicho algo?

RAFAEL.

Sí, señor.

MARQUÉS.

¿Y qué?

RAFAEL.

Nada.

MARQUÉS.

¿Insiste en casarse con ese majadero?

RAFAEL.

Ese majadero ha sabido hacerse rico. Para ella es un Salomón.

MARQUÉS.

Hay que ponerla en cura inmediatamente.

RAFAEL.

No, señor. Déjela usted.

MARQUÉS.

¿Dejarla? ¡Que si quieres! Haremos que despida al señor don Rosendo Muñoz.

RAFAEL.

¡Bah!

MARQUÉS.

Y que te ame á ti.....

RAFAEL.

Pero.....

MARQUÉS.

Y que se case contigo.

RAFAEL.

¡Si usted supiera lo que me mortifica esa broma!

MARQUÉS.

No es broma. Hablo con toda formalidad.

RAFAEL.

Pues qué, ¿formalmente cree usted posible.....?

MARQUÉS.

Y probable.

RAFAEL.

¡Ojalá pudiera yo creerlo también!

MARQUÉS.

Este matrimonio te conviene á ti, que la amas.

RAFAEL.

Lo que es á mí.....

MARQUÉS.

Y á ella, que te amará y será feliz á tu lado.

RAFAEL.

Eso sí: á mi lado sería muy dichosa.

MARQUÉS.

Y á mí, que voy ya acercándome á Villavieja, y necesito una familia que me cuide y me haga partícipe de su felicidad.

RAFAEL.

¿Á qué alimentar esperanzas irrealizables?

MARQUÉS.

Si es que tú no quieres casarte con Cecilia.....

RAFAEL.

¿Yo?

MARQUÉS.

Si prefieres que se la lleve el otro.....

RAFAEL.

¿Yo?

MARQUÉS.

Si te parece justo abandonar á esa pobre criatura, para que tomen vuelo sus pícaras inclinaciones, y

acabe por ser vil idólatra del lujo y los placeres.....

RAFAEL.

Eso hay que evitarlo á toda costa.

MARQUÉS.

Pues cásate con ella, aunque no sea más que por hacer una obra de caridad.

RAFAEL.

Usted sueña.

MARQUÉS.

Allá lo veremos. Prométeme quedarte en Carabanchel, y escribe ahora al general pidiéndole tu retiro.

RAFAEL.

¿Qué prisa corre?

MARQUÉS.

Ninguna, pero hazlo.

RAFAEL.

Como usted quiera..... ¡Oh!

Va á dirigirse hacia el velador y se detiene.

MARQUÉS.

¿Qué ocurre?

RAFAEL.

Han abierto la puerta de su habitación. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Es ella!

Echando á correr hacia el foro.

MARQUÉS.

Deteniéndole.

Aguarda.

RAFAEL.

No me detenga usted.

MARQUÉS.

Poniéndole una mano sobre el corazón.

¡Chico, chico! Parece que tienes aquí dentro una herrería.

RAFAEL.

Déjeme usted, por Dios.

MARQUÉS.

Así se ama á los quince años.

RAFAEL.

Así se ama á todas las edades. No hay más que una manera de amar.

Vase por el foro.

ESCENA III.

El Marqués y Cecilia.

El Marqués se sienta junto al velador y hojea el álbum de los retratos. Cecilia va á la puerta del foro y mira hacia dentro.

CECILIA.

(Huye de mí.)

MARQUÉS.

(Parece que no le ha gustado que se vaya.)

CECILIA.

¿Está ya más consolado Rafael?

Sentándose en la butaca junto al bastidor.

MARQUÉS.

Sí: ya se va consolando.

CECILIA.

Se conoce que ha sentido mucho la muerte de ese amigo suyo.

MARQUÉS.

Como tiene buen corazón y le quería entrañablemente.....

CECILIA.

¡Luego papá le dió la noticia de un modo tan brusco!..... ¿Estaba con usted?

MARQUÉS.

¿Quién, tu padre?

CECILIA.

No: mi primo.

MARQUÉS.

Sí.

CECILIA.

¿Y adónde se ha ido? ¿Á su habitación otra vez?

MARQUÉS.

Creo que sí.

CECILIA.

¿Pero ya no querrá marcharse?

MARQUÉS.

No sé. Ja, ja, ja.

Riéndose.

CECILIA.

¿Por qué se ríe usted?

MARQUÉS.

Por nada.

CECILIA.

Por algo será.

MARQUÉS.

Me ha hecho gracia uno de estos retratos.

CECILIA.

Riendo.

¿El de don Marcelino, que parece un fideo?

MARQUÉS.

No: el de otro, que parece un tonel.

CECILIA.

Con recelo.

¿Cuál?

MARQUÉS.

No quiero decírtelo.

CECILIA.

Corriendo al lado del Marqués y mirando el álbum.

Á ver, á ver.

MARQUÉS.

Si te empeñas.....

CECILIA.

¡Ah!.....

Enojada.

MARQUÉS.

Sí, hija; tu futuro es quien me hace reir. Él será todo lo que se quiera, pero su facha..... Hemos de convenir en que su facha no tiene nada de seductora. ¡Tan colorado..... tan gordinflón!..... ¡Echándola siempre de ostentoso y magnífico! ¡Y mira, mira qué buena idea ha tenido el picaruelo! Se ha hecho iluminar en el retrato las sortijas, la cadena del reloj, los botones del chaleco, el alfiler de la corbata y los gemelos de las mangas de la camisa. Y ¡qué actitud tan interesante y tan mona! De veras que está hermoso y reluciente como un sol. Si podrá decirse de este caballerito:

Pues lo mejor que tiene es la figura.

CECILIA.

Vaya, tío, que no me parece regular que se burle usted así de un hombre con quien papá quiere casarme.

MARQUÉS.

No te apures, tontuela. Esto no es más que una broma.

CECILIA.

Algo pesada.

MARQUÉS.

Ya sabes que me gusta hacerte rabiar. Y la verdad,

necesitaba desahogarme con alguien, porque tu señor primo me está dando unos ratos.....

CECILIA.

Pues ¿qué hace?

MARQUÉS.

Aburrirme de lo lindo con sus continuas lamentaciones.

CECILIA

Como es tan bueno, y quería tanto al difunto, según usted mismo ha dicho......

MARQUÉS.

Si no hubiera más que eso.....

CECILIA.

¿Qué más hay?

MARQUÉS.

Es un secreto.

CECILIA.

¿Un secreto de Rafael?

MARQUÉS.

Sí.

CECILIA.

¡Ay, tío, si usted me lo quisiera contar!

MARQUÉS.

Curiosilla.

CECILIA.

Al fin mujer.

MARQUÉS.

No hay inconveniente en que lo sepas con tal que no te des por entendida con nadie.

CECILIA.

Descuide usted, yo soy muy callada.

MARQUÉS.

Pues bien: figúrate que ahora descubro que el señorito está enamorado.

CECILIA.

Turbada.

¡Ah!

MARQUÉS.

Enamorado á macha martillo. Creyó, al irse á la guerra, que las emociones de la vida de soldado bastarían á curarle de su insensato amor. ¡Vana esperanza! Exaltada su imaginación en la lucha, cada día fué tomando mayor incremento la pasión que le absorbe y domina. Me ha contado que durante la noche (Con mucha expresión.) cuando el campamento yacía sumergido en la más profunda obscuridad, le parecía ver cruzar por en medio de las tiendas de campaña al dulce objeto de su amor, como deidad dispensadora del sueño y de la paz; y que cuando entraba en combate invocando, como los antiguos héroes, á su Dios y á su dama, volvía á verla en los aires, convertida en ángel de la victoria.

CECILIA.

(¡Cómo me late el corazón!) Y usted, ¿sabe quién es ella?

MARQUÉS.

Ni á tiros ha querido decírmelo.

CECILIA.

¿Conque tanto la ama?

MARQUÉS.

Con frenesí. ¡Que aun los seres más nobles y más perfectos han de estar sujetos á vergonzosas debilidades!

CECILIA.

¿Es delito el amar?

MARQUÉS.

Sí, cuando se ama á una persona indigna de ser

amada. Mira tú qué casta de pájaro será la niña, cuando no hace caso de un hombre como Rafael por la sola razón de que no tiene tanto dinero como ella quisiera.

CECILIA.

Seamos justos..... Rafael tiene muy poco, y si esa señorita está bien acomodada.....

MARQUÉS.

¡La muy trasto!..... (Cecilia hace un movimiento.) Pues ¿qué más puede ella apetecer que ser esposa de un duque?

CECILIA

Tío, usted vive muy atrasado de noticias, como dice papá. Hoy los títulos de nobleza.....

MARQUÉS.

Sí, ya sé que no se cotizan en la Bolsa.

CECILIA.

Y como ahora estamos por lo positivo.....

MARQUÉS.

No se os cae de la boca esa palabrilla ni á tu padre ni á ti. ¿Qué es lo positivo?

CECILIA.

Lo positivo es..... lo que tiene cuenta.

MARQUÉS.

Y ¿qué es lo que tiene cuenta?

CECILIA.

Lo que tiene cuenta..... es tener dinero.....

MARQUÉS.

El dinero en un instante se puede perder, y antes acarrea males que bienes. La virtud es patrimonio más seguro y más positivo.

CECILIA.

Pero Rafael ¿qué cuenta de esa señorita?

MARQUÉS.

¡Oh! Él asegura que es un modelo de inocencia y candor, de hermosura y de gracia: que ninguna otra mujer tiene un talle más esbelto, ni unos ojos más seductores..... De sus ojos dice cosas estupendas..... Que son negros, rasgados, de largas y caídas pestañas..... Así por el estilo de los tuyos..... (Cecilia baja los ojos ruborizada) Que el hombre que al verlos no se turbe y suspire de amor, no puede tener alma..... En fin, mil majaderías, á cual más hiperbólica y desatinada.

CECILIA.

Muy turbada.

¿Eso dice?

MARQUÉS.

Eso y más; pero yo de sus palabras he deducido que á esa octava maravilla debe sucederle lo que al busto de la fábula..... ¿Recuerdas tú la fábula de la zorra y el busto?

CECILIA.

Sí

MARQUÉS.

¿Cómo es?

CECILIA.

Dijo la zorra al busto,
después de olerlo,
tu cabeza es hermosa,
pero.....

MARQUÉS.

Continúa.

CECILIA.

Con despecho.

No me acuerdo de más.

MARQUÉS.

Yo lo recuerdo ahora.
Tu cabeza es hermosa,
pero sin seso.

CECILIA.

(¡Se estará burlando de mí!)

MARQUÉS.

El seso es lo que yo creo que ha de faltarle á esa preciosidad. De fijo será una señorita muy callejera, muy danzarina, muy aficionada á dijes y moños.....

CECILIA.

Pero, no conociéndola, ¿de dónde saca usted?.....

MARQUÉS.

De esas que están por lo positivo, y sueñan con la dicha de pescar un marido millonario, á quien poder arruinar impunemente y sin escrúpulo.

CECILIA.

¡Qué lengua tiene usted, tío!

MARQUÉS.

Seguro estoy de que no le levanto ningún falso testimonio. ¿Quieres apostar algo á que es una chiquilla insustancial y casquivana?.....

CECILIA.

¡Otra te pego!

MARQUÉS.

¿Una pollita á la última moda?.....

CECILIA.

(¡Ay qué sinapismo!)

MARQUÉS.

¿Una coquetuela de tres al cuarto?

CECILIA.

Con ira, sin poderse contener.

¡Vaya, tío, que esto no se puede sufrir!

MARQUÉS.

¿Y á ti qué te importa?..... ¡Ah, ya caigo!..... Sin duda conocerás á la ninfa: serás amiga suya.

CECILIA.

No señor: no la conozco.

MARQUÉS.

Embusterilla. ¿Á quién se parece por detrás?

CECILIA.

Sentándose en la butaca de la izquierda.

¡Dale, machaca! No lo sé.

MARQUÉS.

Perdona..... Si me hubieras advertido que es amiga tuya..... Cuando la veas dile que lo piense bien, que mire lo que hace, que un marido como Rafael no se encuentra todos los días. (Apoyándose en el respaldo de la butaca en que está sentada Cecilia.) Dile que con el dinero se puede fundar una casa espléndida, pero no una familia dichosa; que con el oro de su marido comprará una mujer galas para su cuerpo, no satisfacciones para su alma; que las riquezas no siempre tienen por compañera á la alegría. Dile que huya del peligro de parecerse á esas deidades de la moda, para quienes el único fin de la vida es lucir y gozar, y cuyo empedernido y encanallado corazón sólo ve en el amor de esposa un estorbo molesto, una traba odiosa en el amor de madre, un yugo insufrible en el amor de Dios. Dile que esos placeres porque anhela son flores venenosas que, halagando los sentidos estragan el alma; y que si, mientras sea joven y linda, el mundo tendrá para ella resplandores que la ofusquen y ruido que la aturda, luego, en la vejez, desterrada al hogar doméstico, cercada de silencio y obscuridad, sentirá frío en el corazón, y en vano buscará calor en otros

corazones; en vano pedirá amor á su esposo y sus hijos, porque su esposo no la amará, y sus hijos tampoco la amarán. Dile, en fin, que buscando la dicha por tan errada senda sólo hallará cruel hastío, y acaso vergüenza, en esta vida, y en la otra....., sábelo Dios. Pero ahora caigo en que he echado por los cerros de Úbeda y te estoy aburriendo con mi charla. Ya te dejo en paz. Voy á ver qué hace ese nuevo Calixto. ¡Mire usted! ¿Quién se había de imaginar que fueses tú amiga de su Melibea? Hasta luego, sobrinita, hasta luego. Ja, ja, ja.

Vase riendo por el foro.

ESCENA IV.

CECILIA.

¡Y se ríe! Pues maldita la gracia que me ha hecho á mí. ¡Sabrá que la persona á quien ama Rafael.....! No me hubiera dicho cosas tan fuertes. ¡Vaya un ratito! (Haciéndose aire con un abanico, que habrá tomado antes de encima del bastidor. Pausa.) Desde que sé que me quiere estoy inquieta....., desazonada. Cualquiera otra mujer que húbiese logrado inspirar á Rafael un amor tan grande, por fuerza tendría que envanecerse. ¿Por qué me querrá tanto? La verdad, yo no creo merecer..... (Incorporándose un poco para mirarse en el espejo que hay sobre la consola, y componiéndose el peinado con la mano.) Y lo que es quererle..... también yo le quiero á él. Le quiero mucho..... Quizá algo más de lo que se puede querer á un primo á secas. Y luego el predominio que ejerce sobre mí, el respeto que me infunde..... ¡Ja, ja! (Riendo y levantándose.)

Estoy haciendo una novela. (Andando de un lado á otro de la escena.) Y que, aun cuando le tuviese alguna inclinación, no por eso había de cometer la torpeza de darle mi mano. ¡Bonita vida iba yo á pasar! Bien presente tengo la distinta suerte que han corrido mis dos compañeras de colegio, Luisa y Elena. La una se casó por amor con un pobre, y vive obscurecida, padeciendo molestias y privaciones. La otra dió con un archimillonario, y no hay placer de que no disfrute, y está siendo la delicia de Madrid. No, pues si yo me caso con Muñoz he de hacer ver á la presumida de Elena que no es ella sola quien puede lucir en el mundo. (Sentándose á la derecha.) Muñoz á todo dirá amén. Le gobernaré á mi antojo. Éste sí que no me infunde ni pizca de respeto. Una casa magnífica, trajes riquísimos, coches, caballos, banquetes, bailes..... ¡Si el tío Antonio me oyera, diría que soy una chiquilla insustancial y casquivana, una coquetuela de tres al cuarto!..... ¡Uf! ¡Qué calor hace hoy tan insoportable! (Como desahogando su mal humor. Se levanta abanicándose muy de prisa.) Esas voces..... (Asomándose á la ventana.) Mi tío y Rafael, que están disputando en el jardín con mi padre y mi hermano. ¿Qué será? ¡Ah!..... (Dando un grito y retirándose de la ventana.) ¡Me ha visto!..... Y ¿qué tenemos con que me haya visto? ¡Pues no estoy temblando! ¡Es que me ha mirado de un modo! (Quédase meditabunda. Pausa.) Si tuviera algo más..... ¡Ca! Con lo suyo y lo mío es imposible vivir ni medio decorosamente. (Se sienta cerca del velador y toma papel y pluma.) Rafael tiene treinta mil duros. Yo, un millón. Es inútil esperar que él especule con este dinero. Renta de su capital al seis por ciento—treinta y seis mil reales. Renta del millón—sesenta mil. (Va haciendo las operaciones y escribiendo en un papel las partidas que se indican

en el diálogo. Las pausas se dan á entender con rayitas horizontales.) Ingresos—noventa y seis mil reales. Gastos. La casa..... ¿Cuánto pondremos de casa? ¡Qué, si es un horror el precio que hoy tienen las casas en Madrid! Ya se ve: como llegan al cielo, están por las nubes. Casa con cuadra y cochera—veinticuatro mil. Ahora el plato. ¡El plato! Si uno pudiera reducirse á sota, caballo y rey..... ¡Imposible! Para no ponerse en ridículo es preciso comer bien. Además, en casa no faltarían convidados. ¡Hay tanta gente aficionada á comer en casa ajena! En fin, calcularemos á ocho duros diarios, que al año hacen—cincuenta y ocho mil cuatrocientos reales. Suprimiré el pico. No quiero ser despilfarrada. Para vestirme necesitaré.... ¡Miedo da pensar en este renglón! Por poco, por poco...... ¡Un dineral! ¡Si ahora, con las malditas colas, hace falta para cada traje una pieza de tela! Y que forzosamente tendré que comprarme alguna alhaja de cuando en cuando. Para no ir hecha un pingo necesitaré por lo menos..... Y es una miseria. Por lo menos—cuarenta mil reales. Rafael con poco tendrá bastante. Él es modesto, y un hombre por mucho que quiera gastar en el adorno de su persona..... Porque no diga le pondré ocho mil reales, pero es demasiado.—Coches..... Yo no puedo vivir sin coche. ¡Qué se diría! Sostenimiento de una berlina..... y una carretela—treinta mil reales.—Palco en el teatro Real. De esto sí que no se puede prescindir. ¡Y á fe que está barato el dichoso teatro Real! Pero ¿qué remedio? El canto es lo que priva entre la gente *comme il faut*, y para ser persona decente hay que concurrir á la ópera, ó en último extremo á la zarzuela, donde, si se habla un poco también se canta otro poco, y váyase una cosa por otra. De comedias,

líbrenos Dios: porque, ya se ve, como en las comedias todo se vuelve hablar..... Aunque la verdad es que al teatro Real nos lleva la moda más que la afición á la música. Oir la ópera es allí lo de menos: lo que allí importa es que nos vean en un palco pagado á peso de oro, saludando á fulanito y á menganito, con la falda del traje rebosando por encima del antepecho, luciendo blondas, flores y diamantes, y sobre todo ¡muy escotadas, muy escotadas! Palco en el teatro Real—veintiún mil. Por todos los demás gastos—veinte mil. Imprevistos. Después se ocurren tantas cosillas..... Los baños en el verano..... ¿Ya qué persona de buena educación deja de necesitar en el verano baños ó aguas minerales? Un viajecillo al Extranjero..... Imprevistos—Otros veinte mil reales. Me parece que no he podido estar más económica y ahorrativa. Ea, vamos á ver á cuánto asciende el total. Cero..... y cero....., cero. Cuatro y ocho, doce, y ocho, veinte..... (Sigue sumando entre dientes.) ¡Jesús! Doscientos veintiún mil de gastos, y de ingresos noventa y seis mil. ¡Qué horror! Un déficit de seis mil duros..... ¡y pico! (Levantándose.) Pero buena tonta soy yo..... Que tenga paciencia mi señor primo. ¡Pobrecillo! ¡Me da tanta lástima!..... ¿Si se podrá rebajar algo? Valor. (Volviéndose á sentar, y haciendo enmiendas en el presupuesto con rapidez.) En la casa—seis mil. En el plato—doce. En mis gastos de tocador..... No: lo que es en esto no puedo rebajar ni dos cuartos. En los gastos de Rafael—tres mil reales....., y es poco. Carruajes..... Fuera la berlina.—Palco..... Tomaré un tercer turno.—Aquí—seis.—Aquí—ocho. Total de las rebajas—sesenta y un mil reales. Déficit—sesenta y cuatro mil. (Tirando la pluma con ira y levantándose.) Nada: no sale la cuenta..... Y es el caso que

cuanto más lo pienso..... ¡Vamos, no sé qué hacer! ¡Estoy desesperada!

ESCENA V.

CECILIA y D. PABLO.

DON PABLO.

Entrando por el foro.

¡Se salió con la suya!

CECILIA.

(¡Oh, papá!)

DON PABLO.

¡Esto es lo que me achicharra la sangre!

CECILIA.

¿Has recibido alguna mala noticia? ¿Qué papeles son esos?

DON PABLO.

¿No lo ves? Un periódico.

CECILIA.

Y una carta.

DON PABLO.

Dándole la carta.

¡Ah! Toma. Es de tu amiga Luisa.

CECILIA.

¡Qué fastidio! (Echando la carta encima del velador.) Creí que esos papeles eran causa de tu mal humor.

DON PABLO.

Pues lo has acertado. ¿No sabes lo que ocurre?

CECILIA.

¿Qué?

DON PABLO.

Que tu hermano ya no se casa.

CECILIA.

¿Será posible?

DON PABLO.

Este periódico, que la había tomado con Wisley por una cuestión de ferrocarriles, asegura hoy, con muchos visos de verdad, que años atrás hizo bancarrota fraudulenta en los Estados Unidos, y que por tal razón emigró de aquel país.

CECILIA.

¿Y eso será cierto?

DON PABLO.

Parece que sí. Pero si este periódico no hubiera corrido..... ¡Para cuándo son las recogidas, señor! ¿En qué piensa el gobierno!

Tirando el periódico encima del velador.

CECILIA.

Y tú, ¿qué has hecho?

DON PABLO.

Escribir á Wisley aplazando la boda hasta que el asunto se haya puesto en claro. Esto, como ves, equivale á un rompimiento formal. Así lo han querido mi bendito cuñado y mi adorable sobrinito. Felipe se ha vuelto á Madrid hecho una furia, jurando y perjurando que se casará sin mi consentimiento. ¡Buen caudal se le escapa de entre las manos! ¡Un dote de cuatro millones; de cuatro millones al contado!

CECILIA.

¿Y qué remedio? Si ese hombre es un bribón.....

DON PABLO.

Lo mismo digo yo. Sólo que ya estoy harto de consejeros, y si no mirara que Antonio es hermano de aquella santa que está en el cielo..... Pero si con él no me atrevo, lo que es á Rafaelito yo le aseguro.....

CECILIA.

¡Á Rafael!

DON PABLO.

Buenas cosas va á oir de mi boca.

CECILIA.

Imperiosamente.

Me harás el favor de no decirle una palabra tan siquiera.

DON PABLO.

¿Que no? Ya verás.

CECILIA.

Dirigiéndose hacia el foro.

Bueno, se lo contaré al tío Antonio.

DON PABLO.

Quieta aquí. ¿Sabes por qué se opone al casamiento de tu hermano? Por envidia.

CECILIA.

Por envidia....., sí, por envidia.

DON PABLO.

Claro está. ¿Quién ha de querer casarse con él?

CECILIA.

¿Quién?..... (Estaba por decirle que yo.)

DON PABLO.

Seguramente no será una mujer que tenga cuatro millones de dote.

CECILIA.

Será otra que valga cuatro millones de veces más. ¡No parece sino que en el mundo no hay más Dios ni más Santa María que el dinero!

DON PABLO.

De resultas de estimarle él en tan poco, se ve como se ve. Y lo que es á otras dos ó tres calaveradas como ésta.....

CECILIA.

¿Qué calaverada?

DON PABLO.

Pocos días antes de salir para África prestó diez mil duros á su amigo Eduardo, y el amigo se ha muerto sin devolvérselos.

CECILIA.

¿De veras?

DON PABLO.

Y tan de veras.

CECILIA.

Muy alarmada.

¿Conque ya no tiene treinta mil duros?

DON PABLO.

No tiene más que veinte mil, y á ese paso.....

CECILIA.

¡Jesús! ¡Doscientos mil reales menos! ¡Lucidos estamos!

DON PABLO.

Acabará por pedir limosna.

CECILIA.

Pero se ve que ese hombre no tiene sentido común.

DON PABLO.

Es un maniático.

CECILIA.

Está dejado de la mano de Dios.

DON PABLO.

Pues se empeña en que uno sea como él.

CECILIA.

Habrá mentecato.

DON PABLO.

Y entre él y su tío Antonio.....

CECILIA.

Ese es otro que bien baila.

DON PABLO.

¿Creerás que también repugna el que tú te cases con Muñoz?

CECILIA.

Ya lo sé; pero se llevará chasco.

DON PABLO.

¡Y tanto!

CECILIA.

No faltaba más sino que por fuerza nos hubiesen de imbuir sus ideas.

DON PABLO.

Allá en los tiempos del rey que rabió parecería muy bien su modo de pensar.

CECILIA.

Pero las modas cambian todos los días.

DON PABLO.

Y ahora.....

CECILIA.

Ahora, pese á quien pese, estamos por lo positivo.

DON PABLO.

Calla. Hacia aquí vienen sus excelencias.

CECILIA.

Pues lo que es yo no quiero verlos.

DON PABLO.

Ni yo.

Yéndose por la puerta de la izquierda.

CECILIA.

Doscientos mil reales menos. Me alegro. Así no tengo que vacilar.

Yéndose por la misma puerta.

ESCENA VI.

El Marqués y Rafael.

MARQUÉS.

Desde la puerta del foro por la cual entra con Rafael.

Se han ido. Pablo estará dado á Barrabás.

RAFAEL.

También ella se ha ido.

MARQUÉS.

Buena señal.

RAFAEL.

Sí, muy buena.

MARQUÉS.

Huye de ti como tú huyes de ella.

RAFAEL.

¿Y cree usted que eso prueba lo mismo en el uno que en el otro?

MARQUÉS.

Eso prueba que estáis jugando al escondite.

RAFAEL.

Usted no considera.....

MARQUÉS.

Calla, y cúmpleme ahora mismo lo prometido.

RAFAEL.

¿Qué?

MARQUÉS.

Escribir al general pidiendo tu retiro. Yo firmaré también la carta. Aquí tienes papel..... (Acercándose al velador y viendo la cuenta de Cecilia.) ¿Qué es esto? Letra de Cecilia.....

Tomando el papel y leyéndolo.

RAFAEL.

¿Letra de Cecilia?

MARQUÉS.

Ja, ja, ja. Acabo de descubrir un secreto de la mayor importancia.

RAFAEL.

¿Será quizá alguna carta para Muñoz?

MARQUÉS.

Quizá.

RAFAEL.

Con ira.

Démelo usted.

MARQUÉS.

Deteniéndole.

¡Eh! Los secretos de una dama.....

RAFAEL.

Tiene usted razón.

MARQUÉS.

¿Quieres que te diga una cosa?

RAFAEL.

Hable usted.

MARQUÉS.

Cecilia te ama.

RAFAEL.

Pruebas tengo dadas de que lo respeto á usted como á un padre, pero no puedo menos de advertirle que esas bromas.....

MARQUÉS.

Con severidad.

¡Rafael!

RAFAEL.

Perdóneme usted. Soy un insensato.

MARQUÉS.

¿Sabes adivinar logogrifos?

RAFAEL.

¿Por qué me hace usted esa pregunta?

MARQUÉS.

Enseñándole la cuenta hecha por Cecilia.

Mira.

RAFAEL.

¿Qué es eso?

MARQUÉS.

¡Esto es el amor de una hija del siglo XIX!

RAFAEL.

Cuentas hechas por Cecilia.

MARQUÉS.

Lee este guarismo.

RAFAEL.

Seiscientos mil.

MARQUÉS.

Es el capital que ella cree que tienes. Ahora éste.

RAFAEL.

Un millón.

MARQUÉS.

Es su dote. Aquí la renta de la primera cantidad.

RAFAEL.

Treinta y seis mil.

MARQUÉS.

Aquí la de la segunda.

RAFAEL.

Sesenta mil.

MARQUÉS.

Al seis por ciento. Aquí los ingresos; aquí los gastos. Esa chica está muy fuerte en partida doble.

RAFAEL.

Con mucha ansiedad y alegría.

Pues no hay duda, tío. Es evidente que ha pensado en mí.

MARQUÉS.

Y ya lo ves: ha echado sus cuentas como persona juiciosa y formal.

RAFAEL.

No sé lo que me pasa. ¡El corazón se me hace pedazos en el pecho!

MARQUÉS.

¡Eh, poco á poco! Los ingresos, tenlo presente, no importan más que noventa mil reales.

RAFAEL.

Con abatimiento.

Muy poco es.

MARQUÉS.

No es mucho para los humos de Cecilia; pero basta con eso para vivir muy decentemente.

RAFAEL.

Animándose.

¿Verdad que sí? ¡Cuántos quisieran!.....

MARQUÉS.

Veamos los gastos.

RAFAEL.

Con ansiedad manifestando esperanza.

¿Cuánto importan los gastos?

MARQUÉS.

No; los gastos no importan más que doscientos veintiún mil reales.

RAFAEL.

Con desaliento.

¡Válgame Dios!

MARQUÉS.

Me he llevado chasco.

RAFAEL.

¿Creyó usted que sería menos?

MARQUÉS.

No; creí que sería más.

RAFAEL.

¿Qué se le ha de hacer? Yo de todos modos le agradezco infinito..... Tararí, tararí, tararí, tararí.

Sentándose muy abatido y tatareando el paso de ataque.

MARQUÉS.

Calla, calla. Ha hecho rebajas en el presupuesto.

RAFAEL.

Con alegría, levantándose y volviendo al lado del Marqués.

¿Sí, eh?

MARQUÉS.

En el alquiler de la casa.

RAFAEL.

¡Qué buena es!

MARQUÉS.

En el abono del teatro Real.

RAFAEL.

¡Qué lástima!

MARQUÉS.

En tus gastos particulares, tres mil reales.

RAFAEL.

No puede haber rebajado menos.

MARQUÉS.

En los suyos.....

RAFAEL.

¿Cuánto?

MARQUÉS.

En los suyos no ha rebajado nada.

RAFAEL.

Me alegro.

MARQUÉS.

Para ella pone cuarenta mil reales.....

RAFAEL.

¡Pobrecilla! Las mujeres necesitan un caudal para vestirse.

MARQUÉS.

A ti te destina cinco mil.

RAFAEL.

¡Qué disparate! Si yo no necesito nada.

MARQUÉS.

¡Cómo! ¿Tú vas á ir en cueros por esas calles?

RAFAEL.

Y qué, ¿hay ya bastante con los noventa y seis mil reales de los ingresos?

MARQUÉS.

¡Estás fresco! Todavía resulta en los gastos un déficit de sesenta y cuatro mil.

RAFAEL.

No importa. Trabajaré, aumentaré mi caudal. ¿Quién sabe si el tío Pablo tendrá razón? He sido un despilfarrado, un manirroto..... Ya es tiempo de variar de conducta. Imitaré á ese señor Muñoz, que tales prodigios sabe hacer..... Seré amigo suyo, le pediré consejos.....

MARQUÉS.

Déjate de pamplinas. Lo que se debe hacer aquí es obligar á esa señorita á que se mude á un cuarto de ocho ó nueve mil reales.

RAFAEL.

Ni por pienso.

MARQUÉS.

Á que venda la carretela.

RAFAEL.

Menos aún.

MARQUÉS.

Á que deje el abono del teatro Real y se contente con la música que le den los organillos por la calle.

RAFAEL.

No, no: yo quiero que satisfaga sus menores caprichos. ¿No es ella la mujer más hermosa de todo Madrid? Pues que sea también la que más brille por su lujo. Otros se han enriquecido en un vuelo. ¿Por qué no he de tener yo igual fortuna? En dejándose de escrúpulos....., en echándose el alma atrás.....

MARQUÉS.

No digas disparates.

RAFAEL.

Una de dos: ó soy poderoso ó me quedo sin un maravedí. ¿Para qué quiero yo la miseria de veinte mil duros? Mientras no tenga más no he de casarme con Cecilia.

MARQUÉS.

¿Te has vuelto loco?

RAFAEL.

Sí, señor: de alegría, porque ya no me parece imposible que me quiera. Voy á escribir á Madrid, avisando que mañana recogeré todo mi dinero. Especularé con él. Jugaré á la Bolsa. ¡Ay del infeliz que caiga en mis manos!

MARQUÉS.

Pero escucha.

RAFAEL.

Verá usted como todo sale á las mil maravillas.

¡Voy á ser muy dichoso! Tararí, tararí, tararí, tararí.

Vase corriendo por la puerta de la derecha, tatareando el paso de ataque.

ESCENA VII.

El Marqués y Cecilia.

MARQUÉS.

¡Oh amor! Bajo tu imperio todos los hombres son iguales: todos niños y ciegos como tú.

CECILIA.

(Aun aquí. ¿Lo habrá visto?)

MARQUÉS.

(Vendrá á buscar su cuenta.)

CECILIA.

Un caballero que acaba de llegar de Madrid, pregunta por usted.

MARQUÉS.

¿Quién es?

CECILIA.

Un notario.

MARQUÉS.

¡Un notario!

CECILIA.

Eso creo que ha dicho.

MARQUÉS.

¿Y dónde le hallaré?

CECILIA

Hacia su cuarto de usted le lleva ahora un criado.

MARQUÉS.

¿Qué me querrá?

Vase por el foro.

ESCENA VIII.

CECILIA, y después RAFAEL, dentro.

CECILIA.

Aquí está. (Corriendo hacia el velador en cuanto desaparece el Marqués y viendo la cuenta.) En el mismo sitio en que yo le dejé. ¡Qué mala cabeza tengo! Si este papel hubiera caído en manos de mi primo..... Ya no veo el instante de casarme con Muñoz. Sí; debo casarme cuanto antes, no sea que le cobre ojeriza algún periodista y vaya á decir de él..... (Tomando el periódico de encima del velador.) ¿Dónde estará lo concerniente al señor Wisley? (Recorriendo con la vista el periódico.) «La señora de Álvarez.....» (Leyendo.) Esta será Elena. ¿Si la habrán tomado también con ella? ¡Oh! no; al contrario..... (Leyendo con la vista.) «La señora de Álvarez (Leyendo en voz alta.) dió anoche un baile verdaderamente asombroso. El domingo próximo publicaremos una extensa revista que con tan plausible motivo está escribiendo uno de nuestros primeros literatos. Hoy sólo diremos que la señora de Álvarez, elegante y resplandeciente de belleza como una diosa, hizo los honores de la casa con aquella gracia y exquisita finura que la colocan en la cúspide de la sociedad de buen tono.» ¡Vaya si está bien puesto! ¡Y qué gusto debe ser que la llamen á una elegante y hermosa en letras de molde! No, pues en cuanto yo sea señora de casa he de mimar mucho á los periodistas, para que digan de mí cosas bonitas en los periódicos. Y esto ¿qué es? (Soltando el periódico y viendo

la carta de Luisa.) ¡Ah! La carta de Luisa. (Tomándola.) Se quejará de que no la escribo. Como si una no tuviera que hacer otra cosa. (Abriendo la carta.) ¡Los pobres son tan exigentes! «Mi querida Cecilia: (Leyendo.) Aunque tú ya te has olvidado de mí.....» ¿No lo dije?..... «No quiero dejar de participarte una cosa que quisiera poder decir no sólo á mis amigas, sino á todo el mundo. Dios me ha dado un hijo: ¡un niño muy hermoso que tiene la misma cara de su padre! ¡Estoy tan contenta que muchas veces me pongo á saltar como una loca! ¡Un hijo, Cecilia!..... ¡Si tú supieras lo que es un hijo!..... En verdad que os habéis lucido los que me aconsejabais que no me casase con Fernando porque era pobre. ¡Valientes majaderos estáis los ricos! Todo vuestro lujo no os hará gozar, ni por asomo seguramente, lo que á mí un vestidillo de lana comprado con los afanes y el sudor de mi marido de mi alma. Hasta las mismas privaciones sufridas con resignación en cumplimiento de un deber, son otras tantas alegrías negadas á los ricos y concedidas á los pobres por la Divina Misericordia. Pregúntame si vendería mi pobreza por todos los millones del mundo, y verás qué pronto respondo que no. ¿En qué almacén de modas podría yo comprar con todos esos millones un corazón como el de mi Fernando? ¡Es tan bueno mi Fernando! Tan bueno como tu primo Rafael. (Cecilia se estremece.) Se me olvidaba decirte que el mismo día que nació el niño tuvo mi marido en su destino un ascenso de cuatro mil reales. ¡Mira tú si es cierto que cada hijo que Dios nos envía trae un pan debajo del brazo! Esta mancha que verás aquí es un lagrimón tamaño como una avellana que se me ha caído sobre el papel. (Á Cecilia se le saltan las lágrimas.) No

sabes tú qué lloriconas somos las madres: cuando no tenemos motivo para llorar de pena, lloramos de alegría. (Se enjuga los ojos con el pañuelo.) Perdóname si te he fastidiado mucho, y adiós. Recibe mil besos de tu amiga, Luisa.» ¡Qué feliz es!..... Me ha hecho llorar..... ¡Ah! Trae posdata. «Estaba cerrando esta carta (Leyendo.) cuando ha vuelto á casa mi marido y me ha contado una desgracia horrorosa. Elena dió anoche un baile magnífico. (Manifestando el más vivo interés.) De él salieron juntos para batirse el esposo de nuestra infeliz amiga y un joven de la alta sociedad que frecuentaba mucho su casa. Este joven, pocos instantes después, moría sin confesión, de un balazo que le saltó la tapa de los sesos.» ¡Qué horror! (Cecilia se levanta y sigue leyendo muy conmovida y con gran ansiedad.) «Álvarez se ha separado de Elena, llevándose con él á sus hijos. Aquí tienes las consecuencias de casarse por el interés. ¡Maldito sea el dinero! ¡Ay, Cecilia mía! No te cases tú con hombre á quien no ames, y menos aún si sientes la más leve inclinación hacia otro. Te lo pido formalmente por la memoria de tu madre, que tan buena era y tanto te quería. No dejes de rezar alguna vez por Elena. Sobre su conciencia pesa la muerte de un hombre. Se ve mujer sin honra, esposa sin esposo, madre sin hijos. Reza, reza mucho por ella, que bien lo necesita la desdichada.» ¡Jesús, qué cosa tan horrible! ¡Y yo la envidiaba porque es rica! ¡Y compadecía á la otra porque es pobre! «No te cases tú con hombre (Leyendo.) á quien no ames.» No, yo no quiero á Muñoz. «Y menos aún si sientes la más leve inclinación hacia otro.» ¿Amaré á Rafael?..... ¿Será éste un aviso del cielo? «Mujer sin honra, esposa sin esposo, madre sin hijos.» ¡Siento un malestar....., una angustia!.....

Parece que me falta aire..... ¡Madre mía, madre de mi alma, no permitas que yo!.....

Con voz ahogada por los sollozos, cubriéndose el rostro con el pañuelo y dejándose caer en la butaca.

RAFAEL.

Dentro, tatareando el paso de ataque.

Tararí, tararí, tararí, tararí.

CECILIA.

¡Rafael! Que no me vea así. (Levantándose y dirigiéndose precipitadamente hacia la puerta de la izquierda.) ¡Oh! Ya olvidaba otra vez.....

Se detiene, corre hacia el velador, coge la cuenta, y fijando en ella la vista vuelve al comedio de la escena.

RAFAEL.

Dentro, más lejos que antes.

Tararí, tararí, tararí, tararí.

CECILIA.

Veinticuatro mil..... Cincuenta y ocho mil..... Cuarenta mil..... (Leyendo estos guarismos en el papel.) ¡Qué tontería!

Rompiendo el papel y arrojándole al suelo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués.

¡Qué buen negocio es obrar bien! Cuando lo sepan se van á quedar como viendo visiones. ¡Y qué trabajo me cuesta callar! Nunca sentí mayor desasosiego. Si pudiera ocultarlo algunos días más..... Es preciso que en el corazón de Cecilia triunfe el amor del interés, y que Rafael se convenza de que es sinceramente amado antes de que se haga público ese testamento.

ESCENA II.

El Marqués y Cecilia.

CECILIA.

Saliendo por la puerta de la izquierda.

(Solo está.)

MARQUÉS.

Gracias á Dios que se la ve á usted esta mañana. ¿Por qué no has querido almorzar?

CECILIA.

Porque me siento algo indispuesta. He pasado muy mala noche.

MARQUÉS.

Se te conoce en la cara. Y ¿á qué lo atribuyes?

CECILIA.

La desgracia que le ha ocurrido á mi amiga Elena, y que conté á usted ayer, me ha dejado en el alma una impresión tan dolorosa.

MARQUÉS.

Ahí tienes lo que yo te decía. Casarse por el interés no trae cuenta ninguna.

CECILIA.

Y aún es mayor disparate casarse con uno queriendo á otro.

MARQUÉS.

Esa es locura indisculpable. Pero ¿sabes lo que digo?

CECILIA.

¿Qué?

MARQUÉS.

Que has elegido mal día para estar pálida y ojerosa.

CECILIA.

¿Por qué?

MARQUÉS.

¿Quieres que te regalen el oído? Porque hoy viene Muñoz á comer con nosotros.

CECILIA.

El favor que podía hacerme era no venir.

MARQUÉS.

¿Ayer casi me confesaste que le amas, y ahora?.....

CECILIA.

Tío, yo no confesé tal cosa.

MARQUÉS.

¿Á qué disimular, cuando quizá dentro de unos días serás su mujer?

CECILIA.

¡Ca! No señor.

MARQUÉS.

Tu padre así lo cree.

CECILIA.

¡Papá cree á veces unas tonterías!.....

MARQUÉS.

Así lo espera el mismo novio.

CECILIA.

¿Sí? Pues que espere sentado.

MARQUÉS.

Y Rafael me aseguraba hace poco.....

CECILIA.

¿También Rafael piensa que yo quiero á Muñoz?

MARQUÉS.

Lo piensa y lo asegura.

CECILIA.

¡Digo, los hombres de talento!..... No haga usted caso de Rafael, que es un tonto.

MARQUÉS.

¿Un tonto?

CECILIA.

¡Ay, no se puede usted figurar qué tonto es!

MARQUÉS.

Pues mira, tampoco te tiene él á ti por muy avisada.

CECILIA.

Es claro..... ¿Si querrá que sea yo la primera que.....?

MARQUÉS.

¿Eh?

CECILIA.

Nada: yo me entiendo.

MARQUÉS.

(Mejor va de lo que me esperaba.)

CECILIA.

Y á propósito..... De Rafael quería hablar á usted.

MARQUÉS.

(¿Qué embajada será ésta?)

CECILIA.

He sabido casualmente que había prestado diez mil duros á ese amigo suyo que se ha muerto.

MARQUÉS.

Así es la verdad.

CECILIA.

¿Y ese dinero?.....

MARQUÉS.

Voló, hija, voló.

CECILIA.

Tiene desgracia el infeliz. Y no hay que darle vueltas; con lo poquísimo que le queda no va á poder vivir como corresponde á una persona de su clase.

MARQUÉS.

Con efecto; ya está en la categoría de los títulos tronados.

CECILIA.

(Él me da pie.) Pues no hay remedio, tío, es preciso que haga usted algo por ese pobre.

MARQUÉS.

Y ¿qué se puede hacer?

CECILIA.

Podría usted buscarle una ocupación decorosa que

le produjese..... así como treinta, ó cuarenta, ó cincuenta mil reales al año.

MARQUÉS.

(¡Malo! Aun no está bien curada.) ¿Crees tú que es fácil hallar ocupaciones que produzcan tanto dinero?

CECILIA.

Sí, señor. Empleos hay de cincuenta mil reales. Trabaje usted para que le den uno de director ó de subsecretario. Mejor será de subsecretario para que tenga coche.

MARQUÉS.

(La carretela se le ha montado en las narices.) ¿Estás en tu juicio? Pues ahí es nada lo que pides.

CECILIA.

Ya nadie se contenta con menos. Conque, vamos, sáquele usted á Rafael un destino de cincuenta mil reales. Aunque sea de cuarenta mil.

MARQUÉS.

¿Te parece á ti que esos empleos no estarán ocupados por otras personas?

CECILIA.

Se quita á uno. Al que esté menos agarrado. Eso se ve todos los días, y así lo requiere el juego de las instituciones.

MARQUÉS.

¿Pero yo soy acaso ministro?

CECILIA.

Es usted persona de mucho viso y muy conocida por sus opiniones.....

MARQUÉS.

Sí, por mis opiniones contrarias á las del Gobierno.

CECILIA.

Ahí quería yo venir á parar. Pide usted un buen

empleo para su sobrino, y con hacer un cuarto de conversión.....

MARQUÉS.

Chica, ¿piensas tú que un hombre de bien?.....

CECILIA.

Como si la hombría de bien tuviera que ver algo con la política.....

MARQUÉS.

No delires. Aun cuando tus conjeturas fuesen ciertas, Rafael preferiría pedir limosna á tomar un destino.

CECILIA.

¿Por qué razón?

MARQUÉS.

Porque es muy orgulloso.

CECILIA.

¿Y funda su orgullo en morirse de hambre?

MARQUÉS.

Manías suyas.

CECILIA.

¡Qué empeño en no salir de pobre! Pedir limosna..... Poco menos, porque ya ve usted, con cuatrocientos mil reales de capital.....

MARQUÉS.

¿Cuánto has dicho?

CECILIA.

Cuatrocientos mil reales.

MARQUÉS.

Ayer los tenía, pero hoy.....

CECILIA.

¡Qué! ¿Ha hecho algún favor á otro amigo?

MARQUÉS.

Peor aún.

CECILIA.

¿Peor?

MARQUÉS.

Ya te dije que está enamorado de una coqueta.....

CECILIA.

Interrumpiéndole con viveza.

Sí, sí; ya me lo dijo usted.

MARQUÉS.

Como ella es rica, se le ha puesto en la cabeza que él también ha de serlo. Porque no te puedes figurar cómo le tiene esa pícara chica.

CECILIA.

Bueno, bueno; adelante.

MARQUÉS.

Pues bien: ayer escribió á un amigo suyo de Madrid muy calaverón, dándole el encargo de jugar por su cuenta hasta la cantidad de cien mil reales.

CECILIA.

¿Pero ese amigo?.....

MARQUÉS.

Cumplió el encargo al pie de la letra.

CECILIA.

¿Y perdió?

MARQUÉS.

Ahora acabamos de recibir la noticia. Perdió los cinco mil duros.

CECILIA.

¡Ave María Purísima! ¡Otros cinco mil duros menos! (¿Qué va á ser de mí?)

MARQUÉS.

Está decidido á ganar el oro y el moro ó á quedarse sin una peseta.

CECILIA.

Por Dios, tío: no le deje usted hacer semejante barbaridad.

MARQUÉS.

Al contrario. Lo que yo deseo es que acabe de arruinarse completamente.

CECILIA.

¿Para qué?

MARQUÉS.

Para que pierda la esperanza de ser amado por la susodicha señorita y poder casarle á mi gusto.

CECILIA.

¿Con quién?

MARQUÉS.

Con una excelente muchacha que le conoció en una de nuestras excursiones á Andalucía, y desde entonces le ama con delirio.

CECILIA.

¡Oiga! ¿Esas tenemos?

MARQUÉS.

¡Si vieras qué buena es! No, no se parece en nada á la.....

CECILIA.

Sí, á la otra.

MARQUÉS.

¡Y tan bonita como buena!..... (Contemplando con mucha atención á Cecilia.) Sí..... Mucho más bonita que tú.

CECILIA.

Gracias. Usted me favorece demasiado.

MARQUÉS.

No vayas á creer que eres tú la mujer más bonita del mundo.

CECILIA.

No, si yo no creo.....

MARQUÉS.

¡Es blanca, rubia!.....

CECILIA.

Será muy sosa.

MARQUÉS.

Ésta no le rechazará aunque pierda el último maravedí. Antes bien celebrará poder darle una prueba de que le ama por él, exclusivamente por él.

CECILIA.

Pero ¿ella tiene.....?

MARQUÉS.

Poquísimo; casi nada.

CECILIA.

Y entonces, ¿cómo se habían de componer?.....

MARQUÉS.

Viviríamos los tres en mi cortijo de Andalucía, sin pompa ni regalo, pero en paz y en gracia de Dios. Si logro realizar mi proyecto, desde luego quedas convidada á pasar una temporada con nosotros.

CECILIA.

Es usted muy amable. (¡Ni que lo hiciera adrede!)

MARQUÉS.

Aunque bien se me alcanza que á ti no te divertiría mucho aquel género de vida. Allí las damas, según el último figurín, no pueden usar más atavío que un traje de percal y un pañuelo á la cabeza, y todas sus diversiones están reducidas á pasear en burro. Tú tienes gustos muy diferentes: adoras el lujo y los ruidosos placeres de la corte, y ahora que te vas á casar con un banquero rico.....

CECILIA.

¡Tío, tío, por Dios; mire usted que estoy muy nerviosa!

MARQUÉS.

Esto es lo que á ti te divierte: no hay que negarlo. Pero lo que es nosotros, lo pasaremos divinamente olvidados del mundo y gozando de aquella inefable dicha que proporcionan la virtud y el amor.

CECILIA.

No haga usted castillos en el aire. Rafael no quiere á la andalucita.

MARQUÉS.

¡Oh! La querrá.

CECILIA.

¿Sí?

MARQUÉS.

Ya la quiso antes de prendarse de la otra tontuela, de la otra.....

CECILIA.

¡Deje usted en paz á la otra, por la Virgen Santísima!

MARQUÉS.

Hoy al fin he logrado hacerle confesar que es indigna de su cariño.

CECILIA.

¡Cómo! ¿Rafael ha dicho eso?

MARQUÉS.

Y, ¡oh qué feliz idea! ¿Te parece que me le lleve á Andalucía mañana mismo?

CECILIA.

¡Mañana! No, señor. De ningún modo. Él no querrá marcharse.

MARQUÉS.

Pidiéndoselo por favor..... Diciéndole que necesito de su ayuda para salvar los bienes que allí tengo..... Tú me ayudarás á engañarle.

CECILIA.

¡Yo!

MARQUÉS.

Por mucho que quieras á tu dichosa amiguita, no creo que te importará ella más que tu primo, y tratándose de su felicidad.....

CECILIA.

¡De su felicidad!

MARQUÉS.

Le acercaré de nuevo á mi protegida.....

CECILIA.

(Capaz es de hacerlo como lo dice.)

MARQUÉS.

Comparará á la mujer que tan noble y desinteresadamente le ama, con la mercachifle que no le quiere porque es pobre.....

CECILIA.

¡Mercachifle!

MARQUÉS.

Yo le haré notar la diferencia que hay entre un ángel y un demonio.

CECILIA.

¡Tío!

MARQUÉS.

Si no es de estuco, amará á esa niña encantadora.....

CECILIA.

(¡Maldita mujer!)

MARQUÉS.

Y poco he de poder ó le caso con ella.

CECILIA.

(¡Jesús, si fuera hombre!..... Me voy.)

Dirígese llorando hacia la puerta de la izquierda.

MARQUÉS.

Deteniéndola.

Eh, ¿adónde vas tan de prisa?

CECILIA.

Á mi cuarto.

MARQUÉS.

¡Pues no te tomas tú mucho interés por una amiga! ¿Y lloras?

CECILIA.

Enjugándose las lágrimas.

¿Llorar?..... Se equivoca usted. Será que me ha caído algo en los ojos.

MARQUÉS.

Que si quieres. Tú estás llorando.

CECILIA.

Pues sí, señor; estoy llorando. ¡Es fuerte apuro que en todo se ha de meter usted!

MARQUÉS.

Aquí tienes á tu padre, que sin duda querrá hablarte de ese asuntillo. (Se oye toser á D. Pablo.) Yo voy á dar otro avance á Rafael. No he de parar hasta que aborrezca á la de aquí y se case con la de allá.

CECILIA.

(¡Está usted fresco!) Aunque no fuera más que por darle en la cabeza.....)

ESCENA III.

DICHOS y D. PABLO.

DON PABLO.

¿Sabes que Felipe no ha vuelto aún?

MARQUÉS.

¿Qué tiene eso de particular?

DON PABLO.

Nada ciertamente, pero como se fué ayer tan irritado y tan..... Si le sucede algo, tuya será la culpa.

MARQUÉS.

Ya se le habrá pasado el enojo. Desecha todo temor.

Cecilia, durante este diálogo, medita profundamente, hace números en un papel, y se sienta y se levanta, dando señales de desasosiego y de varias emociones.

DON PABLO.

Has desbaratado el matrimonio de uno de mis hijos, pero yo te aseguro que el de Cecilia.....

Hablándole aparte sin que Cecilia se entere.

MARQUÉS.

¿Qué?

DON PABLO.

Que se llevará á cabo.

MARQUÉS.

¿Quién lo duda?

DON PABLO.

Y muy pronto.

MARQUÉS.

Cuanto antes mejor.

DON PABLO.

Es que aunque tú te opongas.....

MARQUÉS.

Pero si yo no me opondré.

DON PABLO.

Has de saber que le quiere.

MARQUÉS.

¿No te lo decía yo?

DON PABLO.

No: yo era quien te lo decía á ti.

MARQUÉS.

Al contrario, tú negabas.

DON PABLO.

El que negaba que quisiese á Muñoz, eras tú.

MARQUÉS.

Eso sí: y lo sigo negando.

DON PABLO.

Pues ¿con quién crees que se va á casar Cecilia?

MARQUÉS.

¡Toma! ¿Con quién ha de ser? Con su primo.

DON PABLO.

¡Caramba! Te has empeñado en que riñamos.

MARQUÉS.

Seré padrino de la boda.

DON PABLO.

El diablo que te lleve.

Vase el Marqués por el foro.

ESCENA IV.

CECILIA y D. PABLO.

CECILIA.

(No hay remedio. Luisa tiene razón. Me ama, le amo..... Oh, sí; no cabe duda: le amo. Él debe ser mi esposo.)

DON PABLO.

Quiero que hablemos un rato los dos solitos.

CECILIA.

Bien pensado. Siéntate ahí. (Con mucha dulzura. Don Pablo se sienta en una butaca, y Cecilia á sus pies en una banqueta) Yo aquí. Y ahora, empieza. (Veremos si papá.....)

DON PABLO.

Hoy comerá con nosotros Muñoz, y tengo que darle una contestación definitiva. Te he ofrecido no oponerme á que elijas esposo á tu gusto, y aunque ya me has dicho que Muñoz te parece bien, quiero que por última vez me repitas si estás decidida á casarte.

CECILIA.

Sí, señor: estoy decidida.

DON PABLO.

(¿De dónde habrá sacado ese necio?.....)

CECILIA.

Dime, papá: ¿se podrá ya habitar la casa que acabas de hacer en la calle del Príncipe?

DON PABLO.

Sí. Pero ¿á qué viene ahora?.....

CECILIA.

Con zalamería.

Verás. Lo que más me aflige cuando pienso en

que me he de casar, es la consideración de que tendré que separarme de ti.

DON PABLO.

Eso me gusta, tesoro mío. Figúrate si lo sentiré yo. Pero hay cosas que no tienen remedio.

CECILIA.

Es que si pudiera vivir, ya que no en tu misma casa, porque esto no parecería bien..... ¿eh?

Con segunda intención.

DON PABLO.

Seguramente.

CECILIA.

Ya que no en tu misma casa, en otra que estuviera muy cerquita.....

DON PABLO.

Buen pensamiento.

CECILIA.

¿Verdad que sí? De este modo nos veríamos muy á menudo, y á los dos se nos haría menos amarga la separación.

DON PABLO.

Muy complacido.

Sí, hija de mi alma, sí.

CECILIA.

¿Tú piensas vivir en uno de los cuartos de la casa nueva?

DON PABLO.

Sí.

CECILIA.

Pues bien: resérvame otro.

DON PABLO.

Acaso no serán bastante buenos para ti, que piensas dar bailes, y.....

CECILIA.

¡Bah! Tendré un poco de paciencia.

DON PABLO.

Entonces, elige el que más te agrade.

CECILIA.

Tú, que eres un señor mayor, puedes irte al cuarto segundo.

DON PABLO.

Como sorprendido y con disgusto.

¡Eh!

CECILIA.

Y yo tomaré el principal.

DON PABLO.

Como resignándose.

Corriente: el principal.

CECILIA.

¿Qué precio piensas ponerle?

DON PABLO.

Eso ya lo arreglaré yo con tu marido.

CECILIA.

Bueno, pero me alegraría de saber.....

DON PABLO.

Una persona extraña no me pagaría menos de diez y ocho mil reales.....

CECILIA.

¡Aprieta! Cuidado que los caseros no tienen ustedes ni pizca de consideración.

DON PABLO.

No te asustes, que á ti te lo daré por.....

CECILIA.

Interrumpiéndole.

¿Por nada?

DON PABLO.

Como sorprendido y poniendo mal gesto.

¡Eh!

CECILIA.

Haciéndole fiestas en una mano que le tiene cogida.

¡Qué bueno es mi papá! Muchas gracias, papá mío, muchas gracias.

DON PABLO.

¡Pero chica!.....

CECILIA.

Y vamos á ver: ¿no se podría abrir una puerta de comunicación entre una y otra casa?

DON PABLO.

Facilísimamente.

CECILIA.

¡Ay qué gusto! Pues mándala abrir en seguida.

DON PABLO.

Lo que es en eso no hay dificultad.

CECILIA.

Así á las horas de almorzar y comer podremos pasar á tu casa.....

DON PABLO.

¿Para qué?

CECILIA.

¡Toma! Para comer contigo.

DON PABLO.

(¡Me gusta!)

CECILIA.

En la mesa es donde más se nota la ausencia de las personas queridas; y viviendo en una misma casa ¿habíamos de comer separados? No, señor: yo quiero comer siempre con mi papá.

DON PABLO.

Pero oye, criatura: si tu marido y tú vivís sobre mis costillas, ¿qué vais á hacer con vuestro dinero?

CECILIA.

¡Ay! Harto haremos con vestirnos y atender á las demás necesidades de la vida.

DON PABLO.

¡Qué atrocidad! Tú tienes un millón de dote.....

CECILIA.

Sí, ya lo sé.

DON PABLO.

Y tu futuro tiene á estas horas más de dos, bien contados.

CECILIA.

No, señor: mal contados.

DON PABLO.

¿Si sabré yo lo que tiene Muñoz?

CECILIA.

Con timidez.

Sí, pero como no es Muñoz con quien yo me quiero casar.....

DON PABLO.

Dando un salto en la butaca.

¡Qué! ¿Que no es Muñoz?

CECILIA.

No, señor.

DON PABLO.

¿Pues quién es?

CECILIA.

Mi primo.

DON PABLO.

Levantándose.

¡Tu primo!

CECILIA.

Levantándose también.

Como me habías dicho que no te opondrías á que eligiese marido á mi gusto.....

DON PABLO.

Pero ¿él te quiere?

CECILIA.

¡Á rabiar! ¡Se muere por mí!

DON PABLO.

¿Y tú le quieres á él?

CECILIA.

Un poquillo.

DON PABLO.

¿Desde cuándo?

CECILIA.

¡Jesús, desde hace muchísimo tiempo!

DON PABLO.

¿Conque tu tío tenía razón?

CECILIA.

Pues qué, ¿mi tío sabe que la persona de quien Rafael está enamorado soy yo?

DON PABLO.

Así lo dice por lo menos.

CECILIA.

¡Lo sabía! ¡Qué pícaro!

DON PABLO.

Pero, señor, ¿cómo es posible lo que ahora me cuentas, cuando ayer mismo te manifestabas dispuesta á enlazarte con otro?

CECILIA.

Ahí verás. Los amantes somos muy raros, mucho.

DON PABLO.

Y ¿cree usted, señorita, que yo he de tolerar que

se juegue conmigo? De ninguna manera. Usted está obligada á casarse con el señor Muñoz.

CECILIA.

Yo ni siquiera le he dado esperanzas.

DON PABLO.

Se las he dado yo. ¿Qué le digo ahora?

CECILIA.

Dile que quiero á mi primo.

DON PABLO.

¿Qué le has de querer?

CECILIA.

Sí, señor, que le quiero.

DON PABLO.

Como tratando de convencerla.

No hay tal cosa. Á quien tú quieres es á Muñoz.

CECILIA.

¡Eso sí que no lo paso! No tengo tan mal gusto.

DON PABLO.

Pues que le quieras que no, con él te has de casar.

CECILIA.

Llorando.

¡Bueno! ¡Te empeñas en hacerme infeliz!

DON PABLO.

Casándote con Rafael lo serías.

CECILIA.

¿Por qué, si me ama y es un hombre de bien?

DON PABLO.

Es un fatuo que desprecia la sociedad en que vive precisamente porque no delira como él. Recuerda que su caudal no pasa de veinte mil duros.

CECILIA.

De quince mil.

DON PABLO.

De veinte, muchacha.

CECILIA.

De quince.

DON PABLO.

Más en mi abono.

CECILIA.

Viviremos con economía, y en abriendo una puerta de comunicación.....

DON PABLO.

Es que no se abrirá la puerta.

CECILIA.

¿Que no?

DON PABLO.

No, señora: ni te daré el cuarto principal, ni estarás á la sopa boba, como presumes.

CECILIA.

¡Pues! En cuanto una quiere ser buena, todo le sale mal.

ESCENA V.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQUÉS.

Ahí tienes ya á tu hijo.

DON PABLO.

¿Ha venido con él Muñoz?

MARQUÉS.

No; ahora te acaban de traer esta tarjeta.

Dándole una tarjeta con sobre.

DON PABLO.

Leyendo la tarjeta, después de haberla sacado del sobre.

«Rosendo Muñoz participa á usted que no puede ir hoy á comer en su compañía.»

CECILIA.

(Respiro.)

DON PABLO.

¿Sabe Felipe si está malo?

MARQUÉS.

No: lo que sabe es que el banquero angloamericano ha estimado conveniente parar el nuevo golpe que iba á recibir su crédito con el desaire que le acabas de hacer, tomando al par de ti una ruin venganza, y que Muñoz, por su parte, no ha juzgado prudente desperdiciar la ocasión que se le presentaba de pescar un dote de cuatro millones.

DON PABLO.

Á ver, á ver: habla más claro. ¿Qué quiere decir eso?

MARQUÉS.

Que á estas horas está formalmente pactado el enlace del Sr. D. Rosendo Muñoz con su antigua novia la señorita Juana Wisley.

DON PABLO.

¿Cómo?

CECILIA.

¡Qué escucho!

DON PABLO.

¿Es verdad?

MARQUÉS.

Pregúntaselo á tu hijo, que por milagro no ha tenido un lance con él.

DON PABLO.

¿De modo que el tal Muñoz es un tunante?

CECILIA.

Claro.

DON PABLO.

¡Un canalla!

MARQUÉS.

No: es simplemente un hombre que está por lo positivo.

DON PABLO.

¿Se puede dar mayor vileza? ¿Y todo por qué? Todo por el dinero: por los miserables ochavos. ¡Qué perversión de ideas! ¡Qué falta de sentido moral!

CECILIA.

¿Ves, papá? (Bajo á D. Pablo, lloriqueando.) Ahora Rafael se figurará que si le quiero es por despecho, porque no tengo otra cosa mejor.

DON PABLO.

¿Me vas tú á sacar el sol de la cabeza, chiquilla? Y el pobre Felipe, ¿qué dice? Estará desesperado.

MARQUÉS.

¡Ca! En estas pocas horas han sucedido cosas extraordinarias. Felipe encontró ayer en la calle á la señora de Mendoza y su hija.

CECILIA.

¿Á Matilde?

MARQUÉS.

Verle la pobre niña, dar un grito y caer desmayada, todo fué uno. Felipe acudió á socorrerla, y habiéndola acompañado á su casa, habló allí largamente con esa desdichada madre que ve morir de amor á su hija. Durante la ausencia de Matilde no ha sido posible distraerla un solo instante, ni apartar de su pensamiento la imagen de Felipe; y dominada al fin por una pasión de ánimo que llegó á presentar sínto-

mas alarmantes, tuvo su madre que volverse precipitadamente con ella á Madrid. Felipe está loco (Con mucho calor y rapidez en el decir.): jura que la ama con todo su corazón, y deplora amargamente haber procurado olvidarla. Execra la bolsa y los negocios; execra la hora en que pensó unirse á otra mujer, y á Rafael y á mí—sépalo usted, señor mío,—á Rafael y á mí nos bendice, y nos llama sus bienhechores.

CECILIA.

¿Lo estás viendo, papá?

MARQUÉS.

Con viva emoción.

Abrazados se quedaban ahora los dos primos, llorando á lágrima viva como dos criaturas.

CECILIA.

Enjugándose las lágrimas.

¡Qué gusto! Felipe me dará la razón.

DON PABLO.

¿Conque todavía se quieren? (Conmovido, pero sin querer aparentarlo.) Mire usted, ¿quién se había de imaginar?..... Pero no veo que este asunto pueda arreglarse. Mendoza seguirá firme en sus trece..... Querrá para Matilde un novio que tenga tanto como ella..... ¡Qué padres, Dios mío, qué padres! ¡Sacrificar á una hija por el vil interés! (Cecilia le tira de la levita.) ¡Qué quieres! (Volviéndose hacia ella con enfado.) ¡Ah! Sí, consiento. Rafael tira el dinero, es verdad; pero no hace porquerías por adquirirlo.

MARQUÉS.

Eh, ¿qué significa?.....

CECILIA.

Bajando la cabeza como avergonzada.

(¡Delante de él!.....)

DON PABLO.

En esta casa ha entrado una epidemia de amor. (Como aturdido, y hablando muy de prisa hasta el fin de la escena.) Tú tenías razón, y yo estaba en babia. Voy á ver al otro. (Se retira hacia el foro y vuelve al lado de Cecilia.) ¡Ah! Cuenta con el piso principal de la casa nueva.

Se retira de nuevo hacia el foro.

CECILIA.

Levantando la cabeza con expresión de gozo.

¿Sí?

DON PABLO.

Y mira, recuérdame que mañana mismo (Volviendo otra vez.) mande abrir la puerta de comunicación.

CECILIA.

No se me olvidará.

El Marqués los contempla con íntima satisfacción.

DON PABLO.

Pues oye: también convendrá que hagamos otra reforma. (Repitiendo el mismo juego.) La casa no es muy grande.....

CECILIA.

Vaya: para los dos solos.....

DON PABLO.

Es que tú cuentas sin la huéspeda.

CECILIA.

¿Qué huéspeda?

DON PABLO.

Nada. (No sé lo que me digo.) Pero, en fin, la cocina había de estar de más, y en ella podremos hacer una hermosa habitación para el ama.

CECILIA.

¿Para quién?

DON PABLO.

Para nadie, hija, para nadie. (Estoy tocando el violón.) ¿Dónde quedaban esos chicos?

Al Marqués.

MARQUÉS.

En mi cuarto.

DON PABLO.

¡Es cosa de perder la cabeza!

Vase por el foro precipitadamente.

ESCENA VI.

CECILIA y el MARQUÉS.

MARQUÉS.

Con que dígame usted, señorita: ¿ahora salimos con que está usted enamorada de su primo?

CECILIA.

¡Sí, bueno es usted! Bien se ha divertido á mi costa.

MARQUÉS.

¿Y me guardas rencor?

CECILIA.

¿Rencor? ¿Sabe usted el bien que me ha hecho? Á no ser por usted, no hubiera yo conocido el amor que tenía á Rafael y me hubiera casado con el otro.

MARQUÉS.

¿De veras amas á Rafael?

CECILIA.

Tanto como Matilde á mi hermano; tanto como Luisa á su marido. ¡Y si viera usted qué cosa tan buena es amar!

MARQUÉS.

No hay mayor delicia en la tierra.

CECILIA.

Parece como que una se hace mejor, como que el alma se engrandece y eleva. Desde que amo á Rafael se me figura que quiero más á mi padre y á mi hermano, y á usted, y al mundo entero.

MARQUÉS.

¡Pobre Cecilia!

CECILIA.

¿Pobre?

MARQUÉS.

Mira, hija mía: Rafael tiene también sus defectos; es orgulloso, y á pesar de mis súplicas y reconvenciones, jura que nunca se casará contigo.

CECILIA.

Con sentimiento.

¿Por qué? ¿Me tiene en menos?

MARQUÉS.

No; pero le asusta la idea de recibir con tu mano un millón de dote.

CECILIA.

¿Y no es más que eso? Dígame usted: ¿con lo suyo y lo mío reuniría mi hermano lo bastante para poder casarse con Matilde?

MARQUÉS.

Seguramente.

CECILIA.

Ahora mismo voy á echarme á los pies de papá y á rogarle que me permita ceder mi dote á Felipe.

MARQUÉS.

¡Cómo! ¿Hablas de formalidad?

CECILIA.

Á ver si soy yo una chiquilla insustancial y casquivana, una coquetuela de tres al cuarto, una mercachifle.

MARQUÉS.

¡Oh, no; eres un ángel!

CECILIA.

Quiero quedarme pobre para dar gusto á Rafael.

MARQUÉS.

Considera que con lo poco de que él ya dispone....

CECILIA.

Poseyendo su amor, ¿qué más necesito? Con menos cuenta mi amiga Luisa, y tiene un hijo, y es feliz. ¡Qué contenta se va á poner cuando lo sepa! Usted será el padrino de la boda, ¿verdad?

MARQUÉS.

¡Quién pregunta eso!

CECILIA.

Bien; pero ella ha de ser la madrina.

MARQUÉS.

Ni con un candil que se la buscara, podría hallarse otra mejor.

CECILIA.

¡Qué bien me decía en su carta! ¡Si los ricos supieran lo que se pierden con no ser pobres!

MARQUÉS.

¿Conque renuncias al lujo, á los placeres? ¿Conque ya no estás por lo positivo?

CECILIA.

Sí, señor; lo positivo es el amor y la virtud. Ea, ea, voy corriendo..... Pero antes deme usted un abrazo.

MARQUÉS.

Abrazándola.

¡Mil, hija mía, mil!

CECILIA.

¡Qué bobada! Estoy llorando de alegría. Lo mismo que Luisa. Ahora siento yo impulsos de ponerme á

brincar con ella. (Saltando de alegría.) ¡Qué feliz soy! Tararí, tararí, tararí, tararí. (Tarareando el paso de ataque.) Mire usted, mire usted, cómo le he cogido ya su paso de ataque.

MARQUÉS.

¡Bendita seas, criatura!

CECILIA.

Papá, papá. (Echa á correr llamando á voces á su padre, y al llegar á la puerta del foro se encuentra con Rafael, que sale precipitadamente y con el semblante demudado. Ambos se detienen al encontrarse.) ¡Oh! ¡Rafael!

RAFAEL.

¡Cecilia!

CECILIA.

¡Jesús! ¡Qué vergüenza me da!

Baja la cabeza, cúbrese la cara con una mano y vase corriendo.

ESCENA VII.

El Marqués y Rafael.

RAFAEL.

Acercándose al Marqués.

¡Tío!

MARQUÉS.

¿Qué te pasa, que vienes desencajado?

RAFAEL.

El tío Pablo me ha dicho: (Con mucha ansiedad.) «Cecilia acaba de hablarme: lo sé todo, y ya puedes ir disponiendo la boda.» Explíqueme usted esto.

MARQUÉS.

Bien claro está. Que lo sabe todo y que ya puedes ir disponiendo la boda.

RAFAEL.

Pero ¿qué boda?

MARQUÉS.

La tuya.

RAFAEL.

¿Con quién?

MARQUÉS.

¡Conmigo!

RAFAEL.

¡Que siempre ha de estar usted de broma! ¿Con quién?

MARQUÉS.

¿Con quién ha de ser? Con Cecilia.

RAFAEL.

¿Me ama?

MARQUÉS.

Así parece.

RAFAEL.

¿Y el tío?.....

MARQUÉS.

Lo aprueba.

RAFAEL.

¡Á mí me va á dar algo!

MARQUÉS.

Con razón te aseguraba que esa chica tiene buen fondo.

RAFAEL.

Es una joya, es la bondad misma, es..... ¡Tío de mi alma!

Abrazándole.

MARQUÉS.

Pues no sabes lo mejor.

RAFAEL.

¿Qué?

MARQUÉS.

Habiéndole yo dicho que no querrías casarte con ella.....

RAFAEL.

¿Cómo?

MARQUÉS.

Que no querrías casarte con ella.....

RAFAEL.

Pero.....

MARQUÉS.

Así no acabaremos nunca.

RAFAEL.

Pero ¿por qué le ha dicho usted.....?

MARQUÉS.

Le he dicho que tal vez el tener ella más que tú, sería un obstáculo.....

RAFAEL.

¡Es verdad! No recordaba.....

MARQUÉS.

Pues no bien lo ha oído, ha echado á correr en busca de su padre.....

RAFAEL.

¿Para qué?

MARQUÉS.

Para manifestarle que no quiere dote y que se lo cede á Felipe.

RAFAEL.

¿Es esto un sueño? ¡Tío!

Abrazándole otra vez con vehemencia.

MARQUÉS.

¡Hombre, que me ahogas! Ya es pobre. Ya estás servido á pedir de boca.

RAFAEL.

¡Se sacrifica por mí! ¿Debo yo aceptar su sacrificio? Ocasiones hay en que el dinero puede dar la felicidad.

MARQUÉS.

No llores por dinero, que nadie sabe en cuánto se habrá aumentado tu caudal á estas horas.

RAFAEL.

¿Por arte de magia?

MARQUÉS.

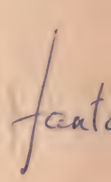
No, sino de la manera más natural del mundo. Sin conocerlo has hecho un gran negocio.

RAFAEL.

¿Qué negocio?

MARQUÉS.

Emplear tu dinero en acciones mucho mejores que las de minas y ferrocarriles, y ponerlas en manos de un banquero que paga réditos incalculables.



RAFAEL.

No comprendo.

MARQUÉS.

Ese banquero que se llama Dios, no abona jamás todas las ganancias sino en la otra vida; pero á veces suele conceder en ésta alguna recompensa por adelantado.

RAFAEL.

Explíquese usted.

MARQUÉS.

Con gravedad y sentimiento.

Días antes de morir el noble joven que te debía un señalado favor.....

RAFAEL.

¿Eduardo?

MARQUÉS.

Supo el fallecimiento de su padre, ocurrido en Italia.

RAFAEL.

¿Y qué?

MARQUÉS.

Eduardo no tenía herederos forzosos.....

RAFAEL.

Acabe usted.

MARQUÉS.

Y te ha legado todos sus bienes.

RAFAEL.

¡Dios mío!

MARQUÉS.

Soy uno de sus albaceas testamentarios. Ayer vino á comunicármelo el notario que hizo el testamento.

RAFAEL.

«Dios querrá que algún día te pueda pagar», me dijo. ¡No lo ha olvidado! ¡Eduardo, Eduardo! Bien sabía yo que eras capaz de hacer esto. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no has sido más generoso?

Llorando.

MARQUÉS.

He callado hasta ahora porque era preciso que Cecilia te amase pobre, que tú no tuvieses motivo para dudar de la sinceridad de su amor. Además, el Excelentísimo Señor Don Dinero, que es el mayor fatuo del mundo, cree que sin él no puede hacerse nada, y á mí me está divirtiendo lo que no es decible ver en torno mío unos cuantos millones muy orondos y graves, condenados á no servir para maldita de Dios la cosa.

RAFAEL.

Pero ¿ya qué se logra con ocultar?..... ¡Pobre Cecilia! Es preciso que sepa.....

MARQUÉS.

¡Cobarde!

RAFAEL.

Para mí nada quiero. Eduardo lo sabe, que ve desde el cielo mi corazón. Para ella..... No lo puedo remediar. Para ella todo me parece poco. ¡Qué dicha poder decirle: «¿Querías uno? Pues toma dos, cuatro, seis.....» ¡Qué sé yo!..... Venga usted conmigo.

MARQUÉS.

Vamos allá.

Dirigiéndose hacia el foro.

ESCENA VIII.

DICHOS, CECILIA y D. PABLO.

CECILIA.

Saliendo por el foro con su padre, á quien trae asido de una mano.

Ven, papá, ven, y el tío Antonio te dirá como yo.....

DON PABLO.

Eh, poco á poco.

CECILIA.

Sin ver á Rafael.

Se empeña en que no he de ceder mi dote á Felipe.

DON PABLO.

Al Marqués.

¿Ves que ocurrencia más singular?

CECILIA.

Pero si yo no quiero dote, ni..... (Viendo á Rafael y turbándose.) ni Rafael tampoco, ¿verdad?

RAFAEL.

Tampoco.

MARQUÉS.

No hay inconveniente en que des gusto á Cecilia.

DON PABLO.

Esto no es cosa de chanza. Ya le ha dicho su hermano lo que hace al caso, y, por mi parte, repito.....

CECILIA.

¡Cómo le convencería yo!

MARQUÉS.

Le habla en voz baja.

Oye: dile.....

DON PABLO.

¡Pues no lo ha tomado con poco empeño!

RAFAEL.

Ni á ella ni á mí podía usted dispensarnos favor más grande.

DON PABLO.

Andad á paseo los dos.

CECILIA.

Riendo.

¡Ja, ja! No lo va á creer.

MARQUÉS.

Hagamos la prueba.

CECILIA.

Has de saber, papá, que Rafael es riquísimo.

DON PABLO.

Cuéntaselo á tu abuela.

MARQUÉS.

Apuntando á Cecilia en voz baja.

Porque ha heredado.....

CECILIA.

Porque ha heredado todos los bienes.....

MARQUÉS.

De su amigo.....

CECILIA.

De su amigo Eduardo.

MARQUÉS.

El cual primero.....

CECILIA.

El cual primero había heredado.....

MARQUÉS.

Á su padre.

CECILIA.

Á su hijo.

MARQUÉS.

Á su padre.

CECILIA.

Á su padre. (Lo mismo da.)

Bajo al Marqués.

DON PABLO.

Pero ¿qué algarabía es ésa?

CECILIA.

¿Lo ve usted? El embuste era demasiado gordo.

Bajo al Marqués, en tanto que Rafael habla en secreto á D. Pablo.

DON PABLO.

Muy asombrado después de haber oído á Rafael.

¿Qué?

CECILIA.

¿Qué?

Volviéndose hacia D. Pablo y Rafael.

DON PABLO.

¿Conque Eduardo testó en su favor?

Al Marqués, el cual le hace una seña afirmativa. Don Pablo se queda estupefacto.

CECILIA.

¡Calla! ¡Y lo cree!

RAFAEL.

Cuando Cecilia lo asegura.....

CECILIA.

¡Y él también! ¡Qué simpleza!

Riendo.

MARQUÉS.

No te hubieras tú dejado engañar así, ¿eh?

CECILIA.

De fijo que no.

MARQUÉS.

¿Y si fuese cierto?

CECILIA.

Lo sentiría.

RAFAEL.

¿De veras?

CECILIA.

Se me ha pegado tu modo de pensar.

RAFAEL.

¡Cecilia adorada!

CECILIA.

Y luego, como papá hará abrir una puerta.....

DON PABLO.

No hay más: ha perdido el juicio.

CECILIA.

Y que si no, ahí tenemos el cortijo del tío Antonio. ¡Poquito que me gustará á mí pasear en burro!

DON PABLO.

Pero ¿qué puerta, ni qué cortijo, ni qué burro? ¿No acabas de decirme tú misma que Rafael ha heredado?......

CECILIA.

¡Qué papá! Si era una broma.

DON PABLO.

Sí, broma: buena está la broma. Es la pura verdad.

CECILIA.

¡Cómo! ¿Es verdad?

Muy sorprendida.

DON PABLO.

¿No oyes que sí?

CECILIA.

Con pena.

¿Es verdad, Rafael?

RAFAEL.

Cecilia, es verdad.

CECILIA.

¿Es verdad, tío?

MARQUÉS.

Sí, hija, verdad es. Á veces la caridad y la gratitud suelen dar resultados muy positivos.

CECILIA.

¿Conque..... eres rico?

RAFAEL.

Sí.

CECILIA.

¡Dios mío! ¡Yo que me alegraba tanto de que fuese pobre!

Llorando y arrojándose en los brazos de su padre.

MARQUÉS.

Vamos á ver: ¿ninguno de los dos tenéis empeño en tomar esos cuartos?

CECILIA Y RAFAEL.

Ninguno.

MARQUÉS.

A Rafael.

Tú no, ¿eh?

RAFAEL.

No, señor.

MARQUÉS.

A Cecilia.

¿Ni tú?

CECILIA.

Ni yo tampoco.

MARQUÉS.

A los dos.

¿Palabra de honor?

CECILIA Y RAFAEL.

Palabra de honor.

El Marqués queda colocado entre Cecilia y Rafael.

MARQUÉS.

Pues entonces tomadlos. Riquezas tan poco apetecidas serán de fijo bien empleadas.

CECILIA.

Pero ¿qué nos vamos á hacer con tanto dinero?

DON PABLO.

Eso no te apure. Por mucho trigo.....

MARQUÉS.

Mira. Rafael se encargará de gastar una parte.

CECILIA.

Con vehemencia.

¡Oh, sí!

RAFAEL.

Con frialdad.

Bueno.

MARQUÉS.

Tú te encargarás de gastar otra.

RAFAEL.

Con vehemencia.

¡Oh, sí!

CECILIA.

Con frialdad.

Bien.

MARQUÉS.

Otra será..... para los chiquitines.

CECILIA.

Ruborizándose.

¡Tío!

RAFAEL.

¡Sí!

MARQUÉS.

Otra la invertiremos en sufragios por el alma de Eduardo.

RAFAEL Y CECILIA.

¡Sí! ¡Sí!

MARQUÉS.

Y otra se la daremos á los pobres.

RAFAEL Y CECILIA.

¡Sí, tío, sí!

MARQUÉS.

¡Felices los que tienen dinero y le dan por el amor de Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

LANCES DE HONOR

DRAMA EN TRES ACTOS

REPARTO

en el estreno de la obra, representada el 1.º de Septiembre de 1863 en el teatro del Circo.

PERSONAJES.	ACTORES.
Don Fabián García.	Don Joaquín Arjona.
Doña Candelaria.	Doña Teodora Lamadrid.
Miguel.	Don Manuel Ossorio.
Don Pedro de Villena.	» Juan López Benetti.
Paulino.	» Ramón Mariscal.
Don Dámaso	» José Miguel.
Don Diego Medina	» José María García.
Aguilar.	» Natalio Jurdao.
Don Lorenzo.	» Manuel Castelló.
Un caballero.	» Gonzalo Duclós.
Otro	» Juan Reig.
Otros, que no hablan	» ....
Un padrino de un desafío	» José Díez.
Otro.	» Manuel Vera.
Bernabé.	» Enrique Martínez.
Una muchacha.	Doña Josefa Hijosa.

La escena en Madrid: la acción dura cuatro horas.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Villena. Un velador con recado de escribir á la izquierda. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL.

Sentado en una butaca cerca del velador, leyendo un periódico.

Pues, señor, está visto que la lectura de periódicos á mí no me divierte. (Soltando el periódico que tenía en la mano.) No sé cómo pueden tener razón los ministeriales que siempre alaban, ni los de oposición que siempre vituperan, ni cómo han de merecer crédito los que hoy aplauden lo mismo que desaprobaban ayer. Será que yo no lo entiendo. Las tres. (Levantándose y mirando el reloj.) Media hora llevo esperando. ¿Se le habrá olvidado quizá que ayer quedé en venir á verle? ¡Es tan atolondrado ese chico!

ESCENA II

MIGUEL y PAULINO.

PAULINO.

Perdona, Miguelillo, perdona. (Entrando por la puerta del foro y dejando en una silla el sombrero.) Siento en el alma haberte hecho esperar.

MIGUEL.

¡Bah!, entre amigos.....

PAULINO.

Verás. Ayer tarde se reunieron aquí los individuos más importantes de la fracción de la Cámara que reconoce por jefe á papá. Celebraron larga conferencia, y en ella resolvieron dar hoy al Gabinete una batalla decisiva, al discutirse el acta de esa escandalosa elección que tan agitados trae los ánimos estos días. Papá se encargó de pronunciar el discurso, y yo no he querido dejar de oirle.

MIGUEL.

Nada más natural.

PAULINO.

Bien puedes agradecer que me haya venido antes de ver el resultado de la discusión.

MIGUEL.

Sí, porque una vez excitado el interés.....

PAULINO.

¡No sabes tú cómo se había puesto aquello! ¡Papá ha estado sublime! Nunca se oyó en el Congreso de los Diputados discurso más elocuente ni más terrible para un Gobierno. ¡Qué animada pintura de las instituciones liberales! ¡Qué vigorosos anatemas contra la conducta reaccionaria de los ministros!

MIGUEL.

¿Quiéres explicarme por qué las oposiciones llaman siempre reaccionario á todo el que manda?

PAULINO.

Toma, porque todo el que manda es tirano á los ojos de todos los que quisieran mandar. Regla general: en el poder se invoca siempre el orden; en la oposición se invoca siempre la libertad. Por eso verás

que cuando uno quiere ser ministro, dice que si lo fuera haría tal y tal cosa, y que luego cuando lo es hace lo que le da la gana. Pues como te iba diciendo, papá se ha cubierto de gloria. ¡Hermoso espectáculo el que, oyéndole, ofrecía la Cámara! Vivas altercaciones entre los diputados de la mayoría; gritos de entusiasmo en los bancos de la oposición; aplausos ruidosos en las tribunas; el Gabinete, pálido y trémulo de miedo y de rabia; el Presidente, dale que le darás á la campanilla, sin poder dominar aquel pavoroso tumulto, aquel desorden admirable. Yo, no bien hubo acabado papá, eché á correr para no hacerte esperar más tiempo, y no sé cuál será el resultado de la votación; pero desde luego aseguro que el Gobierno ha quedado herido de muerte, y que si hoy mismo no sucumbe, estará en el suelo antes de quince días.

MIGUEL.

Y ¿qué bienes nos vienen con esa gracia?

PAULINO.

¿Te parece bien pequeño la caída de un Gabinete que ha hollado todas las libertades públicas, y que lleva ya en el poder un año, tres meses, doce días y algunas horas, por lo que se cuenta?

MIGUEL.

Ahí está el quid. Más fácilmente se le perdona á un Ministerio una mala vida que una vida larga.

PAULINO.

Justo y cabal. Los Ministerios deberían tener duración fija de un par de meses á lo más, á fin de que pudieran ir turnando en el poder todos los españoles ilustrados. Lo que es yo, en llevando un Gabinete seis meses de vida ya no puedo parar. Y á todo el mundo le sucede lo mismo.

MIGUEL.

Á mí no, porque me figuro que los Gobiernos que duran poco ni aun pueden llegar á ser Gobiernos.

PAULINO.

Tú eres un papanatas que nada ambiciona. ¡Tonto! Á río revuelto ganancia de pescadores. Cuando caiga esta gente, entrarán los nuestros á mandar. Papá ha desempeñado ya los más altos puestos de la Administración, tiene cuartos, es caballero gran cruz, dispone de un diario político, goza fama de diputado hablador, capitanea una importante fracción de la Cámara; justo es que forme ahora parte de un Gabinete. Le han ofrecido la cartera de Gobernación. Figúrate qué mal me vendrá á mí. Inmediatamente disolveremos estas Cortes y haremos elecciones generales con mucha legalidad....., es decir....., muy á nuestro gusto; y claro está, yo seré diputado por tres ó cuatro distritos. ¿Quieres tú ser también diputado de la nación?

MIGUEL.

¡Yo! Dios me libre de ser diputado..... tuyo. De la nación lo es verdaderamente mi padre por la decidida y tenaz voluntad de los electores, y tanto mi madre como yo estamos deseando que se acabe esta legislatura para que deje de serlo.

PAULINO.

Pierde cuidado: ningún hombre como D. Fabián García tomará asiento en el nuevo Congreso. Chico, te advierto que tu papá está haciendo el oso.

MIGUEL.

Ya sabes que no gusto de oir nada que pueda ser ofensivo á mi señor padre.

PAULINO.

No te acongojes por tan poco, muchacho. Discutiremos y.....

MIGUEL.

¿Discutir yo la conducta de mi padre? ¡No faltaba más!

PAULINO.

Y ¿por qué no? Todo se puede discutir.

MIGUEL.

Á otra cosa, Paulino, á otra cosa.

PAULINO.

Pues si precisamente para que hablásemos de este particular te dije ayer que vinieras á verme. Créelo: mi señor don Fabián está en ridículo, y si no te modernizas un poco no podrás hacer carrera en el mundo. Es necesario que en él y en ti desaparezcan esas costumbres de antaño que habéis traído de la ciudad de doña Urraca.

MIGUEL.

Acabarás por hacerme reir. ¿Qué tacha puede ponérsele á mi buen padre, que es casi un santo?

PAULINO.

Bien parecen los santos en el almanaque, pero muy mal en unas Cortes del siglo diez y nueve. Todo el mundo se rió el otro día del buen señor.

MIGUEL.

¿Por qué?

PAULINO.

Porque empezó su discurso invocando el auxilio de Dios.

MIGUEL.

Y ¿qué tiene de risible que un hombre implore el auxilio de Dios cuando va á influir con su conducta en la suerte de todo un pueblo?

PAULINO.

Anda, simplón. Tu reloj atrasa por lo menos un siglo.

MIGUEL.

Pues á mí me parece que el tuyo señala una hora funesta.

ESCENA III.

DICHOS y D. DÁMASO.

Entra muy de prisa y con semblante demudado por la puerta del foro.

DON DÁMASO.

¿No ha vuelto aún su padre de usted?

PAULINO.

¿Cómo, si todavía no son las tres y cuarto?

DON DÁMASO.

La sesión ha terminado ya.

PAULINO.

¡Tan pronto! Pues ¿qué ocurre?

MIGUEL.

¿Qué le sucede á usted?

DON DÁMASO.

¿Estás aquí tú? Me alegro. ¡Qué desgracia, Miguel!

MIGUEL.

¡Una desgracia!

PAULINO.

Explíquese usted.

DON DÁMASO.

Permítanme ustedes antes tomar aliento (Sentándose. Miguel y Paulino se acercan á él.) En aquella tribuna hacía un calor insoportable y estaba uno como en prensa. Y

¡qué ansiedad....., qué agitación....., qué emociones tan vivas! ¿Quiere usted ver si tengo fiebre?

Alargando una mano á Paulino.

PAULINO.

¡Me gusta!

DON DÁMASO.

¿No estudia usted medicina?

PAULINO.

Dicen que sí, pero yo no me atrevería á jurarlo. Ea, no sea usted posma y cuéntenos qué hay. ¿Ha perdido la votación el Ministerio?

DON DÁMASO.

Ya escuchó usted el discurso de su padre.

PAULINO.

Un discurso admirable, ¿eh?

DON DÁMASO.

Sí: una bomba cargada de metralla. En él dijo horrores, no sólo del Gobierno, sino de tu tío Diego también.

A Miguel.

PAULINO.

¡Cómo! ¿Diego Medina, el gobernador que ha hecho esa elección, es tío tuyo?

DON DÁMASO.

Tío carnal por parte de madre.

PAULINO.

No lo sabía.

MIGUEL.

Y ¿qué ha dicho de mi tío el señor Villena?

DON DÁMASO.

¡Jesús! Le ha puesto como chupa de dómine, llamándole inepto y arbitrario; dando á entender que se ha dejado sobornar por el candidato elegido, que es un banquero muy famoso.

MIGUEL.

Y sin pruebas, ¿cómo se lanzan contra nadie acusaciones de esa índole?

PAULINO.

Pruebas..... Pruebas..... No parece sino que todo el mundo no está ya harto de saber lo que valen semejantes acusaciones. Cada lunes y cada martes se llaman perros judíos los hombres más serios en política, y luego, como si tal cosa hubiera pasado. Si papá sube al poder, verás cómo hace á tu tío gobernador de una provincia de primera clase.

DON DÁMASO.

Cuando Villena (Dirigiéndose á Miguel.) acabó su discurso, tirios y troyanos aplaudían con frenesí, y todos daban por segura la derrota del Gobierno; pero he aquí á tu padre que se levanta y grita con indignación: «Pido la palabra para defender á un ausente.»

PAULINO.

¡Oiga!

MIGUEL.

¡Bien hecho!

DON DÁMASO.

Como por sus opiniones es mirado con prevención, las risas y los murmullos ahogaron su voz en un principio. Al poco rato había logrado subyugar todos los corazones. Que era un excelente jurisconsulto ya lo sabíamos todos, pero ¿cómo creer, á no verlo, que fuese también un gran orador?

MIGUEL.

Para defender á un inocente nunca falta elocuencia á un hombre de bien.

DON DÁMASO.

Te aseguro que comparados hoy con él Cicerón y

Demóstenes, se quedan tamañitos. Pero es el caso que para defender á Diego ha tenido que combatir á Villena, dirigiéndole gravísimos cargos con fuerza de lógica irresistible, acusándole á voz en grito de mentiroso y calumniador.

PAULINO.

¿De veras?

DON DÁMASO.

Su padre de usted (Dirigiéndose á Paulino.) cegó y no vió, y con general asombro y disgusto dijo de don Fabián improperios tales, como acaso nunca se habrán oído en aquel lugar. Todo fué entonces en la Cámara espantosa gritería, y dar manotadas al aire, y querer andar á la greña. Pudo al fin el Presidente hacer que se procediese á votar, y luego, sin mirar en barras, levantó la sesión.

PAULINO.

Pero ¿quién ha ganado?

DON DÁMASO.

El Gobierno (Levantándose.) por ciento cincuenta y dos votos contra cuarenta y uno: como que no sólo ha votado con él toda la mayoría, sino también parte de la oposición.

PAULINO.

¡Qué infamia!

DON DÁMASO.

Yo, al ver salir del salón á Villena hecho un energúmeno, temiendo que se encontrase con el otro, salí también corriendo de la tribuna. Por más que he mirado y remirado en salas y pasillos, á ninguno de los dos he podido echar la vista encima.

PAULINO.

Miguel, mucho me temo que tu padre va á tener que reñir con el mío.

MIGUEL.

Dios no lo quiera.

DON DÁMASO.

Á eso vengo: á procurar que este negocio se arregle de la mejor manera posible. García es el más ofendido. Á él le toca, por consiguiente, desafiar á su padre de usted. Si no lo hace.....

PAULINO.

Entonces mi padre le desafiará á él.

MIGUEL.

Parece que te gozas en augurar males.

DON DÁMASO.

Entre todos le impediremos tomar tan descabellada resolución.

PAULINO.

Ya ve usted si yo sentiré..... Pero cuando una cosa no tiene remedio.....

MIGUEL.

Otras de mayor entidad se han remediado con la ayuda de Dios.

PAULINO.

No empieces á diosear, y convéncete de que ni tu padre, por impecable que sea, ni el mío, que es todo un caballero, querrán dejar impune el agravio que mutuamente se han inferido. Un agravio que llegará á noticia de toda España, ¡de toda Europa!.....

MIGUEL.

En tono de reconvención.

¡Paulino!

DON DÁMASO.

(El niño es tan fiera como el papá.)

PAULINO.

De otro modo, ninguno de los dos quedaría bien.

DON DÁMASO.

Y ¡vaya si queda uno bien con la cabeza rota ó una pierna de menos!

PAULINO.

Muy prudente se va usted volviendo, don Dámaso.

DON DÁMASO.

Y con eso, ¿qué quiere usted darme á entender?

PAULINO.

Nada, que es usted muy prudente.

DON DÁMASO.

Niño, niño..... Cuidadito con subírseme á las barbas. Yo tengo hechas mis pruebas.

PAULINO.

Ya lo sé, y por lo mismo no hallo explicación satisfactoria á la conducta que se propone usted observar en tan grave negocio. De éste nada me sorprende. Es lego en materia de honor, y creo que, en vez de sangre, circula por sus venas horchata de chufas.

MIGUEL.

Di cuanto quieras. Tu ceguedad y tu petulancia me dan compasión.

PAULINO.

Hola, que ya hace pinitos el nene. Riámosle la gracia.

MIGUEL.

No es hora de reir para un hijo la hora que puede ser funesta para su padre.

ESCENA IV.

DICHOS, D. LORENZO y AGUILAR.

Entran hablando acaloradamente por la puerta del foro.

DON LORENZO.

Desde que soy representante de la nación no me he llevado un chasco igual.

AGUILAR.

Ni yo desde que empecé á escribir de política.

DON LORENZO.

Y es indudable que el Gobierno estará más envalentonado que nunca. Señores.....

Saludando á los demás.

DON DÁMASO.

¿Vienen ustedes del Congreso?

AGUILAR.

Sí, señor.

PAULINO.

¿Y mi papá?

DON LORENZO.

Allí quedaba todavía. Verá usted como al fin disuelven las Cortes.

A Aguilar.

AGUILAR.

Me consta que el Ministro de la Gobernación, en un arranque de entusiasmo, ha ofrecido matar mi periódico antes de veinte días. ¡Qué iniquidad! ¡Hollar los santos derechos del cuarto poder del Estado! ¡Oponerse á la libre emisión del pensamiento! No importa: antes morir que renunciar á mi autonomía.

DON DÁMASO.

(Y el muy botarate no tiene más autonomía que la *autonosuya* de Villena.)

DON LORENZO.

¿Creerán ustedes que el Gabinete ha llevado su audacia hasta el extremo de ofrecerme una Dirección general porque votase el acta?

DON DÁMASO.

(Villena le había ofrecido una embajada porque no la votase.)

DON LORENZO.

¡Destinitos á mí!

AGUILAR.

El tal García tiene la culpa de todo lo que sucede.

DON LORENZO.

En sacando las uñas uno de esos beatos, ¡ya, ya!

AGUILAR.

¡Buena paliza le pienso dar en el periódico!

DON LORENZO.

Pues yo, en mi discurso de mañana, le he de sacar á la vergüenza.

AGUILAR.

Quizá tengamos que contentarnos con cantarle un responso. Villena es muy capaz de enviarle mañana á tomar chocolate en el otro mundo, cosa que, á un bendito como él, no podrá menos de agradarle.

DON LORENZO.

Recelo que no sea hombre de armas tomar.

AGUILAR.

Un cobarde será de fijo; pero al reptil que huye después de haber hincado el diente.....

MIGUEL.

Muy conmovido.

Señores, la persona de quien están ustedes hablando es mi padre.

AGUILAR.

¡Ah!.....

DON LORENZO.

No sabíamos.....

MIGUEL.

Mi padre, á quien ustedes seguramente no conocen bien. Los que bien le conozcan por fuerza le han de tener respeto, si por ventura no son incapaces de rendir culto á la virtud.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA V.

DON DÁMASO, PAULINO, D. LORENZO y AGUILAR.

AGUILAR.

Hay que disculparle. Demasiado prudente ha sido.

DON LORENZO.

Con todo; ese tonito, esa reticencia, esa manera de mirarnos.....

AGUILAR.

Es verdad: nos ha mirado de cierta manera.....

DON LORENZO.

Pues yo no puedo consentir que se me mire de cierta manera.

AGUILAR.

Ni yo tampoco; y si á usted le parece que estamos en el caso de exigir una reparación á ese caballerito.....

DON LORENZO.

Sí, señor; vamos á exigírsela.

PAULINO.

Perderán ustedes el tiempo. Miguel es tan cobarde como su padre.

DON DÁMASO.

Están ustedes (Colocándose entre Aguilar y D. Lorenzo.) en un error: el Sr. García no tiene nada de cobarde. Pero ello es que tal vez repugne el batirse, porque su modo de pensar, sus principios religiosos.....

AGUILAR.

Pura farsa, don Dámaso. Los devotos del siglo diez y nueve son todos hipócritas.

DON DÁMASO.

¿Por qué no ha de haber en este siglo devoción verdadera?

AGUILAR.

Porque ya, con el vuelo que han tomado los conocimientos filosóficos, únicamente las mujeres y los patanes pueden creer de buena fe ciertas cosas.

DON DÁMASO.

(¡Qué bárbaro!)

DON LORENZO.

Desengáñese usted; todo es posible en este país, donde quedan aún tantos resabios de la educación frailuna que han recibido.

AGUILAR.

Ciertamente que todavía hay mucho atraso en esta pobre España.

PAULINO.

Vergüenza da ser español.

DON DÁMASO.

Sí, con efecto....., el progreso....., la civilización.....

(¡Dios me perdone!) Pero vamos á ver: si García no reta al Sr. Villena, yo creo que el negocio queda terminado.

DON LORENZO.

¡Oh! No, señor; de ninguna manera.

AGUILAR.

Eso quisiera él.

PAULINO.

¿Lo está usted viendo?

AGUILAR.

Hay que cortarle la lengua para que no hable más en su vida. Él tiene la culpa de que el Gobierno haya ganado la votación.

DON LORENZO.

Villena sería indigno de alternar con gente bien nacida si no procurase reparar la afrenta que se le ha hecho.

PAULINO.

¡Oh! No hay cuidado; mi papá se porta siempre como quien es.

DON DÁMASO.

(Y el diablo se lo agradece mucho.)

DON LORENZO.

Sin duda con la intención de que le apadrinemos en el desafío nos ha rogado que vengamos á esperarle aquí.

DON DÁMASO.

Pues yo insisto en que debería darse por satisfecho si García, que es el más ofendido, no le provoca.

AGUILAR.

No es García el más ofendido, sino Villena.

DON LORENZO.

Seguramente.

DON DÁMASO.

¿Están ustedes locos?

AGUILAR.

No, señor; las ofensas tienen mayor ó menor gravedad, según vale más ó menos la persona que las recibe.

DON DÁMASO.

Eso no deja de ser una tontería.

AGUILAR.

¿Cómo tontería?

DON LORENZO.

¿Qué ha dicho usted?

DON DÁMASO.

Digo que, en este asunto, no saben ustedes lo que se pescan.

AGUILAR.

Señor mío, yo no tolero que nadie me dé (Con tono agresivo y muy altanero.) lecciones en materia de honor.

DON LORENZO.

Caballero, yo no sufro impertinencias de esa índole.

DON DÁMASO.

Turbado.

Estábamos hablando con la confianza de amigos..... No creo haber dado motivo para que ustedes se incomoden.

AGUILAR.

(Tiene miedo.)

DON LORENZO.

(Se turba.)

AGUILAR.

Pues sepa usted que nos hemos incomodado.

DON LORENZO.

¡Y muy de veras!

AGUILAR.

¡Y si usted lo lleva á mal!.....

DON LORENZO.

¡Justo; si usted lo lleva á mal!.....

PAULINO.

Señores....., señores.....

DON DÁMASO.

(¡Tonto de mí!) ¡Pues sí, señores (Con afectada energía y aire amenazador.): lo llevo á mal, muy á mal! Cuando un hombre tiene hechas sus pruebas, puede ser prudente sin temor de que se le tache de cobarde. Y yo tengo hechas mis pruebas, señor don Lorenzo. (Dirigiéndose á él.) Yo tengo hechas mis pruebas, señor Aguilar. (Volviéndose hacia á Aguilar.) ¡Pero ya que ustedes se empeñan en sacarme de mis casillas!.....

PAULINO

Procurando apaciguarlo.

Don Dámaso.....

DON DÁMASO.

Estoy á las órdenes de ustedes. Veremos quién lleva el gato al agua.

AGUILAR.

(¡Malo; esto se enreda!)

DON LORENZO.

(¡Caramba con el hombre!)

AGUILAR.

¿Saben ustedes lo que digo?

DON LORENZO.

¿Qué?

AGUILAR.

Que los tres tenemos un geniecito de mil demonios.

DON LORENZO.

Por una bicoca ya empezábamos á perder los estribos.

PAULINO.

Con efecto; no veo razón para que ustedes.....

DON DÁMASO.

¡Venirme á mí con fieros, á mí que soy una pólvora, á mí que en seguidita me subo á la parra!.....

AGUILAR.

(¡Vaya un nene!)

DON LORENZO.

Ea, señor don Dámaso, esto se acabó.

AGUILAR.

Ahí va mi mano.

DON LORENZO.

Y la mía.

Alargando ambos las manos á D. Dámaso.

DON DÁMASO.

Á generoso nadie me gana. ¡Señor don Lorenzo Señor Aguilar!

Estrechando primero la mano del uno y luego la del otro.

AGUILAR.

¡Con cuánta facilidad se arreglan estas cosas entre hombres como nosotros! (Si no recojo velas.....)

DON LORENZO.

¿Quién lo duda? ¡Entre hombres como nosotros!.... (Si no ando listo.....)

DON DÁMASO.

Pues claro: ¡entre hombres!..... (Si no les hablo gordo, me luzco.)

PAULINO.

Ya tenemos aquí á papá.

Mirando hacia la puerta del foro.

ESCENA VI.

DICHOS y VILLENA.

VILLENA.

Dispénsenme ustedes la tardanza.

DON LORENZO.

Sabe usted que estamos á sus órdenes.

PAULINO.

(¡Qué pálido viene!)

VILLENA.

He hablado con el señor García.

AGUILAR.

¿Dónde?

VILLENA.

En la puerta de esta casa. Vive en el cuarto segundo.

DON LORENZO.

¿Y qué?

VILLENA.

Ese hombre no tiene asomo de pundonor.

PAULINO.

Como todos los de su calaña.

VILLENA.

Le he dicho que me venía á casa con el objeto de esperar en ella á sus padrinos, y me ha contestado que los esperaría inútilmente porque no pensaba enviármelos.

PAULINO.

Y al oir eso, ¿qué has hecho tú?

VILLENA.

Insultarle cuanto es posible insultar á un hombre.

Por un momento pareció que se irritaba, y que á su vez iba á denostarme; pero de pronto bajó la cabeza, y sin pronunciar una sola palabra empezó á subir pausadamente la escalera.

PAULINO.

Habérsela hecho rodar.

VILLENA.

¿Quieren ustedes dispensarme el favor de encargarse de arreglar este asunto?

AGUILAR.

Con mil amores.

DON LORENZO.

Para estas ocasiones son los amigos.

VILLENA.

Ustedes han presenciado el agravio; nada les tengo que decir.

AGUILAR.

Nada absolutamente.

VILLENA.

Entonces ruego á ustedes que vayan á desafiarle en seguida.

AGUILAR.

Cerca le tenemos.

Yendo al foro y tomando el sombrero, que habrá dejado encima de una silla.

DON LORENZO.

Vamos allá.

Tomando su sombrero de encima del velador.

VILLENA.

Desearía que el duelo se verificase mañana mismo.

AGUILAR.

Pues claro está: mañana.

DON DÁMASO.

(¡Qué prisa tiene el condenado!)

VILLENA.

Por mi parte, sólo pongo una condición: que el duelo sea á muerte.

AGUILAR.

Confíe usted en nosotros.

DON LORENZO.

El asunto quizá no pueda arreglarse de otra manera.

DON DÁMASO.

(¡Famoso arreglo por mi vida!)

VILLENA.

Excuso decir que en todo lo demás pueden ustedes obrar como lo crean más oportuno. Hasta luego, señores, hasta luego.

DON LORENZO.

Pronto daremos la vuelta.

Retirándose.

VILLENA.

Cuidado, que ha de ser mañana.

AGUILAR.

Está bien.

Deteniéndose.

VILLENA.

Mañana, y á muerte.

DON LORENZO.

Cumpliremos con nuestro deber.

Vanse por la puerta del foro. Villena se sienta en una butaca, dando muestras de reconcentrado furor.

ESCENA VII.

VILLENA, D. DÁMASO y PAULINO.

DON DÁMASO.

Acercándose á Villena.

¿Conque ese lance se ha de llevar á cabo?

VILLENA.

Sin prestarle atención.

Sí.

PAULINO.

Increíble parece que D. Fabián haya tenido la audacia de llamarte calumniador.

VILLENA.

Creo que no estaba en su sano juicio.

DON DÁMASO.

Por eso no debería usted dar al suceso tanta importancia.

PAULINO.

El loco por la pena es cuerdo.

VILLENA.

No se canse usted, D. Dámaso: yo he de escarmentar al insolente que me ha ultrajado.

DON DÁMASO.

(¿Quién amansa á esta fiera?) Ya antes he dicho á esos señores que tal vez García no quiera batirse (1).

VILLENA.

¡No ha de querer! Pues qué, ¿no hay más que ultrajar públicamente á un hombre y luego empeñarse en esquivar las consecuencias naturales de semejante

(1) El autor ha creído conveniente usar en esta obra la voz *batirse* y la frase *tener hechas sus pruebas*.

falta? ¡Y vea usted quién es el ofensor y quién el ofendido! Esta consideración me exaspera tanto como la misma injuria. Un ente ridículo y despreciable, que ni á mirarme cara á cara hubiera debido atreverse nunca. No sé cómo pude contenerme, cómo no me fuí á él y allí mismo..... ¡Vaya si se batirá!

DON DÁMASO.

Después de la ira viene la templanza, y cuando usted se haya tranquilizado.....

VILLENA.

Mire usted, D. Dámaso, no hay cosa más necia ni más inútil que dar consejo al que no le pide. Conque déjeme usted en paz.

PAULINO.

(Tómate esa.)

DON DÁMASO.

Señor D. Pedro, usted me insulta.

VILLENA.

Dispénseme usted. La situación en que me hallo.....

DON DÁMASO.

No ignora usted que tengo hechas mis pruebas.

VILLENA.

(¡Qué pesadez!)

DON DÁMASO.

Y si no mirara que en este momento no puede usted disponer de sí mismo.....

VILLENA.

Con ira, dando un golpe con la mano en un brazo de la butaca.

¿Qué?

DON DÁMASO.

Nada. ¡El mundo sabe quién soy yo; tengo hechas mis pruebas!

Vase por el foro con aire altanero.

ESCENA VIII.

VILLENA y PAULINO.

PAULINO.

Habrás pasado un mal rato, ¿verdad?

Encendiendo un cigarro puro y sentándose en una butaca.

VILLENA.

El peor de mi vida. (Levantándose.) Aun me parece estar soñando..... El tal D. Fabián..... (Paseándose por la escena.) Fíese usted en apariencias. Nunca me vi combatido de tal suerte, nunca. Todos los diputados, los más ilustres, los más entendidos, los más díscolos y procaces, todos guardaban siempre conmigo las mayores consideraciones. Hasta la prensa periódica engalanaba sus dardos con flores para asestarlos contra mí. Y hoy, un cualquiera....., un pazguato....., un miserable, objeto de burla y de ludibrio en toda la Cámara, sin ambages, sin vacilar, con verbosidad increíble, con pasmosa energía, animado de no sé qué infernal estímulo, se levanta y me contradice, y me acusa y me hostiga con sus argumentos, y me anonada con sus imprecaciones, y por un instante me hace bajar los ojos al suelo, mudo de espanto, ciego de ira, cárdeno el rostro de vergüenza. Y claro está, mis enemigos....., mis amigos también — ¡qué linda amistad la de los amigos políticos!—todos le aplauden á él con entusiasmo, y acogen luego mis palabras con risas de mofa y gritos de indignación. ¿Á quién no alegra ver quitar de en medio á quien le hace sombra?..... Esos cobardes callaban antes, ó murmuraban recatadamente cuando más. Ya uno ha dado la

señal de acometida; ya otro ha tirado al ídolo la primera piedra. Ahora todos querrán hacerle pedazos. Y ¿cuándo me veo tan rudamente acometido? ¿Cuándo me veo — á qué negarlo — vencido, humillado, sin crédito, sin honra? Cuando precisamente acababa de alcanzar el mayor de mis triunfos; cuando ya estaba alargando la mano para coger el fruto de años enteros de lucha, de afanes y sacrificios. Sí, no hay duda; el Gobierno hubiera perdido la votación, se hubiera retirado....., y yo, yo acaso mañana..... ¡Oh, mañana mataré á ese hombre ó él me matará á mí!

PAULINO.

Sosiégate (Levantándose y acercándose á su padre con los quevedos puestos.) y no digas sandeces. Don Fabián no habrá tomado nunca un arma en la mano. Sea cualquiera la que elijan, la ventaja estará de tu parte. Con el sable podrás degollarle como á un borrego; ensartarle con el florete como á un pollo con el asador; con la pistola..... ¡oh!, con la pistola, tú que á veinticinco pasos metes la bala por el gollete de una botella, bien podrás metérsela á ese cazurro por un ojo.

VILLENA.

Pero ¿y si se obstina en no batirse?

PAULINO.

Mejor. Cantará la palinodia, te dará explicaciones.....

VILLENA.

¡Explicaciones! Si yo no quiero explicaciones: si lo que quiero es su sangre. Si no pudiera reñir con él, creo que le asesinaría.

PAULINO.

Eh, vamos, tranquilízate.

VILLENA.

Por amortiguado que esté en su alma el sentimiento del honor, no podrá soportar ciertos insultos. ¡Pero así se dilatará la hora de mi venganza! ¡Oh, cuánto tardan esos señores!..... ¿Han llamado? Sí: ellos serán.

PAULINO.

No. (Poniéndose los quevedos y asomándose á la puerta del foro.) Es una sola persona, y el criado la detiene á la puerta.

VILLENA.

Mira quién es. (Paulino se va por la puerta del foro.) Me abraso de impaciencia. La gente del pueblo, en estos casos, es más racional que nosotros. No sujeta á reglas la venganza, ni espera á castigar las injurias con ira trasnochada.

PAULINO.

Entrando por la puerta del foro.

Una visita inesperada, papá.

VILLENA.

¿Quién?

PAULINO.

Medina.

VILLENA.

¿Qué Medina?

PAULINO.

El gobernador, Diego Medina.

VILLENA.

¡Cómo! ¿Está en Madrid?

PAULINO.

Por lo visto. Vendrá de mano armada.

VILLENA.

Que éntre.

PAULINO.

Ahí está.

VILLENA.

Déjanos.

PAULINO.

Va á ser preciso emprenderla á palos con esta gentecilla.

Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA IX.

VILLENA y MEDINA.

MEDINA.

Perdone usted, señor de Villena, que ose venir aquí en traje de camino, sin tener el honor de que usted me conozca.

VILLENA.

(Vamos, éste es moro de paz.) Sírvase usted tomar asiento.

MEDINA.

Gracias. (Sentándose. Villena se sienta á su lado.) Voy á explicar á usted en dos palabras el objeto de mi visita.

VILLENA.

Como usted guste.

MEDINA.

Con el fin de dar al Gobierno de viva voz algunas explicaciones acerca de esa malhadada elección, que tanto escándalo promueve, he tenido que abandonar mi ínsula Barataria y tomar el camino de la villa y corte de Madrid, adonde acabo de llegar en este momento. Hay personas, como usted sabe, que se despepitan por dar una mala noticia, y no bien me hube

apeado del coche en la calle de Alcalá, tropecé con un alma caritativa, que me ha contado ce por be todo lo ocurrido hoy en el Congreso.

VILLENA.

(¡Qué tono!)

MEDINA.

Pues, señor, sintiendo yo, como era natural, gran deseo de conocer menudamente la misa de honras que en el templo de la Representación nacional se me había cantado, dije para mi capote....., ó para mi *chaquet;* es igual: ¿quién ha de poder referirme con fidelidad mayor lo que de mí se ha dicho en el consabido templo que el mismo que lo ha dicho? Y seguro de que usted, á fuer de atento y bondadoso, no había de negarme el primer favor que le pidiera, aquí me he venido á rogarle humildísimamente que, sin reparar en lo nuevo y peregrino del caso, tenga la dignación de contestarme á breves preguntas que pienso dirigirle.

VILLENA.

Donosa es la ocurrencia, á fe mía.

MEDINA.

Soy muy extravagante, y mi proceder en esta ocasión no merece disculpa; lo conozco, lo confieso. Usted dirá si me permite ó no hacerle esas preguntas.

VILLENA.

Hable usted.

MEDINA.

¿Es verdad que me ha tachado usted de inepto?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Pase. Dan algunos en tener tanto entendimiento, que para otros no queda nada. ¿Y de arbitrario?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Pase también. Eso no probaría, en último extremo, sino que yo había hecho mi gusto. ¿Y de venal?

VILLENA.

Sí, señor.

MEDINA.

Esto sí que no puede pasar. Más vale ser bueno que parecerlo, pero más vale aún serlo y parecerlo juntamente. Y como hoy en el mundo sólo se tiene respeto á la fuerza, por medio de la fuerza me he propuesto yo ser respetable. Así, pues, doy á usted las gracias por la suma benevolencia con que ha satisfecho mi impertinente curiosidad, y espero que se digne coronar su obra dispensándome el honor de romperse el alma conmigo.

Levantándose.

VILLENA.

Levantándose también.

¡Caballero!

MEDINA.

Perdóneme usted. La viveza de mi genio no me consiente hacer las cosas en debida forma. Enviaré á usted mis padrinos.

VILLENA.

Excúsese usted esa molestia.

MEDINA.

¿Cómo?

VILLENA.

Tengo un lance pendiente con otra persona.

MEDINA.

¡Fatal contratiempo! ¿Hay inconveniente en que yo sepa su nombre?

VILLENA.

Ninguno: esa persona es la que le ha defendido á usted en el Congreso.

MEDINA.

¡Qué oigo! ¿Mi cuñado Fabián?

VILLENA.

El mismo.

MEDINA.

Supongo que el reto no partirá de él, sino de usted.

VILLENA.

Precisamente.

MEDINA.

Riña usted primero conmigo. Se lo ruego con toda formalidad. El señor don Fabián García peca tal vez por exceso de virtud, y en mí, sin que esto sea alabarme, tendría usted más digno adversario.

VILLENA.

Mucho lo siento, caballero, pero un negocio urgente.....

MEDINA.

Conozco haber dado lugar á que usted me despida, y no abusaré por más tiempo de su bondad. Corro á tomar nuevos informes del suceso. Mi cuñado reñirá con usted si el honor así lo reclama. Pero luego—no hay que olvidarlo—luego me tocará á mí la vez. Me ha calumniado usted ante España entera. Quieren unos que se perdone al calumniador;

otros que se le desprecie; otros que, á ser humanamente posible, se le mate; así opino yo. Beso á usted la mano.

Saluda y se va por la puerta del foro.

ESCENA X.

VILLENA Y PAULINO.

VILLENA.

¡Oh, primero el uno; después el otro!

PAULINO.

¿Venía á desafiarte?

VILLENA.

Sí.

PAULINO.

¿Y qué?

VILLENA.

Le he dicho lo que ocurre.

PAULINO.

Entiéndete con García; yo me entenderé con el señor Gobernador.

VILLENA.

¿Estás en tu juicio? Parecería que trataba de poner á salvo mi vida arriesgando la tuya. Ni por casualidad se te vuelva á ocurrir semejante desatino. Desde que perdí á tu madre eres tú el único sér á quien amo, y ya sabes que sólo te tengo prohibida una cosa. No, hijo mío; no me des nunca el sentimiento de verte herido....., de verte acaso.....

PAULINO.

Vamos, vamos, no te pongas sensible, y repara que estás haciendo el diablo predicador. Bien com-

prendo que ahora no me toca á mí; pero, francamente, eso de que tú riñas con dos me parece broma pesada.

VILLENA.

Cuando haya escarmentado al uno, será fácil que el otro se venga á buenas. Á mí del tal Medina, ¿qué se me importa? Á don Fabián, á esa mosquita muerta, es al que yo quiero dar una estocada ó un balazo. Ni sé cómo podré esperar hasta mañana para satisfacer mi coraje. ¡De aquí á mañana, qué vida tan insoportable la mía!

PAULINO.

Domina esa impaciencia. Los hombres, en tales casos, han de tener aplomo y serenidad.

VILLENA.

¿Si pensarán mis señores padrinos estarse arriba de conversación hasta el año que viene? ¿Qué apostamos á que subo yo mismo?.....

Dirigiéndose al foro.

PAULINO.

Deteniéndole.

Detente. ¡Qué locura!

VILLENA.

Mirando hacia dentro por la puerta del foro.

¡Ah, sí: ahora sí que deben ser ellos!

ESCENA XI.

DICHOS, VARIOS CABALLEROS, y á poco AGUILAR y D. LORENZO.

CABALLERO 1.°

Nos hemos encontrado á la puerta con don Lorenzo y Aguilar.....

CABALLERO 2.º

Sabemos que insiste usted en batirse con García.

CABALLERO 1.º

Es muy doloroso, pero.....

CABALLERO 2.º

Ciertamente: hay ocasiones.....

CABALLERO 1.º

Á los amigos debe decírseles la verdad. Hace usted bien: muy bien. (Qué bueno que los dos se mataran.)

Restregándose las manos.

VILLENA.

¡Ah, por fin! (Viendo entrar á D. Lorenzo y Aguilar.) ¿Qué tenemos?

Yendo hacia ellos.

AGUILAR.

Nada entre dos platos.

VILLENA.

¿Cómo nada?

AGUILAR.

Figúrense ustedes (Bajando al proscenio con Villena y don Lorenzo.) que empezamos por encontrarnos en la escalera á la mujer de García, que estaba comprando tomates.

CABALLERO 1.º

Costumbres primitivas.

DON LORENZO.

¡Es una gentuza!

PAULINO.

¡Mire usted qué decoro para la esposa de un diputado!

DON LORENZO.

En el recibimiento tienen un Eccehomo de talla, con un farolillo encendido.

PAULINO.

Le conozco. Una escultura detestable. Un mamarracho.

CABALLERO 2.°

¡Qué cosa de tan mal gusto!

AGUILAR.

Esos santurrones se han empeñado en buscarle tres pies al gato.

VILLENA.

Pero ¿qué ha dicho García, qué ha dicho?

AGUILAR.

Cuando el pobre supo el objeto de nuestra visita, se puso amarillo, verde, colorado.....

DON LORENZO.

En su cara hemos visto todos los colores del arco iris.

AGUILAR.

Luego nos pidió por Dios y por todos los santos que hablásemos quedo, para que su mujer y su hijo no se enterasen.

DON LORENZO.

¿Si le darán azotes entre los dos?

VILLENA.

Pero, en fin, ¿acepta el desafío?

AGUILAR.

¡Ca!, no, señor: no lo acepta.

VILLENA.

¿Conque no? ¡Villano!

PAULINO.

¡Era de esperar!

CABALLERO 1.°

¡Qué cobardía!

AGUILAR.

¡Qué indecencia!

DON LORENZO.

En vista de su negativa le exigimos una retractación formal, y tampoco á eso accede.

AGUILAR.

Jurando y perjurando que su cuñado es inocente, que usted es un calumniador y que no puede volverse atrás de lo dicho.

VILLENA.

Ya lo oyen ustedes, señores. Ese hombre quiere acabar con mi razón.

PAULINO.

Es preciso llevarle al duelo, aunque sea arrastrando.

TODOS.

Sí, sí.

VILLENA.

Pero ¿qué razón da para no batirse?

PAULINO.

Cualquier majadería.

VILLENA.

¿Qué razón da? Sepamos.

DON LORENZO.

Que si él muriese en el duelo, sería viuda su mujer y huérfano su hijo.

PAULINO.

Pues una razón de pie de banco.

CABALLERO 1.°

¡Magnífica perogrullada!

AGUILAR.

Pero añadió que aún tenía otro motivo más poderoso. ¡Y ahora entra lo bueno!

VILLENA.

¿Qué motivo?

PAULINO.

Á ver.

CABALLEROS.

¿Cuál, cuál?

AGUILAR.

Nos dijo muy serio..... No hay que tomarlo á broma.
¡Nos dijo muy serio que el quinto es no matar!

Con énfasis cómico.

TODOS, menos VILLENA.

Soltando ruidosas carcajadas.

¡Ja, ja, ja!

VILLENA.

Con ira, sentándose cerca del velador y empezando á escribir.

¡Oh, yo le obligaré á batirse, yo le obligaré!

PAULINO.

El quinto, ¿eh?

TODOS, menos VILLENA.

¡Ja, ja, ja!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho modestamente amueblado en casa de D. Fabián. Mesa de escribir á la izquierda. Un velador á la derecha. Puerta en el foro y otras laterales.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

Don Fabián, escribiendo en la mesa; Doña Candelaria, cosiendo cerca del velador. Al poco rato, D. Fabián deja de escribir y se queda meditabundo.

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué haces? ¿No escribes?

DON FABIÁN.

Volviendo á escribir.

Sí, mujer, sí.

DOÑA CANDELARIA.

Como dijiste ayer que ese alegato corría mucha prisa.

DON FABIÁN.

Sí; con efecto.

DOÑA CANDELARIA.

¿Tienes algo? Me parece que estás distraído.

DON FABIÁN.

¿Yo, hija mía? No. ¿Qué quieres que tenga?

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué sé yo? Algún disgusto.

DON FABIÁN.

¡Ca! Nada de eso. (Haciendo esfuerzos por aparentar alegría.) Al contrario, estoy muy alegre.

DOÑA CANDELARIA.

¡Bah, bah! ¡Si querrás tú comulgarme á mí con ruedas de molino! ¡Bueno fuera que, al cabo de veintisiete años de matrimonio, no supiese una adivinar los pensamientos de su marido! ¡Cómo cambian los tiempos, señor don Fabián! Antes no podía usted ocultarme nada; pero desde que hemos venido á este pícaro Madrid se me va usted haciendo reservadillo. Ya se ve: ¡lo malo se pega con tanta facilidad!

DON FABIÁN.

Pero si te digo que no tengo nada.

DOÑA CANDELARIA.

Afortunadamente aún no has aprendido á disimular. (Levantándose y acercándose á D. Fabián con inquietud.) ¿Será que no te sientes bueno?

DON FABIÁN.

Á Dios gracias, gozo de completa salud.

DOÑA CANDELARIA.

Tocándole la frente y las manos.

Á ver, á ver.

DON FABIÁN.

Si estuviese malo, ¿no lo diría yo?

DOÑA CANDELARIA.

No, señor; no lo diría usted. Y en esto siempre has sido lo mismo. Hasta que el mal te rinde, nunca das tu brazo á torcer; y aun estando á la muerte, como sucedió el año pasado, ni por casualidad abres el pico para quejarte. Bien parece que las personas sean sufridas, pero tanto se peca por carta de más como por carta de menos.

DON FABIÁN.

Pues mira, Candelaria; si yo soy así, de ti lo he aprendido.

DOÑA CANDELARIA.

¡Jesús, qué embuste! ¿Hay mujer en el mundo más quejumbrosa que yo?

DON FABIÁN.

Sí; publicas los males pequeños y callas los grandes.

DOÑA CANDELARIA.

Déjame en paz. (Volviendo á sentarse y tomando la labor.) En fin, lo principal es que no estés malo. En el disgusto que te aflige bien quisiera tener alguna participación; pero cuando tú me lo ocultas, sus razones habrá para ello.

DON FABIÁN.

En poniéndosele á una mujer alguna cosa entre ceja y ceja.....

DOÑA CANDELARIA.

Casi siempre tiene razón. En querer engañarme, en eso es en lo que no haces bien. No se hable más del asunto.

DON FABIÁN.

(¡Qué penoso es fingir!)

Pausa.

DOÑA CANDELARIA.

¿No se ha dicho estos días que el Gobierno piensa disolver las Cortes?

DON FABIÁN.

Se ha dicho, pero todavía nada hay resuelto.

DOÑA CANDELARIA.

¡Ay, ojalá que las disuelva pronto! No veo el instante de echar á correr. Y ya sabes que me has ofrecido no volver á ser diputado.

DON FABIÁN.

Te lo he ofrecido, y te lo cumpliré. Una y no más, señor San Blas.

DOÑA CANDELARIA.

Ya es viejo Pedro para cabrero. Estaba una hecha á vivir en paz octaviana, y aquí hasta los dedos se me antojan huéspedes. No ceso de temblar por ti y por Miguel. Por Miguel sobre todo, que, como muchacho, corre peligro de perderse con las malas compañías y los malos ejemplos. Hoy apenas le he visto. ¿Qué hará tanto tiempo encerrado en su cuarto? (Tira del cordón de la campanilla.) Es gran lástima haber criado con esmero una flor en cerrada estufa, y luego verla expuesta al soplo de vientos desencadenados. ¡Bernabé! ¡Bernabé! (Gritando y tirando otra vez del cordón de la campanilla.) Miguel es muy bueno—¡bendito Dios!—pero ¿cómo podrá resistir el contagio de la epidemia que hay en este Madrid? ¿Conservará ileso el pobre su corazón, en medio de esa juventud alborotada y descreída, en quien se gasta el alma antes que el cuerpo haya acabado de crecer? Nada, mi señor don Fabián:

Belchite, Belchite quiero:
La corte no es para mí.

Pero ¿se habrá vuelto sordo este hombre? (Tira otra vez del cordón de la campanilla.)

ESCENA II.

DICHOS y BERNABÉ.

Entra por la puerta del foro.

DOÑA CANDELARIA.

¿Dónde está usted metido?

BERNABÉ.

Estaba..... ahí....., en la escalera.

DOÑA CANDELARIA.

Y ¿qué hacía usted en la escalera?

BERNABÉ.

¡Toma!..... Me llamó el muchacho del cuarto principal.

DOÑA CANDELARIA.

¿Para qué?

BERNABÉ.

Para hablar de política.

DON FABIÁN.

(¿Se habrán enterado?.....)

DOÑA CANDELARIA.

¿De política? ¿Usted hablar de política?

BERNABÉ.

Sí, señora; también yo tengo mi opinión, y.....

DOÑA CANDELARIA.

No me venga usted á mí con solfas. Ya sabe usted que no quiero tertulias en la escalera.

BERNABÉ.

¿Qué hay en eso de malo?

DOÑA CANDELARIA.

Pocas palabras.

BERNABÉ.

Pues ¿para qué quiere uno la lengua?

DON FABIÁN.

¡Insolente!

DOÑA CANDELARIA.

Aparte á su marido.

Déjale tú.

BERNABÉ.

Mirando á D. Fabián.

(No sé cómo no se muere de vergüenza.)

DOÑA CANDELARIA.

Nunca le había notado á usted la gracia de ser respondón.

BERNABÉ.

Á veces.....

DOÑA CANDELARIA.

(También á éste le pasa algo.) ¿Dónde está el señorito?

BERNABÉ.

En su cuarto.

DOÑA CANDELARIA.

Dígale usted que venga aquí.

BERNABÉ.

(¡Tener yo un amo tan santurrón y tan gallina! ¡Yo, que soy más liberal y más valiente que Garibaldi!)

Vase por la puerta de la izquierda de segundo término.

ESCENA III.

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

DON FABIÁN.

Despide inmediatamente á ese criado.

DOÑA CANDELARIA.

¿Por qué? Su falta no merece tan severo castigo. Se conoce que también para él ha soplado hoy mal aire. Le echaré una buena peluca, y tal vez se corrija.

DON FABIÁN.

(Por más que haga, no podré impedir que lo sepa.)

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué rezas entre dientes?

DON FABIÁN.

¿Eh?

DOÑA CANDELARIA.

Ni siquiera me oyes, Fabián. ¡Vaya si estás distraído!

ESCENA IV.

DICHOS y MIGUEL.

Entra por la puerta de la izquierda de segundo término.

MIGUEL.

¿Qué quiere usted, madre?

DOÑA CANDELARIA.

Quería que salieses de tu huronera y te vinieses aquí con nosotros. ¿Qué hacías en tu cuarto?

MIGUEL.

Estaba..... estaba leyendo.

DOÑA CANDELARIA.

Cosa muy triste sería, porque traes una cara.....

MIGUEL.

No....., sino que..... (¡Oh, mi padre!)

Viéndole.

DON FABIÁN.

(¿Sabrá también él?.....)

DOÑA CANDELARIA.

Pues, señor, esto ya va picando en historia.

MIGUEL.

¿Por qué lo dice usted?

Reprimiéndose y disimulando.

DOÑA CANDELARIA.

Porque hoy todo el mundo ha pisado mala hierba.

MIGUEL.

No; lo que es yo.....

DON FABIÁN.

No, ni yo tampoco; sino que tu madre se empeña en que todos tenemos hoy algo que ocultar.

MIGUEL.

¡Qué aprensión!

DOÑA CANDELARIA.

Un marido puede tener secretos para su mujer: un hijo no debe tenerlos para su madre. Callando tú, estás en tu derecho. Si tú callases, faltarías á tu deber. Habla, ¿qué te sucede?

MIGUEL.

No me sucede nada: ya se lo he dicho á usted.

DOÑA CANDELARIA.

Con gravedad.

Fabián, haz que tu hijo obedezca á su madre.

DON FABIÁN.

¿Y si no hubiese tal desobediencia?..... ¿Si el chico nada tuviera que decir?.....

DOÑA CANDELARIA.

¡Ah! (Creyendo adivinar lo que ocurre y observando á D. Fabián y Miguel, que permanecen callados y sin mirarse el uno al otro.) ¿Has hecho algo malo? (A Miguel.) ¿Lo sabe tu padre, y entre los dos queréis ocultármelo á mí? ¿Qué ha hecho?

A D. Fabián.

DON FABIÁN.

¿Él?..... Nada..... Miguel es incapaz.....

DOÑA CANDELARIA.

Ha contraído malas amistades. Y sobre todo la de ese Paulinito Villena, que es una buena alhaja. Vamos á ver: ¿qué has hecho? Confiésame tu falta, hijo, confiésamela.

Con dulzura.

MIGUEL.

Pero si yo..... Padre le dirá á usted.....

DOÑA CANDELARIA.

(Ni se atreve á mirarle.) Miguel, anda y besa la mano á tu padre.

MIGUEL.

¡Oh, sí, señora!

Miguel se acerca á su padre y le besa la diestra. Don Fabián le coge la cabeza con ambas manos, y al besarle en la frente con mucha ternura, se le saltan las lágrimas.

DOÑA CANDELARIA.

Fabián, se te han saltado las lágrimas. ¿Qué es esto?

DON FABIÁN.

¿Qué ha de ser? Que recelando del muchacho, á él y á mí nos afliges.

DOÑA CANDELARIA.

(¡No sé qué pensar!)

ESCENA V.

DICHOS y D. DÁMASO.

DON DÁMASO.

En la puerta del foro.

(¡Que siempre ha de estar esta mujer al lado de su marido!) ¿Se puede?.....

DOÑA CANDELARIA.

Adelante, don Dámaso. ¿Va bien?

DON DÁMASO.

Grandemente. ¿Y ustedes?

DOÑA CANDELARIA.

Mejor que queremos. Siéntese usted.

DON DÁMASO.

Gracias.

Siéntanse los cuatro.

DOÑA CANDELARIA.

Cuéntenos usted algo, don Dámaso. ¿Qué hay por esos mundos de Dios?

DON DÁMASO.

Por esos mundos de Dios hay muchos demonios.

DOÑA CANDELARIA.

Mire usted que la gente, de algún tiempo á esta parte, anda desatinada.

DON DÁMASO.

Efectos de la primavera.

DOÑA CANDELARIA.

Robos, asesinatos, desafíos..... ¿Se sabe cómo está ese joven que se batió días pasados?

DON DÁMASO.

Creo que sigue bastante mal.

DOÑA CANDELARIA.

¡Pobrecillo! ¿Y tiene madre?

DON DÁMASO.

Sí, señora.

DOÑA CANDELARIA.

¡Pobre madre! Mentira parece que los hombres olviden hasta ese punto lo que se deben á sí mismos, lo que deben á sus semejantes y á Dios.

DON DÁMASO.

Yo lo deploro como usted, pero sin dejar de conocer que el duelo es un mal irremediable, con el cual se eviten acaso otros mayores.

DOÑA CANDELARIA.

Usted siempre el mismo, don Dámaso: siempre con su término medio y su según y conforme, dando á Dios una mano y la otra al demonio.

DON DÁMASO.

Crea usted, señora, que á veces es imposible evitar un lance de honor.

DOÑA CANDELARIA.

Nunca es imposible obrar bien.

DON FABIÁN.

(¡Por mí lo dice!)

MIGUEL.

(¡Lo dice por mi padre!)

DON DÁMASO.

¿Y el honor, amiga mía, y el honor?

DOÑA CANDELARIA.

¿Y qué es honor, amigo mío, qué es honor? No está en lo posible calcular los males que se originan de una sola palabra si llega á ponerse de moda con torcida significación. En nombre del honor mata el amigo á su amigo, el marido á su mujer, la madre á su hijo; en nombre del honor se quita el hombre á sí mismo la vida; no hay crimen que en su nombre no pueda cometerse. Pues dígole á usted que si esto fuera el honor habría que mandarle á paseo.

DON DÁMASO.

Entendámonos. Si un hombre recibe una injuria, ¿debe tolerarla y resignarse á quedar afrentado? ¿Verdad que no, Fabián?

DON FABIÁN.

Yo..... Casos puede haber.....

DOÑA CANDELARIA.

Calla y no digas un desatino. Entendámonos. Lo

que afrenta no es recibir una injuria, sino recibirla mereciéndola. De lo contrario, estaría al arbitrio de cualquier tunante deshonrar á los hombres de bien.

MIGUEL.

Y ¿qué hará el que, sin merecerlo, sea gravemente ofendido?

DOÑA CANDELARIA.

Perdonar, hijo, perdonar.

DON DÁMASO.

Eso se dice fácilmente.

DON FABIÁN.

Con dificultad se ejecutan las cosas buenas; las malas son las que, por lo regular, cuestan poco trabajo.

DOÑA CANDELARIA.

¡Así me gusta!

DON DÁMASO.

Pero, señor, no siempre se puede perdonar.

DOÑA CANDELARIA.

Tribunales hay en el mundo.

DON DÁMASO.

¡Quite usted allá! Para reparar una afrenta sólo aprovecha, entre caballeros, la justicia que cada cual se toma por su mano.

DOÑA CANDELARIA.

De modo que los tigres deben ser caballeros á carta cabal. Y ¿quiere usted decirme de qué aprovecha esa justicia?

DON DÁMASO.

Señora, un duelo no da la razón al que no la tenga; pero al que la tiene.....

DOÑA CANDELARIA.

Se la quita. El duelo—créalo usted—es un juego

de azar; el peor de todos, porque peor es jugarse la vida que jugarse el dinero: es crimen abominable y absurdo, ridículo, todo en una pieza. Caso práctico, señor don Dámaso. Cuando, años atrás, le dieron á usted un bofetón.....

DON DÁMASO.

¡Un bofetón á mí! No, señora. Está usted trascordadá. No fué bofetón.

DOÑA CANDELARIA.

Pues ¿qué fué?

DON DÁMASO.

Un puñetazo.

DOÑA CANDELARIA.

Y ¿no es lo mismo?

DON DÁMASO.

¡Qué ha de ser lo mismo! Un bofetón..... es un bofetón, y un puñetazo.....

DOÑA CANDELARIA.

Un puñetazo. Olvidaba que, con arreglo á las sublimes leyes del honor, afrenta más una mano abierta que una mano cerrada. Pero, en fin, cuando aquel bárbaro, si no con la palma, con el puño, le deshizo á usted las narices, ¿quedó usted rehabilitado porque después, á mayor abundamiento, le desorejase de un sablazo?

DON DÁMASO.

Mucho que sí.

DOÑA CANDELARIA.

¿Conque el duelo es un sistema homeopático, donde por aquello de *similia similibus*, un trastazo se cura con otro?

DON DÁMASO.

Lo que hay, señora, es que las injurias se lavan con sangre.

DOÑA CANDELARIA.

Lo de siempre. Á falta de una buena razón, una frase magnífica. ¡Lavar con sangre! ¡Bueno está el lavatorio! Mire usted, santo varón, que la sangre no lava; que lo que hace es manchar, y que mancha de sangre difícilmente se borra.

DON FABIÁN.

(¡Ay, es verdad!)

DOÑA CANDELARIA.

¡Cuidado que en poniéndose los hombres á disparatar!..... «Caballero (dice un caballero á otro caballero), usted me ha ofendido y necesito una reparación»; y el caballero retado responde caballerosamente al caballero retador: «Estoy pronto á dársela á usted»; y ¡zas! lo que le da es una estocada ó un tiro, y ya queda todo arreglado. Si los pollinos discurriesen, ¿discurrirían de otra manera? El sentido común ve más claro en este particular. ¿Va un hombre á batirse ofendido y vuelve apaleado? Pues trae la misma ofensa que llevó, y un trastazo por añadidura. Y vencido ó vencedor, sobre la injuria trae un delito. El que sólo era desgraciado es ya desgraciado y delincuente, y una desgracia no se remedia con un crimen.

DON FABIÁN.

(¡Hice lo que debía!)

MIGUEL.

(¡Sí; mi madre tiene razón!)

DON DÁMASO.

Y ¿prefiere usted, por ventura, que en vez de pelear se asesinen los hombres?

DOÑA CANDELARIA.

Prefiero que no se maten de ninguna manera.

DON DÁMASO.

¡Ya!..... Pero creo que entre un duelo y un asesinato hay gran diferencia.

DOÑA CANDELARIA.

En el resultado, ninguna. Y aun se me figura á mí que el duelista que riñe con ventaja no tiene poco de asesino.

DON DÁMASO.

Hombre, dile á tu mujer que desde que el mundo es mundo se ha batido la gente.

DOÑA CANDELARIA.

También ha robado. Sostenga usted que es bueno robar.

DON DÁMASO.

Los hombres de bien no roban y se baten.

DOÑA CANDELARIA.

Alguna vez por obcecación ó debilidad. Pero repare usted en esos que hacen profesión de matones, y verá que para llegar á ser buenos duelistas han empezado por ser grandísimos tunos, y que si buscan el honor provocando á la gente, y dando ó recibiendo estocadas, es porque de otro modo no le pueden hallar.

DON DÁMASO.

¡Pues no me convenzo! La cobardía es el mayor pecado que se puede cometer en el mundo.

DOÑA CANDELARIA.

Pues convénzase usted: porque pelear á la fuerza,

por miedo del qué dirán, eso es cobardía; y atreverse á no reñir, aun á riesgo de parecer cobarde, eso es valor.

MIGUEL.

Don Dámaso, no hay cobarde que no sea capaz de batirse. Con miedo se acepta un desafío; para lo que se necesita valor es para rechazarle.

DON FABIÁN.

Dámaso, el que se bate lucha con un hombre solo; el que no se quiere batir, lucha con la sociedad entera y la vence.

DON DÁMASO.

¡Todos contra mí! Pase que una mujer diga ciertas cosas, pero ¡que tú las digas también....., tú! Ya sabes que hoy sin falta he de hablarte de aquel negocio.

Como tomando una resolución, levantándose y acercándose á él.

DOÑA CANDELARIA.

¡Hola! Secretitos tenemos.

DON DÁMASO.

¡Ca!, no señora; sino que por no fastidiar á usted tratando de negocios.....

DOÑA CANDELARIA.

No ignora usted que yo las cazo al vuelo. Vente, Miguel.

DON DÁMASO.

(Lo que es ahora.....)

DOÑA CANDELARIA.

¡Ah! (Deteniéndose ya cerca de la puerta de la izquierda, como asaltada de una idea repentina.) Fabián, ¿has recibido noticias de Diego?

Volviendo rápidamente al proscenio.

DON FABIÁN.

¿De tu hermano? Ninguna.

DOÑA CANDELARIA.

Dime la verdad. ¿Está malo? ¿Le ha sucedido alguna desgracia? ¿Ha tenido algún desafío?

DON FABIÁN.

¿Un desafío?

Don Fabián, D. Dámaso y Miguel se estremecen.

DOÑA CANDELARIA.

Sí, porque como él es tan pendenciero..... Tu tristeza, la de Miguel, esta conversación, el empeño de don Dámaso en disculpar á los duelistas..... ¿Se ha batido? Dímelo, por Dios.

DON FABIÁN.

Puedo asegurarte que nada sé.

DOÑA CANDELARIA.

¿De veras?

DON FABIÁN.

De veras.

DOÑA CANDELARIA.

A Miguel.

Y tú, ¿sabes algo?

MIGUEL.

Nada, madre.

DOÑA CANDELARIA.

¿Y usted?

DON DÁMASO.

Tampoco.

DOÑA CANDELARIA.

¡Ojalá que me engañe! Cualquiera otra desgracia me parecería menor.

DON FABIÁN.

(¡Dice bien!)

DOÑA CANDELARIA.

Pero lo cierto es que ustedes me ocultan algo, y

hasta que sepa de Diego no podré estar tranquila.

MIGUEL.

No se mortifique usted con vanas aprensiones.

DOÑA CANDELARIA.

A Miguel.

Vamos á ponerle un parte telegráfico.

DON FABIÁN.

Haz lo que quieras.

DON DÁMASO.

Bien pensado. ¿Á qué se ha de quedar usted con esa zozobra? (Así nos la quitaremos de encima.)

DOÑA CANDELARIA.

¿Vamos, hijo?

MIGUEL.

Sí, madre: vamos adonde usted quiera.

ESCENA VI.

DICHOS, MEDINA y BERNABÉ.

Aquél con una caja de pistolas debajo del brazo, y éste con una maleta.

BERNABÉ.

Dentro.

Aguarde usted á que pase recado.

MEDINA.

¡Eh, quita!

DOÑA CANDELARIA.

Esa voz.....

MEDINA.

Yo soy de casa.

Entrando por la puerta del foro seguido de Bernabé.

DOÑA CANDELARIA.

Corriendo á abrazarle.

¡Diego!

MIGUEL.

(¡Mi tío!)

DON FABIÁN.

(¡Él aquí!)

MEDINA.

Déjame soltar este chisme. Cuidado, que son pistolas y están cargadas.

Poniendo la caja de las pistolas encima de la mesa.

DOÑA CANDELARIA.

¡Que no hayas tú de dar un paso sin las dichosas pistolitas!

MEDINA.

¡Hola, buena alhaja! ¿No abraza usted á su tío?

MIGUEL.

Con mil amores.

Abrazando á Medina.

MEDINA.

¡Oh, que está aquí don Dámaso!

Dándole la mano.

DON DÁMASO.

Bien venido.

MEDINA.

¡Fabián! No te había visto. Gracias, Fabián, gracias. Eres todo un hombre. Siento que te hayas metido en eso, pero tu noble proceder.....

Don Fabián le hace señas, que él no repara.

DON DÁMASO.

Interrumpiendo deliberadamente á Medina.

Y ¿cómo es que le tenemos á usted por aquí?

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué decías á Fabián?

MEDINA.

(¡Ah, sí! Ésta ignorará.....)

DOÑA CANDELARIA.

¿No oyes?

MEDINA.

Sí. Le decía..... ¿Creerás que ya no recuerdo qué iba á decirle?

DOÑA CANDELARIA.

(Tampoco éste quiere hablar.)

MEDINA.

Pues he venido (Dirigiéndose á D. Dámaso.) porque el Gobierno me ha mandado venir.

DOÑA CANDELARIA.

Decías á Fabián que sentías que se hubiese metido en no sé qué cosa, pero que su noble proceder.....

DON DÁMASO.

¡Y á qué buen tiempo ha venido usted! Esta señora estaba empeñada en que le había sucedido á usted algo.

MEDINA.

Mi hermana siempre ha sido muy visionaria.

DON FABIÁN.

Mira, mujer: Diego querrá lavarse un poco.

DOÑA CANDELARIA.

A Bernabé.

Ven conmigo. Síganos usted.

MEDINA.

Bajo á D. Fabián.

(Luego hablaremos.)

DON DÁMASO.

Bajo á Miguel.

(Déjanos tú también.)

DOÑA CANDELARIA.

Observándolos á todos.

(¿Qué será?)

Vanse por la puerta de la izquierda de primer término.

ESCENA VII.

DON FABIÁN y D. DÁMASO.

DON DÁMASO.

¡Gracias á Dios que nos vemos solos! ¿Qué piensas hacer?

DON FABIÁN.

Lo que únicamente puedo: tener paciencia.

DON DÁMASO.

¿Conque es verdad? ¿Conque te empeñas en no batirte?

DON FABIÁN.

Sí. Ya lo has debido comprender.

DON DÁMASO.

Oye, Fabián. Mi primer cuidado fué ver si lograba templar la cólera de Villena y arreglar pacíficamente este negocio. ¡Vana diligencia! Y en el punto á que han llegado las cosas, no creo que haya términos hábiles para evitar el desafío.

DON FABIÁN.

¿Eso me dices tú, Dámaso, tú que eres mi amigo?

DON DÁMASO.

Porque soy tu amigo te advierto que para vivir en sociedad no hay más remedio que someterse á la ley de las mayorías, aunque éstas se compongan de tontos ó malvados, como puede muy bien suceder. Recuerda los insultos que Villena te ha dirigido; recuerda en qué ocasión y con qué circunstancias; considera que te ha desafiado, que te volverá á desafiar, y que al fin y al cabo tendrás que hacer por fuerza lo que no quieres hacer voluntariamente. Pues, hombre, pecho al agua; vuelve por tu honra ofendida, y no se

diga de ti que eres un Juan Lanas, que se deja sopetear. Un duelo no es cosa tan grave como parece á primera vista. Aquí me tienes á mí, que me he batido muy bien, según dicen, y puedes creer, sin temor de equivocarte, que el Cid fué algo más valiente que yo. Te confesaré en confianza que cuando aquel maldito lance pensé muy formalmente morirme de miedo. Y ¿qué sucedió? Que salí al campo, y una vez allí, hice lo que cada hijo de vecino hubiera hecho en mi lugar. Tenía por seguro perder la vida en el combate, y no perdí más que la miseria de media oreja; saliendo en realidad ganancioso, porque ¿quién no da media oreja por adquirir fama de valiente? Ahora—ya lo ves—paso por hombre terrible, nadie se atreve á jugar conmigo; y si, por acaso, algún temerario se me desmanda, puedo perdonarle la vida, dándome tono de padre grave, escupiendo por el colmillo y diciendo que tengo hechas mis pruebas. ¡Si vieses qué gran comodidad es esto de tener uno hechas sus pruebas! ¡Conque ánimo, Fabián! Baladrones insolentes como Villena son los adversarios menos temibles. En tres de sus cinco desafíos ha salido ese Fierabrás con las manos en la cabeza. Procura tú que salga ahora sin cabeza á que poder llevarse las manos.

DON FABIÁN.

Pero ¿acaso imaginas que si no riño con él es por miedo ó por falta de voluntad? No, Dámaso: mi gusto sería matar á ese hombre. Me siento capaz de beber su sangre. ¡He cambiado tanto en algunas horas! Con mil afanes y muy poco á poco se sube la cuesta de la virtud; y luego, de pronto la baja uno despeñado: años y años lucha uno denodadamente con las malas

pasiones; y cuando piensa que para siempre las tiene ya vencidas, á un solo choque revuélvense y levántanse amotinadas las heces del corazón, y todo lo enturbian y envenenan. ¡Ay, Dámaso, qué horrible desengaño es éste! Poco ha me consideraba yo dichoso: á todo el mundo amaba: á los buenos porque eran buenos, y á los malos porque eran malos, y me daban compasión: ni á una hormiga hubiera querido causar daño. Ahora sólo se ofrecen á mi imaginación escenas de sangre, de muerte y exterminio; ahora busco en mí un poco de humildad, un poco de resignación, y únicamente hallo vanidad, ira, soberbia, odio, deseo de venganza; ahora no concibo que el hombre pueda sentir más que un placer, uno sólo: el placer de vengarse. Pienso en mi mujer y mi hijo, y viendo en ellos un obstáculo á la satisfacción de mi deseo, quisiera poder odiarlos, quisiera que me aborreciesen. Pienso en Dios, y mi razón pone asechanzas á mi fe, y siento agitárseme el alma en espíritu de rebeldía. Resistir á la tentación de lidiar con mi enemigo; eso es lo que me cuesta mucho trabajo. Lidiar con él; eso sería lo cómodo y fácil para mí. ¿Voluntad? No la tengo para otra cosa. ¿Valor? Si todo el mundo defendiese á Villena, con todo el mundo me atrevería. Pero ¡mi hijo, que es tan bueno.....; mi mujer, que tanto me quiere.....; mi Dios, que me crió y padeció por mí muerte de cruz!..... ¡Por eso no me bato....., por eso, por eso!

DON DÁMASO.

Siéntate y procura tranquilizarte. (*Haciendo que se siente.*) ¡Qué modo de tomar las cosas! Cierto es que ni como esposo, ni como padre, ni como cristiano deberías aceptar ese duelo. Claro está: no deberías aceptarle;

lo mismo pienso yo. Pero—¡qué diablos!—en el mundo no es posible llevar las cosas tan á punta de lanza. Míralo bien: si te empeñas en hacer oídos de mercader á una provocación semejante, ya puedes renunciar el cargo de diputado, y volverte á Zamora; bien que ni allí te librarías de la rechifla que te aguarda. Para mayor desgracia tuya, se te ha ocurrido ir á probar en esta ocasión que tienes talento. ¡Más te valiera tener el cólera morbo! ¡Ay de ti, Fabián! ¡Ay del hombre que cause envidia y no logre al mismo tiempo causar temor! Algunos verás respetados y enaltecidos á las nubes por el solo mérito de tener malas pulgas, y estar siempre dispuestos á romperse el bautismo con el prójimo. ¡No sabes tú qué negocio tan productivo es tener mal genio! Otros de condición blanda y apacible, son irremisiblemente por esto solo objeto de mofa y de desdén. Pues ¿qué te sucederá á ti, desdichado, á ti que vas á dar con tu conducta el mayor ejemplo de debilidad que dieron nunca los nacidos? Ya veo corrillos que para quitarte el pellejo se forman en paseos, tertulias, plazas y cafés; ya tengo en la mano viles caricaturas, representándote con figura de gallina; ya oigo tus alabanzas cantadas por la prensa periódica, por ese monstruo de innumerables lenguas que todo lo charla y en todas partes se hace oir. Hoy que á los inquisidores que torturaban el cuerpo han sucedido otros inquisidores que se gozan en torturar las almas; hoy que por tantos se ejerce á mansalva la tiranía en nombre de la libertad; hoy que la maledicencia es oficio asalariado y llave que abre todas las puertas, ¿qué mayor ganga que un hombre público inofensivo á quien se pueda tratar mal impunemente? No lo du-

des: caerán sobre ti los detractores con uñas y dientes afilados, seguros de poderte arañar y morder sin riesgo ninguno; caerán sobre ti los cobardes para echarla de guapos, y constantemente estarás en ridículo, y el día menos pensado reventarás de un sofocón.

DON FABIÁN.

Y ¿qué importa ser despreciado por hombres despreciables? ¿Qué importa ser aborrecido por hombres aborrecibles? No hay en esto motivo de pena, sino de alegría: no hay en esto mengua, sino honra.

DON DÁMASO.

Es que no sólo perderías la estimación de los bribones, sino también la de todas aquellas personas que, no por ceder á las preocupaciones sociales, dejan de ser honradas, y—¿qué quieres?—yo mismo.....

DON FABIÁN.

¡Tú! ¿Qué vas á decir?

ESCENA VIII.

DICHOS y BERNABÉ.

BERNABÉ.

Señor.

DON FABIÁN.

¿Qué hay?

BERNABÉ.

El criado del cuarto principal ha traído esta carta.

DON FABIÁN.

¿El criado del cuarto principal?

BERNABÉ.

Me parece que yo no hablo en francés.

DON FABIÁN.

¿Eh, qué es eso?

BERNABÉ.

Lo digo, porque como usted no me entiende.....

DON FABIÁN.

Quitándole la carta de la mano.

Traiga usted acá.

BERNABÉ.

(No, pues como me busque la lengua..... Á bien que ahora todos somos iguales.)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA IX.

DON FABIÁN y DON DÁMASO.

DON FABIÁN.

Después de haber abierto la carta.

¡Es de Villena!

DON DÁMASO.

No tiembles, hombre, no tiembles.

DON FABIÁN.

Tiemblo de ira.

DON DÁMASO.

Veamos qué dice.

DON FABIÁN.

«Es usted tan vil y cobarde.....» (Leyendo.) Vil y cobarde. ¿Oyes esto?

DON DÁMASO.

Adelante.

DON FABIÁN.

«Es usted tan vil y cobarde (Leyendo.), que no mere-

cía sino que yo le escupiese á la cara.» ¡Oh, qué villanía!

DON DÁMASO.

Cuando te digo que la cosa no tiene remedio.

DON FABIÁN.

«Pero en vano se niega usted á reñir conmigo. Este es mi segundo reto. Esperaré un cuarto de hora su respuesta. Si no la recibo en ese tiempo, iré yo en persona á pedírsela á usted. Confío en que no dará usted lugar á semejante escándalo, bien que todo se puede temer de quien tiene tanto miedo y tan poca vergüenza.»

DON DÁMASO.

¡Es un demonio en figura humana!

DON FABIÁN.

¡Dios mío, que yo me vea tratado así! ¡Á mis años! ¡Un padre de familia!.....

Sentándose en una silla al lado del velador, y dejando caer al suelo la carta de Villena.

DON DÁMASO.

Pues ten por seguro que Villena hará pública esa carta. ¿Vacilarás aún?

DON FABIÁN.

¿Cómo he de vacilar? No hay paciencia que al fin no se acabe. (Levantándose.) Reñiré con ese villano.

DON DÁMASO.

¡Así hablan los hombres!

DON FABIÁN.

Y le mataré.

DON DÁMASO.

¡Amén! Necesitas dos padrinos. Claro está que yo soy uno de ellos, y para ganar tiempo corro en seguida á verme con los de Villena. Esta misma tarde

quedará arreglado el negocio, y mañanita con la fresca..... Adiós.

DON FABIÁN.

Oye..... aguarda.....

DON DÁMASO.

¿Para qué?..... Estas cosas cuanto menos se piensen.....

DON FABIÁN.

¡Morir en un desafío!..... ¡Morir el cuerpo y quedar condenada el alma tal vez á morir eternamente!.....

DON DÁMASO.

¿Volvemos á las andadas?

DON FABIÁN.

¿Se ha de buscar el remedio de un mal fugaz en un mal eterno? Por dar gusto al mundo, ¿ha de ser uno malo contra su voluntad? Por hacerse uno amigo de los hombres, ¿ha de hacerse enemigo de Dios?

DON DÁMASO.

Pero advierte.....

DON FABIÁN.

¿Y acaso ignoras que Villena tiene un hijo? Los dos somos padres. ¡Mentira parece que un padre quiera hacer huérfanos á los hijos de los demás!

DON DÁMASO.

En resumidas cuentas, ¿aceptas ó no el desafío?

DON FABIÁN.

Con firmeza.

No.

DON DÁMASO.

¿No?

DON FABIÁN.

No.

DON DÁMASO.

Haz lo que gustes. Pero ya que te empeñas en ir contra la corriente del mundo, no culpes á quien no quiera ser compañero tuyo de viaje.

DON FABIÁN.

¡Tú eres cobarde, tú!

DON DÁMASO.

Á ti nada se te da de estar en ridículo: á mí no hay cosa que más me asuste.

DON FABIÁN.

¡Ten lástima de un infeliz!

DON DÁMASO.

Yo sé que no es miedo, sino virtud, lo que hace de ti una excepción del género humano: sé que para santo debe faltarte ya muy poco. Si fuera papa, desde luego te canonizaría. En secreto admiraré tu fortaleza: en público no podré aprobar tu conducta; estimándote en realidad, haré como que no te estimo.

DON FABIÁN.

En tono de triste reconvención.

¿Y así me lo dices?

DON DÁMASO.

No quiero dejar de ser leal contigo. Adiós. Instaba por tu bien. ¡Ojalá pudiera yo batirme por ti!

DON FABIÁN.

Muy afligido.

¡Dámaso! ¡Dámaso!

DON DÁMASO.

¡Qué pícaro mundo, verdad? Pero ¿qué remedio? Como no hay otro, en ése es preciso vivir.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA X.

DON FABIÁN, y luego MEDINA.

Don Fabián se arrodilla después de algunos instantes de silencio, durante los cuales habrá tenido fija la vista en el sitio por donde se ha ido don Dámaso.

DON FABIÁN.

¡Ea, Dios mío, envíame nueva y mayor mortificación! Eso me probará que te acuerdas de mí. ¡Ea, Dios mío, pon en mis hombros tu cruz! No me rendirá su peso. Tú me ayudarás á llevarla.

Medina sale con traje de calle por la puerta de la izquierda de primer término.

MEDINA.

¿Qué haces?

DON FABIÁN.

¡Eh! ¿Qué?..... Nada: recoger este papel que se me había caído.

Cogiendo del suelo la carta de Villena.

MEDINA.

En seguida tengo que ir al Ministerio. Aprovechemos estos instantes. Estás agitado. ¿Ocurre algo de nuevo? ¿Quién te escribe esa carta?

DON FABIÁN.

Villena.

MEDINA.

Villena. Á ver, trae. (Tomando la carta de manos de don Fabián.) «Es usted tan vil y cobarde.» (Leyendo. Don Fabián se estremece.) ¡Cómo! «Que no merecía sino que yo le escupiese á la cara.»

DON FABIÁN.

Lee bajo..... Que yo no lo oiga. (Medina continúa leyendo la carta con la vista.) (¡Otra vez los insultos hacen hervir mi sangre! ¿Es que no quieres oirme, Señor? ¡Qué día tan cruel y tan largo! ¡Si no se acaba nunca!)

MEDINA.

¿Villena te ha enviado este papel?

DON FABIÁN.

Sí.

MEDINA.

¿Habías desoído su primera provocación?

DON FABIÁN.

Sí.

MEDINA.

Pero ya—¿quién lo duda?—ya estarás resuelto á castigar á ese insolente.

DON FABIÁN.

Estoy resuelto á no batirme.

MEDINA.

¿Qué dices? ¿Deliras? Dios sabe que para siempre está grabado en mi corazón el favor que te debo. Dios sabe que, aun á costa de la mitad de mi existencia, hubiera querido evitar que te vieses en tal conflicto por causa mía. Pero ya en este negocio no cabe compostura. Fabián, si tienes sangre en las venas, ¿cómo es posible que dejes de hacer lo que haría en tu lugar el hombre más bajo y despreciable?

DON FABIÁN.

Creo no haberte pedido consejo.

MEDINA.

Yo te le daré aunque tú no le pidas. Harto siento verme obligado á esperar vez; pero ya que no hay otro remedio, ya que así lo reclama tu honra, que es

la de mi familia, riñe con él antes que yo, y ten por seguro que, si logra escapar ileso de tus manos, luego en las mías encontrará su merecido.

DON FABIÁN.

Diego, ese duelo no se verificará.

MEDINA.

Fabián, hay desgracias irremediables. En ciertos casos, el hombre bien nacido no puede acordarse más que de su honor. Considera que de tu mengua á todos nos alcanzaría alguna parte. ¿Quieres que tu esposa tenga que bajar avergonzada la vista delante de la gente que se ría de su marido?

DON FABIÁN.

¡Tú también!

MEDINA.

¿Quieres que tu hijo sea hijo de un cobarde y empiece á vivir entre los hombres con nota de infamia?

DON FABIÁN.

¡Me estás destrozando el corazón!

MEDINA.

¿Quieres que yo?..... Me aguarda el Ministro. No puedo detenerme. Volveré pronto. Piénsalo bien.

Vase por la puerta del foro.

ESCENA XI.

DON FABIÁN, y después MIGUEL.

DON FABIÁN.

¿Conque soy un infame de quien huirá la gente como de un leproso, por temor del contagio? Estoy

aturdido. (Sentándose.) No sé lo que me pasa. ¡Oh, qué trabajo cuesta ser hombre de bien!

Oculta el rostro entre las manos y llora. Miguel sale por la puerta de la izquierda de segundo término con un papel en la mano.

MIGUEL.

Está llorando. Aquélla debe ser la carta.

Por la de Villena, que estará encima del velador.

DON FABIÁN.

¡Ah! (Enjugándose las lágrimas precipitadamente) ¿Eres tú? Ven acá, hijo mío, ven con tu padre. Siéntate. (Miguel se sienta al lado de su padre.) ¡Qué me alegro de verte! Me quieres mucho, ¿verdad?

MIGUEL.

Sí, padre: mucho.

DON FABIÁN.

¡Oh, no sabes qué necesidad tan grande tengo ahora de que me quieras! Me parece que tu madre decía bien. Estás triste. ¿Qué penas puedes tú sentir, vida mía?

MIGUEL.

Padre..... deseo hablar con usted de una cosa muy importante, y no me atrevo.

DON FABIÁN.

¿Por qué? ¿Es eso lo que te aflige? Habla sin temor.

MIGUEL.

Si usted me da su permiso.....

DON FABIÁN.

Ya te he dicho que hables.

MIGUEL.

Pues me han contado que hoy en el Congreso.....

DON FABIÁN.

¡Ah! (¡Lo sabe!)

MIGUEL.

Usted y el señor Villena.....

DON FABIÁN.

Sí, con efecto: hemos tenido un disgustillo.

MIGUEL.

Sí, eso es..... Aunque dicen que él le ha dirigido á usted..... palabras algo duras....., verdaderos insultos....., insultos crueles.

DON FABIÁN.

No....., no tanto..... Se acaloró mucho....., y como es tan irascible..... Ya comprenderás que al insultarme sin razón, él es quien ha salido perdiendo.

MIGUEL.

Ciertamente..... Pero..... ya se ve....., el mundo piensa de un modo tan particular.....

DON FABIÁN.

(¡Temblando estoy!)

MIGUEL.

Y aseguran.....

DON FABIÁN.

¿Qué?

MIGUEL.

Que no contento con insultarle á usted, le ha desafiado.

DON FABIÁN.

Sí, me ha desafiado.

MIGUEL.

Y añaden que usted no ha querido aceptar el desafío.

DON FABIÁN.

Pues es verdad.

MIGUEL.

Bajando los ojos.

¡Ah!..... ¿Conque..... es verdad?

DON FABIÁN.

¿Lo sientes tú, Miguel?

MIGUEL.

¿Yo, padre? ¡Yo sentirlo!

DON FABIÁN.

(Dios me ampare: ¡lo siente!)

MIGUEL.

Al contrario: me alegro. ¿Cómo no he de alegrarme?

DON FABIÁN.

Ya ves: ¡arriesgar mi vida en un desafío!.....

MIGUEL.

¡Usted arriesgar su vida, usted que es tan bueno!

DON FABIÁN.

¡Y teniendo un hijo como tú!

MIGUEL.

¡Oh, no! Ha hecho usted bien.

DON FABIÁN.

¿Verdad que sí, hijo de mi alma? Tú lo apruebas, ¿eh? ¡Mi hijo lo aprueba!..... ¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios!

MIGUEL.

Sólo que esa carta que Villena le ha escrito á usted.....

DON FABIÁN.

¿Quién te lo ha dicho?

MIGUEL.

Su hijo me ha enviado una copia.

DON FABIÁN.

¡Qué iniquidad!

MIGUEL.

Dice que se toma interés por mí, y, á fuer de amigo, me aconseja que le hable á usted, que procure animarle..... ¡Como á él no se le da gran cuidado de que su padre se exponga á morir!..... ¡Aquí está ese papel, aquí está! (Enseñándole á D. Fabián el que trae en la mano.) ¡Que un hombre como Villena se atreva á denostar así á un hombre como usted! ¿Se ha enterado usted bien de esta carta? ¡Oh, padre, rómpale usted la mano con que la ha escrito!

DON FABIÁN.

¡Miguel!

MIGUEL.

No me haga usted caso..... ¡Estoy loco!

DON FABIÁN.

Antes decías.....

MIGUEL.

Sí, señor.....; pero ¡esa carta, esa carta!.....

DON FABIÁN.

¿Lloras, Miguel?

MIGUEL.

¡Es una infamia lo que ese hombre hace con usted! ¡Una infamia que nadie toleraría, nadie! ¿Cómo he de aconsejarle yo á usted que se bata; cómo he de querer yo que mi padre arriesgue su vida?..... Pero con tan horrible afrenta, ¿se puede vivir?

DON FABIÁN.

Vete, Miguel, vete: déjame solo.

MIGUEL.

Padre.....

DON FABIÁN.

Imperiosamente.

Vete en seguida.

Miguel se va por la puerta de la izquierda de segundo término.

ESCENA XII.

DON FABIÁN, y después BERNABÉ.

DON FABIÁN.

¡Ser despreciado por mi hijo! ¡No: eso no! ¡Mis fuerzas no alcanzan á tanto! ¿Qué hay? ¿Á qué viene usted aquí?

BERNABÉ.

Un caballero quiere ver á usted.

DON FABIÁN.

¿Quién es?

BERNABÉ.

Con sorna.

El vecino.

DON FABIÁN.

¿Qué vecino?

BERNABÉ.

El del cuarto principal.

DON FABIÁN.

¡Villena en mi casa! ¡Qué atrevimiento! ¡Me amenazó con venir, y ahí está! Que pase.

BERNABÉ.

(Parece que se emberrenchina.)

DON FABIÁN.

Vamos, avívese usted.

BERNABÉ.

No hay que gritar tanto, que no soy sordo.

DON FABIÁN.

Yendo hacia él con aire amenazador.

¡Deslenguado!

BERNABÉ.

Conmigo..... se atreverá usted á echar roncas.

DON FABIÁN.

¿Eh? ¿Qué quiere usted decir?

BERNABÉ.

Nada: yo me entiendo. (Parece que se emberrenchina.)

Vase por la puerta del foro.

ESCENA XIII.

D. FABIÁN, y después VILLENA.

DON FABIÁN.

¡También mis criados saben mi deshonra! ¡También ellos se consideran autorizados para faltarme al respeto! Calma, calma, que bien la necesito. Hele ahí.

VILLENA.

Vengo á preguntarle á usted si se ha propuesto que yo le asesine.

DON FABIÁN.

¿Cree usted que aún no me ha hecho bastante daño?

VILLENA.

¿Y usted cree que se puede ofender impunemente á un hombre como yo? Muy cómodo sería, en efecto, insultar á la gente, y luego negarse á darle satisfacción bajo el pretexto de que verter sangre es pecado. ¡Oh! Esta vez ha echado usted la cuenta sin la huéspeda. Á mí no se me pára con ridículos aspavientos de mentida religiosidad, y, sea como sea, he de tomar de usted sangrienta venganza.

DON FABIÁN.

No es cierto que yo le haya insultado á usted. Me

he limitado á defender á una persona de mi familia, acusada públicamente de venal, llamando calumnia á lo que no tiene otro nombre, que yo sepa. Y es singular que el malvado no tenga vergüenza al delinquir, y la tenga después al oir el nombre de su delito.

VILLENA.

Mire usted lo que dice.

DON FABIÁN.

Usted es el que me ha ofendido á mí, tanto como cabe en lo posible ofender á una criatura humana; con saña cruel, con bárbara insistencia. Usted es el que ha osado escribirme esta carta soez, esta carta infame, que aún está muy honrada debajo de mis pies.

La rompe, la tira y le pone un pie encima.

VILLENA.

Señor don Fabián, recuerde usted que estoy en su casa.

DON FABIÁN.

Pues qué, ¿eso es para olvidado? Su presencia de usted aquí á todo me autoriza.

VILLENA.

Natural es que usted ni siquiera haya comprendido la importancia de su falta. Usted, que nada vale ni significa, no puede apreciar justamente la delicadeza de los hombres que hemos llegado á conquistar puestos muy altos en el mundo. ¿Sabe usted bien quién soy yo?

DON FABIÁN.

Lo sé perfectamente. Es usted uno de esos audaces que por los méritos de intrigar á todas horas, de traficar villanamente con su conciencia, de enriquecerse

por arte de magia, adquieren el derecho de llamarse hombres importantes, y son vivo testimonio de lo que en el mundo pueden el descaro y la procacidad.

VILLENA.

Pero supongo que no me hablaría usted de tal manera si no hubiese perdido ya la esperanza de esquivar el riesgo que le intimida. Supongo que ésa es ya la desesperación del cobarde que se ve llevado por fuerza al campo del honor. Supongo que ha llegado el momento de que el hipócrita arroje la máscara de santidad con que en vano quiso ocultar su vergonzosa cobardía.

DON FABIÁN.

Mire usted: yo no quería batirme—ya sabe usted por qué—porque soy un necio, un mentecato, que cree muy formalmente llevar en sí un alma inmortal; que cree en la gloria y en el purgatorio y hasta en el infierno — ría usted cuanto quiera;—que cree en Dios, en una palabra, y aun tiene la poca aprensión de decirlo. Tales razones—claro está—no podían parecerle á usted satisfactorias. Esto de creer en el Dios del catecismo se queda bueno para la gente de cortos alcances, pusilánime y ruin; que ustedes, los hombres de voluntad propia y juicio independiente, saben hacerse á cada momento dioses á su gusto; dioses compatibles con esa dignidad humana, que consiste en rechazar con ira y desprecio el yugo de sagrado deber, y en aceptar humildemente el de ridículas ó viles preocupaciones.

VILLENA.

Pero usted ha logrado ya acallar el escrúpulo que le impedía batirse, ¿no es esto?

DON FABIÁN.

Para no batirme tengo todavía muchas razones. Usted abandona adrede á su hijo para que piense y obre como quiera: yo estoy consagrado á guiar al mío por el camino de la virtud; usted, muriendo, á nadie causaría sino aflicción muy pasajera: yo arrastraría conmigo al sepulcro á una mujer en quien durante veintisiete años sólo he visto amor, abnegación, piedad; usted, al día siguiente de haberme dado muerte, se iría á comer de fonda con sus amigos: yo, si le matara á usted, quedaría condenado á morirme de pena y de remordimiento; usted no vive más que para gozar los mezquinos bienes de tierra: yo vivo para merecer los bienes infinitos del cielo; usted no llevaría al combate más que la vida en que cree, la vida temporal, es decir, un instante de vida: yo llevaría una vida eterna. Pues dígame usted si un duelo entre los dos sería un duelo igual: dígame usted si se debe jugar una vida que vale tanto, contra una vida que vale tan poco.

VILLENA.

¡Señor don Fabián!

DON FABIÁN.

¿Por qué no se ha de admitir la desigualdad de las almas como la desigualdad de las clases? Si á usted le desafiase un mendigo, ¿no diría usted: yo no me bato con un mendigo? Pues ¿por qué, cuando un canalla desafía á un hombre de bien, no ha de poder decir el hombre de bien: yo no me bato con un canalla?

VILLENA.

Yendo hacia D. Fabián.

¡Oh!

DON FABIÁN.

¿Qué hace usted?

VILLENA.

Una palabra sola. ¿Quiere usted batirse? ¿Sí ó no?

DON FABIÁN.

Quiero matarle á usted.

VILLENA.

¡Ah, ya era tiempo!

DON FABIÁN.

Ya somos los dos igualmente infames.

VILLENA.

Esa vida eterna de que usted habla me parece poca para arrebatársela á usted. ¿Padrinos?

Acercándose mucho el uno al otro y en voz muy baja.

DON FABIÁN.

Don Dámaso y la persona que él designe.

VILLENA.

¿Cuándo?

DON FABIÁN.

Cuando usted quiera.

VILLENA.

¿Mañana?

DON FABIÁN.

Mañana.

VILLENA.

¿Armas?

DON FABIÁN.

Todas me son iguales.

VILLENA.

¿La pistola?

DON FABIÁN.

La pistola.

VILLENA.

Á ocho pasos.

DON FABIÁN.

Á seis.

VILLENA.

Y quede uno de los dos en el sitio.

DON FABIÁN.

Eso es.

VILLENA.

Hasta mañana.

Vase por la puerta del foro.

DON FABIÁN.

Hasta mañana. ¡Oh, mi mujer!

Viendo en el espejo que hay sobre una chimenea, colocada en primer término á la derecha, á D.ª Candelaria, que ha salido un momento antes por la puerta de la izquierda de primer término y se ha quedado apoyada en una de las colgaduras. Don Fabián inclina la cabeza y permanece vuelto de espaldas á su mujer. Ésta le mira atónita, sin atreverse á despegar los labios, hasta que, después de haber hecho para serenarse un violento esfuerzo sobre sí misma, se acerca á D. Fabián y le pone una mano en el hombro.

ESCENA XIV.

D. FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

DOÑA CANDELARIA.

Fabián, esta noche á las nueve sale una diligencia para Zamora. Vámonos.

DON FABIÁN.

¿Estás en tu juicio? ¿Por qué nos hemos de ir?

DOÑA CANDELARIA.

Al llegar á esa puerta he oído involuntariamente algunas palabras de lo que estabas hablando con el señor don Pedro Villena.....

DON FABIÁN.

Pues..... ya ves..... que no me puedo marchar.

DOÑA CANDELARIA.

Lo que veo es que no te puedes batir.

DON FABIÁN.

No hay otro remedio.

DOÑA CANDELARIA.

¿Tú batirte?

DON FABIÁN.

Sí.

DOÑA CANDELARIA.

¡Tú!

DON FABIÁN.

Sí.

DOÑA CANDELARIA.

Sin poderse contener y rompiendo á llorar.

¡Que sí me dices!

DON FABIÁN.

¡Sí!

DOÑA CANDELARIA.

Vamos, vamos, tranquilízate y hablemos con formalidad.

DON FABIÁN.

Candelaria, no me repliques; no quiero que me repliques, ¿lo oyes?

DOÑA CANDELARIA.

Bueno: serás obedecido.

DON FABIÁN.

Y reñiré con Villena porque tal es mi voluntad. Y tú no has de contradecirla. ¿No soy yo, acaso, dueño de mis acciones?

DOÑA CANDELARIA.

Pero ¿á qué te irritas? Nadie te contradice. Harás lo que gustes.

DON FABIÁN.

Poniéndose el sombrero.

En hora buena. Me voy. Tengo que ver á Dámaso.

DOÑA CANDELARIA.

Cubriéndose el rostro con las manos y llorando.

Anda con Dios.

DON FABIÁN.

¡Cuánto llora la pobre! (Deteniéndose cerca de la puerta del foro y contemplando á D.ª Candelaria.) ¿No me das un abrazo?

Volviendo á su lado.

DOÑA CANDELARIA.

Mil te daré, mil.

DON FABIÁN.

Abrazándola y llorando.

¡Candelaria!

DOÑA CANDELARIA.

Tiempo tienes para ver á Dámaso. ¿Por qué no procuras tranquilizarte un poco antes de salir á la calle? (Hace que se siente.) ¡Tú no sabes cómo estás! (Quitándole el sombrero, arreglándole el cabello con la mano y limpiándole con un pañuelo el sudor de la frente.) ¡Qué cosa tan horrible es la ira! Te dejé hace un instante, y ahora apenas te conozco.

DON FABIÁN.

¡Soy muy desgraciado!

DOÑA CANDELARIA.

Vamos, habla: ¿qué te ha pasado con el Sr. Villena?

DON FABIÁN.

Insultó en el Congreso á tu hermano, llamándole venal.

DOÑA CANDELARIA.

¿Y tú le defendiste? ¡Claro! ¡Bien hecho! Estando tú allí, ¿había de faltar un defensor á mi hermano?

DON FABIÁN.

Pues luego Villena descargó sobre mí su rabia, dirigiéndome toda clase de injurias; y me ha desafiado, y me llama vil, y cobarde, y osa venir á ofender á tu marido en tu misma casa. Ya ves si me sobra motivo para matarle.

DOÑA CANDELARIA.

Procurando sonreirse.

¡Matar! ¡Como si no hubiera más que matar! Estás diciendo disparates.

DON FABIÁN.

Te cansas en vano: todos tus esfuerzos serán inútiles. Yo he de reñir con él. Cuando un hombre nos ofende, no hay más remedio que matarle ó morir á sus manos.

DOÑA CANDELARIA.

Como imponiéndole silencio.

¡Chis!.....

DON FABIÁN.

¿Por qué?

DOÑA CANDELARIA.

Yendo á cerrar las puertas.

Si tu hijo te oyese..... ¡Qué lección para el pobre muchacho!

DON FABIÁN.

Levantándose y tomando el sombrero.

¡Mi hijo! No, no cierres. Adiós.

DOÑA CANDELARIA.

¿Adónde vas?

DON FABIÁN.

Pues ¿no lo sabes?

DOÑA CANDELARIA.

Fabián, ya has tenido tiempo de serenarte. Mira bien lo que quieres hacer.

DON FABIÁN.

Bien mirado lo tengo.

DOÑA CANDELARIA.

Fabián, tu vida no te pertenece: pertenece á tu mujer y á tu hijo; pertenece, sobre todo, á tu Dios.

DON FABIÁN.

¿Lo ignoro yo acaso? ¿Crees que no he luchado conmigo mismo, que no he resistido valerosamente á la tentación? Pero ¡dejar sin castigo á un villano, ser objeto de irrisión y ludibrio!.....

DOÑA CANDELARIA.

¿Para quién?

DON FABIÁN.

Para todo el mundo. Candelaria; tu hermano me desprecia.

DOÑA CANDELARIA.

¡Mi hermano! ¿Y qué?

DON FABIÁN.

Me desprecia Dámaso, un amigo de toda la vida.

DOÑA CANDELARIA.

¿Y qué?

DON FABIÁN.

Me falta al respeto mi criado.

DOÑA CANDELARIA.

¿Y qué?

DON FABIÁN.

Llorando.

¡Y hasta mi hijo se avergüenza de tenerme por padre!

DOÑA CANDELARIA.

¡Dios le perdone! ¿Y qué?

DON FABIÁN.

¿Qué me queda?

DOÑA CANDELARIA.

¿No soy yo nada para ti?

DON FABIÁN.

Abrazándola.

¡Tú sola, Candelaria mía, tú sola!

DOÑA CANDELARIA.

¡Y aunque yo también te faltase! Figúrate que á un lado está el mundo entero con todas sus alegrías y vanidades, y que al otro lado está solo Jesús con su corona de espinas y su cetro de caña. Á ver: elige. ¿Con quién te vas? ¿Con quién estarías más acompañado?

DON FABIÁN.

¡Oh!..... Apiádate de mí y no me quites el ánimo que necesito. ¡Si dicen que soy un vil! ¡Si dicen que soy un cobarde!

DOÑA CANDELARIA.

Y eso á ti, Fabián, ¿qué te importa? (*Haciendo que se vuelva á sentar.*) Estalló un día un voraz incendio en una casa. Todos sus habitantes la abandonaron: no quedaba en ella más que un pobre tullido que no había podido moverse. Multitud de gente presenciaba tan horrendo espectáculo, pero nadie osaba penetrar en aquel horno encendido. ¡La casa ardía cada vez más! Cuando de pronto, en medio del rebramar de las olas de fuego, se oyó clamar al tullido con voz que parecía sobrenatural: «¿No hay quien me favorezca, por la Virgen Santísima?» Un hombre, uno solo, haciendo la señal de la cruz, se lanzó con paso firme entre las llamas. Eras tú. La gente, al verlo, dió un alarido de asombro y terror. Luego todos callaron como difuntos: ¡ni respirar se oía! ¡Luego resonó otro grito de

júbilo! Habías vuelto á salir: el tullido estaba en tus brazos: tu cuerpo era todo una llaga. Te arrodillaste, y con infinita alegría diste gracias á Dios. Y te llaman cobarde, ¿eh? Pues, tonto, á esos héroes que te llaman cobarde cuéntales este cuento y enséñales tu cuerpo lleno de cicatrices.

DON FABIÁN.

No puedo, no debo seguir oyéndote. Me voy. Déjame.

DOÑA CANDELARIA.

Si tienes tiempo todavía..... ¡Es quizá tan poco el que me queda á mí de verte! Alguna vez se me ocurrió la idea de que tú podías morir antes que yo ¡Y al pensarlo me daba una pena tan grande! Y eso que siempre imaginé que morirías en tu cama, de enfermedad natural; que la religión te prestaría sus divinos auxilios; que tu hijo y yo te encomendaríamos el alma. Aun perdiéndote así te lloraría mucho. ¡Pues no te había de llorar! Pero ¡qué inefable consuelo, qué inmensa alegría, en medio de mi dolor, poderme decir: «Mi Fabián era un alma sin hiel; ha muerto como un santo; sin tropezar en ramas se habrá ido derechito á la gloria!» Y luego al procurar yo mi salvación, por amor de Dios y su santa Madre—¿á qué negarlo?—también hubiera pensado en la dicha de volver á reunirme contigo en el cielo.

DON FABIÁN.

¡Calla por piedad! Sin querer me estás mortificando. ¡Calla por las ánimas del purgatorio!

DOÑA CANDELARIA.

¡Qué distinta la suerte que me esperaba! ¡Horrible trance en que por fuerza se ha de salir perdiendo! ¡Acaso mañana te vea volver manchado con la san-

gre de ese infeliz, que no se acuerda de su Dios y que tal vez un día pudiera arrepentirse! ¡Acaso mañana!..... ¡Ay, Fabián de mi corazón, si te pierdo mañana, cómo te perderé! ¡Morir sin amparo, arrastrándose por el suelo!..... ¡Morir de un balazo en el momento de estar cometiendo un crimen horroroso!..... ¡Morir sin sacramentos....., quizá sin tener tiempo de dirigir al cielo una sola mirada....., quizá blasfemando! ¡Jesús! ¡La sangre se me cuaja y el cabello se me pone de punta!

DON FABIÁN.

Ya no es posible volverse atrás. Ya he dicho que sí. Ese hombre....., el mundo....., mi honor.....

DOÑA CANDELARIA.

Y mira: el cadáver de quien muere infringiendo las leyes de Dios no puede yacer junto al cadáver de quien muere adorándole. ¿Verdad?

DON FABIÁN.

Sí, verdad.

DOÑA CANDELARIA.

Yo tendría que decir: «Ese desdichado ha muerto en un desafío: ha muerto sin confesión.» ¿Verdad?

DON FABIÁN.

¡Sí, sí!

DOÑA CANDELARIA.

¡Pues ni ese consuelo nos quedaría! (Rompiendo en llanto con mucha aflicción y amargura.) Ni el consuelo de que cubriese tu cadáver tierra sagrada. ¿Qué pasará en el corazón de un hijo y una esposa cuando vea condenados á infame destierro los huesos del padre y el esposo? ¿Qué será no poder siquiera decirles: «¡Descansad en paz!»

DON FABIÁN.

¡Qué idea tan horrible!

DOÑA CANDELARIA.

Sí, muy horrible, pero ¿qué se le ha de hacer? Paciencia. Para tener honor no hay más remedio que deshonrarse con un crimen. Para que no le llamen á uno vil y cobarde, no hay más remedio que serlo. Pues anda, Fabián, anda; ya es hora: corre en busca de tus padrinos, y mañana, á fuer de buen caballero, mata sin piedad á ese hombre ó muere tú á sus manos.

DON FABIÁN.

Candelaria, esta noche á las nueve sale una diligencia para Zamora. Vámonos.

DOÑA CANDELARIA.

Cayendo á sus plantas y con viva efusión.

¡Fabián, bendito seas!

DON FABIÁN.

¡Bendita seas tú, que me salvas!

DOÑA CANDELARIA.

Yo quisiera quererte más que te quiero, y no sé cómo lo pueda hacer.

DON FABIÁN.

Queriendo levantarla.

Levanta.

DOÑA CANDELARIA.

Quieto, quieto. (Resistiéndose.) ¡Si vieras qué bien me encuentro así!

Breve pausa, durante la cual se contemplan el uno al otro con íntima ternura. Miguel sale por la puerta de la izquierda de segundo término.

ESCENA XV.

DICHOS y MIGUEL.

DOÑA CANDELARIA.

¡Ah! Ven, hijo, ven. (Levantándose, cogiendo de una mano á Miguel y trayéndole al lado de su padre.) Todo lo sé. Pide perdón á tu padre.

MIGUEL.

Á eso venía. ¿Qué le he dicho yo á usted antes? ¿Qué le he dado á entender? Un momento de ofuscación..... La ira que me trastornaba el juicio..... Cumpla uno con su deber, y ¿qué importa lo que diga la gente? ¿Respeto y amor quiere usted? Pues en el corazón de mi madre y el mío se encierran para usted tesoros inagotables de respeto y amor. ¡Ah, padre del alma! Quien vivió siempre como bueno, ¿ha de hacerse malo para morir?

DON FABIÁN.

Abrázame, hijo, abrázame.

MIGUEL.

Arrojándose en sus brazos. Don Fabián le abraza y le besa.

¡Padre! ¡Padre mío!

DOÑA CANDELARIA.

Ahí tienes qué poco se hace esperar la recompensa de las buenas acciones. Y para mí ¿no hay un abrazo?

MIGUEL.

Abrazándola.

¡Madre!

DOÑA CANDELARIA.

Sí..... sí..... bueno eres tú. Ya arreglaremos cuentas.

DON FABIÁN.

Voy yo mismo por los billetes. Mejor es que no se entere nadie.....

DOÑA CANDELARIA.

Sí, mucho mejor.

DON FABIÁN.

Tú ayudarás á tu madre á disponer lo que nos hayamos de llevar.

DOÑA CANDELARIA.

Únicamente lo más preciso. La Antonia se irá otro día con el equipaje.

MIGUEL.

¿Nos vamos?

DOÑA CANDELARIA.

Esta misma noche á Zamora.

MIGUEL.

Bien pensado.

DOÑA CANDELARIA.

Mentira me parecerá que salgo de este infierno.

DON FABIÁN.

Adiós.

DOÑA CANDELARIA.

Abrazándole y llorando.

Adiós, Fabián. La Virgen te lo pague.

MIGUEL.

Abrazándole también.

Éste es el mayor beneficio que debemos á usted.

DON FABIÁN.

¿Á qué viene ahora ese llanto?

DOÑA CANDELARIA.

Déjanos llorar, simple. Lloramos de alegría.

MIGUEL.

Vuelva usted pronto.

DOÑA CANDELARIA.

Muy pronto, ¿sí?

DON FABIÁN.

Vase por la puerta del foro.

Corriendo.

ESCENA XVI.

DOÑA CANDELARIA y MIGUEL.

DOÑA CANDELARIA.

¿Ves qué padre tienes, Miguel? Si tú eres malo, no sé que disculpa darás.

MIGUEL.

¡Oh, mi padre es el mejor de los hombres!

DOÑA CANDELARIA.

Con íntimo gozo.

Verdad que sí?

MIGUEL.

¡Es un santo!

DOÑA CANDELARIA.

Alábale, hijo, alábale, que cuanto digas será poco.

MIGUEL.

¡Y usted, madre, y usted!

DOÑA CANDELARIA.

Ea, ea, vamos á disponer esas cosillas, que el tiempo urge.

Vase por la puerta de la izquierda de primer término.

MIGUEL.

Yendo hacia la misma puerta.

¡Dios de mi corazón, qué madre te debo!

ESCENA XVII.

MIGUEL y PAULINO.

PAULINO.

Entra por la puerta del foro.

¡Chis!..... Miguel.

MIGUEL.

¡Paulino! ¡Tú aquí!

PAULINO.

Lindo modo de recibir á un amigo.

MIGUEL.

No esperaba tu visita.

PAULINO.

Arrellenándose en una butaca con el sombrero puesto y un puro encendido en la boca.

Porque nuestros padres estén mal, ¿hemos de reñir también nosotros? Los odios transmisibles de padres á hijos no son ya de esta época.

MIGUEL.

Tengo que hacer. Dime pronto qué quieres.

PAULINO.

Ya conocerás la novísima determinación de tu señor papá.

MIGUEL.

¿Qué determinación?

PAULINO.

En estas casas de vecindad no puede haber secreto de vecino á vecino. La murmuración fomenta la amistad, y murmurando de sus amos, los criados se hacen, por lo regular, muy amigos: algunos tienen el

feo vicio de escuchar detrás de las puertas, y desde un cuarto segundo á un cuarto principal vuela fácil y rápidamente una noticia como por telégrafo eléctrico. Á los dos minutos de haber decidido tu padre tomar esta noche las de Villadiego.....

MIGUEL.

(¡Oh!)

PAULINO.

Ya lo sabía mi criado Juan, y un minuto después ya lo sabía yo. Conque me ha parecido prudente verme contigo.

MIGUEL.

Y ¿para qué?

PAULINO.

Para hacerte comprender la obligación en que estás de impedir que tu padre huya vergonzosamente.

MIGUEL.

Huyendo se salva.

PAULINO.

Huyendo se envilece, se deshonra, se cubre de ignominia.

MIGUEL.

¡Paulino! Déjame: te lo ruego.

PAULINO.

Y ¿podrá huir aunque quiera? Ya había aceptado el desafío, y mi papá, que está ciego de ira, en cuanto sepa que se trata de jugar con él.....

MIGUEL.

¿No lo sabe aún?

PAULINO.

No estaba en casa cuando recibí la noticia; pero Juan ha ido en su busca para enterarle de lo que pasa.

MIGUEL.

Oye, Paulino. (Sentándose á su lado.) ¿Deseas tú acaso la muerte de quien te dió la vida? ¿No se te ha ocurrido la idea de que en ese duelo podías quedarte sin padre? El mío se va. ¿Qué más puede apetecer el tuyo? Apártate tú de viles propósitos. Hazlo así por la memoria de tu madre.

PAULINO.

Mira, mira, chico, déjate de sermones, que no estamos en Cuaresma, y lo que es yo, ni en Cuaresma los oigo. Lo que no podría llevar con paciencia es tener un padre como el tuyo.

MIGUEL.

Levantándose.

¡Desdichado de ti, á quien no quiso dar el cielo tanta felicidad!

PAULINO.

Riéndose.

Felicidad envidiable, ciertamente.

MIGUEL.

Hazme el favor de retirarte. Ya te he manifestado que una ocupación perentoria.....

PAULINO.

¡Cuidadito, Miguel! (Levantándose.) Así se despide á un lacayo.

MIGUEL.

Bueno: lo que tú quieras.

PAULINO.

Yo he venido aquí para hacerte un favor.

MIGUEL.

Bien: te lo agradezco.

PAULINO.

Si á ti te parece cosa puesta en razón que tu padre huya como un cobarde.....

MIGUEL.

Huir de la culpa es acción de valiente.

PAULINO.

Voy viendo que tu padre y tú sois tal para cual.

MIGUEL.

¡Ojalá! No tengo yo su fortaleza de ánimo....., y si continúo oyéndote.....

PAULINO.

Poniéndose los quevedos.

Á ver....., á ver..... ¿Es eso una amenaza?

MIGUEL.

Dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda de primer término.

No. Quédate aquí si gustas. Yo me retiro con tu permiso.

PAULINO.

Deteniéndole.

No, señor; á mí no se me deja con la palabra en la boca.

MIGUEL.

Hombre..... hablas mal de mi padre, ¡y quieres que te escuche!

PAULINO.

No digo más sino que es un gallina; y como con esto no le levanto ningún falso testimonio, ¿que has de hacer sino oirlo y tener paciencia?

MIGUEL.

La paciencia se tiene cuando se puede. Si fuera yo el que maldijese de tu padre, ¿la tendrías tú para oirme?

PAULINO.

Y de mi papá, ¿qué se puede decir?

Empieza á oirse ruido en la calle.

MIGUEL.

Nada, Paulino..... Déjame.

PAULINO.

No; si me has de responder por fuerza.

MIGUEL.

¡Por fuerza!

PAULINO.

¿Qué tienes tú que decir del señor don Pedro de Villena? Responde.

MIGUEL.

¡Oh! Ese grito..... (Óyese mayor ruido en la calle.) Sí....., es la voz de mi padre.

Corriendo á la ventana.

PAULINO.

Asomado á la ventana también.

La gente le separa del mío.

MIGUEL.

¿Qué será?

PAULINO.

Juan está en el balcón. ¡Juan! ¡Juan! ¿Qué ha pasado?

Pausa, durante la cual se supone que habla una persona desde fuera.

MIGUEL.

Sin atreverse á dar crédito á lo que ha oído.

¡Eh!..... ¿Cómo?..... ¿Qué dice ese hombre?

PAULINO.

Con alegría.

Pues lo mismo que yo me figuraba.

MIGUEL.

Pero ¿qué dice?

PAULINO.

Que mi padre le ha dado al tuyo un bofetón.

MIGUEL.

Corriendo hacia la puerta del foro.

¡Oh!

ESCENA XVIII.

DICHOS y D. DÁMASO.

DON DÁMASO.

Sujetándole.

Detente. Ya los han separado.

MIGUEL.

No importa.

DON DÁMASO.

Aumentarás el escándalo sin poder acercarte á Villena.

MIGUEL.

Pero ¿es verdad que ese inicuo le ha dado un bofetón á mi padre?

PAULINO.

Bien empleado le está.

MIGUEL.

Volviéndose hacia Paulino fuera de sí, cogiéndole de una mano y haciéndole hincar una rodilla en tierra.

¡Canalla!

PAULINO.

¡Oh!

DON DÁMASO.

¿Qué haces?

MIGUEL.

Aplastar á una víbora.

PAULINO.

¡Suelta!

MIGUEL.

No hay más que un hombre tan villano como tu padre, y ése eres tú.

PAULINO.

¡Miguel!

MIGUEL.

Y ¿sabes lo que siento? No tener mil almas para despreciaros con todas ellas.

PAULINO.

Suelta, que me rompes la mano.

MIGUEL.

Empujándole con violencia y soltándole la mano que le tiene asida.

Así he de romperte el corazón.

DON DÁMASO.

¡Pues esto es peor todavía!

PAULINO.

Tú harás lo que tu padre no quiere hacer, ¿verdad? Tú te batirás conmigo.

MIGUEL.

Sí.

PAULINO.

Mañana mismo.

MIGUEL.

Ahora mismo.

DON DÁMASO.

Interponiéndose.

Pero.....

PAULINO.

Dentro de media hora, con un testigo, fuera de la puerta de Alcalá.

MIGUEL.

No faltaré.

PAULINO.

¡Me las pagarás todas juntas!

Vase por la puerta del foro.

MIGUEL.

Si el mundo está plagado de fieras, ¿qué remedio sino matarlas?

ESCENA XIX.

DON DÁMASO, MIGUEL, y en seguida DOÑA CANDELARIA y D. FABIÁN dentro.

DON DÁMASO.

Vuelve en ti....., reflexiona.

MIGUEL.

No es tiempo de reflexionar.

DOÑA CANDELARIA.

¿Sabes por qué hay tanta gente en la calle?

MIGUEL.

No, madre: no lo sé.

DOÑA CANDELARIA.

Y tú ¿qué tienes? ¿Adónde vas? Espera.

DON FABIÁN.

Dentro, gritando.

¡Candelaria!

DOÑA CANDELARIA.

¡Oh! ¿Por qué grita así?

MIGUEL.

¡Yo le vengaré!

Vase corriendo por la puerta de la izquierda de segundo término.

DOÑA CANDELARIA.

Pero ¿qué hay?

DON DÁMASO.

¡Que es usted muy desgraciada! Miguel..... Oye..... Atiende.

Vase también precipitadamente siguiendo á Miguel.

ESCENA XX.

DOÑA CANDELARIA y D. FABIÁN.

DON FABIÁN.

Dentro.

¡Candelaria!

DOÑA CANDELARIA.

¡Reina del cielo, ten misericordia de nosotros!

DON FABIÁN.

Entrando por la puerta del foro y gritando.

¡Candelaria!

DOÑA CANDELARIA.

Fabián.

DON FABIÁN.

Gritando más fuerte, sin verla.

¡Candelaria!

DOÑA CANDELARIA.

Pero si estoy á tu lado.

DON FABIÁN.

Señalándose á una mejilla.

Mira, mira.

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué?

DON FABIÁN.

Aquí..... ¿No ves?

DOÑA CANDELARIA.

Una señal.

DON FABIÁN.

¡Es....., es la mano de ese hombre, impresa en mi cara!

DOÑA CANDELARIA.

¿Qué dices? Explícate.

DON FABIÁN.

¡Es un bofetón que me ha dado ese hombre!

DOÑA CANDELARIA.

Llorando.

¡Infame! ¡Infame!

DON FABIÁN.

Á la luz del día....., en medio de la calle. ¿Delante de quién me presento yo con un rostro abofeteado?

DOÑA CANDELARIA.

Mártir del deber, álzate ufano delante de Dios.

DON FABIÁN.

¡Y nos han separado cuando hubiera podido ahogarle! Ya estará en su casa..... ¡Aun es tiempo!

DOÑA CANDELARIA.

¡Acuérdate del cielo, Fabián!

DON FABIÁN.

¡El cielo no se acuerda de mí!

DOÑA CANDELARIA.

Tapándole la boca con la mano.

¡Calla! ¡Calla!

DON FABIÁN.

¡Húndase el cielo con tal que yo mate á ese hombre!

DOÑA CANDELARIA.

¡Calla! ¡Estás blasfemando!

DON FABIÁN.

¡Si te digo que le he de matar!

Tomando una pistola de la caja que puso Medina encima de la mesa.

DOÑA CANDELARIA.

¡No..... no le matarás!

DON FABIÁN.

¡Sí!

DOÑA CANDELARIA.

¡Por esta pobre mujer que tanto padece!

DON FABIÁN.

¡No!

DOÑA CANDELARIA.

¡Por tu hijo!

DON FABIÁN.

¡No!

DOÑA CANDELARIA.

¡Por Dios!

DON FABIÁN.

¡Ni por Dios sufro yo un bofetón!

DOÑA CANDELARIA.

Pues ¿no sufrió Él otro por ti?

ESCENA XXI.

DICHOS, VILLENA, y luego DON DÁMASO.

VILLENA.

¡Aquí están!

DON FABIÁN Y DOÑA CANDELARIA.

¡Oh!

Don Fabián apunta á Villena con la pistola que tiene en la mano. Doña Candelaria se pone delante de su marido.

VILLENA.

Con mucha ansiedad.

¡Una sola palabra!

DON FABIÁN.

A su mujer, queriendo apartarla de sí.

Aparta.

DOÑA CANDELARIA.

A Villena, conteniendo á su marido.

Váyase usted.

VILLENA.

Con abandono y en voz muy alta.

¡Señora, nuestros hijos se van á batir!

DOÑA CANDELARIA Y DON FABIÁN.

¡Oh!

Don Fabián deja caer la pistola.

DON FABIÁN.

¿Cómo?..... ¡Qué!..... (Acercándose á Villena.) ¿Qué ha dicho usted?..... ¿Es eso verdad?.....

VILLENA.

Paulino me ha desobedecido. ¡Si Miguel estuviese aquí todavía!

DOÑA CANDELARIA.

Llamándole á gritos y corriendo hacia el foro.

¡Miguel! ¡Miguel!

DON FABIÁN.

¡Hijo! ¡Hijo!

DON DÁMASO.

Saliendo por la puerta del foro.

En un coche se va á todo correr.

DON FABIÁN.

¡Vamos nosotros á buscarlos! (A Villena, acercándose á él y cogiéndole una mano.) ¡Vamos los dos!

DOÑA CANDELARIA.

Yo también; pero ¿adónde?.....

DON DÁMASO.

En la puerta de Alcalá se han citado.

DON FABIÁN.

A Villena, cuya mano tiene asida.

¿Tiembla usted?

VILLENA.

¡Soy padre!

DOÑA CANDELARIA.

¡Dios mío, salva á su hijo!

VILLENA.

Conmovido.

¿Y el de usted, señora?

DOÑA CANDELARIA.

¡Pida usted por el mío!

Dirígense todos hacia el foro.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Campo.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, PAULINO y los dos PADRINOS del desafío.

Miguel, sentado en una piedra á la izquierda, con la vista fija, los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, profundamente melancólico y abstraído: Paulino, á la derecha, paseándose á lo largo del escenario, poniéndose y quitándose el sombrero, haciéndose aire con él, y dando señales de ira y de impaciencia: los Padrinos en medio de uno y otro, más retirados del proscenio y vueltos de espalda, cargando las pistolas. Algunos instantes de silencio.

PAULINO.

A los Padrinos.

¿Acabaremos hoy?

PADRINO 1.º

Silencio, Paulino.

PADRINO 2.º

Silencio, caballero.

PADRINO 1.º

Ya están cargadas las pistolas. (A Miguel y Paulino, volviéndose de cara al público, con las pistolas cogidas de la culata.) Ahora mida usted el terreno.

Al Padrino 2.º

PADRINO 2.º

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce.

Midiendo doce pasos á lo ancho de la escena, desde la piedra en que está sentado Miguel.

PADRINO 1.º

Usted ahí.

A Miguel, que se levanta y se coloca delante de la piedra, dejando en ella un pañuelo que tenía en la mano.

PADRINO 2.º

Usted aquí.

A Paulino, que se coloca donde el Padrino 2.º tiene puesto el pie izquierdo.

PADRINO 1.º

Que decida la suerte quién ha de elegir arma primero.

PADRINO 2.º

En hora buena. Pidan ustedes.

Tirando al aire un duro.

PAULINO.

Cara.

LOS DOS PADRINOS.

Cruz.

Bajándose al suelo para ver la moneda. El Padrino 2.º la recoge y la guarda.

PADRINO 1.º

Tome usted una pistola.

Miguel toma una pistola.

PAULINO.

Venga la mía. (El Padrino 1.º se acerca á él y le da la otra pistola.) Ya está. Acabemos.

PADRINO 2.º

Otra vez le exijo á usted que calle.

PADRINO 1.º

Á la segunda palmada se apuntan ustedes: á la ter-

cera, fuego. (Los dos Padrinos se retiran hacia el foro. El 1.° mira hacia una y otra parte. El 2.° da una palmada, y después de algunos instantes, otra: Miguel y Paulino se apuntan con las pistolas; aquél sereno y sosegado, éste respirando anhelosamente y con temblor que se nota en la pistola que tiene en la mano. El Padrino 2.°, después de otra pausa igual, va á dar la tercera palmada, cuando el Padrino 1.°, que estaba mirando hacia el foro derecha, le detiene.) Quieto. Por entre aquellos árboles se ve gente. Parece que vienen hacia aquí.

PADRINO 2.°

Abajo las pistolas.

Miguel y Paulino hacen lo que se les dice. Éste se limpia con la mano el sudor de la frente.

PADRINO 1.°

Ya dije yo que estaríamos mejor detrás de ese ribazo.

PAULINO.

Hay que dar un rodeo.

PADRINO 2.°

¿Qué importa? Vamos allá.

PADRINO 1.°

Las pistolas.

Miguel y Paulino entregan las pistolas.

PADRINO 2.°

Ustedes delante.

PADRINO 1.°

Paulino, temblando y con la vista turbada, siente un vahido y está á punto de caer.

¿Eh, qué es eso?

PAULINO.

Procurando reponerse.

Nada....., que he tropezado.

PADRINO 2.°

Al padrino 1.° en voz baja.

Paulino lleva miedo.

PADRINO 1.°

El otro sí que tiene serenidad.

Vanse por el foro izquierda.

ESCENA II.

VILLENA, y á poco D. DÁMASO.

VILLENA.

¡Aquí tampoco! ¡Y me parecía seguro hallarlos aquí! Ya no sé hacia dónde echar. ¡Qué horrible tarde! No es sólo pena y ansiedad lo que siento..... Siento además, sin saber por qué, una rabia tan grande contra mí mismo..... ¿Qué haré?

DON DÁMASO.

Entrando por el foro derecha, dando señales de cansancio.

¿Tampoco estaban aquí?

VILLENA.

¡Tampoco!

DON DÁMASO.

¿Luego el haber dado con sus coches no nos sirve de nada?

VILLENA.

¿Tomamos bien las señas que nos dieron los cocheros?

DON DÁMASO.

Según sus informes, hacia este sitio se habían dirigido: en este sitio debían estar.

VILLENA.

¡Pues no están!

DON DÁMASO.

Bien lo veo....., y lo que es yo, no puedo ya con mi alma.

VILLENA.

¿Si don Fabián y su mujer habrán sido más felices que nosotros?

DON DÁMASO.

Lo dudo.

VILLENA.

Y ¿por qué lo duda usted? ¿Por qué ellos no los han de haber encontrado? Eran más dignos que yo de alcanzar esta dicha..... Vamos á ver: dígame usted por qué lo duda.

DON DÁMASO.

Lo dudo..... porque nosotros hemos andado ya por todos los alrededores..... ¡Ojalá que su presunción de usted salga cierta!

VILLENA.

¡Ay, ojalá!

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

Dentro, gritando.

¡Dámaso! ¡Dámaso!

VILLENA.

Corriendo hacia el foro.

¿Oye usted? De fijo los han encontrado.

DON DÁMASO.

Corriendo también hacia el foro.

Sí: alegres parecen esas voces.

VILLENA.

¿Por dónde vienen?

DON DÁMASO.

No los veo.

DON FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

Dentro, gritando muy cerca.

¡Dámaso! ¡Dámaso!

DON DÁMASO.

Bajando un poco hacia el proscenio.

¡Ah! Por este otro lado.

VILLENA.

Sí. ¡Oh! ¡Solos!

ESCENA III.

DICHOS, D. FABIÁN y DOÑA CANDELARIA.

Entran corriendo por la derecha.

DOÑA CANDELARIA.

Con alegría y mirando hacia todas partes.

¿Están aquí, verdad?

DON FABIÁN.

¿Están aquí?

DOÑA CANDELARIA.

Hemos hallado á los cocheros.

DON FABIÁN.

Y nos han dicho que ustedes los habían visto antes que nosotros.

DOÑA CANDELARIA.

¿No estaban aquí?

DON FABIÁN.

Hable usted.

DOÑA CANDELARIA.

¿Será....., será que han llegado ustedes tarde?

DON FABIÁN.

¡Calla, mujer!

VILLENA.

Sosiéguese usted.

DON FABIÁN.

Pues ¿qué hay?

DON DÁMASO.

Que no han parecido todavía.

DOÑA CANDELARIA.

¿Que no?

VILLENA.

No, señora.

DOÑA CANDELARIA.

Respirando con ansia.

¡Ay!..... ¡Menos malo!..... ¡Y hace un momento eso me parecía lo peor!

DON FABIÁN.

Pero si nos han dicho que de fijo se hallarían en este sitio.

DON DÁMASO.

Lo mismo nos han dicho á nosotros.

DON FABIÁN.

Y ¿no los han encontrado ustedes?.....

DON DÁMASO.

¡Dale! ¿No has oído que no?

DON FABIÁN.

Bien: no te enojes. ¡Es tan difícil desprenderse de una esperanza!

DON DÁMASO.

Pues á la esperanza de dar con ellos, por fuerza hay ya que renunciar.

DOÑA CANDELARIA.

¡No diga usted eso! ¿Renunciar á una esperanza que es toda nuestra vida? Los buscaremos.....; los encontraremos al fin.

DON FABIÁN.

¡Dios sabe cómo!

VILLENA.

¡Caiga sobre usted la sangre que se vierta!

DON FABIÁN.

Sí, sobre mí, que llegué á blasfemar.

VILLENA.

¡Ay de usted si mi hijo recibe el más leve daño!

DOÑA CANDELARIA.

¿En venganzas piensa usted ahora? ¡Si parece mentira que sea usted padre!

VILLENA.

Perdóneme usted..... No sé lo que digo.

DON FABIÁN.

Pero ¿qué hacemos aquí parados?..... La vida de uno de nuestros hijos depende quizá de que demos con ellos un minuto antes ó un minuto después.

VILLENA.

¿Y hacia dónde ir?..... ¿Por dónde dirigirnos?

DOÑA CANDELARIA.

Tentaciones me dan de preguntar por mi hijo á los árboles....., á las piedras..... ¡Ah!

Cogiendo el pañuelo que Miguel se habrá dejado en la piedra en que estaba sentado al empezar el acto.

VILLENA y DON FABIÁN.

¿Qué es eso?

DON DÁMASO.

¿Qué hay?

DOÑA CANDELARIA.

¡Este pañuelo es de mi hijo!

DON FABIÁN.

¡Ha estado aquí!

VILLENA.

Entonces no pueden hallarse lejos.

DON DÁMASO.

Subiendo por el declive del terreno.

Á ver si detrás de ese ribazo.....

DOÑA CANDELARIA.

Mirando hacia la izquierda.

Por este lado no se descubre nada.

DON FABIÁN.

Ni por aquí.

VILLENA.

Y usted ¿ve algo?

DON DÁMASO.

No. Puede asegurarse que no están por estos alrededores.

DOÑA CANDELARIA.

¡Santos del cielo!

DON FABIÁN.

Pero ¿se los ha tragado la tierra?

DON DÁMASO.

¡Ah, sí! Allí hay unos matorrales que se mueven.

DOÑA CANDELARIA.

Y no corre un pelo de aire.

DON DÁMASO.

Allí anda alguien: no hay duda.

DON FABIÁN.

¿Serán ellos?

DOÑA CANDELARIA.

En tono de súplica.

¡Señor!

VILLENA.

Con viva ansiedad.

¿Estarán allí?

DON DÁMASO.

Con el sol poniente brilla una cosa al través de las ramas.

DON FABIÁN.

Baja ya; baja.

DON DÁMASO.

Mientras baja.

Puede muy bien ser la hoja de una espada ó el cañón de una pistola.

DOÑA CANDELARIA.

¡Oh!

VILLENA.

¡Corramos!

DON FABIÁN.

¡Miguel!

Corriendo todos hacia el foro y gritando vueltos ya de espaldas al público

DOÑA CANDELARIA.

¡Hijo!

DON DÁMASO.

¡Miguel!

VILLENA.

¡Paulino!

Suenan dos tiros y los cuatro personajes dan un grito y se quedan inmóviles. Doña Candelaria pierde el sentido y cae en brazos de Villena, que la sostiene, hincando una rodilla en tierra.

TODOS.

¡Oh!

DON FABIÁN.

Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo.

¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Vase corriendo por el foro izquierda.

DON DÁMASO.

Más falta hago allí.

Siguiendo á D. Fabián.

ESCENA IV.

Doña Candelaria, Villena, y después Una Muchacha.

VILLENA.

¡Qué ansiedad!..... ¡Qué angustia! ¡No puedo respirar!..... ¡No puedo moverme! ¿Qué habrá sucedido?..... ¡Pobre mujer! ¡Desdichada madre! ¡Señora!..... ¡Señora!.....

DOÑA CANDELARIA.

Volviendo en sí.

¡Fabián! ¿Dónde está Fabián?

VILLENA.

Ha ido..... Ya sabe usted.

DOÑA CANDELARIA.

Levántase y vacila. Villena la sostiene.

¡Ay, Sr. D. Pedro de mi alma! ¡Vamos allá! Vamos nosotros también.

VILLENA.

No tiene usted fuerzas para moverse.

DOÑA CANDELARIA.

Sin poder dar un paso.

Sí. Ayúdeme usted.

VILLENA.

Aquí vendrán á decirnos lo que haya pasado.

DOÑA CANDELARIA.

¡Pero si tal vez en este momento!.....

VILLENA.

¿Quién sabe? En un duelo es fácil errar la puntería.

DOÑA CANDELARIA.

No: esos tiros han resonado en el fondo de mis entrañas. Suélteme usted.

Desasiéndose de Villena y echando á correr hacia el foro izquierda.

VILLENA.

Siguiéndola. En este momento sale la Muchacha corriendo por el foro izquierda, pálida y desencajada y santiguándose muy de prisa. Doña Candelaria y Villena se detienen.

¡Señora!

LA MUCHACHA.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. En el nombre del Padre.....

VILLENA.

¿Qué es eso, muchacha? Oye, detente.

LA MUCHACHA.

Corriendo hacia la derecha.

No, no: déjeme usted..... ¡Yo no he sido!..... ¡Yo no he sido!.....

DOÑA CANDELARIA.

Asiéndola de un brazo.

Ven, hija mía.

VILLENA.

Sujetándola también. La Muchacha queda colocada entre Doña Candelaria y Villena.

Nada temas.

DOÑA CANDELARIA.

¿Por qué te santiguas?

LA MUCHACHA.

¡Ay, señora, lo que he visto!..... ¡Ay, señora, lo que he recordado!..... Así cayó mi padre hace un año, tal día como hoy; sólo que no fué de un tiro....., de un navajazo fué..... ¡Y mi madre murió loca de pena

en el hospital! ¡Y yo me quedé solita en el mundo!

DOÑA CANDELARIA.

Y ahora ¿qué has visto?

VILLENA.

¿Qué has visto? Habla.

LA MUCHACHA.

He visto dos señoritos, uno enfrente del otro, mirándose de esta manera. (Imitando la posición de un hombre delante de su adversario en un duelo á pistola.) Yo creí que iban á jugar, y me asomé á verlos por entre unas ramas. ¡Estaban armados con pistolas!

Con expresión de terror.

DOÑA CANDELARIA.

¡Ay de mí!

VILLENA.

Sigue, sigue.

LA MUCHACHA.

Más allá había otros dos señoritos: y uno de ellos dió una palmada, así..... (Da las tres palmadas según lo indica el diálogo.), y otra..... así..... y otra..... así....., y luego de pronto, dos tiros....., y luego uno de los señoritos de las pistolas dió un brinco y una vuelta, y luego ¡cataplum! cayó redondo al suelo.

DOÑA CANDELARIA.

Dirigiéndose al foro.

¡Jesús me valga!

VILLENA.

¿Qué señas tenía el que cayó?

DOÑA CANDELARIA.

Volviendo al lado de la Muchacha.

¿Qué señas tenía?

LA MUCHACHA.

No sé, no recuerdo..... Cayó redondo....., yo cerré los ojos y eché á correr.

DOÑA CANDELARIA.

En este momento (Acercándose á Villena.) usted ó yo no tenemos hijo. ¡Dios le conserve á usted el suyo! ¡Dios no permita que yo me quede sin el mío!

VILLENA.

Asiéndola una mano.

Ya vienen. ¡Valor!

DOÑA CANDELARIA.

¡Sí; valor!

VILLENA.

(¿Cuál será?)

DOÑA CANDELARIA.

Doña Candelaria y Villena, sin movimiento y asidos de la mano, miran con ansiedad hacia el foro izquierda.

(¿Cuál será?)

LA MUCHACHA.

¡Traen al muerto como llevaron á casa á mi padre! No quiero verle. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. En el nombre del Padre y del Hijo.....

Sale corriendo por el foro derecha, santiguándose y volviendo atrás la cara con espanto.

ESCENA V.

DOÑA CANDELARIA, VILLENA, PAULINO, y en seguida D. FABIÁN, D. DÁMASO, los dos PADRINOS y MIGUEL.

VILLENA.

Corriendo hacia Paulino, que sale antes que los demás, y abrazándole con frenética alegría.

¡Oh! ¡Paulino, hijo de mi alma!

DOÑA CANDELARIA.

¡Es el mío, D. Pedro, es el mío! ¡Bendito Dios, que lo ha dispuesto así!

VILLENA.

¡Aparta!

Rechazando con horror á su hijo. Don Fabián, D. Dámaso y los Padrinos traen á Miguel exánime y le colocan en la piedra que hay á la izquierda. Doña Candelaria y D. Dámaso quedan sosteniéndole: D. Fabián, de pie, más á la izquierda, contemplando el grupo que forman Miguel, Doña Candelaria y D. Dámaso: los Padrinos, detrás de estos personajes, abatidos y taciturnos: Villena y Paulino, á la derecha, con la vista clavada en el suelo.

DOÑA CANDELARIA.

¡Hijo!..... ¡Hijo!..... ¡Hijo!..... (Llamándole con voz cada vez más fuerte.) ¡Es la primera vez que no responde á su madre! ¡Don Pedro, mire usted qué hazañas ejecuta el honor! Pero ¿ha muerto ya? ¿Cuál habrá sido su último pensamiento?..... Paulino..... (Llamándole. Paulino se estremece.) Paulino..... venga usted acá. ¡Venga usted, por Dios!

VILLENA.

Obedece.

Paulino se acerca poco á poco á Doña Candelaria, sin atreverse á mirarla.

DOÑA CANDELARIA.

Usted estudia para médico.

PAULINO.

Sí....., sí, señora.....

DOÑA CANDELARIA.

Pues dígame usted si aún tiene alguna vida.

PAULINO.

Con espanto, sin atreverse á tocar á Miguel.

Señora....., yo.....

VILLENA.

Obedece.

DOÑA CANDELARIA.

No; que lo haga por caridad.

Paulino se acerca á Miguel y le examina.

PAULINO.

Sí; aún vive.

DOÑA CANDELARIA.

Con alegría.

¡Vive!

PAULINO.

¡Dentro de algunos instantes no vivirá!

DOÑA CANDELARIA.

Con que haya lugar para que se prepare á bien morir me contento. No pido más: con eso me basta. Que acerquen los coches. Llevémosle en seguida.

PAULINO.

No, señora, no. Se moriría más pronto.

DOÑA CANDELARIA.

¡Pero ha de morir como un perro! Llévatele, Dios mío, llévatele, pero no así. Aquí hay un hombre en peligro de muerte..... ¡Un sacerdote, señores, un sacerdote que venga á salvar un alma; que venga corriendo!

DON FABIÁN.

¡Iré yo!

DOÑA CANDELARIA.

¡Tú no, Fabián! ¡Y si mientras tanto se muere!

PADRINO 1.°

Nosotros iremos.

DOÑA CANDELARIA.

Sí, vayan ustedes, y nada teman. (A los Padrinos.) No delataremos á nadie. Si preguntan quién le ha matado, diré..... cualquier cosa....., que le he matado yo.

DON FABIÁN.

Ahí tienen ustedes coches. Volando, ¿eh?, volando.

Vanse los Padrinos.

MIGUEL.

¡Ay!

DOÑA CANDELARIA.

¡Su voz! ¡Hijo!

DON FABIÁN.

Reprimiéndose.

¡Hijo mío!

DON DÁMASO.

Llorando á lágrima viva.

¡Miguel! ¡Miguel!

DON FABIÁN.

Con afabilidad.

Calla, Dámaso, calla.

MIGUEL.

¡Padre, confesión!..... ¡Madre, confesión!.....

DOÑA CANDELARIA.

Sí, hijo de mi alma, sí. Ya han ido á buscar un sacerdote.

MIGUEL.

Sin poder articular las palabras.

Llegará....., llegará.....

DON FABIÁN.

No hables....., no te esfuerces.....

MIGUEL.

Llegará tarde.

DOÑA CANDELARIA.

¡Tarde!

MIGUEL.

Me muero.....

DOÑA CANDELARIA.

Palpando á su hijo.

¡Fabián! ¡Sí....., el frío de la muerte!

MIGUEL.

¡Confesión!

DON FABIÁN.

Recuerda tus culpas, infeliz; recuérdalas con pesar de haberlas cometido.

MIGUEL.

Todas las tengo delante; de todas me arrepiento.

DON FABIÁN.

¡Mira que tu último pecado es muy grande!

MIGUEL.

¡Casi tan grande es mi dolor!

DON FABIÁN.

¿Perdonas á tus enemigos?

MIGUEL.

Sí.

DON FABIÁN.

¿Y al que te ha dado muerte?

MIGUEL.

Sí.

DON FABIÁN.

¿Quieres estrechar su mano en señal de perdón?

MIGUEL.

Con efusión y voz algo más fuerte.

¡Que venga, que venga!

DOÑA CANDELARIA.

¿No lo oye usted?

PAULINO.

¡Miguel!

Se arrodilla y coge y besa la mano que alarga Miguel.

DON FABIÁN.

¿Perdonas al hombre que dió un bofetón á tu padre?

Miguel no responde.

VILLENA.

(¡Eso....., eso es valor!)

DON FABIÁN.

¿Le perdonas? Miguel, ¿quieres comparecer ante la Justicia eterna con rencor en el alma?

DOÑA CANDELARIA.

¡Miguel, por María Santísima!

MIGUEL.

Hablando con mucho trabajo.

Es..... es..... que no podía hablar.....

DOÑA CANDELARIA.

¡Hijo de mis entrañas!

MIGUEL.

Sí, le perdono.

DON FABIÁN.

¿Perdonas á tus padres el mal que hayan podido hacerte?

MIGUEL.

Con mucha aflicción.

¡Padre!

DON FABIÁN.

Imperiosamente.

¿Nos perdonas? Responde.

MIGUEL.

Sí.

DON FABIÁN.

Á tu lado hay un hombre á quien has querido matar; y otro allí, á quien has hecho temblar por la vida de su hijo.

MIGUEL.

¡Paulino....., don Pedro, perdón!

DON FABIÁN.

Aquí ves á tus padres poseídos, por culpa tuya, de amargura indecible.

MIGUEL.

¡Perdón, padres míos, perdón!

Haciendo un violento esfuerzo para caer á los pies de don Fabián. Doña Candelaria y don Dámaso le sostienen arrodillado.

DOÑA CANDELARIA.

Con toda el alma te perdonamos.

DON FABIÁN.

Con toda el alma te bendecimos, en el nombre de Dios (Le bendice.), pidiéndole que si en nosotros ve algunos merecimientos los acepte, sin quitar uno solo, en pago de tu culpa.

MIGUEL.

¡Qué inmensa bondad!

Doña Candelaria y don Dámaso vuelven á sentarle en la piedra.

DON FABIÁN.

Ahora, Miguel, llama á ti á Jesús; llámale con fervor, y verás cómo viene.

MIGUEL.

¡Sí....., yo adoro en él!

DOÑA CANDELARIA.

Encomiéndate á su bendita madre. Mira: (Sacándole un escapulario del pecho y poniéndoselo en las manos.) aquí tienes tu escapulario.

MIGUEL.

¡Madre de Dios, acuérdate de mí!

Besando el escapulario.

DOÑA CANDELARIA.

Por la amargura que pasaste al ver morir á tu Hijo, ruega por el mío en la hora de su muerte.

MIGUEL.

Padres....., amigos.....

DOÑA CANDELARIA.

¡Se muere! Rece usted, don Pedro. ¡Las oraciones de usted serían tan agradables á Dios!

VILLENA.

Mirando con terror á Miguel y sus padres.

(¡Oh, si yo pudiera rezar!)

MIGUEL.

Llamándolos y buscándolos con las manos.

Padre....., madre.....

DON FABIÁN Y DOÑA CANDELARIA.

Aquí estamos. ¿Qué quieres?

MIGUEL.

Creo.....

DON FABIÁN Y DOÑA CANDELARIA.

¿Qué?

MIGUEL.

Creo que Dios me perdona.

DON FABIÁN Y DOÑA CANDELARIA.

¿Por qué, hijo, por qué?

MIGUEL.

¡Porque siento una alegría....., una alegría!.....

Con mucha dulzura.

DON FABIÁN.

¡Se ríe!

DOÑA CANDELARIA.

¡Se ríe!

MIGUEL.

Adiós..... adiós..... ¡Jesús crucificado sea conmigo!

Muere.

DON DÁMASO.

¡Óyele, Señor!

DON FABIÁN Y DOÑA CANDELARIA.

¡Sálvale! ¡Sálvale!

Los tres hacen como que rezan.

VILLENA.

Con energía y abandono.

¡Paulino, mira lo que hemos hecho!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MEDINA.

Entra por el mismo sitio en que está Villena.

MEDINA.

Ha dado usted un bofetón al padre (Acercándose mucho á Villena y en voz baja.): por usted ha muerto el hijo. Ya comprenderá usted que vengo á matarle. Pero matarle es poco. ¡Toma, villano!

Le da un bofetón.

VILLENA.

Dando un grito y volviéndose hacia Medina con aspecto iracundo y amenazador.

¡Oh!

DON FABIÁN.

Poniéndose de pie.

¿Qué haces?

PAULINO.

¡Padre!

DOÑA CANDELARIA.

¡Impío!

VILLENA.

No...... no..... (Reprimiéndose.) Lo merezco..... Lo su-

friré, por Dios. ¡Por el Dios á quien yo escupí, á quien yo abofeteé, á quien yo crucifiqué!..... ¡Dios de mis padres, Dios verdadero, creo en ti!

Cayendo de rodillas.

DON FABIÁN.

¿Qué oigo?

Acercándose á él.

VILLENA.

Y ahora, don Fabián (De rodillas, volviéndose hacia él.), y ahora, ¿puedo esperar que usted me perdone?

DON FABIÁN.

¿No le ha perdonado á usted mi hijo?

VILLENA.

Con voz ahogada por los sollozos.

¿De veras?..... ¿De veras..... usted me perdona?

DON FABIÁN.

¿Pues no somos hermanos?

VILLENA.

¡Gracias, hermano mío, gracias! (Cogiéndole una mano y besándosela.) ¡Ya puedo rezar, señora, ya puedo rezar!

Arrodillándose delante del cadáver de Miguel, y cruzando las manos en actitud de orar.

DOÑA CANDELARIA.

Murió mi hijo para que usted resucitara. (A Villena.) Dios lo hizo. Bien hecho está.

Medina, en el mismo sitio y en la misma actitud en que antes estaba Villena. Don Fabián, en el comedio del escenario, llorando y cubriéndose la cara con las manos: Miguel, á la izquierda sostenido por doña Candelaria y don Dámaso: Paulino, completamente anonadado y con la cabeza apoyada en el cuerpo de Miguel: Villena, arrodillado delante de éste, y vuelto de espaldas al público.

FIN DEL DRAMA.



ÍNDICE.

Pedro Juana

Clara l. by Fernando
Luis (brother) — loves Maria
Theophan



